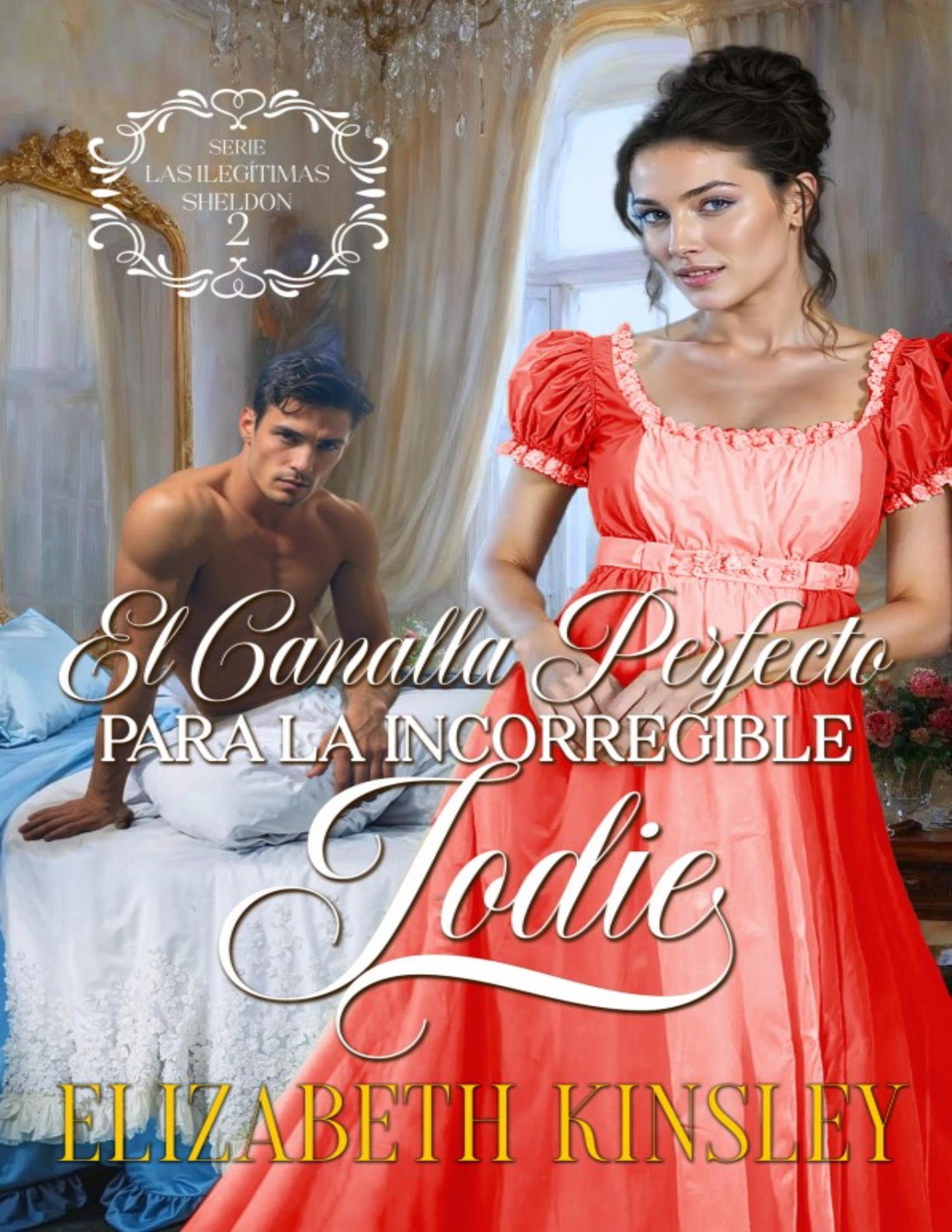

SERIE
LAS ILEGÍTIMAS
SHELDON
2
El Canalla Perfecto
PARA LA INCORREGIBLE
Jodie
ELIZABETH KINSLEY

El Canalla Perfecto
PARA LA INCORREGIBLE
Jodie

ELIZABET KINSLEY



Copyright 2025 de Elizabeth Kinsley

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Las tres hermanas Sheldon irrumpen en la alta sociedad de Londres sin importarles todas sus reglas... Son feroces, desconfiadas y astutas. Unos dones poco adecuados para unas damas.

Lady Jodie Sheldon no es la típica debutante recatada y sumisa. Es audaz, fiel a sí misma y no teme al escándalo. Algo conveniente, al no querer conseguir un marido. Pero el destino hará que en su camino se cruce un hombre qué, como ella, no es el típico aristócrata estirado.

Él le hará sentir cosas que una dama educada no debería sentir… pero por suerte ella no es ninguna dama educada.

Jonathan Harley nunca quiso ser marqués y menos aún casarse por obligación. Pero tiene que cumplir con su deber y restaurar el honor de su familia. Una misión de lo más sombría… hasta que ve a una encantadora desconocida y promete hacerla suya...

Cuanto más conoce a Jodie más fascinado se siente por ella, pero ella ha jurado que ningún hombre la controlará y está decidida a ponérselo difícil.

El juego de voluntades ha empezado y ambos tendrán que utilizar todas sus armas para conseguir sus propósitos. Y caer en la tentación es tan… perfecto.

Libros de la serie

1º Un marido para la testaruda Mariane

2º El canalla perfecto para la incorregible Jodie

3º Un duque para la dulce Emma

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Siguiente libro de la serie
Notas

Prólogo

San Francisco, California, diciembre de 1885

Doscientos noventa y un días en el mar. Bueno, no todos en el mar, se corrigió Jonathan mientras subía desde el muelle. De esos, probablemente habría pasado unos veinte en tierra. Lo cual, a fin de cuentas, no había sido ni lo suficientemente frecuente ni lo bastante prolongado como para que sus piernas recordaran cómo caminar con soltura sobre suelo firme.

Sonrió con cansancio. Un baño caliente, ropa limpia y fresca, una comida de verdad preparada por un auténtico cocinero y una cama que no se moviera en toda la noche... Nada como pasarse la vida viajando para aprender a valorar los placeres simples del hogar. Placeres en los que pensaba deleitarse en cuanto entregara el manifiesto al secretario de la empresa.

Pasó entre dos edificios «un hotel y una pensión que no estaban allí cuando se marchó, diez meses atrás», subió los escalones de madera de Garvey Importers, Ltd. con bastante menos entusiasmo del que habría querido, y abrió la puerta. El timbre sobre su cabeza tintineó, el calor del interior salió a su encuentro y su empleado levantó la vista desde detrás del escritorio.

—Hola, Walter —saludó, esbozando una sonrisa mientras las gruesas gafas del joven se empañaban.

—Buenas tardes, señor Garvey —respondió este, alzándose las gafas y entrecerrando los ojos en su dirección—. Bienvenido a casa. ¿Qué tal el viaje?

No tenía intención de aburrir a Walter con los detalles. Avanzó hacia el escritorio, sacó el manifiesto del bolsillo de su abrigo y dijo:

—Largo, en gran medida sin incidentes y, con suerte, rentable. ¿Y cómo han estado usted y la empresa en mi ausencia?

—Estoy bien, y la empresa es, sin duda, enormemente rentable —respondió Walter, mientras se limpiaba los lentes con un pañuelo.

—Noté que el almacén estaba casi vacío.

—Y sus cuentas lo demuestran —replicó, volviéndose a colocar las gafas y lanzando a Jonathan una rápida mirada de arriba abajo antes de, como siempre, volver al trabajo—. Le vi entrar en el puerto esta mañana. A toda máquina, como de costumbre. Dejé el libro de contabilidad en su escritorio, junto al correo.

Jonathan le entregó el manifiesto y preguntó:

—¿Hay alguna carta que pueda considerarse remotamente urgente?

—Parece que hay algunas personales, señor. Las puse en una pila aparte, encima del libro mayor. Por lo demás, lo habitual: solicitudes de empleo y de mercancías, junto con invitaciones sociales de personas que claramente olvidaron que usted estaba al otro lado del mundo. Lo ordené todo por fechas, con lo más reciente arriba.

Siempre organizado. Y honesto hasta la exageración.

—Es usted el empleado perfecto —comentó Jonathan, dirigiéndose hacia su oficina. Se detuvo a mitad de camino y se volvió para añadir—: Quizá quiera dedicar los próximos minutos a limpiar su escritorio.

Walter palideció al instante.

—Le he compré uno nuevo en Singapur —se apresuró a asegurarle Jonathan—. Un monstruo de teca, ornamentado con incrustaciones de nácar. Lo estaban descargando cuando dejé el muelle. Debería llegar en breve.

—¡Gracias, señor!

No sabía si las gracias de Walter eran por el nuevo escritorio o por el hecho de que aún conservaba su empleo remunerado. En cualquier caso... Jonathan sonrió.

—Guarde las gracias hasta que esté en su sitio de una pieza. Un montón de leña exótica no es motivo de alegría ni de gratitud.

—Lo es, cuando cada vez que se abre la puerta una ráfaga de frío húmedo me cala hasta los huesos —dijo, mientras sus gafas se empañaban.

—Compré un biombo en Shanghái pensando en regalárselo a la señorita Cookson —reflexionó Jonathan en voz alta, retomando el camino hacia su oficina—. Quizá usted lo apreciaría más.

—Ah... Em...

Se detuvo y volvió a girarse, esta vez con el ceño fruncido.

—¿Sí?

—Sobre la señorita Cookson. —Walter carraspeó—. Supongo que no hay forma de suavizar el golpe.

Oh, oh. Eso no presagiaba nada bueno.

—No ha muerto, ¿verdad?

—No —respondió él arrastrando las palabras, deslizando un dedo bajo el cuello almidonado de su camisa. Tragó saliva, respiró hondo y luego dijo con un solo jadeo: —Anunció su compromiso hace dos meses. Con un tal Charles Baker de Seattle. Según se dice, su familia está en aserraderos.

¿Aserraderos, eh? Amanda siempre había sabido apreciar las cosas que podían comprarse con un buen dólar. Más valía que aquel viejo aserradero fuera un pozo sin fondo si Charles pretendía tener la más mínima esperanza de mantenerla feliz durante un tiempo.

—Bueno, no puedo decir que me sorprenda demasiado de que haya seguido adelante —comentó Jonathan, intentando aliviar la

evidente incomodidad de su empleado al darle la noticia—. Les deseo toda la felicidad del mundo.

—¿No está molesto?

No, en realidad no.

—Quizá un poco irritado porque voy a tener que dedicar algo de tiempo a cultivar otra relación conveniente, pero más allá de eso... —Se encogió de hombros—. ¿Cuándo es la boda?

—Dentro de dos semanas, a partir de este viernes.

Él asintió, preguntándose si en algún lugar de la pila de su escritorio encontraría una invitación al evento. No es que tuviera la menor intención de ir. Conocer al novio podría ser decididamente incómodo.

—¿Por qué no revisa el manifiesto y ve qué le parece un regalo de boda adecuado de un antiguo amante? —sugirió mientras se dirigía a su oficina por tercera vez.

—Muy bien, señor.

—Y luego asegúrese de que se entregue con una breve nota expresando mis felicitaciones.

—Sí, señor.

Jonathan se dejó caer en la silla de cuero detrás de su escritorio y examinó las pulcras pilas de papel que Walter había dispuesto para él. La correspondencia comercial había sido abierta y tratada, como indicaban las notas concisas escritas por Walter en cada pieza. Ah, era tan difícil encontrar un buen empleado. Y un buen empleado que no se inmutara cuando se le pidiera que se ocupara de los detalles más complicados de la vida... Si los libros eran tan sólidos como Walter había insinuado, Jonathan le iba a dar al hombre un gran aumento de sueldo.

La mirada de Jonathan se posó en el libro mayor y en las cuatro cartas apiladas sobre él. Su corazón se aceleró y el buen humor que lo había acompañado hasta entonces se desvaneció.

Inspiró hondo y desvió la vista hacia la ventana de la oficina, obligándose a contemplar los barcos y la luz del sol reflejándose en las aguas de la bahía. Sin embargo, su mente se negaba a abandonar el pasado y le devolvía escenas de una vida lejana y remota. La imagen más amable era la de la mansión Branwell, con su fachada de piedra cubierta de hiedra en un claro día de primavera, pero incluso esa visión se desvanecía ante el embate de recuerdos más crudos: porcelana rota y cubiertos de plata lanzados por los aires, su padre bramando mientras avanzaba a trompicones por los pasillos fríos y oscuros, hasta derrumbarse en mitad de la escalera central, caer hacia atrás y rodar hasta quedar hecho un ovillo, roncando y borracho, en el suelo del vestíbulo.

—Dios, —gruñó Jonathan, sacudiendo la cabeza. De vuelta al presente, volvió a centrar su mirada en las cartas. Las cartas estaban ordenadas con la más reciente en la parte superior—. Acaba de una vez, —se dijo a sí mismo mientras invertía su orden. Reconociendo la letra de su madrastra, apretó los dientes y se preparó para recibir malas noticias mientras la abría.

Estaba fechado en febrero. La semana en que había zarpado hacia el Lejano Oriente.

Querido Jonathan:

Con gran pesar y tristeza le escribo para informarle de que su padre y su hermano mayor han fallecido juntos en los brazos de nuestro amado Creador. Le ahorraré los detalles aparentes de la tragedia en este momento, respetando su necesidad de llorar su prematura, si no del todo inesperada, pérdida.

Su hermano Steven asumirá, por supuesto, el título de su padre una vez que concluya la investigación oficial. En ese momento, si así lo desea y si es una costumbre aceptable en Estados Unidos, podrá darse a conocer públicamente como vizconde de Kerrington.

Peyton y yo estamos soportando la situación lo mejor que podemos.

Con cariñosos saludos,

Josephine

No del todo inesperado... Josephine tenía un don para las declaraciones indirectas. Jonathan suspiró y volvió a leer la nota, preguntándose cómo habían llegado a su fin. Era una lotería entre emborracharse hasta caer y hacer algo estúpido como caerse del tejado o emborracharse hasta caer y finalmente matarse el uno al otro. El verdadero misterio estaba en cómo habían logrado mantenerse con vida tanto tiempo.

Jonathan dejó la carta a un lado con una sonrisa irónica, y notó que Josephine no le había pedido que regresara a Inglaterra para llevar el título en su tierra natal. Al parecer, se había tomado en serio su… romántico… desaire. Por supuesto, el hecho de que él hubiera huido al extremo más lejano de los Estados Unidos probablemente también había ayudado en la causa.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —murmuró, seleccionando la siguiente carta de la pila.

—Ah, aquí está la súplica para que vuelva a casa—, dijo en voz baja, abriendo la carta de Steven. Querido, dulce, completamente plácido, silenciosamente artístico Steven. Jonathan anotó la fecha y sonrió. Mayo. Casi tres meses. No hubiera pensado que a Steven le llevaría tanto tiempo pedir ayuda.

Querido Jonathan:

Como llevábamos tiempo sospechando, padre hizo todo cuanto estuvo en su mano para asegurarse de dejar la finca sumida en la ruina financiera. No obstante, no teníamos ni idea de cuán profundo había cavado el pozo. Decir que la finca está al borde de la bancarrota sería quedarse terriblemente corto.

Sabes bien que nunca quise ser el marqués. Ambos sabemos que no poseo la inteligencia necesaria para afrontar tales responsabilidades con un mínimo de competencia. Tampoco tengo el temperamento para soportar la presión que conllevan semejantes cargas.

Lamento mucho dejarte esto entre manos, pero tú estás mucho mejor preparado que yo para afrontarlo. Te ruego que recuerdes los buenos años de nuestra infancia y no me juzgues con demasiada dureza por mi cobardía.

Siempre tu hermano, que te quiere,

Steven

Jonathan releyó la última línea, con las manos temblorosas y el corazón a punto de estallar. No. No, no era lo que parecía. Steven no haría eso. Lo dejó a un lado y rápidamente abrió la siguiente carta, otra de Josephine.

Querido Jonathan:

Con profundo pesar y tristeza, debo escribirle una vez más para informarle de una tragedia familiar. Ayer por la mañana, su hermano Steven fue encontrado ahogado en el Támesis.

Había más, pero Jonathan no quería «ni necesitaba» leerlo. Tiró la carta al suelo y se secó las lágrimas, y cogió la de los abogados de la familia. Respiró hondo y la abrió. El saludo resonó en su cerebro entumecido. La expresión de pesar se extendió fría y hueca por su corazón. Y los sombríos detalles que siguieron acabaron de derribar lo que quedaba de su mundo.

Capítulo 1

Londres, Inglaterra, marzo de 1886

Era una elección sencilla: fumar un puro o matar a alguien. Jodie acercó la llama al extremo del tabaco bien enrollado, aspiró con un alivio absoluto y apagó la cerilla. No, pensó en silencio mientras arrojaba la cerilla quemada al suelo y se recostaba contra el muro del jardín, no había muchas personas cuya muerte mejoraría el mundo. Y no porque alguien considerase apropiado verlo así o le agradeciera esa mejora.

Observó las puertas abiertas de la mansión, difuminadas tras una neblina de humo dulce bajo la luz de la luna, y sacudió la cabeza. Otra noche, otro baile. La tercera de su primera temporada oficial y ya estaba aburrida hasta los huesos. Arqueó una ceja al ver a lord Puff y lady Fluff salir al balcón y dirigirse a las sombras. Allí, la esposa de lord Tinkle tomaba un respiro de la vertiginosa algarabía del baile y del ojo patológicamente posesivo de su marido.

Ah, las vidas poco secretas de la nobleza. Jodie exhaló una bocanada de humo con ironía. Si la sorprendían fumando en el jardín, la noticia volaría por Londres en menos de una hora. Nadie se asombraría, por supuesto. Pero se deleitarían con lo que considerarían prueba irrefutable de su baja alcurnia. Como si hiciera falta evidencia para que expresaran sus juicios.

Suspiró, observando cómo lord Puff y lady Fluff doblaban hacia atrás a lady Tinkle sobre la balaustrada, intentando liberarle los pechos y ahogarla con la lengua. Si les sorprendían, habría un claro

de gargantas, un apresurado reacomodo de prendas y un acuerdo de caballeros, perfectamente adecuado, para que nadie jamás mencionara aquel incómodo momento.

A menos, claro está, que fuera Lord Tinkle quien los pillara. Eso sería feo. Se enfurecería por la naturaleza voluble e infiel de su esposa, golpearía a Puff y a Fluff hasta dejarlos hechos una pasta de sangre y luego arrastraría a Lady Tinkle a casa por el pelo para encerrarla durante el siguiente eón o dos. Ella contemplaría la posibilidad de arrojarse por la ventana de un piso superior y a lord Tinkle nunca se le ocurriría que podría haber un poco de hipocresía en sus continuas visitas semanales a Whitechapel y a la madame con las sábanas de seda india.

Y nadie en la alta sociedad pronunciaría ni una palabra sobre nada de eso en público.

—¿Por qué iban a hacerlo? —susurró Jodie con un suspiro, clavando el extremo del puro en la tierra junto a la cerilla usada—. ¿Cuándo han tenido que hablar de mí?

Sacó un caramelo de menta de su bolsita de cuentas, salió de detrás de la cubierta de un arbusto en flor y tomó el camino que conducía de vuelta a la mansión. Las torturas que uno acepta por mantener las apariencias y en nombre de la familia... La ropa cruelmente incómoda, los zapatos estúpidos y la conversación vacía ya eran bastante, pero lidiar con todo eso en salones de baile sofocantes y empalagados por el perfume... Realmente merecía algún tipo de medalla.

Jodie recogió sus faldas y subió los escalones hasta el balcón, ignoró el espectáculo en el rincón sombrío y se detuvo a medio metro del interior del salón de baile iluminado. Abrió de golpe su abanico e hizo lo posible por producir una brisa refrescante mientras observaba a la multitud, demasiado adornada y tan públicamente circunspecta. La temporada londinense en sí duraba apenas unos meses, se recordó a sí misma. Podía soportarlo.

La verdadera pregunta era si la sociedad podría soportarla a ella. Sonrió y agitó el abanico con más rapidez, preguntándose qué mensaje tácito estaría enviando esta vez y qué loca idea había dado lugar a aquel enrevesado sistema de señales. Dios no permita que la gente diga lo que piensa o, ¡horror de horrores!, exprese clara y honestamente lo que desea. No, si la gente hiciera eso, el mundo terminaría de forma repentina y horrible.

La sonrisa de Jodie se ensanchó. Según su hermana mayor, las matronas decían que Jodie estaba mucho más interesada en cortejar al Armagedón que en dejar que alguno de los solteros adinerados de la nobleza la atrapara. Era realmente asombroso lo perceptivas que podían ser las viejas gallinas. *Y cómo algunas de las chicas están completamente abrumadas,* añadió Jodie mientras veía a una de sus compañeras de sufrimiento echar un vistazo rápido desde detrás de una maceta con una palmera en la esquina más alejada. Pobre Peyton. Ser guapa, menuda, rubia, de ojos azules e hija de un marqués no parecía haber hecho mucho por su confianza; era bastante más ratoncita que chica.

Jodie cerró su abanico y se abrió paso entre la multitud. Peyton no era lo que ella consideraba una amiga. No, en absoluto. Solo se habían visto dos veces. La primera, hacía tres días, en el Palacio de St. Steven, mientras ambas esperaban «vestidas con ridículas alforjas y corsés horriblemente ajustados» su presentación formal ante la reina. Peyton casi se desmayó por el esfuerzo. Reforzarla había sido un acto instintivo, lo que dio pie a una breve conversación obligada una vez que la joven recuperó el aliento y el equilibrio.

Que Peyton no mostrara en absoluto presunción en ese primer encuentro propició un segundo: el baile de Lady Fulana, la noche anterior. Ninguna de las dos quería estar allí. Aunque por motivos muy distintos, al menos tenían eso en común, lo cual, Jodie sabía, era mucho más de lo que se podía decir de ella y de cualquiera en aquella terrible velada.

—Hola, Peyton —musitó mientras se deslizaba detrás de una maceta.

—Oh, Jodie —exclamó la otra, lanzando sus brazos alrededor de los hombros de Jodie y dándole un fuerte abrazo—, *tenía tantas* ganas de que estuvieras aquí.

—Eso te convierte en la única —respondió ella, riéndose entre dientes cuando la soltó. Se revisó los brazos para asegurarse de que no se había perforado por alguna de las cientos de lentejuelas rosa pálido de Peyton—. ¿Te escondes por alguna razón en particular o es más bien una medida de precaución?

Peyton se dejó caer contra la pared y miró al suelo.

—Anoche fingí un dolor de cabeza para quedarme en casa, pero mamá no se creyó que pudiera sufrirlas dos noches seguidas.

No fue una respuesta a la pregunta, pero Jodie no insistió. Tampoco señaló que una segunda evasión podría haber sido posible si Peyton hubiera sido lo suficientemente creativa como para desarrollar una dolencia diferente.

—Mi hermana insistió en que yo también tenía que estar aquí, —respondió Jodie, observando a la multitud arremolinada a través de un velo de hojas de palmera—. No sé por qué. Pero, en fin, considero que todo este proceso de presentarse en la alta sociedad es uno de los grandes misterios de la vida. Y también de los mayores tormentos.

—¿Te ha pedido alguien que bailes?

Jodie sonrió y dio un paso atrás para ayudar a Peyton a sujetar la pared.

—El truco está en no parar de moverse, en parecer como si tuvieras que ir a un sitio importante y en que los derribarás si se interponen en tu camino.

—Oh, no podría hacer eso.

—¿Hacer qué?

—Derribarlos, —aclaró Peyton.

—Yo sí que podría y ellos lo saben. Marca la diferencia, ¿sabes?

Sí, lo sabía. Al igual que sabía por sus breves encuentros que la chica no tenía la menor idea de cómo defenderse en una multitud de extraños. Cómo hacer para que un hombro impactara adecuadamente estaba completamente fuera de su alcance. Las cosas que algunas personas no enseñan a sus hijas. Alguien debería tomar a la pobre Peyton bajo su...

—¿Te gustaría aprender a hacerlo? —le ofreció Jodie, animada por la perspectiva de una diversión que bien podría durar meses. ¡Durante toda la temporada—. Estaré encantada de enseñarte.

—No creo que pueda...

—Tonterías —interrumpió Jodie con una sonrisa radiante—. Soy la prueba viviente de que cualquiera puede aprender a ser y hacer cualquier cosa.

La sonrisa de Peyton apenas se asomó, débil y vacilante.

—Te agradezco la oferta, Jodie, pero no hay esperanza de éxito, y ese empeño te dejaría sin tiempo para tus propias... —echó un vistazo entre las hojas—, ...aspiraciones.

Dios, aquella chica parecía ser su peor enemiga. ¿Acaso alguna vez decía algo sin que sonara a «no»?

—Me encantan los desafíos. En cuanto a mis aspiraciones... —Jodie rió suavemente, inclinándose para confesar—: Estoy soportando todo esto solo para hacer feliz a mi hermana y a mi tutor. Bueno, y porque me dieron el caballo que quería por ser complaciente. No pienso terminar la temporada atada por el codo, la cadera y el tobillo a un hombre.

Peyton la miró fijamente con los ojos muy abiertos durante un largo instante. Finalmente, parpadeó, tragó saliva y replicó con voz temblorosa:

—¿De veras? Yo me casaré con el primero que pida mi mano para no tener que pasar por esto nunca más.

Eso sí que es desesperado.

—Bueno, —se aventuró Jodie, sin inmutarse—, tienen que saber que existes antes de poder pedirte.

—Supongo que tienes razón.

Jodie ignoró el suspiro quejumbroso.

—Siempre tengo razón, Peyton —le aseguró, saliendo de su caparazón—. Confía en mí.

Peyton parecía como si le estuvieran pidiendo que caminara por la tabla, pero respiró hondo, y eso fue suficiente para que Jodie diera por hecho que estaba de acuerdo. Extendió las manos y las mantuvo allí hasta que Peyton, de mala gana, puso las suyas en ellas.

—Ahora levanta la barbilla —le indicó Jodie una vez que la chica estuvo plantada firmemente sobre sus pies. Peyton miró al techo—. No tan alto. A menos que quieras un tirón en el cuello y que la gente solo pueda ver tu nariz.

Peyton bajó la barbilla para darle una mirada horrorizada.

—¿Recuerdas cómo sostuviste la de Victoria durante la presentación? —sugirió Jodie.

Peyton sonrió cuando la imitó a la perfección.

—Lo tienes, querida. Ahora endereza los hombros.

Dios la bendiga, realmente no tenía ni idea de lo que era el punto medio en nada. Teniendo en cuenta su amplio pecho...

—Eso no está recto, —observó Jodie, tratando desesperadamente de no reírse.

—Son mis pechos, llegan a la habitación cinco minutos antes que el resto de mí.

Peyton suspiró y se dejó caer.

—¿Ves, Jodie? Soy un caso perdido. Me he pasado toda la vida siendo una buena chica y esforzándome mucho, como deben hacer las buenas chicas, para que no se fijen en mí. Y ahora... De la noche

a la mañana... —Sacudió la cabeza—. No sé cómo hacer para que se fijen en mí como es debido.

Obviamente. ¿Dónde diablos ha estado su madre en los últimos años?

—Vamos a arreglar eso, —le aseguró Jodie—. Mueve los hombros hacia atrás la mitad de lo que lo hiciste antes. Y ahora que hemos dominado la presentación básica, —dijo, apretando suavemente las manos de Peyton—. vamos a caminar, no, *a deslizarnos*, con toda la majestuosidad posible, hasta la ponchera y tomarnos algo de beber.

La mirada de Peyton se dirigió hacia la mesa de servicio. Sus ojos se agrandaron cuando miró a Jodie.

—Por favor, prométeme que no te irás y me dejarás sola ahí fuera.

—Lo juro por mi vida, —prometió, soltando las manos de Peyton—. Salimos de aquí, a la de tres, dominando el mundo y todo lo que vemos. ¿Lista? —Cuando la chica tragó saliva, Jodie levantó la barbilla y enderezó los hombros, diciendo—: Uno, dos, sígueme, tres.

Para su sorpresa, Peyton la siguió y, con valor, se colocó a su lado mientras se abrían paso por el borde del salón de baile. Era reconfortante comprobar que seis largos y terribles años de interminables lecciones de buen comportamiento no habían sido en vano. ¿Y quién hubiera pensado que lo poco que se había molestado en asimilar sería mucho más que lo que alguien más había logrado? Pobre Peyton. Abandonarla a su suerte habría sido una crueldad inmensa. Con suerte, lograría insuflarle algo de confianza antes de que la madre negligente escuchara las historias sobre la nueva amiga de su hija. Y cuando eso ocurriera…

Por supuesto, existía la posibilidad de que todos vieran en Peyton la influencia positiva y desesperadamente necesaria que era para ella. Jodie sonrió con ironía. No era lo más probable.



Jonathan bebió un sorbo de champán, miró el remolino de faldas por enésima vez esa noche y llegó a la conclusión de que la caza de esposas, aunque indiscutiblemente necesaria, era algo terriblemente aburrido. No solo tenía la mente entumecida por el intento de recordar nombres y caras que no le importaban en absoluto, sino que su rostro estaba casi paralizado por el esfuerzo de mantener una sonrisa totalmente falsa.

Movió la mirada por los bordes de la habitación y vislumbró rizos rubios y satén rosa. Debió de ser la sed extrema lo que hizo que su hermana saliera de detrás de las palmeras, pensó, mientras volvía a beber.

O tal vez no, se dijo, desviando la atención hacia la joven de cabello oscuro que estaba de pie junto a ella y que, obviamente, llevaba la mayor parte de la conversación. El vestido verde azulado que llevaba era inusualmente sencillo, lo que de alguna manera conseguía que la forma que envolvía fuera mucho más curvilínea. Y su cabello tampoco estaba recogido en un moño a la moda en la parte superior de la cabeza. No, se había recogido los lados hacia atrás y los había sujetado en un pequeño nido suave, pero había dejado que el resto de los preciosos rizos negros cayesen en cascada por su espalda desafiando a la moda. *Y las convenciones sociales,* añadió mientras una sonrisa de aprecio elevaba las comisuras de su boca.

—Supongo que has encontrado a alguien interesante.

Hizo una nota mental para trabajar en no ser tan transparente y luego respondió:

—Junto a la ponchera. La mujer que está con mi hermana. ¿Qué sabes de ella?

Su amigo de la época de Eton se inclinó ligeramente hacia delante y hacia un lado para ver mejor, pareciendo algo así como un

boliche tambaleante. Después de un momento, volvió al centro, tomó un sorbo de champán y respondió:

—Creo que es Lady Jodie Sheldon.

—Sheldon —reflexionó en voz alta—. No me suena.

—Probablemente porque nunca prestaste ni un ápice de atención a ese tipo de cosas.

—Probablemente porque no estaba en la línea de heredar nada que mereciera la pena para llamar la atención.

Palson le dirigió una sonrisa compasiva y levantó ligeramente la copa en señal de saludo.

—Es una de las hijas ilegítimas del viejo duque de Rochester —añadió—. La del medio. Según los rumores, tiene veinte años y su primera temporada se ha retrasado hasta ahora porque ha necesitado una eternidad y una legión de maestros de etiqueta para volverse mínimamente presentable.

¿Una legión, eh? A juzgar por el peinado y la sobriedad de su vestido, Lady Jodie parecía haberlos dejado atrás a todos.

—Sin duda es una belleza.

Palson carraspeó suavemente.

—Sí, bueno...

Ya fuera por las claras notas de desaprobación en la voz de Palson o por la forma en que Lady Jodie echó la cabeza hacia atrás para reírse en ese instante, ella logró que su pulso se acelerara, arquease una ceja y preguntase con interés:

—¿Hay alguna historia sobre ella?

—Bastantes, en realidad.

—¿Como cuáles? —Desde el otro lado de la habitación, no percibía artificio alguno en ella. Las probabilidades indicaban que debía ser una amante deliciosamente desenfrenada.

—Baste decir que casarse con ella aseguraría una vida infernal. Es un verdadero torbellino y la pesadilla de cualquier madre.

Justo por eso se convertía en una de las fantasías preferidas de los hombres. Ojalá no tuviera una voz que sonara como uñas rasgando una pizarra.

—Ponme un ejemplo de su terrible comportamiento.

—Va a horcajadas a caballo. ¿Hace falta que diga más?

—No, —admitió Jonathan, sonriendo mientras cruzaba el salón de baile hacia su hermana y el delicioso bocado que tenía a su lado.



—Diez minutos para la cena, Peyton, —anunció Jodie mientras su amiga daba otro sorbo al ponche almibarado—. Cuando la anfitriona toque la campanilla, dejaremos de bailar durante un par de... — Jodie frunció el ceño e inclinó la cabeza, tratando de captar de nuevo el sonido discordante.

—¿Pasa algo?

—No lo sé, —admitió—. Me pareció oír un crujido extraño.

—Quizá...

Lo que Peyton estaba a punto de sugerir se perdió en el estruendo ensordecedor cuando una enorme bola de fuego surgió por la escalera y estalló en el concurrido salón de baile. En un instante, las llamas se propagaron en todas direcciones, convirtiendo las risas alegres en gritos de pánico. Jodie permaneció paralizada, con los pies clavados en el suelo, mientras su mente registraba con una extraña calma que el aire de repente se volvía insoportablemente caliente y viciado. Era extraño, pues, aparte de las cortinas ardiendo como antorchas, aún no había mucho más en llamas. Si la gente lograra serenarse, estarían mucho mejor.

Aunque... Ya desaparecía el papel pintado detrás de la orquesta. Solo era cuestión de minutos antes de que toda la sala quedara envuelta en llamas. Evidentemente, el fuego había comenzado en uno de los pisos inferiores. ¿Cuál? ¿Y cómo?

Peyton la agarró de la mano y, sollozando,

—¡Ayúdame a encontrar a mi hermano! —la urgió Peyton, tirando de ella hacia la multitud que se agolpaba en las puertas del balcón.

Jodie la siguió, observando con calma y tomando nota: demasiada gente, un espacio demasiado reducido, puertas insuficientes... Si seguían la corriente de aquella marea humana que empujaba sin control... Algo se rompió en lo más profundo de su ser, y su mente volvió a funcionar con claridad. Agarrando con firmeza la mano de Peyton, desplegó toda la fuerza que le quedaba para arrastrarla hacia atrás.

—¡No! —gritó por encima del estruendo—. ¡Nos aplastarán! ¡Tenemos que ir por otro camino!

—¡Tengo que encontrar a Jonathan!

Tenía que encontrar a Brenley. Se lo aseguró a sí misma mientras escudriñaba el salón de baile, convencida de que probablemente estaría en los jardines, junto a la esposa de lord Denton.

—Encontraremos a tu hermano en cuanto salgamos —prometió, tirando de Peyton hacia las salas de juego masculinas, con la esperanza desesperada de que todas estuvieran conectadas y de que la última en la fila tuviera una ventana que diera al patio. Si tenían que saltar, tendrían que hacerlo; las probabilidades de sobrevivir a una caída eran mejores que las de quedar atrapadas en la estampida o refugiarse en un rincón donde el fuego las alcanzaría.

Con Peyton tambaleándose a su lado, el humo espesándose y quemándole los pulmones con cada jadeo, Jodie abrió paso entre las habitaciones, pasando junto a mesas de juego abandonadas

apresuradamente. Observó que los jugadores se habían llevado el dinero antes de huir, y su mente volvió a caer en sus extrañas observaciones distantes. Pensó en cerrar las puertas del salón de baile por detrás, aunque quizá otros habían tenido la misma idea y habían seguido la ruta que ellas tomaban. Tal vez los jugadores ya habían encontrado una salida, y solo les quedaba seguirlos. Eso sería un alivio.

Consciente de que las opciones se estrechaban, se permitió un pensamiento sombrío mientras corrían hacia una habitación que no tenía puerta, sino una ventana alta e intacta en la pared del fondo, y ni un alma a la vista. Detrás, Peyton gimoteaba. Jodie se detuvo lo justo para tomar un profundo respiro del aire denso y acre, soltó la mano de su amiga y se dirigió hacia la ventana. Al tirar frenéticamente de la hoja, la realidad del mundo más allá se hizo presente en su conciencia. Habían girado en la dirección equivocada. No era el patio trasero el que se extendía abajo, sino el camino de entrada.

No había nadie allí para ayudarlas, solo cocheros afanándose en alejar carruajes y caballos de la mansión en llamas para ponerlos a salvo. A nadie se le ocurriría mirar hacia arriba. Y, aunque lo hicieran, no estarían dispuestos a abandonar sus vehículos para complicarse aún más con el rescate de dos jóvenes insensatas.

Jodie volvió a tirar de la hoja, desesperada al ver que el humo se hacía más espeso a su alrededor. La ventana se negaba a moverse y ella renunció a intentar abrirla de esa manera. Dando vueltas, examinó la habitación en busca de algo pesado que pudiera lanzar por la ventana. El escritorio de la habitación solo tenía cosas pequeñas, nada que pudiera hacer una abertura de manera eficiente. Las sillas eran demasiado grandes para siquiera pensar en moverlas, y mucho menos en levantarlas y lanzarlas. La repisa de la chimenea... Se agarró las faldas y pasó corriendo junto a una Peyton que parecía estar congelada.

Jodie estaba a medio camino de la ventana con un atizador de hierro firmemente en la mano y preguntándose vagamente qué iban

a hacer una vez que rompieran el cristal cuando Peyton gritó:

—¡Jonathan!

Jodie dio media vuelta justo a tiempo para ver a Peyton lanzarse a los brazos de un hombre alto, de cabello oscuro e increíblemente ancho de hombros. Detrás de él había un hombre más bajo, rubio y con forma de pera, que cerraba la puerta. Peyton recibió un rápido abrazo antes de que la empujaran de nuevo hacia atrás.

—Pon una alfombra contra el borde inferior de la puerta, —dijo su hermano secamente, con la mirada oscura clavada en la de Jodie mientras avanzaba hacia ella con la mano extendida—. Permítame, por favor.

—Me alegra que haya llegado hasta aquí —comentó mientras le entregaba el atizador—. Estaba preocupada por usted. Soy Jodie.

—Encantado —respondió él. Ladeó la cabeza en dirección a su acompañante y añadió—: Ese es Palson —mientras se dirigía a la ventana.

—Encantada y todo eso, —dijo ella por encima del sonido de los cristales rotos. Palson asintió con brusquedad y pasó junto a ella para mirar por la abertura que había creado el hermano de Peyton. —Dios mío, Jonathan, —exclamó, enderezándose—. Es un salto de tres pisos. Hasta adoquines. Nos romperemos todos los huesos del cuerpo.

Mientras ambos escrutaban la habitación, Jodie se lanzó hacia las cortinas. Al aferrar un puñado de tela, la esperanza que ofrecían se esfumó. Sin embargo, tiró con fuerza, arrancándolas junto a sus varillas de los marcos de las ventanas. Una nube de polvo se levantó entre el humo, haciéndola toser y tropezar, mientras caía hacia atrás, con jirones andrajosos de damasco podrido aún en sus manos. Entonces, una firme banda de acero se ceñó a su cintura y la empujó con ímpetu contra una imponente pared de lana peinada y músculo.

—Quédese quieta —ordenó, haciéndola ponerse de pie tan abruptamente como había hecho con su hermana. Liberando a Jodie con la misma falta de ceremonias, añadió:

—Voy a cortarle la falda por el corpiño.

Y hacer una cuerda con ella. Brillante.

—Un poco atrevido, ¿no cree? —ofreció ella, apartando los brazos y observándolo cortar el brocado con un fragmento de vidrio puntiagudo—. Acabamos de conocernos.

Él giró la cabeza para mirarla, con una sonrisa maliciosa.

—Les dará algo de qué hablar si nos encuentran muertos.

Jodie se rió mientras Peyton gritaba desde la puerta:

—¡No quiero morir!

—Nosotros tampoco, Peyton, —aseguró a su hermana, cortando los últimos hilos del vestido de Jodie—. Y no vamos a hacerlo. Palson, coge un trozo de cristal y corta la falda de Peyton.

Mientras Palson se apresuraba a obedecer, Jodie salió de la tela verde azulado que se había acumulado a sus pies y luego la agarró, dándole la vuelta para que Jonathan pudiera cortar la costura que recogía y sujetaba el largo en la elegante cola llena de movimiento. Parte de su cerebro notó el humo cada vez más espeso que los rodeaba, trabajaron juntos en silencio y de manera eficiente para abrir las costuras y luego dividir la tela en tiras sustanciales.

Cuando creó la última, tomó dos de la pila a sus pies, encontró los extremos y los enrolló. Jodie arqueó una ceja y lo vio añadir un tercer tramo a la cuerda improvisada. Sí, estaba usando el nudo de bolina. Rápido, fácil, instintivo.

—Es usted marinero, —observó.

Mientras seguía trabajando con las manos, levantó la vista y arqueó una ceja mientras le dirigía una sonrisa torcida.

—¿Conoce a muchos?

—Hace tiempo que no.

Su sonrisa se amplió.

—Eso no es lo que he preguntado.

—Sí, pero es lo que estoy respondiendo.

Él se rió, con un sonido grave y retumbante que de alguna manera era emocionante y relajante al mismo tiempo. Ella se libró de tener que contemplar el significado de eso cuando Palson tiró tiras rosas sobre la pila de tiras verde azulado.

—¿Usamos el escritorio como ancla? —preguntó el corpulento hombre—. ¿Y lo movemos a la ventana?

Jonathan asintió mientras ataba y probaba nudos. Jodie lo dejó con la importante tarea, confiando en su habilidad, y fue a ayudar a su amigo a empujar el enorme mueble hasta su sitio. Peyton se unió a ellos y juntos consiguieron que la enorme bestia de caoba se tambaleara por la habitación. Mientras lo empujaban hasta su sitio, Jonathan dejó caer encima la bobina de tela anudada, tomó un extremo libre y se agachó para asegurarlo alrededor de la pata más cercana.

Rápidamente lo probó, usando todo su peso, y luego arrojó el largo por la ventana abierta, diciendo:

—Palson, tú primero.

—¿Por qué? —preguntó su amigo mientras se sentaba en el alféizar de la ventana y tomaba la cuerda.

—Uno de nosotros tiene que estar abajo para atrapar a Peyton o a Jodie si la tela o los nudos ceden.

—Oh, sí —respondió él, mirando hacia abajo—. Por supuesto.

—Eso —añadió Jonathan con una sonrisa maliciosa—, y porque si sostiene tu peso, aguantará al resto de nosotros.

De repente, la mirada de Palson se alzó del suelo.

—Nunca he confiado del todo en ti, ¿sabes?

—Y puedo entender por qué —replicó Jonathan con una risita —. Baja.

Palson respiró hondo y trasladó su peso del alféizar a la cuerda. La tela se tensó y el escritorio se deslizó ligeramente hacia la ventana, pero los nudos no cedieron ni un milímetro. Jodie se unió a Jonathan y a su hermana en la ventana, conteniendo la respiración mientras observaban cómo Palson se tambaleaba y avanzaba hasta alcanzar la seguridad del camino.

Cuando sus pies tocaron el suelo, Jonathan se giró, tomó a su hermana por los hombros y la sentó en el alféizar, diciendo:

—Tú eres la siguiente.

Los ojos de Peyton se abrieron como platos. Miró de un lado a otro entre ellos.

—Eso te dejaría a ti y a Jodie a solas, sin acompañante.

—¡Oh, por el amor de Dios, Peyton! —desafió Jodie, cogiendo la cuerda floja y forzándola en las manos de su amiga—. Dadas las circunstancias, no creo que tu hermano esté dispuesto a hacerme daño. *O que* mantener las apariencias sea la principal preocupación de nadie en este momento.

—Supongo que tienes razón, —logró decir ella mientras Jonathan levantaba sus pies y los balanceaba hacia afuera, girando todo su cuerpo y preparándola para el descenso.

—Sí, la tengo. Ahora vete. El aire se está volviendo irrespirable.

—Por no hablar de que aquí dentro hace un calor de mil demonios —intervino Jonathan a su lado.

Peyton se apartó del alféizar con decisión y confió su peso a la cuerda. Sin embargo, no avanzó ni un centímetro. Jonathan se inclinó, apoyando las manos en el alféizar, y dijo con paciencia:

—Quedarte ahí colgada no te va a servir de nada, Peyton. Tienes que aflojar lo suficiente para deslizarte.

Ella miró hacia abajo y luego volvió a mirarlo a él, con los ojos aún más abiertos que antes.

—¿Y si no puedo aguantar mi peso y me caigo?

—Palson se lanzará debajo de ti en un glorioso acto de sacrificio caballeresco. Caer sobre él será como aterrizar en un colchón de plumas.

Peyton miró a Palson, asintió con una mueca, tragó saliva y comenzó el descenso, aferrándose con fuerza a cada nudo.

—Nuestra cuerda ya ha aguantado a dos —murmuró Jonathan, apartándose de la ventana mientras su hermana se deslizaba hacia los brazos extendidos de Palson—. Podría romperse en cualquier momento.

Al ver a Peyton a salvo en el suelo, Jodie suspiró aliviada y recogió la cuerda destensada.

—Vaya, —dijo riéndose mientras se sentaba en el alféizar—, no es muy optimista.

Sonrió y se encogió de hombros.

—Solo estoy mencionando posibilidades en caso de que tenga algo que se arrepienta de no haber hecho antes de un final prematuro.

—Aparte de salir a tiempo de un edificio en llamas —ofreció ella, sacando las piernas—, no se me ocurre nada en este momento.

Mientras pensaba en Palson, de pie debajo de ella con los brazos en alto, Jonathan dijo por detrás:

—Bueno, hay algo que me arrepentiría de no haber hecho.

Oh, Dios, de todas las veces para que alguien derrame los anhelos de su alma...

—¿Qué sería eso? —preguntó obedientemente, mirándolo por encima del hombro.

Sus ojos brillaron y su sonrisa... Su corazón se aceleró y su pecho se apretó. Su respiración se le cortó dolorosamente en la garganta cuando él tomó su rostro entre las palmas de sus manos e inclinó su cabeza. *Él no está*... *Oh, sí lo está.*

Y oh, lo hizo. Completamente, de una manera maravillosa que derretía los huesos. Su respiración escapó en un suspiro cuando sus labios se separaron bajo los suyos. *Tan* bueno. Nunca en su vida...

Ella se balanceó y parpadeó cuando él la soltó. El ángulo diabólico y cómplice de su sonrisa la devolvió al momento. Y puso en primer plano su sentido de la autoconservación. Ella arqueó una ceja y anunció con aire regio:

—Eso fue de lo más impropio, ¿sabe?

—Por supuesto, —admitió él, con una sonrisa aún más amplia —. ¿Fue también placentero?

—Muy poco —admitió ella, bajando del alféizar—. Apenas.

Él se asomó tras ella.

—¡Oh, vamos! ¿Apenas?

—Sí —replicó ella, conteniendo la risa—. Pero debe admitir que es muy hábil haciendo nudos. Le reconozco ese pequeño destello de competencia.

Jonathan la observó mientras descendía con una agilidad y soltura que sugerían cierta familiaridad con escapadas nocturnas desde pisos altos. Dios todopoderoso, era una mujer interesante. Tenía agallas y sangre fría bajo presión. Literalmente. Añádase a eso que era hermosa y, por naturaleza, descaradamente provocadora...

—Ni siquiera he empezado a mostrarte los nudos, querida Jodie.

Capítulo 2

Una cuerda hecha de damasco anudado no se prestaba bien para mostrar sus verdaderas habilidades para escalar cuerdas, pero Jonathan hizo lo mejor que pudo con la oportunidad y descendió mano sobre mano con mucha más delicadeza de la que cualquiera de los demás había mostrado. Soltándose un par de metros más arriba, dejó caer el último tramo para aterrizar de pie. Tanto Peyton como Palson lo miraron con los ojos muy abiertos y con el asombro apropiado, el mismo tipo de asombro y aprecio que había diseñado para su descenso para obtener de Lady Jodie Sheldon. Desafortunadamente...

Jonathan miró a su alrededor y luego más lejos. Un destello de blanco que se movía hacia el final de la mansión en llamas le llamó la atención.

—¿A dónde va lady Jodie? —preguntó, entrecerrando los ojos contra el humo y las cenizas a la deriva mientras la miraba.

—A buscar a Brenley, —respondió su hermana.

—¿A quién?

—A Brenley, —repitió ella.

—No sé quién es.

—No lo dijo.

—Solo nos dio las gracias por la aventura, —intervino Palson—, nos deseó suerte para encontrar nuestro carruaje y se fue por su cuenta.

—Es muy independiente —murmuró Jonathan con una sonrisa. Pero cuando el primer carro de bomberos apareció a toda velocidad por el camino de entrada, su expresión cambió. Abandonó tanto la sonrisa como su plan original, improvisó uno nuevo y lo puso en marcha.

—Palson, ¿podría acompañar a Peyton a casa? —preguntó—. Lady Jodie no debería quedarse sin escolta.

Palson parpadeó.

—¿Tu hermana y yo solos en el carruaje? ¿Estás seguro?

No se tomaría esa libertad ni aunque se la ofrecieran en bandeja de plata.

—Dadas las circunstancias de esta noche, no creo que nadie se dé cuenta. O que les importe si se dan cuenta.

El hombre tardó un minuto en pensarlo, pero al final Palson asintió.

—Supongo que tiene sentido.

Tenía mucho sentido, pero una aceptación tibia era suficiente. Especialmente con Jodie poniendo más distancia entre ellos con cada latido. Jonathan se inclinó, plantó un beso rápido y superficial en la mejilla de su hermana y prometió:

—Te visitaré por la mañana.

Ella sonrió y lo miró con adoración.

—Gracias por salvarnos, Jonathan.

—No hice más que seguir el ejemplo de lady Jodie —replicó mientras se alejaba—. Es una mujer extraordinariamente sensata e ingeniosa.

Peyton se animó.

—¿Supongo que aprobarías que siguiéramos siendo amigas?

—Por supuesto. *De hecho, cuento con ello.*

—¡Gracias, Jonathan! —exclamó ella—. ¡Por favor, cuídate y nos vemos por la mañana!

Sonrió, saludó con la mano alegremente y se alejó a grandes zancadas. Sonrió al ver que Jodie se había detenido y se había subido las enaguas blancas y estaba en el proceso de quitarse las medias. Solo Dios y las mujeres sabían por qué era necesario hacerlo, pero él apreciaba mucho el espectáculo. Las piernas largas y de formas magníficas siempre habían sido una debilidad suya. Así como los pechos atrevidos. Y las curvas de reloj de arena. Y elegantes hombros. Y nucas sedosas. Y ojos traviesos y brillantes. Añada a eso aceptar un avance con una risa y un reto... Por lo que él sabía hasta ahora, Lady Jodie Sheldon estaba muy cerca de ser su idea de la mujer perfecta.

Calculó su ritmo para llegar a su lado justo después de que ella se hubiera bajado los dobladillos de la enagua y reanudara su camino hacia el final de la casa.

—Hola, otra vez.

—Hola. —Ella miró por encima del hombro y luego lo miró a él —. ¿Dónde están Peyton y Palson?

Oh, le gustaba la forma en que ella inclinaba la cabeza al encontrarse con su mirada. Tenía los pómulos más extraordinarios: altos, delicadamente esculpidos. Cuando la luz los acariciaba, parecía rogar que unos dedos curiosos los siguieran. Y su cuello… Largo, pero sin exageración, con la proporción perfecta para una seducción pausada. Bastaría con que un hombre lo besara desde el lóbulo de la oreja hasta el hueco de la garganta para que ella se derritiera en sus brazos, más que dispuesta.

Dios, iba a ser complicado ir despacio con ella. Y aún más difícil mantener la mente en otra cosa. ¿Qué le había preguntado justo antes de hacerle arder la sangre? Ah, sí. Por qué estaban solos. No pensaba ser completamente sincero al respecto. No cuando un motivo superficial bastaba por ahora. Carraspeó y apartó sus fantasías con un esfuerzo deliberado.

—Peyton y Palson están buscando nuestro carruaje y, con suerte, ya de camino a casa. ¿Quién es ese Brenley al que busca?

—Es mi acompañante de esta noche.

¿Acompañante? Maldita sea.

—¿Ah, sí? —preguntó con total naturalidad—. ¿Es probable que tenga que encontrarme con él en algún campo al amanecer por haberle cortado la falda?

Ella se rió suavemente.

—Es amigo de mi cuñado y tiene la edad suficiente para ser mi padre.

Era una noticia bastante tranquilizadora, pero era mejor estar seguro.

—La edad rara vez se tiene en cuenta en los emparejamientos.

Ella puso los ojos en blanco.

—Es como un tío favorito. Una pareja con Brenley sería pervertida.

Los ángeles no cantaron, pero tararearon unos compases de una melodía animada. Jonathan se quitó la chaqueta mientras caminaban y se la puso sobre los hombros, diciendo:

—Será mejor que se ponga esto.

De nuevo ella ladeó la cabeza para mirarlo.

—No tengo frío.

Él tampoco, y el fuego no tenía nada que ver. El ángulo de su barbilla era tan increíblemente provocativo que se metió las manos en los bolsillos y se obligó a mirar hacia otro lado.

—Estaba pensando en protegerla de las cenizas que se desprendían.

—Oh. Gracias. Es muy considerado.

Una mujer con más experiencia carnal sabría que no fue un gesto del todo magnánimo. Jonathan sintió una leve punzada de culpa, pero fue breve, apagada por la marea de agradecimiento. Una mujer instintiva y naturalmente seductora era algo muy poco común. De hecho, ahora que lo pensaba, no recordaba haber conocido nunca a una. Las mujeres de su mundo se dividían en tres categorías: cervatillas completamente despistadas como Peyton, tiburones depredadores deliberados como Amanda Cookson y un centenar de otras cuyos nombres no recordaba, e icebergs como su madrastra.

Lady Jodie Sheldon no era en absoluto como un cervatillo, ni mucho menos como un tiburón depredador, y desde luego no era un iceberg. Dios le diera fuerzas para resistir la tentación de ella de una manera mesurada y oportuna. Si se mostraba *demasiado atrevido* demasiado pronto y la asustaba, probablemente se daría patadas en la cabeza durante varios meses.

Doblaron juntos la esquina de la mansión en silencio y luego se quedaron paralizados en el mismo paso. El calor golpeaba con fuerza contra su rostro y tuvo que entrecerrar los ojos para mirarlo. Las llamas salían por las puertas del salón de baile y subían por las paredes de piedra ya ennegrecidas de la mansión. Las ventanas que aún no se habían hecho añicos por el calor brillaban prometedoras. Sabiendo que no había nada que los bomberos o cualquier otra persona pudiera hacer para salvar la estructura, apartó la mirada hacia el patio y los jardines.

En la luz anaranjada y palpitante del fuego y la lluvia de cenizas, la gente se movía como muñecos extrañamente articulados. Había grupos de ellos aquí y allá, algunos apiñados alrededor de un cuerpo tendido en el suelo, otros de pie, mudos y aferrados unos a otros. Otros se alejaban lo más rápido que podían y maldecían la indignidad de tropezar. Era inquietantemente parecido a las imágenes del infierno que el libro de Dante le había conjurado.

—Dios mío, —susurró Jodie.

Jonathan sacudió la cabeza para salir del trance y tomó el mando.

—Quizá debería describirme a ese tal Brenley —sugirió él con firmeza—, y dejar que yo mismo lo busque mientras usted espera junto a las demás damas.

—No soy una dama. A pesar del título —replicó ella, inclinándose hacia delante—. Y tres cuartas partes de los charlatanes que se agrupan bajo ese árbol estarán encantados de decírselo... con todo lujo de detalles.

Interesante.

—¿Y la otra cuarta parte? —inquirió él, sentándose a su lado.

—No pronunciarían una sola palabra ni aunque estuvieran sepultados hasta el cuello en pruebas irrefutables.

Él parpadeó y su mandíbula descendió un instante. Se recompuso enseguida, aunque tomó nota mental de reflexionar más adelante sobre las maravillas y posibles implicaciones del lenguaje que ella empleaba. En ese momento, otras cuestiones reclamaban su atención. Las tareas urgentes de rescate parecían haber concluido y, aunque aún había heridos por doquier, nadie parecía estar desatendido. Las lesiones que alcanzaba a distinguir abarcaban todo el espectro de gravedad imaginable.

—Si sigue adelante —advirtió—, es probable que vea algunas escenas espantosas.

—Como habrá oído, —replicó ella, continuando su camino y mirando alrededor del patio—, solo los últimos seis años de mi vida podrían describirse como protegidos. Ridículamente protegidos, en realidad. Pero mi memoria se remonta bastante más atrás. Le prometo que no voy a tener arcadas, ni a llorar, ni a desmayarme.

Sí, pero podría tener pesadillas. Y él no estaría en posición de ganarse su aprecio por ofrecerle consuelo en la oscuridad de la noche.

—No había oído hablar de usted —confesó—, pero lo que he presenciado esta noche me tiene profundamente fascinado.

—¿De veras?

Ignoró su sarcasmo.

—Por supuesto. Es muy diferente de todas las demás señoritas.

—Me *han dicho* que soy un auténtico diamante en bruto. Los charlatanes estaban de buen humor aquel día.

—Creo que la aspereza, como la belleza, la define el ojo del que la contempla. Personalmente, creo que el hombre rara vez mejora las creaciones de la naturaleza.

Se detuvo y se volvió lentamente hacia él. Levantó la barbilla. También lo hizo una ceja negra bellamente en forma de ala.

—¿Está intentando hacer que mi corazón se acelere con todo esto?

Bueno, sí. Él sonrió.

—¿Está funcionando?

—No.

—¿Qué *haría que* su corazón se acelerara? —Se inclinó ligeramente—. Solo una pista servirá.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —replicó él, disfrutando a fondo del juego.

Ella puso los ojos en blanco y se alejó, diciendo:

—No quiero que mi corazón se acelere y se dispare, muchas gracias.

Solo porque probablemente nunca había sentido la emoción de que se hiciera correctamente. Una vez más, como se estaba convirtiendo rápidamente en su patrón, él la alcanzó.

—Por eso eres tan fascinante. La mayoría de las mujeres sueñan con sentir el aleteo del amor verdadero.

—Sí, bueno, la mayoría de las mujeres son... —Cualquier observación que estuviera a punto de hacer se perdió cuando salió corriendo, gritando—: ¡Brenley!

El hombre, presumiblemente Brenley, hacia el que se lanzó, era alto y rubio, con el pelo a punto de volverse canoso, y vestía lo que sin duda había sido, al comienzo de la noche, un impecable traje de tela de alta calidad y fina confección. Ahora estaba muy quemado y le había quedado desprendida la manga izquierda o el hombro que tenía debajo.

—Gracias a Dios que estás bien —exclamó Brenley, estrechándola en un fuerte abrazo con un solo brazo—. Leslie y Mariane me habrían matado si te hubiera pasado algo.

La soltó para observarla rápidamente de arriba abajo, y luego dirigió la mirada hacia Jonathan con el ceño fruncido.

—¿Dónde está el resto de tu vestido y quién es este hombre?

—Mi vestido está colgando en tiras anudadas en una de las ventanas del frente —respondió ella con desenfado—. Y este es Jonathan.

—¿Jonathan qué?

Su expresión dejaba claro que no tenía la menor idea de con quién hablaba.

Ah, pero él sabía muy bien cómo comportarse como un caballero en toda ocasión.

—Lord Jonathan Garvey —intervino, tendiéndole la mano con naturalidad—. Marqués de Branwell. Lady Jodie es una amiga reciente de mi hermana, lady Peyton Garvey.

Su mirada era dura y abiertamente evaluadora, pero estrechó la mano y dijo:

—El honorable Adam Brenley.

—Es un placer, señor.

—Lo mismo digo.

Una vez cumplidas las formalidades, Jodie les pidió que siguieran adelante y les preguntó:

—¿Cómo se ha roto el brazo, Brenley?

—No está roto. Fue cortesía de lord Marthorpe. No permite que nada ni nadie se interponga en su camino para salvar su gordo trasero —comentó Brenley, lanzando una mirada alrededor—. Y si lo encuentro, le voy a dislocar esa nariz tan patricia que tiene.

Jodie carraspeó.

—Sí, pero eso puede esperar. La venganza, como dicen, es un plato que se sirve mejor frío. ¿Quieres que te llevemos directamente a un cirujano o que llevemos uno a la casa?

Brenley, absorto en la búsqueda de Marthorpe, no respondió.

—Si está dispuesta a arriesgarse —intervino Jonathan—, creo que podría recolocar su hombro aquí mismo.

Jodie lo miró, con los ojos brillantes y la ceja arqueada de una manera que decía que de repente se había vuelto un poco más interesante de lo que ella esperaba. No había tenido la intención de que eso fuera una consecuencia de ofrecer su ayuda, pero no obstante le complacía. La seducción era mucho más fácil, por no decir más rápida, si la mujer estaba lo suficientemente intrigada como para estar dispuesta a encontrarse con un hombre a mitad de camino.

La mirada de Brenley se posó lentamente en él.

—¿Se ha formado como médico? —Es más bien cuestión de tener una experiencia considerable en arreglárselas en ausencia de uno. Si sirve de algo, nunca he matado a nadie con mis esfuerzos.

Después de un momento de aparente contemplación, el otro entrecerró los ojos y preguntó:

—¿Y en cuanto a mutilar?

—Creo que habrían cojeado o algo peor si no lo hubiera intentado, —respondió Jonathan con sinceridad. Se encogió de

hombros y añadió, con la misma honestidad—: Pero supongo que no hay forma de saberlo con certeza.

Brenley volvió a tomarle las medidas y luego suspiró.

—Considerando todo... Vamos a intentarlo. Es muy doloroso y preferiría que se me quitara el dolor lo antes posible.

—Si se tumba, por favor.

Mientras Brenley se tumbaba con cuidado y algo torpemente en el césped, Jodie respiró hondo y preguntó:

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

—Bueno, no tiene por qué —respondió Jonathan—, pero le agradecería mucho que sujetara su brazo bueno y evitara que lo usara para golpearme.

Por alguna razón, había esperado que ella palideciera un poco ante la idea de que inmovilizar el hombro de su escolta pudiera implicar algo de violencia. Lo cual, se dio cuenta cuando ella echó la cabeza hacia atrás y se rió, había sido una completa subestimación por su parte. Dios Todopoderoso, era absolutamente hermosa. Y tan completamente, deliciosamente impredecible.

—Les agradecería, —ofreció Brenley desde el suelo a sus pies —, que ustedes dos no parecieran tan felices con esto. Sonreír y reírse ante la perspectiva del dolor de otro es bastante macabro, ¿saben?

—Lo siento, Brenley, —ofreció Jodie, arrodillándose sin contemplaciones a su lado—. Intentaré parecer debidamente horrorizada. ¿Qué tal así?

Brenley puso los ojos en blanco ante el inútil intento de ella de controlar su sonrisa, miró a Jonathan y dijo:

—Por favor, sigue adelante antes de que explote y destroce por completo mi traje nuevo.

Arrodillándose a su otro lado, Jonathan tomó con cuidado el brazo de Brenley.

—No creo que pueda hacerle más daño a su traje, señor, del que ya le ha hecho el fuego, —observó mientras comprobaba con cuidado la posición de los huesos y luego comenzaba a rotar con cuidado el brazo.

Le echó una mirada rápida a Jodie. Ante su asentimiento, puso su mano libre en el hombro y añadió con desenvoltura:

—Hay al menos una docena de agujeros de ceniza en sus solapas, ¿sabe? El satén es una tela bonita y todo eso, pero se quema muy fácilmente. Y el abrigo en sí está rasgado desde el bolsillo derecho casi hasta el dobladillo. Dudo seriamente que incluso...

El momento fue perfecto. El estallido fue audible, rápido y limpio.

—... el mejor sastre del mundo podría volver a coserlo, —continuó Jonathan ante el gemido de Brenley.

—Al menos, —dijo Brenley sin aliento mientras le soltaban los brazos y Jodie se sentaba sobre sus talones—, es un dolor diferente.

Jonathan asintió y tomó la mano buena de Brenley. Mientras ayudaba al hombre a sentarse, le aconsejó:

—Va a estar bastante dolorido durante unos días, y hasta que los músculos se asienten de nuevo, la articulación se le saldrá fácilmente de su sitio otra vez. Suponiendo que prefiera evitarlo, le sugiero que intente no forzar la articulación ni sobrecargar el brazo. De hecho, probablemente debería usar un cabestrillo para imposibilitar las actividades regulares durante la próxima semana más o menos.

—Podríamos hacer uno aquí y ahora con un trozo de mi enagua, —ofreció Jodie, alcanzando los dobladillos detrás de ella.

—Por desgracia, —dijo Jonathan, deseando que Brenley no estuviera allí para poder apreciar plena y verdaderamente el fino tobillo que Jodie estaba mostrando con tanta naturalidad—, no tenemos nada con lo que cortarlo.

Ella sacó algo de su liga que parecía un palillo. Él estaba reflexionando sobre lo extraño de eso cuando ella se dio la vuelta. Por segunda vez esa noche, se quedó con la boca abierta. Con la luz del fuego bailando a lo largo de la hoja de la estilete en su mano, sacudió la cabeza con asombro.

—¿Por qué no lo sacó cuando estábamos en el estudio?

—No lo necesitábamos. Lo estaba haciendo bastante bien con el fragmento de cristal y no quería insultar su sentido masculino de la maestría.

Qué amable por su parte.

—¿Suele asistir armada a los eventos sociales?

Ella arqueó una ceja.

—¿Usted no?

—No sabía que hubiera una razón por la que debería hacerlo. Por supuesto, he estado en el extranjero durante...

—¿Puedo decir algo? —interrumpió Brenley, mirando de un lado a otro entre ellos.

Jodie sonrió.

—Por supuesto, Brenley. Es su brazo.

—Sí, lo es —asintió él, adelantando el peso en un esfuerzo evidente por ponerse en pie.

Jonathan se apresuró a ayudarlo y le tendió la mano a Brenley. Mientras lo levantaba este, añadió:

—Ya voy demasiado mal vestido y ponerme el brazo en cabestrillo ahora no es un asunto de vida o muerte. Puede esperar hasta que lleguemos a casa. Y hablando de casa —prosiguió sin pausa—, es hora de que nos dirijamos hacia allá.

Jodie asintió, guardó el cuchillo y permaneció sentada, con la vista fija en las llamas que salían por las puertas del salón de baile.

—Aquí no podemos hacer nada —murmuró Jonathan, acercándose y extendiendo las manos hacia ella.

—¿Cuántos cree que quedaron atrapados? —preguntó ella sin apartar la vista del fuego mientras él la ayudaba a incorporarse—. ¿Cuántos cree que fueron pisoteados?

—No más que un puñado en cada caso —le aseguró Brenley—. Si es que fueron tantos. Westfield y sus compañeros estaban arrojando gente por el balcón para alejarlos del peligro. Como resultado, hay varios tobillos torcidos y rotos, pero son lesiones preferibles a las alternativas.

—No hay nada que se pueda hacer por quienes aún permanecen dentro —ofreció Jonathan en tono consolador, aunque su mente se preguntaba por qué una dama tendría callos en las palmas, por lo demás suaves.

Brenley carraspeó, con intención y en voz alta.

—Excepto rezar por sus almas, claro está.

—Por supuesto —asintió Jonathan, soltando las manos de Jodie y retrocediendo tal como Brenley, con silenciosa elocuencia, había dado a entender.

Jodie, apartando la vista de la destrucción. Inclinó la cabeza hacia atrás para sonreírle y su corazón se aceleró.

—Ya que ha enviado a Peyton y a Palson en su carruaje, ¿podemos ofrecerle un paseo hasta su casa?

Debería rechazar la oferta. Brenley no era ciego ni idiota.

—Sería muy amable por su parte. Gracias.

Capítulo 3

Jodie contempló al hombre que caminaba a su derecha y se preguntó cómo no se había dado cuenta hasta ahora de que era tan... bueno, guapo no era una palabra lo suficientemente descriptiva. Y realmente era algo más que una mera apariencia. Había muchos hombres en Londres con rasgos bien definidos y ojos muy, muy oscuros con pestañas gruesas. Y bastantes también eran altos y de hombros anchos. Pero había algo en Jonathan que no era nada común. Al menos no en su experiencia.

Un edificio en llamas a su alrededor y una huida en marcha no habían bastado para impedirle aprovechar la oportunidad de robar un beso. No es que lo hubiera arrebatado; no lo había hecho con pistola o espada, ni ella había opuesto gran resistencia. Su sonrisa se amplió. Bien, no había opuesto resistencia alguna.

Y si alguna vez parecía dispuesto a besarla de nuevo, desde luego no iba a chillar en señal de protesta ni a estremecerse de miedo, como harían todas las señoritas buenas y virtuosas. No, ni hablar. ¿Quién en su sano juicio preferiría ser buena y virtuosa antes que ser besada con pasión? Y Dios, Jonathan Garvey besaba realmente bien. Todavía podía sentir la suavidad de sus labios sobre los suyos. Y solo con recordarlo...

Jodie alzó la vista, decidida a llenar su conciencia con algo más que el espeso y líquido calor que se deslizaba tan deliciosamente por sus extremidades. Observó que la puerta del jardín que daba a la calle estaba a unos veinte metros más adelante, entreabierta, y pudo distinguir que los carruajes ya habían dado la vuelta para esperar a sus dueños. Esperaba que Peyton y Palson hubieran

encontrado el carruaje de Jonathan y ya estuvieran en casa, sanas y salvas. Probablemente Peyton se había puesto pálida ante la idea de un paseo sin acompañante y, después, se había refugiado en un rincón para rezar todo el camino para que nadie se enterara. Peyton era una chica tan buena.

Lo cual ella, sin duda, no era, tuvo que admitir Jodie. Si surgía la oportunidad de un paseo en carruaje a solas con Jonathan... Dado que su mente revoloteaba alegremente entre tales posibilidades, era casi un alivio que Brenley estuviera allí aquella noche.

Echó un vistazo a su izquierda y decidió que nunca lo había visto tan hosco. Su hombro le dolía, comprensiblemente, pero dudaba que fuera la única causa de ese ceño fruncido. No, ceño fruncido, corrigió, mirando con más atención. ¿Qué demonios podría tenerlo tan enfadado? Que le hubieran cortado la falda no era gran pecado, dadas las circunstancias. Su corpiño seguía intacto. Sin rasguños, de hecho. Conservaba todos los hilos de las enaguas y demás prendas interiores que llevaba puestas al salir de casa. Y no había la menor posibilidad de que él sospechara que la habían besado.

¿Estaría molesto por llevar a Jonathan a su casa? se preguntó mientras cruzaban la puerta. Si así fuera, era una falta de caridad intolerable, y ella iba a ignorar tanto su mal humor como su evidente determinación de mostrarse arisco.

El cochero se apartó del grupo que esperaba a sus patrones, con una sonrisa de absoluto alivio y felicidad.

—No habrás pensado que no lo lograríamos, ¿verdad, John? —preguntó ella, mientras él les hacía señas para que lo siguieran hasta el carruaje detenido a poca distancia.

—En absoluto, milady —replicó por encima del hombro—. Solo comentaba a los demás que, si existía una salida, usted la encontraría… y se llevaría consigo a media docena.

—Solo tres —le corrigió ella con una risa, justo cuando él abría la portezuela del carruaje—. Dos ya han regresado a casa. Solo

queda lord Branwell, que necesita transporte.

Miró más allá de ella y preguntó:

—¿Su casa en Park Street, señor?

—¿La conoce?

—Su cochero es mi primo, señor. Por parte de madre.

Se rió entre dientes, con un sonido bajo y retumbante que resonó en ella mientras la ayudaba a entrar.

—El mundo es muy pequeño hoy en día.

—Así es —se dignó comentar Brenley al entrar detrás de ella. Se dejó caer en el asiento trasero y frunció aún más el ceño justo antes de que Jonathan subiera y ocupara la otra mitad de su asiento.

Mientras el conductor subía a la cabina y emprendían el camino, Jonathan contempló el delicioso bocado que había en el asiento de enfrente. Que una mujer pudiera parecer tan positivamente cómoda vistiendo solo la mitad de su ropa en público era realmente asombroso. ¿Estaría igual de cómoda si se la quitara por completo? Si Brenley no estuviera allí, haría todo lo posible por averiguarlo. La forma en que una comisura de su boca se inclinaba invitadora hacia arriba... ¿Sabía ella lo que él estaba pensando? ¿Protestaría ante un avance más audaz?

—Me parece recordar, lord Branwell —comentó Brenley a su lado—, que le interrumpí antes. Estaba diciendo algo sobre haber estado en el extranjero recientemente.

Ah, comienza la inquisición.

—He pasado los últimos doce años en Estados Unidos y regresé a Inglaterra hace solo un mes —respondió Jonathan, decidido a manejar la situación con toda la gracia que pudiera reunir.

—¿Y qué le ha traído de vuelta después de una ausencia tan prolongada? Hubiera pensado que en ese tiempo se habría hecho

una vida que le hubiera costado abandonar. ¿O planea volver a ella en una fecha cercana?

Jodie bajó la barbilla y lanzó a su escolta una mirada oscura.

—Brenley, eso es indiscreto.

—Oh, no me importa en absoluto, lady Jodie —la aseguró Jonathan—. Es mejor que me hagan preguntas que me ignoren. —Se giró en el asiento para encontrarse con la mirada de Brenley y respondió—: Me había hecho una vida muy agradable en Estados Unidos, señor Brenley. No es que pasara demasiado tiempo allí de forma habitual. La mayor parte de los últimos doce años los he pasado a bordo de uno de mis barcos, surcando las aguas, como dicen, entre San Francisco y varios puertos del Lejano y Cercano Oriente.

Brenley no reaccionó en absoluto, pero Jodie se enderezó y sus hermosos ojos oscuros brillaron.

—¿Es usted capitán de barco?

—Capitán, propietario e importador de renombre —corrigió con una reverencia fingida. Se puso serio al volver a mirar a Brenley—. Fue en mi último regreso cuando me enteré de que había heredado inesperadamente el título de mi padre. Volví a casa inmediatamente para ocuparme de los asuntos de la herencia. En cuanto a volver a Estados Unidos en un futuro próximo... No será necesario. He trasladado mis oficinas a Londres y continuaré mis actividades de importación desde aquí.

—¿Un marqués en el comercio? —observó Brenley con sequedad.

—Prefiero pensar en ello como un marqués con un pasatiempo interesante. —Sonrió—. Eso también resulta, por pura coincidencia, se lo aseguro, obscenamente rentable.

Brenley claramente no estaba divertido.

—Dudo que otros en la sociedad sean tan creativos en su forma de pensar al respecto.

—No me importa mucho lo que piensen los demás. Nunca me ha importado.

Brenley lo miró con el ceño fruncido y el gesto se hizo más serio cuando la sonrisa de Jodie se volvió deslumbrante.

—Háble me de sus viajes —dijo ella, con la voz un poco entrecortada—. ¿Ha estado en China? ¿En Japón? ¿En la India?

Al diablo con Brenley.

—He estado en todos, —respondió Jonathan, disfrutando de su entusiasmo—. Mi viaje más reciente fue a las islas de la Polinesia y luego a la India, haciendo escalas por todo el camino.

—¿Qué tipo de cosas trae de vuelta?

—Sobre todo textiles, arte, muebles y alimentos nativos de Oriente. Todo exótico, por supuesto. Y la mayoría de ello rozando un poco la decadencia.

Su sonrisa se ensanchó.

—¿Cuántos barcos tiene?

—Tres.

Brenley murmuró:

—La *Constance*, la *Margaret* y la *Bernadette*. —Volviendo a centrar toda su atención en Jodie, continuó—: *Connie, Maggie* y *Bernie* para abreviar. Y antes de que pregunte, no, no tengo ni idea de por quién fueron bautizadas. Llegaron con historias que ellas, siendo damas de considerable discreción y orgullo, no han compartido conmigo. Y siendo un caballero, no he indagado.

Ella se rió como él esperaba y luego preguntó:

—¿Alguno de sus barcos está en el puerto? Aquí en Londres, quiero decir.

—*Maggie está* en China. *Bernie está* en la India. Pero si *Connie ha* doblado el Cabo de Buena Esperanza sin contratiempos, llegará a

Londres en los próximos días con la carga que adquirí en mi último viaje.

—Me encantaría verla. Y ver todas las cosas preciosas que trajo.

—Estaré encantado de hacerle un recorrido.

Podía sentir cómo Brenley se erizaba, pero antes de que el hombre pudiera exponer las Leyes de la Decencia, Jodie preguntó emocionada:

—¿Por casualidad ha comprado alguna jaula grande y elegante para pájaros?

¿Jaulas para pájaros? Eso no me lo esperaba.

—¿Cómo de grande?

Ella echó un vistazo a su alrededor.

—El tamaño del interior de este carruaje sería perfecto.

—¿Para qué? —preguntó él, riendo—. ¿Un poni?

—Mi hermana pequeña, Emma —explicó ella, sonriendo—, rescata animales heridos de todo tipo. Tiene un número considerable de pájaros que, aunque curados, no estarían seguros si los liberara. Tiene jaulas pequeñas por toda la casa y a menudo he pensado que sería mucho más fácil para ella cuidarlos si estuvieran todos en una jaula grande. Por no mencionar que disfrutaría mucho estando en la jaula con ellos. Es realmente una maravilla con los animales. Tendrá que conocerla a ella y a todos sus protegidos algún día. En fin, su cumpleaños es dentro de una semana y si por casualidad tiene una jaula así, le pagaría lo que usted quisiera por ella.

¿Lo que sea? Oh, eso sería...

—Dentro de lo razonable, por supuesto, —entonó Brenley con voz oscura.

—Ni se me ocurriría aceptar su dinero por nada —contestó Jonathan con suavidad.

—Pero no puedo aceptar regalos —protestó Jodie—. Sobre todo de hombres a los que apenas conozco. Se consideraría indecoroso. Me han dado innumerables sermones sobre ello.

—Entonces —planteó él, pensando rápidamente—, lo consideraremos un pago por haberle salvado la vida a mi hermana esta noche.

Ella puso los ojos en blanco y agitó la mano en un pequeño gesto de desdén.

—Me salvé la vida y simplemente la llevé conmigo. No fue un gran acto de valentía o sacrificio por mi parte.

—Sea cual sea su perspectiva, le agradezco mucho que no la dejara correr precipitadamente entre la multitud para intentar salir al balcón.

Ella suspiró y negó con la cabeza.

—Nos habríamos quedado en la parte de atrás y, teniendo en cuenta lo rápido que se propagaba el fuego en el salón de baile, no creí que fuera a servir de mucho estar en medio de la refriega.

—Ah, pero usted pensó cuando tantos otros no lo hicieron.

—¿Dónde estaba usted, —preguntó Brenley secamente—, cuando comenzó el incendio, lord Branwell?

Brenley, es usted un pesado.

—De camino al salón de baile para tomar una copa de ponche, —respondió él, omitiendo deliberadamente los demás detalles pertinentes—. ¿Dónde estaba usted cuando comenzó el incendio, señor Brenley?

—Estaba paseando por los jardines, solo, fumando un puro.

—Oh, por favor, Brenley, —replicó Jodie con el resoplido más adorable y poco propio de una dama. Se inclinó hacia delante, ofreciendo a Jonathan una hermosa vista de su escote mientras continuaba, diciendo—: Estaba con Lady Denton, y si algo estaba humeando eran las faldas de Lady Denton.

Jonathan se echó a reír mientras Brenley gritaba:

—¡Jodie!

—Ni se te ocurra fingir que eres inocente conmigo, Brenley. Te conozco.

—Sea como fuere, yo...

—Es un mujeriego notorio, —anunció Jodie, acomodándose en el asiento y mirándolo a los ojos—. No es ningún secreto.

Jonathan hizo todo lo posible por contener su diversión.

—Eso me imaginé.

—¿Hay una lady Branwell en alguna parte?

Jodie miró a su compañero de asiento y negó con la cabeza.

—Eso no ha sido ni un poco coqueto, Brenley.

—Me parece —contestó él irritado— que hemos superado el punto en el que la sutileza y la delicadeza son necesarias, y mucho menos esperadas.

Jonathan carraspeó y respondió:

—En la actualidad, la única Lady Branwell es la tercera esposa de mi difunto padre. Mi madrastra, Josephine.

—¿Es la madre de Peyton? —preguntó Jodie.

—Sí. —Decidiendo que las cosas irían mejor si él proporcionaba los detalles en lugar de dejar que Jodie los escuchara de otros, añadió—: Ella ha anunciado que tiene la intención de seguir el ejemplo de Victoria y pasar el resto de su vida de luto.

Ella asintió y se mostró un poco triste.

—Debe de haber querido mucho a su padre.

—En realidad, fue uno de esos matrimonios hechos a toda prisa para ser lamentados de inmediato y resentidos con mucho tiempo libre. Vivieron separados desde el principio. Su muestra pública de dolor por su muerte tiene como objetivo principal ganarse

la simpatía del público. Le doy un mes más, como mucho, para que se aburra de ello.

Mientras Jodie parecía reflexionar sobre la información, él dirigió su atención a Brenley y dijo:

—Si no tiene pareja, Sr. Brenley, considérese advertido de la inminente caza.

La sonrisa de Brenley fue tenue.

—Su madre...

—Mi madre —corrigió con firmeza—, lleva muerta diecinueve años.

Brenley tuvo la elegancia de hacer una mueca de dolor; un punto a su favor.

—Mis más sinceras disculpas. Y aunque se agradece la intención, no es necesario ningún aviso, lord Branwell. La reputación de su *madrastra la precede*.

Como la reputación de toda la familia precedía a *él.* Jonathan se preparó para lo inevitable, sabiendo que Brenley era de los que consideraban su deber informar a Jodie, y a él también, de lo terriblemente inadecuado que era.

Como era de esperar, Brenley carraspeó y dijo en voz baja:

—Como...

—¿De verdad? ¿Tan impropia es? —dijo Jodie, interrumpiendo a Brenley y mirándolos a ambos—. Entonces, ¿cómo es que Peyton es tan... bueno, tímida?

—Podemos ser honestos al respecto, —dijo Jonathan cuando el carruaje empezó a reducir la velocidad—. Mi hermana no solo es tímida; es dolorosamente torpe. Josephine quería un título y tener un hijo era su medio más seguro de conseguirlo. Sin embargo, ser una buena madre, y mucho menos una madre cariñosa, nunca fue una de sus aspiraciones. Peyton ha crecido al cuidado de niñeras y tutores. Si Josephine hubiera estado dispuesta a pagar salarios

suficientes para atraer a personas de mayor calibre y más refinadas al empleo, mi hermana habría recibido una mejor instrucción en las gracias sociales. Pero Josephine no lo hizo y, por lo tanto, Peyton tampoco.

—Oh, pobre Peyton.

—Agradezco su disposición a hacerse amiga de ella, —le ofreció sinceramente. El carruaje se detuvo y él se acercó al tirador de la puerta, añadiendo—. No creo que haya tenido nunca una verdadera confidente. Y desde luego nunca una de su misma edad.

—Creo que es una chica muy agradable, —dijo Jodie en voz baja mientras él salía—. ¿Le importaría que la visitara?

Sería mi mayor deseo.

—Estaría encantada y yo estaría increíblemente agradecido por su amabilidad. —Le hizo una breve reverencia y dijo—: Buenas noches, lady Jodie. Ha sido un placer conocerla —y luego le hizo un breve gesto de asentimiento a su infeliz acompañante—. Sr. Brenley, gracias por el paseo y espero que su hombro mejore rápidamente.

—Lord Branwell.

—Buenas noches, milord —se despidió Jodie mientras él cerraba la portezuela y saludaba al cochero.

Con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, vio alejarse el vehículo y sopesó las posibilidades. Por un lado, estaba la certeza de que Brenley no perdería ni un momento en contarle todos los detalles lascivos de la historia de la familia Branwell. Por otro lado, estaba la certeza de que el hombre solo conocía los escándalos públicos. Y a menos que Jonathan hubiera juzgado mal el temperamento de Jodie, ella no dejaría que nada de eso la disuadiera ni por un segundo.

Sí, admitió, sonriendo mientras subía por el camino de entrada de su casa, había muchas posibilidades de que ella estuviera con Peyton, esperándolo, cuando fuera a visitarla por la mañana.



—Ese es un hombre muy peligroso, ¿sabes, Jodie?

Bueno, claro que sí. Si Jonathan no fuera peligroso, no le habría echado un vistazo. Pero como no valía la pena decirlo así de claro, respondió con ligereza:

—¿Peligroso? Oh, en serio, Brenley. ¿No crees que te estás tomando el papel de Lord Protector demasiado en serio? Por el amor de Dios, el hombre es un par.

—No esperaba ser marqués y no ha llevado una vida fácil respirando el aire enrarecido de Inglaterra. Es un hombre con una considerable experiencia en el mundo. Me apostaría una docena de caballos, —continuó Brenley—, a que ha visto más de lo que le corresponde de lugares oscuros y negocios ilegales.

Ella también había llegado a esa conclusión. Y estaba fascinada.

—Te preocupas demasiado. Puedo manejarlo perfectamente.

Él se inclinó hacia delante para decir lenta y sucintamente:

—No, Jodie, no puedes. Lo que ves en la superficie no es en absoluto lo que hay debajo. Es un seductor de primer orden.

Dijo otro seductor de primera.

—Y te ha elegido para conquistarte.

Era realmente asombroso que la gente la considerara tan ingenua; cómo, en el transcurso de los últimos seis años, todos parecían haber olvidado dónde y cómo había vivido los catorce anteriores.

—Me halaga mucho que él pueda considerar que merezco el esfuerzo, pero se va a llevar una decepción.

—Tienes que mantenerte alejada de él.

Sabiendo que todas sus garantías caían en saco roto, contuvo un suspiro de frustración y eligió otro rumbo.

—Haré todo lo posible, Brenley. Lo prometo.

Brenley sonrió levemente.

—Hubiera preferido no decir nada al respecto, pero como sé muy bien que no te ha disuadido en lo más mínimo mi apelación a tu sentido común... Tu príncipe azul es el último varón superviviente de la familia Branwell. Son conocidos desde hace tres generaciones como los Lunáticos Branwell. Sé que no es una referencia muy amable, pero ha resultado bastante acertada.

—¿Lunático? —exclamó ella—. Vaya, Brenley, has caído muy bajo. Jonathan me parece perfectamente cuerdo. ¿Has notado alguna peculiaridad en su comportamiento? ¿Algún tic? ¿Me habré perdido sus ojos girando como un molinete?

—Su abuelo paterno —continuó Brenley con severidad—, era un hombre devotamente religioso que, durante la luna llena, mostraba una inclinación por retozar en parques y fuentes públicos sin una sola prenda de ropa y en compañía de... mujeres extrañas.

—Putas, —aclaró ella.

—Bueno, sí. —Él carraspeó.

—Admito que era extraño, pero llamarlo lunático es ir demasiado lejos, Brenley. La única diferencia entre el abuelo Branwell y la mayoría de sus pares es que estos últimos limitan sus retozos grupales desnudos al interior de un burdel o de sus casas de la ciudad.

—Además, murió de... enfermedades.

—Muchos hombres lo hacen, —señaló ella—. Y como nunca hemos tenido la oportunidad de hablar del asunto, permíteme aprovechar esta «ya que es tan perfecta» para expresar mi más sincera esperanza de que esté tomando precauciones en *sus travesuras* para evitar ese horrible destino.

Sus ojos se abrieron como platos y balbuceó:

—Las damas no... —Se tragó el resto del decreto, con el labio inferior entre los dientes.

Se abstuvo de insistir más en el asunto, sonrió amablemente y se acurrucó más profundamente en la chaqueta de Jonathan. Qué conveniente que se hubiera olvidado de devolvérsela cuando él se bajó del carruaje. En cuanto a las excusas, la necesidad de devolverla serviría como la excusa perfecta para ir a ver a Peyton por la mañana. Y si pasaba por la casa para ver cómo estaba Peyton después del estrés de esa noche... Bueno, no podía levantarse y huir al verlo. Eso sería de una grosería desmesurada. Por no decir tonto y vergonzoso.

—El hijo del viejo, el padre de Jonathan, era un borracho furioso.

Jodie se tragó un gemido y Brenley continuó diciendo:

—No creo haber visto nunca al hombre ni siquiera cerca de estar sobrio. Y tampoco era un bebedor jovial. Era mezquino y grosero y se metía en peleas públicas. En los últimos años, la mayoría de las veces con *su hijo* mayor, que había seguido sus pasos empapados de alcohol.

—Muchos hombres beben en exceso —replicó ella con cansancio—. De forma habitual.

—Sí, pero muy pocos compañeros borrachos del reino son encontrados muertos con su hijo mayor, con balas atravesando sus corazones.

—A menos que fueran víctimas de un robo que salió terriblemente mal.

—Los encontraron en el estudio de su casa de campo —insistió Brenley, con un tono de triunfo en la voz—, y en la investigación se concluyó que se trataba de un asesinato y un suicidio. El título pasó al siguiente hijo, Steven, un hombre de inclinaciones artísticas que se arrojó al Támesis poco después.

—Todo es muy trágico —admitió ella. —Pero, en mi opinión, no sugiere tanto locura como una familia que siempre ha tenido más dinero que sentido común.

—Y el actual lord Branwell es uno de ellos.

Casi al final, Jodie, con la paciencia al límite, logró esbozar una sonrisa y una pequeña risa.

—Bueno, Peyton ciertamente no es una lunática y tampoco he visto nada en la conducta de Jonathan que sugiera que lo sea.

—Aun así, creo que...

—¿Que los errores y los malos juicios de los padres, —sugirió con frialdad—, siempre los perpetúan sus hijos?

Él carraspeó y se ajustó el cuello almidonado antes de protestar:

—Eso no es en absoluto lo que estaba diciendo.

—Sí, —insistió ella con tristeza—, eso es exactamente lo que estás diciendo, Brenley.

Por indirecto y oblicuo que sea.

—Jodie, —comenzó él, con una mirada de profunda angustia.

—Bonita noche, ¿verdad? —dijo ella con ligereza, interrumpiéndole cuando el carruaje giró y comenzó a subir por el camino de entrada—. Dejando a un lado el horrible incendio, claro. ¿Crees que podría tener suerte y que cancelarán la temporada para un período de luto?

—No lo sé, pero sinceramente espero que no.

—¿Por qué? ¿Has estado rellenando las tarjetas de baile por adelantado?

—Lord Branwell no es un pretendiente aceptable, Jodie. Debes seguir buscando y decidirte por alguien más seguro. Que la temporada continúe serviría a ese fin.

Jonathan no era un pretendiente; era un seductor. Ya habían establecido la distinción. No dispuesta a seguir discutiendo el asunto, sonrió con amabilidad y dijo:

—Dudo que los decanos consulten a ninguno de nosotros sobre el asunto, así que no podemos hacer nada más que aceptar su decreto con la mayor elegancia posible.

Brenley abrió la boca para responder, pero el carruaje se detuvo y el lacayo abrió la puerta para salvarla. Agarrándose al abrigo de Jonathan con los hombros, saltó al pórtico de adoquines y luego se volvió para esperar a Brenley.

—Espero que tu hombro te permita dormir esta noche —comentó mientras él se unía a ella para subir las escaleras de piedra y cruzar la puerta abierta—. Y me alegro de que no hayas salido más herido de lo que estás.

—No es del todo malo, —le aseguró con su sonrisa habitual—. Sobre todo si me lo pongo en cabestrillo. Las damas se verán obligadas a ofrecer sus condolencias y expresar su preocupación.

Por supuesto. Y no es de extrañar que reconociera los motivos subyacentes de Jonathan Garvey. Los lobos solían saber cuándo se acercaba otro. Ella se detuvo en el vestíbulo y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Brenley. Dulces sueños.

—¡No sueñes en absoluto! —le gritó cuando ella comenzó a subir las escaleras—. ¡Y ciertamente no sobre hombres difamadores!

—No lo haré, —prometió, simplemente porque sabía que debía hacerlo. Así era su vida, reflexionó mientras caminaba por el pasillo hacia su habitación. Cada momento de su vida estaba envuelto en la expectativa de cumplir con las expectativas, grandes y pequeñas. Hacer esto, hacer aquello. Y por el amor de Dios, *no hagas* eso. La lista de cosas que no debía hacer era interminable y todos parecían pensar que el destino del Imperio Británico dependía de su capacidad para memorizarla y vivirla.

No es que no hubiera tantas reglas para aquellos que no habían sido elevados al estatus de hija de un duque muerto, admitió mientras cerraba la puerta de su dormitorio tras de sí. Es solo que las reglas para ellos eran considerablemente más prácticas. Si las ignorabas, bien podías acabar muerto por cualquier cantidad de espantosos medios. Lo cual, en definitiva, hacía que las restricciones no solo fueran comprensibles, sino también considerablemente menos irritantes.

Suspiró, se quitó las sandalias y después deslizó de sus hombros el abrigo de Jonathan. Luego se quedó inmóvil, saboreando el aroma que la envolvía: un toque de especias, una sombra de algo profundo y amaderado, el más leve susurro de luz solar. Alzando el abrigo hasta el rostro, hundió la cara en el cálido forro de satén y aspiró hondo el aroma de Jonathan Garvey.

Jodie se apartó y contempló la tela de seda negra con el ceño fruncido. Resultaba imposible contar de forma razonable la cantidad de hombres que se habían cruzado en su camino a lo largo de sus veinte años: hombres de todas las clases sociales, con todos los vicios y virtudes imaginables. Algunos habían sido apuestos, otros no. Algunos tan evidentemente depravados que representaban una amenaza física, y otros simplemente interesantes en ese sentido de… cielos, ¿de verdad lo dejan andar libremente por ahí?

Pero ninguno de ellos la había interesado jamás en un plano personal, de una forma que...

Jodie sonrió suavemente. Ninguno había hecho que su corazón se acelerara. Al menos no de una buena manera. No como Jonathan Garvey.

Y no es que ella se lo hubiera admitido a él ni en un millón de años. Darle a Jonathan aunque fuera un poco de ánimo solo llevaría a que él se lanzara con más audacia.

La perspectiva de ello, tuvo que admitir mientras dejaba a un lado su chaqueta, hizo que su corazón se acelerara de la manera más deliciosa y emocionante. El peligro residía en cuánto le gustaba

la sensación. Lógicamente, sabía que debía mantenerse alejada de él; era un pícaro y un escándalo en potencia. Por supuesto, lógicamente, tampoco debería montar caballos briosos. Y lo hacía. Todo el tiempo. Y no lo haría de otra manera.

Montando a Jonathan Garvey... Jodie arqueó una ceja y desabrochó los botones de su corpiño, asombrada e intrigada por la claridad y el detalle de las imágenes que pasaban por su mente. Habiendo pasado su infancia en burdeles, había visto hacer el amor en todas sus formas y posiciones. Dada la naturaleza comercial de los intercambios, siempre había percibido el sexo como un hecho de la vida bastante mundano y en gran medida aburrido. Por supuesto, nunca, ni una sola vez en todos sus años, había sido capaz de imaginarse ni siquiera vagamente teniendo sexo. Ser capaz de forma tan repentina e inesperada no solo de imaginarlo, sino también de ver lo tremendamente placentero que sería con Jonathan Garvey...

Sin embargo, las chicas buenas y las mujeres virtuosas no disfrutaban del sexo. Todo el mundo lo sabía. Y todos sus maestros de conducta se habían esforzado mucho para asegurarse de que entendiera que debía casarse por dinero y posición social y luego cumplir tranquilamente con sus obligaciones en el lecho conyugal. Como a veces era más fácil dejarse llevar por la corriente, siempre había asentido, dejando que pensaran que realmente tenía la intención de casarse y que se comportaría como debía una vez que lo hiciera. La idea del matrimonio seguía sin atraerla más que nunca, pero la posibilidad de retorcer las sábanas con Jonathan...

Jodie se dejó caer en la cama y miró al techo, preguntándose cuánto escándalo podrían tolerar Mariane y Leslie.

Capítulo 4

Jodie estaba en el salón, con la chaqueta de Jonathan colgada del brazo, y esperaba que el mayordomo no tardara en encontrar a Peyton. A medida que iban pasando las habitaciones... En casa, el salón susurraba una bienvenida muy refinada pero decididamente alegre a los visitantes. El salón de los Garvey, sin embargo, no susurraba ni decía bienvenida. No, prácticamente gritaba. Y el mensaje era muy claro: *Tenemos dinero. Montones de dinero.*

Probablemente todo era muy impresionante, admitió Jodie, mientras estudiaba un par de sillas blancas de aspecto bastante frágil con volutas doradas y asientos tapizados de colores vivos. Por desgracia, el esfuerzo que se había dedicado a la adquisición y la exhibición se había desperdiciado en gran medida en alguien como ella. Ahora bien, si la madre de Peyton hubiera pensado en colgar un escudo normando y un par de claymores escoceses sobre la repisa de la chimenea... Intereses diferentes, gustos diferentes, supuso.

—¡Jodie! ¡Qué sorpresa más maravillosa!

Se volvió hacia la puerta del salón al ver a Peyton. Peyton sonreía y parecía ajena a las gigantescas salpicaduras de color rojo brillante que caían en cascada por la parte delantera de su bata blanca. Jodie hizo una rápida valoración y luego asintió hacia la mano derecha de su amiga, preguntando:

—¿Te has cortado, Peyton?

Peyton levantó la mano.

—¿Esto? Es pintura. Estoy en el invernadero haciendo todo lo posible por desarrollar las habilidades esenciales de una verdadera dama. Gracias por rescatarme. —Su sonrisa se amplió—. Otra vez.

Jodie se rió entre dientes y levantó el brazo que sostenía la chaqueta de Jonathan y dijo:

—Tu hermano me prestó su abrigo anoche y pensé que tal vez podrías devolvérselo con mi agradecimiento.

—O puedes devolvérselo y agradecérselo tú misma, —replicó su hermana, radiante—. Prometió visitarme esta mañana y lo espero en cualquier momento.

Si iba a ser sensata y muy prudente, ahora era el momento de inventar una excusa y salir corriendo.

—Oh, sí, eso sería aún mejor. ¿Qué estás pintando?

—Ven conmigo y te lo enseñaré. —Y con esa orden alegre, Peyton se dio la vuelta y se dirigió al resto de la casa, dejando que Jodie la siguiera, para observar alternativamente la increíble cantidad de muebles elegantes que revestían los pasillos y maravillarse de lo diferente que era Peyton Garvey en casa. No se escondía. No miraba a hurtadillas. Aquí se mostraba con la cabeza alta y los hombros rectos. ¿Por qué no había sido capaz de llevar esa clase de confianza y presencia de forma natural a un salón de baile?

—Se supone que es una naturaleza muerta con rosas, pero no va muy bien —comentó Peyton al entrar en el invernadero y dirigirse hacia el caballete, rodeado por un conjunto de sillones de mimbre bien acolchados—. Mis rosas parecen más pasteles de barro que flores. ¿Te apetece un té?

—Un té estaría bien, gracias —respondió Jodie, observando el cuadro mientras Peyton trasteaba con el carrito del té. Luego echó un vistazo al pedestal que, probablemente, servía de modelo para la pintura.

Dios… decir que no va bien era quedarse muy corto.

—¿Tú pintas, Jodie?

—No, si puedo evitarlo —admitió ella, dejando el abrigo de Jonathan sobre el respaldo de una silla y aceptando la taza y el platillo que le tendía su amiga—. Mi hermana mayor contrató una vez a un instructor que hizo un valiente intento por sacar al artista que supuestamente había en mí. Al final tuvo que admitir que no había nada que sacar.

—El mío se ha ido de vacaciones muy largas y se ha olvidado de volver a casa —dijo Peyton, tomando su propia taza. Luego se quedó mirando su cuadro y añadió—: Lo cual me parece muy egoísta por su parte. Steven podía pintar cuadros que parecían inquietantemente reales. Y Jonathan es capaz de hacer cosas espectaculares con un simple trozo de carbón y apenas un par de movimientos de muñeca. No es justo que ellos tengan todo el talento y no me hayan dejado nada a mí.

—Estoy segura de que es solo cuestión de quererlo lo suficiente, —ofreció Jodie diplomáticamente—. Y de dedicar tiempo a practicar.

—¿De verdad lo crees?

No, pero decirlo sería hiriente.

—Quizá sea más cuestión de que los bodegones no te inspiran. ¿Has intentado alguna vez pintar algo que te resulte más interesante?

Peyton asintió y suspiró.

—El gato no se queda quieto el tiempo suficiente.

—Sí, tienden a tener mente propia —admitió—. Cuando se hartan, se hartan.

—¡Podría pintarte!

A Jodie no se le ocurrió nada que decir. Bueno, nada que pudiera considerarse mínimamente agradable. Si Peyton no era capaz de pintar una flor reconocible, las probabilidades de que lograra reproducir un rostro de forma fiel eran… escasas.

—¿Posarías para un retrato, Jodie? Por favor, di que sí. Podrías regalárselo a tu hermana y a su marido.

Estaba atrapada por pura amabilidad, y lo sabía.

—Bueno…

—¡Oh, gracias! —exclamó Peyton, radiante, dejando su taza de té de nuevo en el carrito—. Esto será muchísimo más divertido que botellas de vino vacías y flores marchitas sobre un pedestal ridículo. ¿Te gustaría posar?

—¿No basta con sentarse en una silla y parecer importante?

—Por supuesto que no —le aseguró Peyton—. Necesito capturar tu verdadera esencia. Tu energía, tu confianza. Quiero que quien mire el cuadro sepa, sin lugar a dudas, que eres la persona más interesante que podría esperar conocer.

Dada la habilidad artística de Peyton, lo único que la gente iba a saber era que Peyton debería dedicarse al bordado.

—Tal vez podríamos ofrecerle al gato un poco de pescado y un cuenco de nata. ¿Dónde está?

Peyton se rió y le quitó la taza y el platillo, diciendo:

—¿Por qué no das una vuelta por el salón y buscas un lugar en el que te sientas cómoda posando mientras yo preparo el lienzo y los pinceles? No tardaré mucho. Siempre tengo varios lienzos preparados por si la musa me visita de repente y me invade una oleada de impulsos creativos.

Si esa expectativa no fuera la misma definición de optimismo infundado... Pero, bendito sea el corazón de Peyton, estaba tan esperanzada y confiada que no había nada que hacer más que seguir adelante y dejarla intentarlo. Mientras Peyton iba a un armario de almacenamiento en el rincón más alejado de la sala de cristal, Jodie se quitó la chaqueta de montar y la puso sobre el abrigo de Jonathan en el respaldo de la silla. Cuando su amiga regresó con un lienzo nuevo muy grande y muy blanco, Jodie había

decidido que la tumbona tenía el cojín más grueso y la mejor oportunidad de ser cómoda durante casi una eternidad.

—¿Qué tal así, Peyton? —preguntó, sentándose y arreglándose la falda para que la raja de montar no fuera demasiado evidente.

—Inclina un poco la cabeza hacia un lado, creo.

Jodie hizo lo que le pidió, pensando que tenía que parecer uno de los gatos de Emma observando un pájaro a través de la ventana.

—No, me equivoqué. Ponlo como lo tenías.

Jodie obedeció gustosa y trató de no suspirar demasiado fuerte mientras Peyton empezaba a inclinar *la cabeza* en varios ángulos mientras la estudiaba desde detrás del caballete. Dios, iba a ser un día muy largo. Si no fuera por la promesa de...

Como si lo hubiera conjurado con solo pensarlo, Jonathan entró en la estancia. Jodie sonrió y dejó que su mirada lo recorriera lentamente, desde su hermosa cabeza hasta sus varoniles pies enfundados en botas. Fue un viaje tan placentero que lo repitió al revés. Sus ojos oscuros brillaron cuando ella lo miró y su sonrisa se inclinó con complicidad.

—¿Qué hacéis aquí vosotras dos? —preguntó él, dirigiéndose a su hermana y a Jodie con naturalidad.

Peyton abrió mucho los ojos y se dio la vuelta, sonriendo.

—¡Voy a pintar el retrato de Jodie!

Él arqueó una ceja, pero se guardó su opinión para sí mismo mientras se acercaba a su hermana y le daba un abrazo. Mirando por encima del lienzo, se encontró de nuevo con la mirada de Jodie y le dijo suavemente:

—Buenos días, lady Jodie.

Su corazón se aceleró y habría jurado que había sentido la yema de sus dedos rozando sus labios.

—Buenos días, lord Branwell —consiguió decir, a pesar de estar decididamente sin aliento—. Olvidé devolverle el abrigo anoche y se

lo he traído. Gracias por ser tan considerado.

—Ha sido un placer —respondió él, dejando aparecer de nuevo su sonrisa cómplice—. ¿Se siente cómoda sentada así?

En realidad, no lo estaba en absoluto, pero no tenía nada que ver con la postura o el asiento. De pie tampoco mejoraría la situación. A menos que fuera hacia donde él pudiera abrazarla y atraerla contra sí.

—Supongo —respondió ella, preguntándose por qué aquella mañana la había llenado de sensaciones que la noche anterior no había experimentado. ¿Acaso el estrés del incendio había nublado tanto su percepción? Dios mío, era, nada menos que... embriagador.

Sin apartar la mirada, con esa sonrisa suya tan particular, él preguntó:

—¿Puedo hacerle una o dos sugerencias?

Peyton le sonrió.

—Oh, sí, por favor, Jonathan. Eres muy bueno en este tipo de cosas y necesito toda la ayuda que pueda conseguir.

—Los ángulos rectos o agudos no favorecen mucho a los retratos. Lady Jodie, si fuera tan amable de recostarse cómoda y completamente en la tumbona.

Y espérame ahí, pensó ella sin querer. Apartó la mirada de él y se acomodó como le había pedido, subiendo las piernas y girándose de lado. Apoyada en el brazo de la tumbona, preguntó:

—¿Así?

Peyton observó desde un costado del caballete.

—Oh, sí. Así está mucho mejor.

Jonathan alzó la vista por encima del lienzo, la contempló con detenimiento y, lentamente, arqueó una ceja para preguntar:

—¿Siempre lleva una cinta en el pelo?

—La verdad es que muy pocas veces —admitió, sin decirle que había decidido recogerse el pelo esa mañana con la esperanza de que le gustara el estilo. Ya está bien de intentarlo.

—Por favor, siéntese libre de quitársela.

Y cualquier otra cosa que te apetezca.

—¿Dónde están tus lápices, Peyton? —preguntó mientras Jodie controlaba su mente rebelde, tiraba de la cinta y deshacía el lazo.

—¿Lápices?

—Sí, para dibujar las líneas básicas.

—Oh. Están en mi habitación. Ahora mismo vuelvo.

Jodie se reclinó distraídamente en el brazo de la tumbona y observó asombrada cómo Peyton salía disparada. Anoche, en medio de un incendio, Peyton se había preocupado por dejar a su hermano y a ella solos en una habitación llena de humo. ¿Pero hoy? Al parecer, con el amanecer de un nuevo día, se podía confiar en que se comportarían.

—Está muy almidonada.

—¿Almidonada? —repitió, dirigiendo la mirada a la de Jonathan.

—Recatada, correcta y muy respetable.

La mirada en sus ojos era todo lo contrario.

—Peyton planea darle el retrato a mi hermana y a su marido —explicó, sonriendo—. Rezan todas las noches para que sea recatada, correcta y muy respetable. Estarán encantados de saber que al menos soy capaz de parecerlo.

Él se rió, con un sonido deliciosamente bajo y retumbante.

—Con Peyton empuñando el pincel —comentó, acercándose a ella—, su retrato, cuando esté terminado, parecerá un mono destrozado sobre un cojín maltrecho. Jamás saldrá de esta casa. No

hay nada de malo en relajarse y mostrarse tal cual durante el proceso. Nadie más que nosotros lo sabrá jamás.

Ella tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarle.

—¿Y qué implicaría ser yo misma?

—Ser un poco atrevida —respondió él, acomodándose en el borde de la tumbona junto a ella.

Ella solo percibió vagamente que la cinta se le escapaba de los dedos y caía al suelo. Sin embargo, era muy consciente del aroma de su colonia, de la línea de su mandíbula perfectamente cincelada, de cómo sus ojos oscuros parecían ver directamente al centro de su alma. Con el corazón acelerado y la sangre caliente, consideró que era un milagro que pudiera responder con frialdad:

—¿De verdad? ¿Atrevida?

Él arqueó levemente la ceja y sus ojos brillaron.

—Y un poco provocativa.

Ella resistió la tentación de tragar saliva.

—¿Ah, sí?

—¿Le gusta estar abotonada hasta el cuello, lady Jodie?

Ay, Dios. Sabía adónde iba esto. La respuesta adecuada sería un… *pues claro que sí*.

—La verdad es que lo odio. Pero las exigencias de la corrección y la moda dictan... —El resto de las palabras se desvanecieron cuando él extendió la mano y, muy despacio y muy deliberadamente, desabrochó el botón superior.

—Cuando yo te pinte un retrato, —dijo suavemente, sosteniendo su mirada mientras desabrochaba audazmente dos botones más—, los desabrocharemos todos.

Cuando él pintara... Su corazón se aceleró cuando una embriagadora mezcla de anticipación y temor recorrió su cuerpo.

—Jonathan—, susurró, mirándolo.

—¿Qué?

Intentaba recordar lo que estaba a punto de decir cuando él se inclinó y le dio un beso lento en el hueco de la base de su garganta.

Se le cortó la respiración, sus sentidos se tambalearon, y más jadeó que dijo:

—Peyton... podría...

Él hizo un sonido de zumbido que vibró a través de cada fibra de su ser, murmuró suavemente:

—Sí, en cualquier momento, —y luego dejó una serie de besos a lo largo de su garganta.

Con los ojos cerrados, Jodie saboreó las sensaciones perversas que recorrían su cuerpo.

—Por desgracia, —susurró justo antes de que sus labios rozaran los de él.

Él retrocedió y le sonrió, luego dejó que su mirada vagara por todo su cuerpo, con una mirada brillante y agradecida. «*Por desgracia*», dijo suavemente mientras pasaba la yema de un dedo por el bulto cubierto de damasco de su pecho para provocar el pico endurecido que sobresalía por debajo.

Un maravilloso y palpitante calor le recorrió el cuerpo. Tragándose un gemido de placer, se apartó de su tacto y dijo sin aliento:

—Este es el momento en el que debería protestar por la audacia de tu avance, ¿verdad?

Su sonrisa se amplió y se puso de pie diciendo:

—Creo que llega un poco tarde para que tenga mucho efecto, pero si te hace sentir mejor ofrecer uno, por supuesto, no dude en hacerlo.

Mientras se acercaba a una silla cerca del caballete, ella se humedeció el labio inferior y respiró hondo para tranquilizarse.

—Hacer y decir cosas solo por mantener las apariencias siempre me ha parecido el signo de una persona superficial —comenzó ella mientras él se acomodaba en el brazo—. ¿Qué te parecería prescindir de esa idea y aceptar ser sinceros el uno con el otro?

Él se encogió de hombros y sonrió.

—Tú primero —murmuró, dejando atrás todo rastro de formalidad entre ambos, pues ya resultaba innecesaria.

—Disfruto de tus insinuaciones. Mucho más de lo que sería propio y apropiado para una dama. O eso creo —su sonrisa se desvaneció poco a poco, y añadió con alegría—: Ahora te toca a ti.

—Quiero hacerte el amor.

—¿Te has acostado alguna vez con un hombre?

—No, —respondió ella, preguntándose si la honestidad no era la mejor idea después de todo. Pero como había empezado, no tenía más remedio que continuar—. Y yo tampoco he envuelto nunca mis piernas alrededor de uno.

—¿Hasta ahora?

Ella se encogió de hombros.

—Estoy reflexionando sobre la idea. Es una primera vez para mí.

—Me siento honrado.

Un rápido movimiento detrás de él llamó su atención.

—¿Encontraste los lápices, Peyton?

—Encontré algunos —anunció su amiga mientras entraba en la habitación, con las mejillas sonrojadas—, pero no sé si son del tipo que quiere Jonathan.

Se levantó de la silla y se acercó al caballete junto a Peyton.

—Si planeas hacer un retrato al carboncillo, son perfectos, —dijo, examinando lo que ella había traído—. Sin embargo, si planeas

pintar al óleo, mancharán sus colores.

—Oh, quiero hacer óleos. Sé que prefiere los tonos de gris, pero creo que no harían justicia a Jodie. Así que necesito un simple lápiz de grafito, ¿no?

—Uno muy duro que le dará la línea gris más tenue y ligera y desaparecerá completamente bajo la pintura.

—Volveré en breve, —declaró, deslizándose tan rápidamente como había entrado hacía un momento.

Jodie se rió entre dientes.

—¿Cuánto crees que cree que es breve?

—Ni de lejos lo suficiente.

Por qué cada palabra que salía de su boca se sentía como una caricia...

—¿Qué harías si tuvieras más tiempo?

—No quieras saberlo. —Se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa torcida—. Por el momento, me conformaré con ser discreto.

—Pero en lugar de desperdiciar este tiempo que tenemos a solas... —Se aclaró la garganta en silencio—. Quiero que sepas que no estoy en una campaña para encontrarme un marido. Mi interés en ti es puramente físico y definitivamente temporal.

Él ladeó la cabeza para considerarla.

—¿Tienes idea de lo absolutamente refrescante que eres?

Riendo, apoyó la cabeza en la mano y respondió:

—Creo que el término más comúnmente utilizado es… escandaloso. ¿Estás buscando una esposa?

—Se supone que sí. Producir un heredero y un repuesto con la debida rapidez y todo eso. Es de vital importancia, ya sabes. La reina se pasa las noches en vela preocupada por si me muero antes de que haya otra generación de varones Garveys que hereden el título.

—Estoy segura de que no tendrá ningún problema para encontrar una pareja adecuada. Los marqueses están considerados como un buen partido, ¿sabe? Añada a eso que es guapo y apuesto... Harán cola para presentarte sus pedigríes.

—Y todas ellas serán terriblemente perfectas, frías y aburridas —señaló él—. ¿Por qué no estás interesada en casarte?

—Es mucho más divertido ir y venir a mi antojo, sembrando el caos por todas partes. No tengo ningún interés en mantener un hogar ni en dedicar mi vida a ninguna de las otras cosas de las que se supone que las mujeres deben enorgullecerse. Odio los adornos. Y detesto tener que vestirme elegante y jugar a ser una dama. Sería una esposa terrible.

—Pero has salido a la luz durante una temporada —planteó él.

—Solo porque me ofrecieron un caballo si lo hacía.

Él se rió; el sonido la hizo estremecer y elevó aún más la temperatura de sus sentidos.

—¿Qué vas a hacer si alguien te hace una oferta? —preguntó él—. Las hijas de duques se consideran un buen partido y si añades «hermosa» y «con carácter…»

—Nadie considera que *esta* hija sea un buen partido —le aseguró—. Tendrían que estar realmente desesperados para pedirme en matrimonio.

—¿Por qué?

—¡He encontrado uno! —exclamó Peyton desde la puerta. Con un gritito ahogado, se quedó paralizada a medio metro del invernadero—. Oh, Jodie, estás impresionante. No te muevas en absoluto. Ni un solo tic.

—Tiene razón —murmuró Jonathan, recorriéndola de arriba abajo con la mirada—. Sea lo que sea lo que estás pensando, sigue pensándolo.

¿En qué había estado pensando? se preguntó, mientras el hermano y la hermana se colocaban detrás del caballete y conversaban en voz baja. Ah, sí. Jonathan le había preguntado por qué alguien tendría que estar desesperado para querer casarse con ella. E, instantáneamente, había sentido la familiar punzada de ira y el giro amargo del resentimiento. Pero en esa mezcla se colaba ahora una emoción nueva, una potente oleada de arrepentimiento. El deseo de que su pasado fuera distinto. Jodie miró fijamente la pared cubierta de plantas y se preguntó por qué, después de todos los años vividos, ser hija de una prostituta era, de repente, algo que desearía poder deshacer.

No era que realmente quisiera casarse y las decisiones de su madre se interpusieran en su camino. No, realmente creía que el matrimonio era para mujeres que no tenían nada mejor que hacer con sus vidas. Bueno, excepto para su hermana Mariane.

Jodie suspiró en silencio y miró hacia el caballete. Jonathan se había apartado un poco y estaba instruyendo a Peyton sobre la colocación adecuada de sus líneas de dibujo. ¿Qué tenía de especial el hecho de explicar su pasado a Jonathan?

Mi madre era prostituta. Una simple declaración de hechos. Y no era como si fuera un gran secreto; todo el mundo en Londres lo sabía. De hecho, era probable que él ya supiera la verdad y que no hubiera necesidad de que ella lo anunciara. Por otra parte, tal vez no lo sabía. La mayoría de la gente de la alta sociedad la trataba con una especie de frialdad distante, como si tuviera una enfermedad terrible que podrían contagiarse si el espacio entre ellos tuviera el más mínimo calor. Como Jonathan era todo menos distante y frío, o bien no sabía que estaba en peligro de muerte o no le importaba.

Si no lo sabía, entonces decirle la verdad podría cambiarlo todo. Sería increíblemente triste perder las encantadoras y fáciles bromas con él. Por no mencionar que ella permitía, en nombre de la honestidad, la deliciosa forma en que él la hacía sentir. Pero si se trataba de que él lo supiera y no le importara...

O tal vez, se dio cuenta de repente, con el corazón encogido, se trataba de que él sabía y creía que la hija estaba tan dispuesta a ofrecer su cuerpo con la misma naturalidad con la que lo había hecho su madre. Y si esa era la situación...

Hasta ahora no había hecho nada para desengañarlo de esa idea. ¿Quería ser nada más que un revolcón casual entre las sábanas para cualquier hombre que se lo pidiera? La mayoría de los hombres del mundo lo eran... Se estremeció y volvió a mirar el caballete.

No, solo Jonathan. Ella no era su madre, como él no era su padre ni su abuelo. Había algo en Jonathan que le resultaba absolutamente irresistible. En parte era físico; no se podía negar que era un hombre guapo y seguro de sí mismo. La otra parte era más difícil de definir, pero no menos importante: una mezcla irresistible de magnetismo, curiosidad y deleite. Era especial.

¿Especial? Ella resopló en silencio. Qué increíblemente infantil y de cuento de hadas. No, «especial» no entraba en el ámbito de lo posible. Él necesitaba una esposa y ella no solo no quería serlo, sino que además su pasado la convertía en una candidata completamente inadecuada. Incluso los lunáticos Branwell tenían estándares, y la hija bastarda de un duque y una prostituta no se acercaba ni de lejos a cumplir con ellos. Sí, sea cual sea la relación física que ella y Jonathan tuvieran, por la realidad práctica, sería breve.

Por supuesto, lo más seguro y más prudente sería evitar por completo la tentación de Jonathan Garvey. No habría necesidad de explicar su enrevesado ascenso a la nobleza.

Su mirada recorrió de arriba abajo el cuerpo de Jonathan y luego de un lado a otro de su pecho y hombros, despojándolo mentalmente de su traje bien ajustado. Si se veía tan bien como ella se imaginaba...

—Ah, Walter tenía razón. Aquí estás.

Miró hacia la puerta para ver a Palson acercándose a Peyton y Jonathan. En realidad, Palson se acercaba a Peyton como un carro

sobrecargado y a toda velocidad; Jonathan estaba de casualidad cerca. Jodie sonrió y esperó que pudiera saltar lejos de los escombros.

Capítulo 5

Bueno, Jonathan se permitió murmurar una especie de bienvenida, al menos la llegada de Palson había aliviado el desconcertante surco entre las cejas de Jodie.

—Lady Peyton, hoy está preciosa —comentó su amigo, mientras Jonathan observaba cómo la tensión se desvanecía del resto del cuerpo de Jodie. Un cuerpo delicioso, maravillosamente receptivo y arreglado de forma tan atractiva.

—Llevo una bata cubierta de manchas de pintura.

—Y ninguna otra mujer en todo el imperio podría hacerle tanta justicia.

Si pudiera tener solo treinta minutos a solas con ella, podría fácilmente... Jonathan parpadeó y volvió a centrar su atención en el caballete. O, más exactamente, en el hecho de que su amigo estaba adulando descaradamente a su hermana. A su joven y completamente inocente hermana.

—Estoy segura de que le dice cosas así a todas las damas —replicó Peyton, con las mejillas enrojecidas.

—Le aseguro que no. Es la más rara de las flores. Hermosa, delicada y la esencia misma de la feminidad.

Oh, por Dios. Iba a vomitar. Con una leve sonrisa, preguntó:

—Palson, ¿hay alguna razón en particular por la que me has estado buscando?

Palson pareció un poco aturdido por un segundo y luego empezó a explicar:

—Oh, sí. He oído los detalles de la catástrofe de anoche y simplemente tengo que compartirlos con alguien. —Antes de que ninguno pudiera decir si quería oírlos, empezó a contar—: Parece que todo comenzó en uno de los dormitorios, cuando una lámpara se cayó al suelo por accidente. Los que estaban allí no se dieron cuenta de inmediato y...

—¿Cómo es que no se dieron cuenta de que había un incendio? —interrumpió Peyton.

Sí, una completa inocente. Jonathan se mordió el interior del labio, tratando de pensar en una forma de ilustrarla sin realmente ilustrarla. Palson, maldita sea, no ayudaba en absoluto. Seguía allí de pie, tirando del cuello de su camisa y estudiando el techo de cristal sobre sus cabezas.

—Estaban ocupados en otra cosa, Peyton —intervino Jodie desde su tumbona. Se rió suavemente y añadió—: La expresión es «cegados por la pasión».

Los ojos de Emmeline se abrieron de par en par y el color de sus mejillas se intensificó.

—Oh —murmuró, centrando rápidamente toda su atención en mover la pintura sobre el lienzo que tenía delante—. Eso ya lo sabía, por supuesto.

El silencio era ensordecedor. Y rápidamente se volvió incómodo cuando Jodie añadió en voz baja:

—Por supuesto que sí, Peyton. Tu mente está tan absorta en tu pintura que cualquier cosa más allá de ella es extraña y confusa en su primera intrusión. A mí me pasa todo el tiempo. —Sonrió y añadió —: No con la pintura, sino con otras cosas. ¿Como usted decía, Lord Palson?

Mientras Jonathan le agradecía en silencio su amabilidad y aplomo, Palson tardó unos segundos más en recuperar el juicio.

Cuando lo hizo, fue con un sobresalto que lo lanzó de lleno a un relato animado.

—El fuego se descontroló rápidamente y se propagó. Como bien sabemos. Hasta esta mañana, hay tres muertos y veinticuatro heridos confirmados. De esos veinticuatro, se teme que dos no logren recuperarse.

—Es horrible —murmuró Peyton con tristeza.

—Pero —repuso Jonathan—, podría haber sido mucho peor.

—Cierto —asintió Palson—. Y si lo hubiera sido, estaríamos guardando nuestros zapatos de baile para la temporada. En cambio, la juerga se ha suspendido solo durante las próximas dos semanas. Tiempo para presentar nuestros respetos y todo eso. Después de eso, la caza continúa.

Jodie suspiró.

—Supongo que dos semanas es mejor que nada.

Palson, por primera vez, se volvió para mirarla.

—¿No le entusiasma la perspectiva de los eventos de gala y la comida fabulosa?

—Tengo muy poca tolerancia al aburrimiento y la pretensión, lord Palson.

Peyton dejó de pintar y miró alrededor del borde del lienzo.

—Y sospecho que has llegado al límite de lo primero al posar para mí esta mañana, ¿verdad?

Jodie sonrió.

—No estoy aburrida y nadie ha mostrado la más mínima pretensión, pero agradecería poder levantarme y caminar un poco mientras aún recuerdo cómo hacerlo.

Su hermana lo miró.

—¿Hemos llegado a un buen punto de parada para el día, Jonathan? —preguntó, interrumpiendo su apreciación de los ojos

oscuros brillantes de diversión.

Él consideró el cuadro y los trazos básicos y amplios que se habían trazado. A medida que avanzaba, no era mucho. Pero la falta de velocidad creativa de Peyton tenía una ventaja.

—Yo diría que sí. Y siempre y cuando lady Jodie esté dispuesta a ser buena deportista de nuevo mañana por la mañana.

—Por supuesto —les aseguró desde la tumbona.

—Entonces hemos terminado por hoy —declaró Peyton mientras agitaba el cepillo en una lata de limpiador—. ¿Alguien quiere algo de comer? Puedo hablar con la cocinera y ver si podemos tomar un poco de su pan y sus conservas de albaricoque.

Al ver a Jodie estirar lentamente la espalda y los hombros, Jonathan se encogió de hombros y comentó:

—Nunca rechazo los dulces que me ofrecen.

—Veré qué puedo hacer.

—Deje que le lleve el bote de pintura, lady Peyton.

Justo a tiempo, Jonathan giró la cabeza para ver a Palson arrebatarle el bote a Peyton, quien protestaba:

—No es pintura, lord Palson. Es aguarrás y le estropeará el traje si se mancha.

Juntos se dirigieron a la puerta de la casa principal, Palson intentando sostener el bote, girar el pomo, empujar la puerta y apartarse del camino de Peyton, todo ello sin dejar de parlotear.

—Yo renunciaría con gusto a todo mi guardarropa en su nombre, lady Peyton. Ningún sacrificio sería demasiado grande para mí.

—Espero que tenga cuidado —dijo Jodie, riéndose mientras pasaba las piernas por el borde de la tumbona y se ponía de pie—. No quiero ver a Palson desnudo.

—Ninguno de nosotros quiere.

—Creo que tu amigo está interesado en tu hermana —ofreció mientras se inclinaba y recogía la cinta del pelo del suelo.

Dios Todopoderoso, incluso de espaldas, la mujer tenía unas curvas increíblemente atractivas. Se humedeció el labio inferior y se obligó a tragar.

—Tendré que asegurarme de que salga más.

—¿No le apruebas?

—Palson es bastante agradable y procede de una familia respetable —explicó, observando cómo se acercaba a él y preguntándose cuán rápido podría llevar la seducción al siguiente nivel—. Pero no me parece el tipo de hombre que haría que el corazón de Peyton se acelerara hasta que la muerte los separara.

—No puedo evitar darme cuenta, —murmuró ella en voz baja, deteniéndose ante él e inclinando la cabeza para encontrarse con su mirada con audacia y brío—, de que parece tener una fijación con las carreras y los corazones que laten con fuerza.

Bueno, sí. En gran parte porque el suyo tenía tendencia a hacer precisamente eso cada vez que ella estaba cerca. Y su corazón no era la única parte de él que la encontraba estimulante. Cambió casualmente de postura para acomodarse a la creciente tensión mientras se acercaba y le ponía las manos en la cintura.

—Me gusta cómo se siente —susurró—. ¿A ti no?

Sus ojos brillaron perversamente y las comisuras de su boca se inclinaron más hacia arriba cuando metió la mano entre ellos y jugó con el botón superior de su traje.

—Es bastante emocionante.

—¿Bastante?

—De una manera apenas marginal.

—¿Y qué, precisamente, —insistió él—, es tan marginal en ello?

Ella desabrochó el botón, acelerando los latidos de su corazón.

—No dura lo suficiente.

Si al menos ya fueran amantes. Cinco minutos era todo lo que le tomaría acostarla en la tumbona y verlos a ambos satisfechos. Pero como no lo eran y una actuación tan brusca, aunque eficiente y magistral, no sería en absoluto apropiada para su primera experiencia...

De manera muy deliberada, él se acercó a su escote abierto y comenzó a unir los botones con sus agujeros, acariciando ligeramente la piel sedosa de su cuello con el dorso de los dedos.

—Elige el momento y el lugar, Jodie —murmuró mientras trabajaba—, y haré que la emoción dure todo el tiempo que puedas soportarla.

El deseo y la tentación bailaban en las profundidades de ébano de sus ojos.

—¿Esta medianoche? —le ofreció antes de que la corrección y la precaución pudieran sofocar sus impulsos—. Te esperaré en el jardín de tu familia.

Su mirada se desvió de él y volvió a la suya en el mismo instante en que ella carraspeó en silencio y dio medio paso atrás. Preguntándose cómo había conseguido Peyton que Palson se callara el tiempo suficiente para que llegaran sin hacer ruido, Jonathan se dio la vuelta, dejando caer los brazos con indiferencia a los lados. Pero no era Peyton. Tampoco era Palson.

—Josephine —pronunció con voz tensa mientras su madrastra avanzaba hacia ellos, vestida, como siempre, de bombasina negra. Como de costumbre, ella no respondió a su saludo. Y, también como era habitual, primero reprimió el resentimiento por su intento de hacerle sentir un invitado no deseado y luego se abstuvo amablemente de recordarle que era el dueño de la casa. Tras haber logrado posponer una confrontación a gran escala para otro día, se volvió ligeramente y atrajo a Jodie a su lado, diciendo—: Permítame presentarle a la amiga de Peyton, lady Jodie Sheldon.

Bueno, él podía hacer lo que quisiera, pensó Jodie, pero a la versión más mayor y considerablemente más rígida de Peyton no le importaba realmente si lo hacía o no. Mientras la mirada de Josephine Garvey recorría su cuerpo de arriba abajo, con esos ojos azules fríos y penetrantes, él continuó con las formalidades necesarias:

—Lady Jodie, como bien habrá adivinado, esta encantadora criatura es la madre de Peyton, la viuda lady Branwell.

Su sarcasmo tampoco pasó desapercibido para Josephine, que fijó en él una mirada punzante.

—Sigo siendo lady Branwell hasta que te cases, Jonathan.

No había ni la más mínima calidez en la sonrisa que le dedicó a su madrastra.

—Lo que podría ser antes de que termine el mes. Antes, si puedo.

Jodie observó con recelo, con el corazón acelerado y la mente dándole vueltas a la idea de encontrar una razón para irse y que los dos pudieran batallar en privado. La mandíbula de Josephine se endureció por un segundo, y luego, en la profundidad de sus ojos, Jodie vio que había tomado una decisión. En el segundo siguiente, la mujer desvió su atención hacia ella.

—Es la pupila del duque de Rochester. He oído hablar de usted.

Sí, bueno, la mayor parte de Londres lo había hecho. Y como ya era demasiado tarde para una retirada oportuna... Jodie esbozó una sonrisa y comentó:

—Nada bueno, estoy segura.

—No, nada bueno —confirmó ella.

—Pero estoy segura de que fue muy interesante.

Lady Branwell parpadeó y se reclinó ligeramente hacia atrás. Jonathan mantenía los labios apretados, mirando hacia la pared del

fondo, con los hombros temblando por contener la risa silenciosa, cuando Josephine se recuperó del desconcierto y preguntó:

—¿Dónde está tu hermana?

Él se aclaró la garganta y recuperó la compostura:

—Ella y lord Palson se fueron hace unos momentos; se dirigieron a la cocina para pedirle pan y mermelada a la cocinera.

—¿Y os dejaron solos a ti y a lady Jodie?

Jonathan arqueó una ceja, sin precisar palabra.

—¿No te preocupa que Peyton y Palson estén solos?

—Esperaré aquí contigo a que regresen —anunció ella, cruzando los brazos sobre su estómago claramente bien ceñido.

Jodie pensó que la disposición de la mujer podría mejorar si se desabrochara los cordones, cuando Jonathan dijo en tono arrastrado:

—Y bien... ¿cómo va el luto? —Ante la mirada fulminante de su madrastra, añadió alegremente—: ¿Se entrega hoy algún mueble nuevo?

—No.

El escalofrío en su voz solo pareció animarlo.

—Oh, por supuesto, —continuó alegremente—. Debería haberlo recordado. Hoy es miércoles. El día del joyero. ¿Ha traído rubíes o esmeraldas esta vez?

—Eres detestable.

—¿Qué puedo decir? —replicó, y la calidez volvió a abandonar su sonrisa—. Me inspiras a grandes alturas.

—Hoy no era el día de los joyeros, sino el de los abogados.

—Ah, eso explica las arrugas en tu ceño.

El aire entre ellos crepitaba con un fuego gélido. Jodie esbozó una sonrisa y se alejó del lado de Jonathan, diciendo:

—Creo que debería irme.

—No puedo decir que la culpe, —dijo él mientras ella recogía su chaqueta del respaldo de la silla.

—Por favor, transmita a lady Peyton mi agradecimiento por su hospitalidad esta mañana —ofreció, aunque su mente le susurraba que la cortesía era un esfuerzo baldío en tales circunstancias—, junto con mis disculpas por no poder quedarme más tiempo. —Se volvió hacia lady Branwell y remató su actuación con una mentira descarada—. Ha sido un placer conocerla, lady Branwell.

—No, no lo ha sido. El mayordomo la acompañará hasta la salida.

¿Y qué se responde ante semejante rechazo? *Espero que se tropiece en las escaleras y se rompa ese desagradable cuello.*

—Acompañaré a lady Jodie hasta que el paje que la espera pueda hacerse cargo de ella —anunció Jonathan, tomando la chaqueta de sus manos y sosteniéndola mientras ella se introducía los brazos en las mangas.

—Le recordaré que, aunque la reputación de lady Jodie no es precisamente inmaculada —replicó lady Branwell con frialdad—, no tiene sentido empañarla aún más con un desprecio casual a la decencia.

Jodie no se sorprendió en absoluto cuando él se encogió de hombros ante la advertencia, la tomó por el codo desafiando abiertamente la decencia más importante y la condujo hacia la puerta.

—Puede acompañarme si le preocupa tanto —repuso sin mirar atrás—. Pero quizá quiera quedarse un poco atrás para no tener que escuchar todos los sórdidos detalles de nuestra historia familiar.

—¿Conoce algún límite a la mala conducta?

Se detuvo justo después del umbral para mirar por encima del hombro, esbozó una leve sonrisa y replicó:

—Por supuesto. Y son considerablemente más altos que los tuyos.

Jodie no se molestó en mirar atrás para comprobar la reacción de lady Branwell. Ya había visto suficiente como para imaginar las dagas relucientes en la mirada de la mujer. Mientras avanzaban por el pasillo hacia la parte delantera de la casa, decidió que era muy buena idea que Josephine Garvey no hubiera mostrado interés en ser madre. Por lo que Jodie había observado hasta entonces, los sirvientes que lady Branwell había contratado para criar a Peyton lo habían hecho mucho mejor de lo que ella misma podría haber logrado.

—Siento haberte metido en medio de esto.

—Fue un poco incómodo —reconoció Jodie.

—Por no decir profundamente desagradable.

—Bueno, sí.

—¿Quieres conocer los sórdidos detalles?

Lo pensó un momento. Una parte de ella se moría de curiosidad decididamente morbosa. Otra parte, en cambio...

—No lo sé —confesó, mirándolo y advirtiendo el ceño fruncido en su frente—. ¿Cambiarían mis sentimientos hacia mi amistad con tu hermana? ¿Y mis sentimientos hacia ti?

—Probablemente. Y no para mejor.

—No me asusto ni me ofendo con facilidad.

—De eso ya me he dado cuenta —comentó Jonathan mientras un lacayo les abría la puerta principal. Al notar la sonrisa en su voz, ella lo miró. Sí, el ceño fruncido había desaparecido por completo.

—¿Junto con el hecho de que me seduzco fácilmente? —bromeó mientras bajaban los escalones de la entrada y se dirigían a la calle.

Él sonrió y respondió en voz baja:

—La considero un desafío deliciosamente formidable.

—Mejor eso, supongo, que me consideren malvada y desenfrenada.

—Oh, no sé, —susurró él con voz arrastrada, con los ojos brillantes—. Yo veo los términos como maravillosamente halagadores.

En la calle, el mozo de cuadra la esperaba con las riendas de su montura y las suyas en las manos. Se puso en pie al verlos y rápidamente se dedicó a pasar las correas de cuero por encima de las cabezas de los animales. Otro caballo, presumiblemente el de Jonathan, dada la forma en que el animal agitaba su crin y resoplaba en señal de saludo, estaba allí con los demás, con las riendas atadas al anillo de hierro.

—¿Estarás aquí mañana para dar a Peyton otra lección de pintura?

—Sí. —En voz baja añadió—: Pero preferiría verte a solas a medianoche.

Medianoche. A solas. Su sangre se calentó y su pulso se aceleró. No se atrevió a responder a Jonathan, no con el mozo tan cerca. Dada la rapidez con la que las noticias de sus errores siempre llegaban a la mesa, hacía tiempo que había decidido que Leslie o Brenley pagaban al hombre extra para informar sobre cada uno de sus movimientos. No necesitaba añadir nada a lo que, con toda probabilidad, ya era una historia demasiado jugosa.

Aceptando las riendas del mozo de cuadra, comentó:

—Ha sido un placer volver a verle, lord Branwell —y luego apoyó el pie en las manos ahuecadas del mozo, balanceándolo con destreza hacia arriba y, de forma bastante impresionante, a través de la silla de montar.

—Lady Jodie —saludó Jonathan con una amplia sonrisa y una breve reverencia.

Ella lo observó desde su elevada posición, su mente transformando inesperadamente la realidad en fantasía. El día se convirtió en noche y no estaba sentada a horcajadas sobre el amplio lomo de un caballo, sino sobre las delgadas caderas de un hombre. Quedó sin aliento y, con los sentidos aturdidos, hizo girar al caballo, poniéndolo en movimiento y sus pensamientos en una dirección más segura.

Jonathan la vio alejarse, entrecerrando los ojos para mantenerla enfocada a medida que la distancia entre ellos aumentaba. Maldita sea, era una buena jinete. Cualquiera que lograra que un trote pareciera cómodo y fácil había nacido para montar. Al galope... Al galope completo... Una imagen cruzó su mente: Jodie medio de pie en los estribos, su cuerpo inclinado hacia delante para estirarse sobre el cuello del animal y reírse mientras el viento azotaba su rostro y se enredaba en su cabello negro. Sonrió, apreciando verdaderamente su corazón, su espíritu indomable.

¿No se asustaba ni se ofendía fácilmente? Habría apostado la casa que tenía detrás y todo lo que había en ella a que no se asustaba en absoluto. Fuerte, independiente, intrépida e ingeniosa. Por no hablar de apasionada.

Había oído suficientes rumores sobre ella como para saber que no sería el tipo de esposa que necesitaba. No, requería una esposa de pedigrí impecable y reputación intachable para compensar la decididamente empañada que había heredado. Pero lady Jodie Sheldon era tan perfecta en muchos otros aspectos que sería un completo necio si dejaba pasar la tentación que representaba. Por supuesto, conseguir que aceptara ser su amante...

Sacó las riendas de su montura del anillo y se encaramó a la silla. ¿Cómo convencerla?, se preguntó mientras se dirigía a los muelles. Lo más sencillo sería poner las cartas sobre la mesa. Ella valoraría su honestidad y franqueza. En cuanto al riesgo de escándalo que suponía... Si se detenía a considerarlo, probablemente sería para deleitarse con el toque excitante que aportaba a todo el asunto.

Pero si los descubrían...

Sintió un nudo en el estómago. Lógicamente... Mientras él no se casara con Jodie, mientras ella no acabara teniendo un hijo suyo, Josephine no la consideraría amenaza alguna. Pero, y aquí venía el gran pero, Jodie era hija de un duque y también pupila de uno. Montar a caballo y practicar esgrima eran actividades decididamente poco convencionales, pero aceptadas dentro de la tolerancia social. Una aventura maliciosa y deliberada era otro cantar. Si los pillaban, su tutor le daría dos opciones: casarse con ella o dejar que lo atravesaran. La primera opción pondría a Jodie directamente en el punto de mira de Josephine y podría costarle la vida. La segunda la dejaría como una completa paria social.

Dadas todas las posibilidades desagradables, confiar en no ser descubierto resultaba un poco irresponsable e imprudente. Tendría que pensar mejor su plan, limar las asperezas, por así decirlo, antes de proseguir con la seducción de su dama salvaje.



Jonathan seguía meditando sobre las posibilidades y sopesando los ángulos cuando descendió de la silla de montar y entregó su caballo al cuidado del vigilante. Sus pasos resonaban tan huecos en las escaleras como sus pensamientos en su mente; levantó el pestillo y penetró en la oficina. La ráfaga de aire caliente le dibujó una sonrisa en el rostro, que se tornó en una mueca cuando el hombre tras el escritorio alzó la vista desde unas gafas que se empañaban con rapidez. San Francisco o Londres, poco importaba. Era un consuelo saber que ciertas cosas en su vida permanecían constantes y predecibles.

—Hola, Walter —saludó Jonathan, dirigiéndose al escritorio.

—Buenas tardes, milord.

—Sí, supongo que sí —contestó, acomodándose en la esquina del imponente escritorio de caoba—. ¿Qué ha podido averiguar sobre mi dama Jodie?

Walter se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo antes de replicar:

—Me temo que no mucho. Y lo poco que he logrado sonsacar son más rumores y chismes que otra cosa.

—Normalmente hay una pizca de verdad escondida en el fondo de esos chismes. ¿Qué dicen?

—Nació en el lado equivocado de las sábanas y la Corona solo la reconoció tras la muerte de su padre, el difunto duque de Rochester, hace unos seis años. Nadie parece saber dónde estuvo antes de eso. Se especula que provenía de clase baja.

—¿Y en qué basan esa opinión?

—Dicen que le falta gracia social.

No, más bien le faltaba paciencia para tanta artificialidad.

—¿Qué más cuentan de ella?

Walter carraspeó suavemente y tomó aire.

—Al parecer, posee un lado un tanto salvaje, milord.

—¿De veras? —rió Jonathan—. ¿En qué consiste eso?

—Ha causado revuelo en varias ocasiones por montar a caballo a horcajadas en Rotten Row.

Palson le había dicho exactamente lo mismo la noche anterior. ¿Solo había sido la noche anterior? Parecía que había pasado una eternidad.

—¿Porque desafió las convenciones o porque es mejor amazona que muchos de los hombres?

El secretario se volvió a colocar con cuidado las gafas en la cara y respondió:

—No he oído nada sobre sus habilidades como amazona, milord. Lo siento. Pero sí me han contado que tiene predilección por las armas.

Ahora había cierta información que no encajaba del todo.

—¿Como por estar envuelta en un par de disputas varoniles? —inquirió.

—¡No, milord! —exclamó Walter, abriendo mucho los ojos—. No quise decir eso en absoluto. Según todos los informes, lady Jodie está mucho más interesada en cortar botones y arruinar las mangas de los abrigos con cuchillas afiladas que en prodigar abrazos románticos. Por lo que he oído, se la considera demasiado salvaje para arriesgar siquiera la conversación más prudente. Tocarla se estima fuera de los límites de la cordura.

Interesante. Él había hecho algo más que tocarla y ella no había estado en absoluto disgustada por ello.

—¿Qué ha averiguado acerca de su familia?

—Su tutor designado por la Corona, el actual duque de Rochester, es un antiguo oficial de artillería que, como usted, heredó inesperadamente el título. Se casó con su hermana mayor, al parecer en medio de un pequeño escándalo. Él y la duquesa de Rochester tienen dos hijos pequeños y, según se informa, esperan un tercero en cualquier momento. Hay una hermana menor, pero nadie sabe mucho de ella.

—Se llama Emma y se dedica al cuidado de animales heridos —añadió Jonathan. Lo que le recordó—: ¿Conseguiste adquirir esa jaula de pájaros que te pedí?

Walter resopló y señaló el libro de contabilidad cerrado que tenía delante.

—Sí, junto con todo lo demás del almacén, tal y como me indicó. Y le ha costado una fortuna.

Tomó el libro encuadernado en cuero y, sonriendo, bromeó:

—¿Qué haría sin ti, Walter?

—¿Su propio trabajo?

Jonathan levantó la vista de la página, asombrado y divertido.

—Has desarrollado una vena malvada.

—Siempre la he tenido, —replicó Walter, arqueando una ceja y alcanzando su bolígrafo—. Pero nunca estuvo lo suficiente para notarlo.

Jonathan cogió el bolígrafo para evitar que lo clavara en el tintero.

—Necesitas un día libre.

—¿Para hacer qué?

—Vete a comprar un traje nuevo. Visita un museo. Pasea por una biblioteca o una librería. Cena en un buen restaurante con una mujer.

Walter lo miró por encima de las gafas.

—Ninguna mujer respetable aceptará una invitación a cenar de un perfecto desconocido.

Dios mío. Con esa actitud...

—Tú eres un estadounidense culto y educado —señaló Jonathan—. Deberías apartar la estricta corrección, al menos por un día. Confía en mí.

Walter, como era de esperar, negó con la cabeza y cogió el libro de contabilidad.

—Tengo que revisar el inventario.

—Yo lo haré —replicó él, levantándose y dirigiéndose a la puerta con el libro en la mano. Se detuvo, se volvió y le lanzó el bolígrafo a Walter, añadiendo—: Ve a comprarte un buen traje, busca una mujer bonita y sonríe. Te sentará de maravilla.

—¿Eso lo dice la voz de la experiencia? —replicó Walter.

—La voz de una experiencia más que considerable —corrigió, riendo mientras salía por la puerta.

La dejó abierta tras de sí, pensando que, si Walter tenía que levantarse de su escritorio para cerrarla, tal vez también siguiera su consejo y siguiera adelante. El hombre era demasiado dedicado a su trabajo; le hacía sentirse culpable por disfrutar de la vida.

Y disfrutar de la vida era el objetivo de haber gastado una fortuna en adquirir un almacén lleno de productos importados. Bueno, más exactamente, disfrutar del deleite y la gratitud de Jodie cuando se lo enseñara. En cuanto a cuándo conseguiría llevarla allí...

Entró en el almacén y se detuvo un momento, permitiendo que sus ojos se acostumbraran a la tenue luz del interior. Como Jodie no había aceptado reunirse con él en el jardín aquella noche, probablemente tendría que esperar al menos un día más para prepararlo todo. Lo cual, se permitió admitir mientras recorría con la vista las cajas y los bultos, no era necesariamente malo: una puesta en escena cuidadosa era esencial en cualquier seducción. Casi tan importante como la anticipación que empujaba a ambos al deseo.

Esa noche se encargaría de preparar un escenario digno, para que al día siguiente pudiera concentrar todos sus esfuerzos en dejar a Jodie sin aliento… y lo bastante molesta como para entregarse con entusiasmo. Riéndose en voz baja y sacudiendo la cabeza, se adentró en el laberinto de cajas de madera, intentando recordar cuándo había sido la última vez que se había sentido tan cautivado solo por la perspectiva de una aventura.

Capítulo 6

Jodie dejó que Jasper eligiera su propio ritmo y sonrió con aprecio mientras él galopaba con orgullo por la Milla de las Damas. Como siempre, las cabezas se volvían al pasar los carruajes. Y como siempre, Jodie fingía no darse cuenta de cómo las mujeres fruncían el ceño, cómo se volvían rápidamente hacia sus acompañantes para comentar su paso. O, como sospechaba, para expresar su indignación por atreverse a aparecer en el parque reservado para la exhibición pública de la mujer circunspecta y socialmente ungida.

Sí, bueno, replicó Jodie en silencio, les gustara o no a las señoritas remilgadas y a las matronas estiradas, ella también estaba ungida. Por decreto real e incluso sancionada por el Colegio de Heráldica. Ninguna de ellas podía decir lo mismo. No, o habían nacido en el lado correcto de las sábanas correctas por pura suerte, o se las habían arreglado para casarse con la nobleza, por las buenas o por las malas. Y, aun así, pese a su escasa justificación para creerse importantes, practicaban el desdén como si se tratara de un arte elevado.

A menos que necesitaran dinero, corrigió, justo cuando una de las mujeres le hizo un gesto. Jodie asintió con la cabeza en señal de cortés reconocimiento mientras intentaba recordar en silencio el nombre de aquella mujer. No, no era lady Maldita. Lady... Lady... ¡Lady Danlea! Tres hijas, un hijo y un marido muerto que había llevado a la familia a la ruina con sus apuestas mucho antes de tener la decencia de recibir una bala en el corazón en una mesa de faro.

Lady Danlea volvió a saludar, esta vez con una sonrisa radiante. Jodie le devolvió el gesto y suspiró para sus adentros,

mientras las lecciones de comportamiento se abrían paso obedientemente en su cerebro. Estrictamente hablando, dado que lady Danlea era la esposa de un barón «aunque ya fallecido», no debería haber iniciado el contacto con la hija de un duque. Saludarla primero y luego pretender llamarla era una clara y presuntuosa violación de las normas, esas que estaban diseñadas para mantener a todos firmemente en su lugar social. Si abandonar los buenos modales en favor del protocolo no fuera a repercutir negativamente en Leslie y Mariane...

Jodie hizo señas a Jasper para que se acercara al carruaje de Lady Danlea, redujo el paso y admitió que no era una situación del todo terrible, que al menos Lady Danlea había decidido salir hoy con solo su hija mayor a cuestas. Dios, iba a tener que dejar de poner nombres a la gente y hacer un esfuerzo por aprender los verdaderos. Llamar a la hija Cara-de-Perro no iba a quedar nada bien. Con suerte, podría salirse con la suya sin usar nombres. Menos mal que lady Danlea había dejado al pequeño lord Lumpy en casa, o la posibilidad de un error social aún mayor estaría a solo unos segundos.

—Buenos días, lady Jodie —dijo la mujer mayor mientras Jodie acercaba a Jasper al lado de la plataforma de Danlea—. Un día precioso para dar un paseo, ¿verdad?

—Así es, lady Danlea.

—Ya conoce a mi hija mayor, Diana, ¿verdad?

Diana. Bendita sea lady Danlea.

—Una vez —respondió Jodie, recordando el día y cómo Diana había fruncido el labio en su presentación—. Muy brevemente en uno de los eventos benéficos de Mariane. A principios de este año, creo. —Asintió a la mujer más joven y mintió, diciendo muy correctamente—: Es un placer volver a verla, señorita Diana.

—Y usted, lady Jodie —respondió Diana, mirando, o al menos eso pensaba Jodie, como si intentara tragar un gran sorbo de aceite

de hígado de bacalao—, nos preguntábamos si ya había hecho planes para almorzar.

¿Le estaban pidiendo que se uniera a ellas para comer? Debía de hacer un frío que pelara.

Pero tendría que estar congelada antes de aceptar la invitación...

—Por desgracia, sí —respondió con lo que esperaba pareciera una sonrisa de pesar—. Mariane me espera en la mesa dentro de la próxima media hora. Al estar confinada como está, hasta que llegue el bebé, está deseando tener compañía en las comidas. Seguro que lo comprende.

—Por supuesto —consintió Diana, con lo que sonó sospechosamente como un suspiro de alivio—. Ni se nos ocurriría privar a la querida duquesa de sus pequeñas alegrías.

¿Pequeñas alegrías? Bueno, había dos formas de interpretar aquel comentario: una como expresión de amabilidad y compasión; la otra, como una bofetada envuelta en terciopelo. Dado que se trataba de Diana...

Jasper se movió bajo Jodie, tirando de las riendas. Ella lo hizo girar y lo condujo de nuevo a lo largo del aparejo, respondiendo dulcemente:

—Bueno, señorita Diana, sospecho que si alguien sabe de pequeñas...

—¿Quizá almorzar en otra ocasión, entonces? —intervino rápidamente lady Danlea.

—Estaría encantada, —mintió Jodie. Y luego, como lady Danlea parecía estar consultando algún gran calendario mental para una fecha oficial, añadió—: El médico dice que el bebé debería estar aquí en unas dos semanas más o menos. Después de eso, Marianne podrá salir de casa. Quizá las cuatro podríamos planear una ocasión juntas.

—Eso sería encantador —murmuró lady Danlea—. ¿Hablará con ella sobre la posibilidad?

—En cuanto llegue a casa.

—Nos sentiríamos honradas con una invitación de la duquesa.

Jodie sabía que la disputa había sido, en gran parte, el objetivo de todo aquel encuentro. Asintió a ambas mientras Jasper se alejaba, luego lo hizo girar y lo encaminó de regreso a la casa.

Las cosas que hacía la gente en su afán por ascender en la escala social..., reflexionó mientras cabalgaba. O, en el caso de lady Danlea y su progenie, las cosas que estaba dispuesta a hacer para no caer por completo de ella. Como los barones no podían transmitir su título, Lumpy tenía que casarse con uno o volver a la clase noble de la que procedían los Danlea. Sin más fiestas. Sin más galas. Y, despojado de su título de cortesía en el proceso, el Pequeño Lord Lumpy tendría que pasar el resto de su vida como el Pequeño Lumpy. La ignominia de todo ello.

Jodie sonrió y redujo el paso de Jasper a un trote relajado mientras salían de la calle y tomaban el camino de entrada de la finca familiar. Pero si Lumpy lograba casarse con un título... y, ya que estaba, con dinero... Bueno, todo iría bien en el mundo de los Danlea. Lumpy podría seguir siendo un par, sus hermanas tendrían más posibilidades de asegurarse un par propio y, aunque el dinero no fluyera como las fuentes de Hyde Park, tendrían bastante más del que tenían en ese momento.

Ahora, ¿por qué pensaban que ella podría estar dispuesta a ser la novia sacrificial en su gran plan de supervivencia social?

En algún rincón de Inglaterra quizá existiera una mujer con título, desesperada por casarse y acostarse...

Jodie se estremeció.

¿Acostarse con Lumpy?

No, lo retiraba. No existía en todo el país una mujer lo bastante desesperada como para casarse con un hombre bajo, gordo, calvo,

con la nariz eternamente goteante y un ojo que se desviaba tres o cuatro veces. Dios... si por alguna razón se viera obligada a casarse con él...

Jodie apartó la vista de la imagen de arrojar a Lumpy por la ventana del cenador nupcial y se concentró en el patio trasero. Ah, Brenley. Por supuesto que la estaba esperando. En el mismo lugar en el que había estado cuando ella ignoró sus protestas y se marchó a caballo.

—Hola a ti también, —respondió ella, sujetando a Jasper y bajando de la silla de montar—. No has estado ahí todo el tiempo que he estado fuera, ¿verdad?

Ignorando la pregunta, y al mozo que se acercaba corriendo hacia ellos, Brenley cogió las riendas de Jasper y preguntó:

—¿Le devolviste el abrigo de lord Branwell a su hermana?

—En realidad, —respondió ella mientras el mozo empujaba cortésmente a Brenley a un lado y se llevaba a Jasper al establo—, se lo devolví al propio lord Branwell.

—¿Fuiste a su casa? —jadeó Brenley, dando medio paso atrás.

—Y subí a su dormitorio, —añadió ella, con una dulzura totalmente fingida.

—Puede que tengas razón sobre ese lunático de Branwell. Una decoración totalmente dedicada al libertinaje. —Mientras Brenley la miraba atónito, añadió—: Látigos de piel. Columpios de cuero. Estoy segura de que no era nada que tú, siendo un hombre de mundo, consideraras impactante. Y ahora que lo pienso...

—¿Dónde está el mozo de cuadra que fue contigo? —preguntó, inclinándose hacia un lado para mirar más allá de ella y hacia el camino de entrada.

—Lo vendí a un capitán de barco con destino a Shanghái. —Brenley se enderezó para mirarla, con los ojos muy abiertos.

—Oh, por el amor de Dios —protestó ella, sacudiendo la cabeza—. Estaba detrás de mí. Y cuando llegue, te dirá, con total obediencia, lealtad y honestidad, que fui a casa de lady Branwell, no a la de Jonathan.

—Entonces, en realidad no viste a lord Branwell.

—No he dicho eso —replicó Jodie, aferrándose desesperadamente a su paciencia—. Vino a visitar a su hermana mientras yo estaba allí.

—Se fue inmediatamente, por supuesto.

—Oh, sí —le aseguró con sequedad—. Chirrié como un ratoncito, me sonrojé furiosamente mientras balbuceaba algo y luego, retorciéndome las manos temblorosas, salí corriendo por la puerta tan rápido como mis temblorosas rodillas y delicados piececitos me permitieron.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—No lo hiciste.

—Entonces, ¿por qué te molestaste en preguntarme si lo hice?

—Esperaba que, por una vez, me sorprendieras actuando como se supone que debe hacerlo una dama.

—¿Y por qué querría comportarme de manera ridícula?

—Por el bien de tu reputación... —Se aclaró la garganta, bajó la mirada hacia sus botas y murmuró—: No importa.

Cómo, después de seis largos años, el hombre todavía podía albergar ilusiones...

—Escucha, —dijo ella con voz arrastrada mientras el sonido de los cascos se acercaba débilmente por el camino de entrada—. Se acerca el mozo. Solo por curiosidad, ¿tú y Leslie le pagáis para que me delate?

Brenley se irguió y enderezó los hombros.

—No traiciona a nadie. Da informes cuando lo considera necesario, cuando cree que puede haber consecuencias para las que Leslie o yo debamos prepararnos.

—¿Y da esos informes libremente?

El rubor de Brenley fue respuesta suficiente, tan revelador como su murmullo:

—Bueno...

—Tan libremente como vosotros dos le ofrecéis muestras de aprecio y gratitud, ¿verdad?

—Es un mundo basado en el intercambio, Jodie.

—Vaya, acabas de destrozar mis fantasías —bromeó, y luego se alejó, dejándolo allí parado con cara de desconcierto. Un logro que no era tan difícil de conseguir, tuvo que admitir mientras, sonriendo, subía las escaleras traseras y entraba en la cocina. Y que pudiera hacerlo tres o cuatro veces al día era simplemente asombroso. Siempre se olvidaba de dónde venía y de las cosas que sabía.

Por supuesto, el intercambio movía el mundo. Lo había descubierto a los cinco años. Los restos arrancados de los cubos de basura, las alcantarillas y el barro del Támesis podían cambiarse por casi cualquier cosa: un trozo de pan, un pedazo de queso, una pinta de cerveza. Y una vez alimentado el cuerpo, venían las baratijas por otras baratijas, y al final se conseguía un par de zapatos con unas cuantas millas más en las suelas, o una camisa, tal vez incluso un pantalón que no estuviera demasiado gastado. Luego, alimentada y vestida, cambiaba su trabajo por un techo bajo el que cobijarse.

Mientras subía las escaleras de servicio, admitió que el asunto del intercambio era considerablemente menos refinado en la calle que en la nobleza. La gente privilegiada no comerciaba por sus cenas. Nunca los verías trabajando físicamente a cambio de nada. Pero también traficaban. Marianne había renunciado a su taller de costura para acallar los chismes cuando fue absorbida por la

nobleza. Leslie había dejado la carrera militar porque, como duque, se esperaba que se convirtiera en un político prominente.

Y ella... las cosas que había canjeado por una vida de comidas fáciles y un techo elegante... Pantalones por faldas plisadas. Honestidad brutal por lecciones de comportamiento y reputación familiar. Por el amor de Dios, hasta era amable con los obvios y desesperados trepadores sociales que intentaban aprovecharse de ella.

De acuerdo, sus intercambios no habían sido grandes sacrificios. No al nivel de los de Mariane o Leslie, pero aun así... En el análisis final, todos eran prácticamente prostitutas. No en el sentido de alquilar sus cuerpos por horas a desconocidos, sino en el de intercambiar partes de sí mismos para conseguir lo que deseaban o necesitaban.

Bueno, todos menos Jonathan. Él no parecía negociar nada por su título. No había abandonado su empresa de transporte e importación. Un noble dedicado al comercio. ¡Qué horror! Jodie sonrió mientras se deslizaba hacia su dormitorio. Tal vez esa negativa a prostituirse era parte de lo que la fascinaba tanto de él. Eso y el hecho de que su interés por ella iba mucho más allá de los límites de los intercambios socialmente aceptables.

Se suponía que una señorita decente intercambiaba sexo por un esposo con una casa. Regalarlo sin obtener un anillo ni seguridad financiera a cambio era considerado no solo un signo de moral dudosa, sino de pura estupidez. ¿Cómo era tan distinto cambiar sexo por matrimonio de hacerlo por unas monedas? Una prostituta era una prostituta… salvo que perteneciera a la nobleza. Entonces era una dama prudente.

Qué farsa. Y qué típico del mundo pretencioso y falso en el que vivía.

Jodie se detuvo justo en la puerta del comedor. Emma levantó la vista de su libro y arqueó una ceja en una pregunta silenciosa.

—¿No va a venir Marianne a almorzar hoy? —preguntó Jodie, dirigiéndose a la mesa.

Emma marcó su página, cerró el volumen encuadernado en cuero y lo dejó a un lado mientras respondía:

—Dice que la comida no le sienta bien. Está arriba, tejiendo otro par de botitas.

—Mejor que teja ella que nosotras, supongo —replicó Jodie, sentándose en su asiento habitual.

—Ninguna de las dos sabe tejer.

Jodie sonrió.

—Bueno, al menos no muy bien. —Mientras Emma cogía el timbre para avisar que ya podían servir, Jodie señaló el libro—. ¿Qué estás leyendo?

—«Principios avanzados de anatomía mamaria».

—Suena excitante.

—Para nada —respondió su hermana menor, recogiendo un mechón de pelo rubio que se le había escapado bajo la diadema—. Pero es fascinante. Y teniendo en cuenta que no me dejan entrar en los quirófanos para ver una disección en directo, es lo más parecido a una educación formal en la materia que puedo tener.

Hombres miopes, pensó Jodie cuando el personal de cocina sacó una fuente de panes en rodajas, embutidos y quesos, y otra con frutas frescas. Emma podría ser tan buena médica como cualquiera de ellos. Y mucho mejor que la mayoría, en realidad. Era muy inteligente y compasiva casi hasta el extremo. Por desgracia, el único requisito para ser admitido en la facultad de medicina era tener un pene adjunto, y Emma no lo tenía.

—Si nos vemos en un aprieto —preguntó Jodie cuando el personal las dejó para que comieran—, ¿crees que podrías operar a

uno de tus peludos amiguitos?

—Bueno, podría abrir algo con bastante eficacia, pero después de eso... Será mejor que Fluffy-kins sea capaz de señalar el problema y darme instrucciones detalladas sobre cómo solucionarlo. De lo contrario, no va a acabar bien para el viejo Fluff.

Emma ladeó la cabeza y arqueó una ceja pálida.

—Tienes un secreto.

—¿Qué?

—Tienes un secreto —repitió Emma—. Lo veo en tus ojos.

A decir verdad, tenía muchos secretos, pero no se le ocurría ninguno por el que se sintiera particularmente culpable. Jonathan la preocupaba un poco, pero no había llegado lo suficientemente lejos con él como para haberse ganado una culpa de verdad.

—Tengo muchos secretos. ¿A caso tú no los tienes?

—Supongo que sí —replicó Emma—, Pero seguro que yo no he hecho nada tan escandalosamente atroz que espero que Mariane y Leslie nunca se enteren.

Jodie consideró las ventajas de confiar en su hermana menor. Quería hablar con alguien sobre lo que sentía, lo que pensaba, alguien que no estuviera obligado a recordarle las reglas de la decencia. Y aunque Emma era muy buena adivinando secretos, era igualmente buena guardándolos.

—Oh, —susurró Jodie arrastrando las palabras—, no sé si lo describiría como atroz.

—Por favor, Jodie, —dijo su hermana con una suave risa—. Cometes pequeñas atrocidades todos los días de tu vida y sin pensarlo ni un poco. Tendría que ser espectacular para que pensaras que dejaría boquiabiertos a Mariane y Leslie después de seis años lidiando con tus desventuras.

—Es cierto, —admitió—. Pero en realidad no fue *tan malo*.

—¿Qué no fue?

—Cómo decirlo con delicadeza —comenzó Jodie.

—Si tienes que pensarlo —observó Emma—, debe de haber alcanzado nuevas cotas. ¿Saldrá en el periódico de mañana?

—No.

—Eso es una bendición.

Ignorando el sarcasmo de su hermana, Jodie se encogió de hombros y se limitó a decir:

—Dejé que un hombre me besara.

—¿Por qué?

Lo pensó un momento, recordando. El primer beso, el que le dio Jonathan cuando escapaban del incendio anoche, podía explicarse como consecuencia de la terrible situación. Hoy, sin embargo... En realidad, no la había besado. No en el sentido tradicional. Había sido más bien un mordisquito. Un mordisquito largo y delicioso. Se llevó la mano a la garganta y se pasó los dedos por ella.

—Supongo, —reflexionó en voz alta, con el pulso acelerado—, que lo dejé porque me gusta cómo me hace sentir.

—Bueno —murmuró Emma—, siempre y cuando tuvieras el sentido común de estar en un lugar privado cuando sucedió y él no sea de los que van corriendo por todo Londres contándoselo a la gente, no veo que haya muchas posibilidades de que un pequeño beso se convierta en un horrible escándalo.

Jodie asintió. Emma se acomodó en su silla y suspiró suavemente antes de continuar:

—Y como no hay escándalo en el beso, lo que debe preocuparte es lo que vino después. ¿Llevó a algo más que un beso allí mismo, en el acto?

Qué don tenía Emma para guiar una confesión. Sería un gran sacerdote. Si tuviera un pene, claro.

—En cierto modo, supongo que sí —respondió Jodie—. Me pidió que nos reuniéramos en el jardín esta noche, a medianoche.

Emma la miró durante un largo momento. Finalmente murmuró:

—Y lo estás considerando seriamente.

Jodie la observó, entre sorprendida y divertida.

—No pareces nada sorprendida.

—En parte no lo estoy —admitió su hermana—. Siempre te ha ido bastante bien cuando te ha apetecido, cómo y cuándo te ha apetecido, y sin preocuparte lo más mínimo por lo que la gente ajena a la familia pensaba de ti. ¿Por qué iba a ser diferente salir a escondidas para quedar con un hombre?

—Pero, por otro lado... —insistió Jodie.

—Bueno, supongo que siempre he pensado que sería más difícil domesticarte —respondió Emma, encogiéndose de hombros—. Me sorprende que apenas haya pasado una semana de tu Temporada, y estés dispuesta a sentarte en el regazo de un hombre y ronronear para él.

¿Ronronear? ¿Como un gato en el regazo deleitándose con un trozo de pescado sobrante?

—Yo *no estoy* ronroneando, —protestó ella.

—Bueno, solo como dato y en general, —replicó Emma con calma—, la gente no se lleva a la cama a los que gruñen, bufonean y muerden.

Era un poco tarde para profesar inocencia total, pero aún así...

—No dije nada en absoluto sobre ser amantes.

—¿Qué? —preguntó Emma con un resoplido entrecortado—. ¿Le has retado a un partido de croquet y esa es la única hora que ha podido encajar en su agenda?

Y pensar que Emma había sido una vez callada y tímida. Qué diferencia habían hecho seis años. Jodie negó con la cabeza y dio un bocado al queso. Abandonando las pretensiones, dijo:

—No he tomado una decisión sobre su invitación.

—¿Cuál parece ser el punto de fricción?

—No lo sé, —admitió—. Una parte de mí está completamente fascinada, mientras que otra parte susurra frenéticamente: *Oh, oh, oh*.

—Ya sabes lo que siempre dice Leslie. En caso de duda, no lo hagas.

—Sí, lo sé, —admitió, de repente muy cansada de tener que pensar tanto—. Pero, ¿no te parece una forma terriblemente cautelosa y pesada de vivir la vida?

—No. Pero si no encuentras útil esa perspectiva mientras reflexionas sobre tu gran decisión, podrías considerar el viejo dicho de que la curiosidad mató al gato.

Que Dios la libre de personas tímidas y demasiado racionales.

—En primer lugar, no soy un gato, y en segundo lugar, no siempre los mata o habría gatos muertos en cada tejado y colgando de las ramas de cada árbol.

Emma pareció horrorizada por un segundo y luego se recuperó para decir:

—Es cierto. Pero a veces los deja lisiados o con cicatrices de por vida.

—Y a veces se salen con la suya, —afirmó Jodie con un guiño mientras cogía una manzana de la bandeja y se alejaba de la mesa.

—¿Cuándo fue la última vez que no te pillaron? —Emma no le dio oportunidad de responder antes de añadir—: Siempre te pillan, Jodie. Disfrutas cuando te pillan. Esa es la razón por la que te portas mal.

—No —corrigió ella, deteniéndose y girándose hacia su hermana—. No me pillan siempre. Y no hago estas cosas por el gusto de que Leslie me reprenda, como tú pareces pensar.

Emma ladeó la cabeza y la observó con sus sombríos ojos verdes.

—Entonces, ¿qué tiene de atractivo?

Con una sonrisa, Jodie replicó:

—El aburrimiento es algo terrible.

Emma no pareció encontrarle gracia.

—Por favor, no hagas nada que avergüence excesiva y permanentemente a Mariane y Leslie. Han sido tan buenos con nosotras.

—No lo haré —prometió Jodie—. Por supuesto, sería mucho...

—No —la interrumpió Emma, sacudiendo la cabeza mientras sus rizos rebotaban—. No voy a ayudarte.

Cómo lo había sabido...

—A veces das miedo.

—No doy miedo, —replicó Emma entre risas—. Eres predecible. Y seamos sinceras, Jodie. De todos modos, ninguna ayuda mía va a cambiar lo más mínimo el resultado final. Te atraparán, Leslie gritará durante una hora y amenazará con enviarte al castillo de Rochester encadenada, tú te encogerás de hombros y te irás, Mariane suplicará en tu nombre y...

—Leslie cederá —concluyó Jodie alegremente mientras se dirigía de nuevo hacia la puerta—. Y eso será todo hasta que haga otra cosa escandalosa y todo el mundo vuelva a pasar por lo mismo. Tienes que admitir que mantengo la vida interesante por aquí.

—Eso es cierto.

—Y en comparación, hago que tú parezcas un ángel. Deberías agradecérmelo.

—Yo soy un ángel.

—Aunque un poco excéntrica.

—En cierto modo, sí —admitió Emma—. Pero aun así... mi comportamiento no le está poniendo canas a nadie ni le quita el sueño por las noches.

En el umbral, Jodie se detuvo de nuevo para mirar hacia atrás, sonreír y soltar:

—Siempre la hermana buena.

—No tienes por qué ser la hermana mala —replicó Emma con suavidad, casi con tristeza.

—Pero se me da muy bien ser mala —rió Jodie—. Y, a fin de cuentas, es mi único talento.

Se alejó antes de que Emma pudiera llevarle la contraria, como era de esperar. ¿Mala? No, no era mala. Ahora bien, si alguien sugiriera que era un poco salvaje... sí, tendría que admitir que eso era cierto. Pero ciertamente no era una elección consciente. Nunca hería a nadie deliberadamente. No se sentaba a pensar en formas de sorprender u ofender. Simplemente sucedía. Como el sol que salía por el este cada mañana.

Bueno, excepto con Jonathan Garvey, admitió mientras subía las escaleras. No había planeado exactamente la escalada de su relación, pero se había puesto deliberadamente en su camino para ver qué pasaba. La decisión había producido resultados que no eran del todo sorprendentes.

Como no le había hecho ninguna promesa, dudaba que él estuviera esperando en el jardín a medianoche, así que no era como si tuviera que tomar una decisión de inmediato. Sin embargo, le había dicho a Peyton que volvería a posar para el retrato a la mañana siguiente y, conociendo ya un poco a Jonathan, era casi seguro que él también estaría allí, aguardando para ver si ella era lo bastante valiente como para aceptar su desafío.

Jamás en su vida había retrocedido ante un reto, fuese del tipo que fuese. Tampoco había ronroneado jamás para ningún hombre, y no tenía la menor intención de empezar a hacerlo solo porque alguien se lo ordenara. Con suerte, entre ese momento y el amanecer encontraría la manera de equilibrar sus impulsos. Sí, necesitaba hallar un término medio, por así decirlo, que su orgullo no se resistiera a compartir con Jonathan. Solo durante una o dos horas. Quizá tres, si todo resultaba tan placentero como aquel delicioso mordisco.

Capítulo 7

Jonathan hizo un gesto de despedida al lacayo de Josephine y cruzó la casa en solitario rumbo al invernadero. Bendito sea el corazón de su hermana: no sabría pintar ni una valla, pero sus aspiraciones artísticas le habían brindado la excusa perfecta para estar cerca de Jodie. Una oportunidad que pensaba aprovechar hasta el último segundo… y hasta donde le fuera posible.

Y, añadió mientras se deslizaba en aquella jungla de cristal, también cuando, donde y como pudiera. Dios todopoderoso, cuando Jodie sonreía con ese modo lento, tranquilo y cómplice tan suyo, la sangre se le encendía y su imaginación se deleitaba en un festín indecente de placeres carnales. Puro, delicioso, interminable… Si Peyton no hubiera estado allí...

—¡Buenos días, Jonathan! —lo llamó su hermana, como si hubiese escuchado sus pensamientos.

Carraspeó con suavidad y se obligó a regresar a la realidad.

—Buenos días, miladies —saludó al acercarse al carrito del té.

—Y para usted también, Lord Branwell —repuso Jodie con serenidad, entregándole una taza de té humeante—. ¿Está listo para pintar?

Podría estarlo. Si estuvieran solos. Y ambos desnudos. Y pensar que había considerado la pintura como un pasatiempo infantil… Qué poco previsora había sido su imaginación hasta ahora.

—¿Jonathan?

Parpadeó y miró de un lado a otro entre su hermana y Jodie, sin saber cuál de las dos había llamado su atención de nuevo hacia lo mundano y aburridamente circunspecto.

—Jodie me preguntó si estabas listo para pintar en su retrato.

A juzgar por la luz brillante y traviesa que danzaba en los ojos oscuros de Jodie, él sabía muy bien que le importaba un bledo el cuadro en el que Peyton estaba trabajando. De hecho, si tuviera que adivinar, diría que su mente corría por el mismo camino que la suya.

—Estoy listo cuando usted lo esté —contestó él, sosteniendo su mirada con valentía.

—Entonces, empecemos, ¿de acuerdo? —sugirió Peyton alegremente, sin tener ni idea—. A menos, claro, que haya alguna razón para esperar hasta que llegue lord Palson.

Palson. Oh, sí. Jonathan dio un sorbo rápido a su té y observó cómo Jodie lo tomaba despacio.

—Me temo que tengo malas noticias, Peyton —consiguió decir mientras Jodie pasaba tranquilamente la punta de la lengua por el borde de la taza de porcelana.

—¿Qué clase de malas noticias?

Jodie se compadeció de él, dejó la taza y dirigió la mirada hacia la tumbona que había ocupado durante la sesión de ayer. Jonathan respiró hondo, intentó olvidar lo que ella podría estar pensando sobre lo que podrían hacer ahí, y volvió la vista a su hermana.

—Lord Palson envió un mensaje antes de que me fuera de casa. Lamenta tener otras obligaciones hoy y no podrá unirse a nosotros para la sesión de pintura. Me pidió que te transmitiera su más profundo pesar y que te asegure que te suplicará personalmente tu perdón la próxima vez que te vea.

Peyton puso los ojos en blanco.

—Espero que le digas que suplicar no es realmente necesario.

—Sí, pero estaría bien que le siguieras la corriente. Le gusta mucho hacer de caballero galante.

Su hermana resopló y dejó la taza de té, respondiendo con sequedad:

—Seré amable con él; al fin y al cabo, es tu amigo. —Se detuvo y miró a su alrededor, frunciendo las cejas. Tras un segundo, suspiró y negó con la cabeza. Dirigiéndose a la puerta, añadió—: Olvidé que ayer por la tarde me puse el delantal de pintura arriba. Lo juro, si no tuviera la cabeza bien puesta... Creo que recuerdo dónde lo dejé. Ahora vuelvo.

—¿Soy solo yo, —preguntó Jodie en voz baja detrás de él—, o crees que ella dejó deliberadamente ese delantal en otro lugar?

Se dio la vuelta y dejó a un lado su propia taza de té, inquirió:

—¿Importa?

—Solo en cuánto tiempo es probable que lo esté buscando.

La sonrisa de Jodie era una invitación, si es que alguna vez había visto una.

—Sugiero, —murmuró, acortando la distancia entre ellos para rodear su cintura con sus brazos—, que no perdamos ni un solo segundo.

Ella entrelazó sus brazos alrededor de su cuello.

—Estoy de acuerdo —susurró, con los pechos rozando la parte delantera de su camisa—. ¿Qué tienes en mente?

Él inclinó la cabeza y dejó una estela de besos ligeros en su oreja.

—Si llevaras una falda normal —susurró contra ella—, la levantaría y te haría el amor aquí mismo.

Ella emitió un pequeño murmullo, se estremeció y luego arqueó la espalda con una deliciosa elegancia para presionar sus pechos con más fuerza contra su pecho. Él deslizó sus manos por el

terciopelo oscuro para abrazarla y atraerla completamente contra su cuerpo.

—Pero como no la llevas y no tenemos tiempo de quitártela, tendremos que pensar en otra cosa.

—¿Por ejemplo? —preguntó ella con la respiración entrecortada mientras él movía lentamente sus caderas contra las de ella.

—Estoy dispuesto a considerar cualquier cosa que se te ocurra. Excepto, —añadió él, moviéndose de nuevo contra ella—, besarte. Los moretones en los labios son difíciles de ignorar e imposibles de explicar.

—También lo es el terciopelo aplastado.

Tenías razón. Hasta cierto punto. Jonathan retrocedió, apartando el cojín de su trasero mientras la soltaba. Sus manos recorrieron su pecho y luego se retiraron cuando ella dio medio paso atrás, rozando suavemente la tela sobre su abdomen.

—Puede estar arrugado de montar —murmuró, cogiendo sus manos y guiándola hacia la tumbona.

—El lino es otro asunto completamente distinto —murmuró, colocando las manos en los pechos y deslizando las yemas de los pulgares sobre los pezones endurecidos—. Se arruga a primera vista. Después, es muy indulgente.

—Hablando de perdonar —susurró, manteniendo su mirada mientras enredaba los dedos en el cabello de su nuca—, no estuviste esperándome en el jardín toda la noche, ¿verdad?

Negó con la cabeza y movió una mano para abrir con destreza un par de botones de su blusa.

—No aceptaste mi invitación. Y un caballero nunca presume del consentimiento de una dama.

—Por supuesto que no —murmuró con voz baja y suave, la mirada oscura de deseo—. Solo insiste deliciosamente hasta

conseguirlo.

—¿Deliciosamente? —replicó con una sonrisa ladeada—. Eso quiere decir que disfrutas de mis insinuaciones.

Ella sonrió lentamente y metió la mano entre ellos para abrir un tercer botón de la parte delantera de su camisa, preguntando:

—¿Ha habido alguna mujer a la que no le haya gustado tu tacto?

Él contuvo la respiración al sentir el suave y cálido satén en la palma de su mano.

—No hay otras mujeres en el mundo.

Ella se rió suavemente y le tiró del pelo.

—Mentiroso.

Pillado, él le sonrió.

—Está bien, hay otras mujeres. Es solo que ninguna me importa.

—En este momento, al menos.

—No ha habido ninguna más desde que te conocí.

—¿Dos días enteros?

—Y dos noches también —contestó él, agarrando un pezón entre sus dedos y apretándolo suavemente—. Las noches importan más que los días, ¿sabes?

—La tensión debe de ser insoportable, —admitió ella conteniendo la respiración. Moviéndose en su regazo, preguntó con una indiferencia vacilante—: ¿Cómo diablos lo has soportado?

Él apretó y luego tiró lentamente, respondiendo:

—La esperanza de estar contigo es lo único que me sostiene.

Sonriendo, ella cerró los ojos, arqueando la espalda.

—¿Las mujeres generalmente se tragan este tipo de pavadas?

—Te quedarías absolutamente asombrada.

—Lo estoy. —Dejó que su cabeza se deslizara hacia atrás y sonrió ciegamente hacia el techo—. En tantos niveles deliciosos.

Si pensaba que era bueno con las manos... Él se inclinó hacia delante y deslizó lentamente la lengua por el valle entre sus pechos.

—Dios —gimió ella, retorciéndose en su regazo—. Tenemos que parar.

—Cierto. En un minuto o dos, voy a girarme y ponerte boca arriba en esta tumbona.

Ella volvió a moverse, llevando la cabeza hacia atrás y abriendo los ojos. Arqueó una ceja oscura y enroscó el cabello de él con fuerza entre sus dedos.

—No lo harías.

—Sí, lo haría —le aseguró, tirando de su pico de nuevo. Cuando ella se quedó sin aliento, él sonrió y se burló suavemente—: Y lo disfrutarías, ¿verdad?

—Jonathan, sé sensato.

Continuó con la deliciosa tortura, diciendo:

—Solo si prometes que te reunirás conmigo esta noche.

—Eres un granuja.

—Para tu completo y absoluto deleite. ¿Lo prometes? No pararé a menos que lo prometas. —Sonrió y arqueó una ceja mientras apretaba su tierno pómulo—. Peyton podría volver en cualquier momento.

Con una risita silenciosa, ella le agarró la muñeca y lo miró a los ojos.

—Prometo intentarlo. ¿Sería eso suficiente?

—Es suficiente —proclamó alegremente, soltando su premio y deslizando la mano fuera de su blusa. Le colocó las manos en la cintura para estabilizarla mientras ella encontraba el equilibrio y

daba un paso atrás. Al incorporarse, notó el leve temblor de sus dedos al intentar abotonarse. Sin decir nada, apartó sus manos con suavidad y se ocupó él mismo de la tarea. Cuando terminó, se inclinó y la besó en los labios.

—Sí, un verdadero pícaro —comentó ella con una sonrisa, siguiéndolo de vuelta al carrito del té.

—Un caballero pícaro —la corrigió, tendiéndole su taza de té—. Hay una diferencia, ¿sabes?

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Juro que me llevaré la maravilla de tu pasión y tu disposición a la tumba.

Ella asintió, aún sonriendo.

—Qué bonito. Y ya que estamos en esta pausa tan... tranquilizadora, que lo sepas, Jonathan: si no te lo llevas tú a la tumba, te lo meto yo.

Bueno, eso era nuevo, una mujer amenazándolo con violencia. Con sus propias manos. Qué cambio tan deliciosamente refrescante de lo habitual, del cruelmente tácito *Se lo diré a mi padre y luego lo lamentará*.

—Tomo nota, milady —dijo, levantando su taza en señal de saludo—. De hecho, está grabado para siempre en mi corazón.

Ella arqueó una ceja y tomó otro sorbo de su té.

—Dejemos nuestros corazones fuera de esto, ¿de acuerdo? ¿Mantengamos las cosas tan simples y directas como podamos?

Levantó de nuevo su taza en señal de saludo, esta vez con una punzada de arrepentimiento. Tener a la mujer más perfecta del mundo entero como amante y no poder contárselo a nadie, y mucho menos gritar su triunfante logro desde los tejados de Londres...

Peyton eligió ese momento para regresar con la bata en la mano y le ahorró seguir estrujándose el cerebro y la conciencia. Bendito fuera su pequeño corazón sin talento artístico.



Jodie siguió a Mariane al salón pensando que la cena había ido mejor de lo que recordaba. Leslie y Brenley habían estado absortos en las preocupaciones sobre los próximos asuntos del Parlamento. Emma se había excusado para dar el biberón a una camada de gatitos huérfanos que alguien le había traído esa misma tarde. Y Mariane... La pobre Mariane estaba tan embarazada que respirar era ya una hazaña, y comer requería un esfuerzo consciente.

Jodie, que se mantenía lo suficientemente cerca como para ayudar si era necesario, contuvo la respiración y observó cómo Mariane se acomodaba en una silla junto a la chimenea. La operación se llevó a cabo sin contratiempos, así que Jodie suspiró aliviada y se dirigió al carrito de bebidas. Ya se había servido un jerez y estaba añadiendo unas gotas de limón a la taza de manzanilla que su hermana tomaba cada noche cuando esta rompió el agradable silencio.

—Estás muy callada esta noche, Jodie. ¿Te preocupa algo?

Uy.

—No —respondió con ligereza, mientras llevaba las bebidas hasta la chimenea—. Es que no tengo mucho que decir. Nada interesante, al menos.

Mariane asintió lentamente y cogió su labor de punto. Mirándola de reojo mientras pasaba el hilo entre los dedos, comentó:

—Brenley nos ha dicho que has conocido a alguien.

Allá vamos.

—Estoy segura de que Brenley dijo mucho más que eso, —replicó Jodie, dejándose caer en la silla de enfrente y girándose para que sus piernas colgaran sobre el brazo.

Marianne se rió suavemente y dejó de tejer.

—Bueno, claro que lo hizo. Solo estaba dejando la conversación abierta para que tú aportaras tu versión de la historia.

—Es el hermano de Lady Peyton Garvey, —empezó, eligiendo sus palabras con cuidado—. Es marqués. Lleva doce años en Estados Unidos y es dueño de una compañía naviera. Nos conocimos escapando del incendio. Y eso es todo lo que hay que contar.

—¿Tiene nombre?

Bueno, al menos era Mariane la que hacía las preguntas y no Leslie o Brenley. Marianne era mucho más comprensiva.

—Jonathan. Jonathan Garvey, el marqués de Branwell.

—Brenley cree que su interés por ti es inapropiado.

Jodie resopló.

—Eso es porque los intereses de Brenley por las mujeres son inapropiados. Cree que todos los hombres son como él.

—Lo son, —replicó Marianne, volviendo a su labor de punto—. Y tú lo sabes mejor que la mayoría de las jóvenes.

—¿Incluso Leslie tiene intereses impropios? —preguntó, pensando que era uno de los cambios de dirección de conversación más sutiles que había ejecutado nunca.

Marianne sonrió mientras un bonito rubor rosado coloreaba sus mejillas.

—Definitivamente lo fueron en algún momento. Incluso ahora es un poco terco.

Bueno, esto era interesante. Su hermana nunca había hablado de su relación física con Leslie.

—No puedo creer que lo estés admitiendo.

Marianne suspiró, se apoyó el tejido en el vientre y la miró.

—Con tres bebés en seis años, sería bastante difícil negarlo, ¿no crees?

—Bueno, sí, —admitió Jodie con una risita, y le gustó esa franqueza poco común. Dio un sorbo a su jerez y preguntó—: ¿Cómo te sientes?

—Gorda.

Jodie sonrió.

—Aparte de eso.

—Y fea.

Jodie se rió.

—No estás ni gorda ni fea. Aunque debo decir que no haces que la maternidad parezca especialmente atractiva.

—Hay partes que son gratificantes —admitió Mariane entre sorbos de té. Suspiró y miró su estómago—. Pero llegar a ellas es una especie de prueba.

Y no sin sus peligros, también. Jodie levantó la copa de jerez y contempló la luz del fuego a través del cristal.

—¿Es tu forma indirecta de recordarme las consecuencias de retozar con hombres en celo?

—Sí.

Redundante, pero completamente sincera. Como siempre. Jodie sonrió y dio un sorbo al jerez.

—Para que sea realmente eficaz, probablemente deberías contarme historias sobre mujeres jóvenes que fueron sorprendidas siendo poco virtuosas. Ya sabes, con la reputación destruida, sus familias marcadas para siempre por la vergüenza del escándalo y todo eso.

Ante la media sonrisa y el ceño fruncido de Marianne, añadió:

—Ah, y no te olvides de los horribles matrimonios que hubo que contraer y luego soportar porque una chica no supo recordar cómo decirle que no a un hombre sin un centavo a su nombre y con

aún menos fibras morales. También tienes que contarme eso. Con todo lujo de detalles.

—Lo haría si pensara que cambiaría algo en tu forma de pensar —replicó Marianne, dejando la taza a un lado y retomando el tejido —. Pero no lo haría, así que no voy a malgastar el esfuerzo.

Bueno, siempre y cuando fueran sinceras…

—Tu propio pasado no tiene nada que ver con esa decisión, por supuesto —señaló Jodie, pensando que había conseguido resistirse a Jonathan durante cuarenta y ocho horas más de lo que Marianne había logrado resistirse a Leslie.

—Hay una diferencia —dijo Marianne con mucho cuidado—, entre tener una aventura con un tutor de tu misma edad y tenerla con un completo y considerablemente mayor desconocido.

—Una diferencia muy pequeña.

—Pero importante.

—No es que importe, ya que no tengo una aventura con Jonathan Garvey.

—Aún.

Por amor fraternal y por prudencia, Jodie ignoró el anzuelo.

—E incluso si lo hiciera, no es considerablemente mayor.

Creo. Tendré que preguntarle.

—Jodie...

Oh, no. No me des un sermón. Por favor, Marianne.

—Estar casada no es la prisión que crees que es. —Las agujas hicieron clic, marcando su consejo—. De verdad. Por favor, no hagas nada que pueda poner en peligro tu oportunidad de elegir ese camino, de ser feliz con la vida.

—Soy feliz con la vida —contestó Jodie, decidida a evitar que la conversación se volviera sombría—. Bueno, aparte de verme

obligada a soportar una Temporada. Esa parte es espantosa y la odio.

—En la vida y en la felicidad hay más cosas que caballos y espadas y la satisfacción de hacer que la gente se quede boquiabierta y haga tsk.

—Cierto. —Levantó su copa de jerez en señal de saludo y sonrió—. También está hacer que se desmayen.

Marianne levantó la vista para lanzarle una mirada de censura que no dio en el blanco y volvió a tejer.

—¿Qué tiene Lord Branwell que te atrae tanto?

Siempre tan insistente, Marianne.

—No he dicho que me atraiga.

—¿Es guapo?

Jodie se encogió de hombros.

—Pasable, supongo.

—¿Es alto? ¿De hombros anchos?

Es hora de cambiar de tema.

—¿Estás pensando en sustituir a Leslie?

Marianne se rió.

—Por supuesto que no. Solo intento ver si nuestro gusto por los hombres es una característica compartida entre hermanas.

Era evidente que lo era, pero Jodie no iba a admitirlo.

—Supongo que sí, —admitió—. Pero tal vez no. No lo he mirado tan de cerca.

De nuevo dejó de tejer.

—Jodie —dijo su hermana con seriedad y un pequeño suspiro —, por favor, sé sincera conmigo. Háblame. No soy una ignorante en cuestiones de corazón.

Eso de ser sincera sí que lo era.

—Si alguna vez mi corazón se enamora de un hombre, serás la primera en saberlo, Marianne. Te lo prometo.

—Tampoco soy una ignorante en cuestiones de atracción. Entiendo la tentación y lo instantánea e irresistible que puede ser.

—Sí, lo sé. Y es obvio, —bromeó Jodie, sonriendo y mirando deliberadamente el vientre de Marianne.

Marianne se rió entre dientes.

—Estás enturbiando deliberadamente las aguas.

—Por supuesto que sí. Te decepcionaría si no lo hiciera.

—¿Y la sociedad se decepcionaría, —preguntó ella, con el ceño fruncido—, si no tuvieras una tórrida e ilícita aventura?

—Oh, por favor, Marianne, —replicó ella con un resoplido—. Se decepcionarían de mí si les diera algo menos que una actuación completamente pública, a plena luz del día y desnuda en los escalones de la catedral de San Pablo.

—No vas a hacer eso, ¿verdad?

Oh, Dios. La expresión de su hermana. Mitad horror, mitad deleite. Jodie se echó a reír.

—Tengo mis principios —le aseguró. Y luego, porque no pudo resistirse, añadió—: Aunque debo decir que, teniendo en cuenta lo que Brenley me contaba sobre los Lunatic Branwell, podría ser algo que Jonathan consideraría seriamente. Tendré que preguntárselo la próxima vez que lo vea.

—¿Y cuándo sería eso?

Ah, el quid de toda la conversación. Y llegado tan suavemente y casualmente. Marianne era realmente buena en este tipo de cosas.

—Siempre que él asista a la misma fiesta que yo y nuestros caminos se crucen en algún momento de la noche —respondió Jodie con la misma suavidad—. Con todas las fiestas entre las que elegir

cada noche, ¿quién sabe cuándo será? Aunque no podrá ser antes de dentro de dos semanas. Todo el mundo está montando un espectáculo de respeto por los muertos durante ese tiempo.

—Te recuerdo que, para algunos, será una expresión genuina de dolor y pesar. Deberías dejar tu irreverencia natural en casa.

Sí, lo sabía. Y lo haría.

—Eres una persona muy agradable, Marianne —dijo con sinceridad—. Y un alma mucho mejor de lo que yo podría aspirar a ser.

—Lo que soy es un alma muy cansada —contestó Marianne, dejando la cesta de tejer en la mesita auxiliar—. Creo que me iré a dormir y subiré pesadamente a la cama.

Jodie se levantó de un salto de la silla y rápidamente dejó a un lado su jerez para ofrecerle las manos. Marianne las tomó con una sonrisa de gratitud y le permitió levantarse.

—Duerme bien y tranquila —le deseó Jodie mientras Marianne se dirigía hacia la puerta del salón

Su hermana se detuvo y se volvió.

—Eres una buena persona, Jodie. Solo que eres muy joven y muy enérgica. Todo lo que te pido es que te comportes durante las próximas semanas. Hasta que nazca este bebé, no tengo energía para interponerme entre Leslie y tú si algo sale mal.

Jodie cruzó la habitación y rodeó con sus brazos los hombros de Marianne.

—Nada va a salir mal —le aseguró con un abrazo—. Lo prometo.

Con una suave risa, Marianne la soltó y, sacudiendo la cabeza, se dirigió a las escaleras, diciendo:

—Napoleón dijo lo mismo en Waterloo, ¿sabes?

—Excepto en francés.

—¡Compórtate!

Sí, bueno... Jodie volvió a la mesa auxiliar, cogió la copa de jerez y se la bebió de un trago. Luego devolvió tanto la copa como la taza de té casi llena de Marianne al carrito de bebidas, y se quedó un momento reflexionando sobre su dilema y cómo afrontarlo.

No ver a Jonathan simplemente no era una opción. No podía esconderse en la casa como un ratón. Pero, teniendo en cuenta la promesa que acababa de hacerle a Marianne...

Esperaba que Jonathan lo comprendiera. Si no... habría sido estupendo poder decir que existían muchos otros hombres interesantes en el mundo, pero ya había visto lo que había y sabía exactamente lo deprimentes que eran las posibilidades. Si Jonathan decidía mostrarse desagradable ante su vacilación de esta noche, aquella iba a convertirse en la Temporada más larga y tortuosamente aburrida que cualquier mujer hubiera tenido que soportar.

Si él lo comprendía, sin embargo... si era un caballero en todo el sentido de la palabra... Por supuesto, un verdadero caballero no le pedía a una dama que se reuniera con él en un jardín a medianoche. Y una verdadera dama ni siquiera consideraba la idea. Desde luego, no dejaba que su sangre se calentara ante la posibilidad.

Capítulo 8

Estaba loco. Completamente loco. Jonathan sacudió la cabeza, pero mantuvo la mirada firmemente fija en las ventanas oscuras de la parte trasera de la casa de Rochester. No es que el duque de Rochester fuera a salir por ninguna de las puertas traseras. Eso le daría a su presa la oportunidad de escapar. No, lo más probable era que el duque saliera por la puerta principal y diera la vuelta por detrás. Al menos eso es lo que *él haría* si supiera que había un bastardo esperando en los jardines, con la esperanza de seducir a su pupila.

Jonathan miró por encima del hombro. El caballo seguía atado al anillo justo fuera de la puerta abierta. Su calma aseguró a Jonathan que, por el momento, nadie estaba en camino para defender la virtud y hacer justicia.

Exhaló un largo y silencioso suspiro, volvió a mirar la casa y a cuestionar su juicio. Qué patético era estar sentado en la oscuridad, esperando a una joven. En realidad, era mucho más que patético. No era como si ella fuera la única mujer que se reuniría con él. Había muchas otras mujeres hermosas en Londres, y la gran mayoría podía estar disponible por una noche sin todos los riesgos que conllevaba entretenerse con Lady Jodie Sheldon.

Por supuesto, en ese vasto mar de mujeres disponibles no había ninguna que le intrigara como lo hacía Jodie. Belleza evidente, inteligencia aparente, una honestidad refrescantemente directa, un audaz sentido de la osadía, una voluntad de ser tan abierta sobre el deseo como él... Las características de todas las cortesanas consumadas. Pero con Jodie, a diferencia de las cortesanas, no

había ninguna expectativa subyacente de un intercambio de negocios. No había nada de ese tipo de —si hago esto por ti, tú harás esto por mí—, ni explícito ni implícito, en su aceptación de sus insinuaciones. Lo que hacía que Jodie fuera única en su experiencia. Era deleite carnal y posibilidad perversa envueltas en una inocencia maravillosamente sensual, una combinación que él encontraba no solo fascinante sino también irresistible.

Irresistible hasta el punto de la estupidez, en realidad. Un hombre de su edad, su experiencia... Y sus circunstancias. Jonathan sacudió la cabeza y se volvió hacia la puerta, cediendo finalmente a la cansada voz del sentido común. Si Jodie alguna vez le presionaba para saber por qué no había cumplido su promesa, su única esperanza sería tratar de explicar sus preocupaciones más importantes. Quizás, con un poco de suerte, ella lo consideraría un poco más noble que cobarde.

El susurro era silencioso, pero lo detuvo en seco. Conteniendo la respiración, se esforzó por escuchar mientras se giraba para mirar en la dirección de donde provenía. Una sombra dentro de las sombras de la casa se movió y él entrecerró los ojos en la oscuridad, esforzándose por distinguir los detalles. Alta, esbelta, de piernas largas. Oscura de la cabeza a los pies. Su mirada recorrió su longitud. Parte de su mente gimió de alivio. La otra parte...

Dios todopoderoso. Jodie. Con pantalones. ¿Y él había pensado que tenía unas curvas tentadoras con una falda de campana? Su corazón latía con fuerza y sus entrañas se calentaban y tensaban mientras la observaba caminar tranquilamente hacia él a través del jardín. Iba a ser jodidamente difícil quitarle esos pantalones con eficacia. Una falda era ciertamente menos inspiradora, pero requería considerablemente menos esfuerzo para meterla por debajo.

—No ibas a rendirte conmigo, ¿verdad?

Parpadeó, se humedeció los labios y obligó a su cerebro a pensar en el momento. No es que el momento fuera tan propicio para un pensamiento convincente o una réplica inteligente. Iba vestida de forma tan sencilla «pantalones negros, camisa negra,

botas negras, chaqueta negra», pero cada centímetro de ella estaba tan bien hecho que su único pensamiento era lo mucho que deseaba abrazarla y volver a estrechar contra su cuerpo esas deliciosas curvas. Estaba tan caliente, tan deliciosa.

Se detuvo a una distancia prudente de él.

—Tenía la intención de esperarte cuando llegaras, pero me retrasé por una breve crisis de conciencia.

Conciencia. Los engranajes de su cerebro se pusieron lentamente en marcha para parecer funcionar con normalidad.

—Al parecer, superaste su insistencia.

Ella sonrió y se encogió de hombros.

—Hasta cierto punto.

—Conozco la sensación, —admitió él.

—¿De verdad?

—El intelecto rara vez aprueba el impulso, y la batalla entre ambos puede ser especialmente desagradable.

—Si el intelecto no fuera tan terriblemente aburrido y tan predecible, —observó ella con una pequeña risa que encendió sus sentidos—. El impulso se divierte mucho más.

—Hasta que haya que pagar —comentó él—. Entiendo que has venido a rechazar de manera oficial y muy educada mi invitación.

Ella lo meditó un largo momento, mordisqueándose el labio inferior. Finalmente suspiró, sacudió la cabeza y contestó:

—El intelecto y el impulso aún no han terminado de chocar.

Que él viera en eso una razón para albergar esperanza en sus palabras...

—Oh, no sé —respondió él con una sonrisa torcida—. Que estés a un buen brazo de distancia me indica que la batalla está bastante reñida y que, al menos por ahora, he salido perdiendo.

—Lo siento.

—No hay por qué —aseguró—. A decir verdad, mientras esperaba aquí, he estado sopesando los pros y los contras y he llegado a la misma clase de vacilación.

Su sonrisa era débil.

—Pero probablemente no por las mismas razones.

Tenía dos opciones: asegurarle que las expectativas sociales realmente le importaban y marcharse, o contarle toda la sórdida y poco atractiva verdad y esperar que se le ocurriera algún tipo de equilibrio entre la nobleza y la lujuria.

—Hay algunas cosas que debería saber sobre mí, —dijo, eligiendo—. Sobre lo que está pasando a mi alrededor, antes de tomar cualquier decisión que implique pasar tiempo en mi compañía.

Su sonrisa se extendió instantáneamente de oreja a oreja y, incluso en la oscuridad, pudo ver la luz bailando en sus ojos cuando preguntó:

—¿Eres un delincuente buscado?

—Siento decepcionarte.

—Maldita sea, —respondió ella, riendo—. Eso habría sido emocionante. Así que dime qué es lo que te preocupa tanto.

Ahora que había llegado al punto de tener que ponerlo todo en palabras... Ella iba a pensar que había perdido la cabeza.

—Quizá quieras sentarte —propuso, señalando el banco del jardín cerca de la puerta trasera mientras meditaba el dilema que se había formado—. Esto va a llevar un rato.

—Está bien.

Ella se alejó, dejándolo tras de sí, mientras él intentaba concentrar la mente en cómo explicar la situación. Llegó al banco unos momentos después que ella, seguro solo de que jamás había visto un trasero más redondo y perfectamente formado.

—Ya estoy sentado.

Gracias a Dios. Jonathan carraspeó y comenzó con el primer pensamiento no carnal que logró abrirse paso en su conciencia.

—Siempre sospeché que mi padre llevaba una vida más grande de lo que sus recursos financieros podían realmente sostener —empezó—. No es que tuviera pruebas claras, claro. La confirmación de mis sospechas llegó hace poco, en una carta de mi hermano Steven, quien heredó la propiedad tras la muerte de mi padre y mi hermano mayor.

—Cuando Steven falleció y me pidieron que regresara a casa, descubrí que la finca estaba tan empobrecida como él me había hecho creer. Si no hubiera contado con una fortuna personal para cubrir las deudas, todo habría salido a subasta al día siguiente de mi llegada a Londres.

—Teniendo en cuenta cómo vive Josephine —comentó ella—, debiste de ser muy generoso con tu fortuna.

—No le he dado ni dos peniques a Josephine.

—Bueno, eso plantea la pregunta de quién lo ha hecho, ¿no? —comentó—. Si la finca está al borde del abismo, seguro que ella no puede estar sacando de ella una asignación que le permita vivir así y además darle a Peyton una temporada decente.

—He pensado exactamente lo mismo.

—¿Y has encontrado alguna respuesta?

—Ninguna que me guste —respondió él—. Parece que Josephine recibió importantes sumas de dinero tras la muerte de mi padre y mis hermanos.

—¿De quién? —frunció el ceño—. ¿O más bien, de quiénes?

Él sonrió.

—Los 'de quiénes' son varias compañías de seguros. Al parecer, tuvo la increíble previsión de contratar pólizas sustanciales sobre sus vidas apenas unas semanas antes de sus inesperadas muertes.

—¿Tres veces? Eso no es previsión —replicó—. Tres veces suman un motivo para asesinar.

—Tienes una mente maravillosamente suspicaz.

Le devolvió la sonrisa.

—Gracias por darte cuenta. ¿Ha contratado alguna póliza sobre ti?

—Y rápida, además —comentó él, dejándose caer junto a ella en el banco. El aroma a clavo y sándalo flotaba a su alrededor, acariciando burlonamente los sentidos—. No he podido averiguarlo. Confidencialidad y todo eso. Pero tiene sentido que lo haya hecho. Le gusta el dinero.

—Bueno, sin duda el dinero es parte del motivo, pero creo que es más probable que sea secundario. Pienso que estaría mucho más interesada en eliminar a alguien que sospecha lo que ha hecho y que podría atraer a las autoridades hacia ella.

Jonathan negó con la cabeza, sabiendo que la lógica de Jodie, aunque perfectamente sólida, iba por el camino equivocado.

—No tengo ninguna prueba. Y no hay sospechas oficiales sobre las muertes de mi padre y mis hermanos.

—¿Investigaron sus finanzas antes de llegar a sus conclusiones?

—Al parecer, ni siquiera se les pasó por la cabeza que pudiera ser algo más que la viuda y madrastra afligida.

—Si tu proporcionaras la información financiera, ¿podrían estar dispuestos a volver a investigar?

Él se encogió de hombros levemente y apoyó la espalda contra la valla mientras respondía:

—Encontraron la sospecha intrigante, pero de peso insuficiente para gastar el dinero de la Corona en una investigación oficial.

—Pero sí saben lo que sospechas. ¿Y lo han anotado en alguna parte?

—Lo saben y lo han hecho.

—¿Sabe Josephine que has hablado con ellos?

—No.

Se dio la vuelta en el banco, subiendo la pierna para meter el pie con la bota detrás de la rodilla. Su otra rodilla presionó contra la parte superior de su muslo mientras se inclinaba hacia adelante y preguntaba:

—¿Cómo puedes estar seguro?

¿Seguro de qué? ¿De lo fácil que sería abrazarla? ¿De lo poco que le costaría acercarla? Segundos. Podría tenerla a horcajadas en su regazo en cuestión de segundos. Estaría perfectamente posicionada para que sus manos exploraran ese trasero tan tentadoramente curvo, y no habría ningún terciopelo del que preocuparse cru...

—¿Jonathan?

Arqueó una ceja y se obligó a respirar y tragar.

—Te acabo de preguntar cómo puedes estar seguro de que Josephine no sabe que has hablado con las autoridades.

¿A quién diablos le importaba Josephine? Se aclaró la garganta y expulsó la fantasía de su cerebro.

—Llegué al puerto, desembarqué y fui directamente al despacho del abogado. Desde allí fui a buscar a Palson. Todo se hizo en las dos primeras horas que estuve de vuelta en suelo inglés y mucho antes de que Josephine supiera que había regresado.

—¿Por qué fuiste a ver a Palson?

—Él hace algunas incursiones en Scotland Yard.

—Vaya, qué sorpresa —dijo ella en voz baja, sacudiendo la cabeza—. Parece tan inofensivo.

—Y lo es. Es un experto en rompecabezas y delitos encubiertos. Cuando sus investigaciones requieren músculo y

determinación, él simplemente señala el camino a quienes están dispuestos.

—Nunca lo habría imaginado.

Jonathan esbozó una sonrisa.

—Y Josephine tampoco.

La ninfa a su lado asintió lentamente.

—¿Piensas que ella misma hace el trabajo sucio o es más probable que contrate a alguien para ello?

—Probablemente sea más probable que lo haga ella misma. Contratar a alguien la dejaría expuesta al chantaje. A menos, claro, que despida a sus mercenarios una vez cumplido su propósito. Pero el tiempo y la suerte serían cruciales si siguiera ese camino. Un desliz, un error de cálculo, y estaría en problemas. —Negó con la cabeza—. No, ella lo hace personalmente.

—Estoy de acuerdo. Dado que tres hombres de tu familia ya han muerto bajo... —Ella carraspeó suavemente—. Um...

—¿Sí?

Ella carraspeó de nuevo y le ofreció una sonrisa claramente disculpatoria antes de decir:

—Brenley se sintió obligado a contarme historias de los Lunatic Branwell esa primera noche.

Por supuesto. Sin embargo, fue agradable que se sintiera incómoda con todo eso.

—No te preocupes, Jodie. Lo esperaba en cuanto salí del carruaje. Todo el mundo lo sabe.

—Bueno, entonces, dado que tu padre y tu hermano mayor murieron en lo que todo el mundo considera un asesinato-suicidio, y tu otro hermano terminó en el Támesis, Josephine debe de estar pensando que su suerte podría estar agotándose un poco. Quiero decir, contigo serían cuatro muertes... Una cuarta por juego sucio haría levantar cejas incluso a los normalmente ingenuos. También lo

haría una tercera por suicidio. Me parece que hacer que tu muerte parezca un accidente es la forma en que ella tendría que estar pensando en matarlo.

—Absolutamente fascinante.

Ella frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—De tu mente, —explicó él, dispuesto a ser solo medio sincero —. Funciona de la manera más asombrosa e inesperada. *Y me parece increíblemente sensual.*

—¿Cómo es eso? —Ella sonrió y la luz de sus ojos bailó mientras lo contemplaba.

Dios, quería hacerle el amor. Aquí y ahora. Respiró lenta y profundamente para calmar sus impulsos y recuperar el juicio.

—¿Se te ha ocurrido que estar cerca de mí podría, aunque sea sin querer, ponerte en peligro?

—No. —Ella frunció los labios, miró al cielo nocturno durante uno o dos segundos y luego bajó la mirada para encontrarse con la suya mientras anunciaba alegremente—: Ya está, lo he considerado. ¿Dónde estaba Josephine la noche en que la fiesta se incendió?

¿Tenía Jodie la más mínima idea de cómo lo estaba torturando?

—Supongo que en casa, —logró decir—. Aunque no lo sé con certeza. Podría haber salido después de que Peyton y yo nos fuéramos a la fiesta. ¿Estás pensando que podría haber iniciado el incendio en un intento de acabar conmigo?

—Es una posibilidad —respondió ella, encogiendo un delicioso hombro—. No resultaría nada sospechoso para las autoridades. Solo otra trágica pérdida para la viuda negra de Inglaterra.

—No sé. Creo que Josephine querría que fuera más personal. —Sonrió ante la imagen mental—. Ya sabes, ver realmente mi cara mientras me atropella con su carruaje.

—Eres demasiado rápido para ser atropellado.

Jonathan arqueó una ceja y la miró a los ojos.

—¿Y cómo lo sabes?

—Te vi bajar por la cuerda esa noche. Eres impresionantemente fuerte y ágil.

Viril, también, añadió en silencio.

—No sabía que estabas mirando.

—Pero esperabas que lo estuviera —replicó ella riendo, inclinándose hacia un lado para chocar su hombro contra el de él, justo como él y sus amigos se habían empujado en su juventud. Él todavía estaba desconcertado por el gesto cuando ella preguntó—: ¿Cómo vas a desenmascarar a Josephine?

Él la miró, con el ceño fruncido.

—¿He dicho que ese fuera mi plan?

—Bueno, si no lo es, eres hombre muerto, y teniendo en cuenta lo mucho que te gusta que tu corazón se acelere, supongo que estás pensando en cómo mantenerlo bombeando a toda velocidad.

No era su corazón el que estaba interesado en bombear en ese momento.

—¿Y qué sugerirías como táctica para forzarla? —preguntó, tratando desesperadamente de distraerse.

—No lo sé. Pero supongo que lo has pensado un poco. ¿Qué se te ha ocurrido?

Que me importa un bledo Josephine y que estoy cansado de hablar. Una vez más, soltó un largo suspiro y reprimió sus impulsos.

—Tiendo a pensar que a Josephine le interesa más llenarse los bolsillos que preocuparse de que la pillen haciéndolo.

—La codicia ciega un poco a la gente. Y la hace demasiado confiada.

Al igual que la lujuria, se recordó a sí mismo.

—Entonces, si su motivo es la simple codicia, es lógico que quiera todo el dinero que se pueda obtener de mi muerte, ¿verdad?

—Una suposición lógica.

—Digamos que me encuentran aplastado en la calle.

—Agarra su pañuelo y llora con dignidad mientras se lleva el dinero del seguro.

—Por supuesto. Y luego saldría de las oficinas de la compañía de seguros y se dirigiría directamente a la oficina de mi abogado para llorar un poco más mientras escucha la lectura de mi testamento.

—Dios mío, —susurró Jodie, con los ojos muy abiertos.

—Exactamente. Sin esposa ni herederos, no tengo a nadie a quien dejar mi fortuna personal, excepto a mi hermana.

—Y como Peyton es menor de edad...

Sí, una mente increíblemente rápida.

—Estoy seguro de que Peyton viviría muy bien. Durante un tiempo, al menos.

—Hasta que también ella tuviera un final trágico. Y entonces Josephine, su madre desconsolada, heredaría su patrimonio personal como única pariente más cercana.

Jonathan asintió.

—Requeriría algo de paciencia, pero no mucha suerte. Podría ser una mujer muy, muy rica antes de que pasara un año.

—Pero solo si tú mueres antes de casarte, —replicó Jodie—. Después de casarte, tu esposa y cualquier heredero heredaría tu patrimonio personal, no Peyton.

—Sí.

—En ese caso, —dijo ella, lenta y contemplativamente—, anunciar tu compromiso haría que Josephine entrara en pánico.

Tendrías que morir antes de llegar al «sí, quiero» o ella no obtendría nada.

—Obligándola a hacerlo con bastante eficacia, —admitió él—. Por desgracia, no creo que se desanime tanto por deshacerse de mi amada en el proceso de eliminarme. Lo cual, en definitiva, hace que sea bastante difícil.

—Lo que necesitas es una mujer joven con agallas y que no se deje intimidar. Un poco de crueldad tampoco le vendría mal.

Sí. Sí. Y sí. Ser una amante increíblemente atrevida también sería de agradecer.

—Solo por curiosidad, Jonathan... ¿Cuándo pensaste por primera vez en mí como la respuesta a todas tus plegarias?

Ella estaba suponiendo. Con precisión. Él podía fingir ser un caballero y negarlo o afrontarlo de frente.

—Depende de qué oraciones estemos hablando, —respondió él —. Si son mis oraciones por una amante hermosa y apasionada, entonces fuiste la respuesta en el momento en que te vi junto a Peyton en la ponchera la otra noche. Pero si son mis oraciones por un cómplice en la intriga...

Suspiró.

—Sinceramente, no se me ocurrió hasta que te vi irte en coche ayer por la mañana. En las horas transcurridas desde entonces, la lujuria ha estado luchando contra mi conciencia por esa idea. Hay un peligro considerable y...

—Nadie va a creer que estoy dispuesta a aceptar casarme. No de la nada. Lo cual, por supuesto, no es así. Esto sería puramente por las apariencias y solo mientras sea necesario para que Josephine se mueva en su contra en presencia de Palson. Una vez hecho esto, cancelaremos todo y tomaremos caminos separados.

—No he aceptado esto, ¿sabes?

—Tendrías que obligarme a comprometerme, —continuó ella, ignorando aparentemente su noble intención—. De lo contrario, se correrá la voz por toda la ciudad. Bueno, hablarán de todos modos, pero, si no me obligan, será de una manera que no queremos. Puede que Josephine no me conozca, pero escucha los cuentos. Nuestro plan saldría mucho mejor, por no decir rápidamente, si ella no sospecha que *se está* metiendo en una trampa.

—Jodie, yo...

—Obviamente necesitamos un escándalo que nos obligue a casarnos. Y a casarnos rápidamente. No tiene sentido tener un compromiso de un año, ¿verdad? Cuanto más rápido tengamos que casarnos, más rápido tendrá que actuar Josephine. Podríamos haber terminado con todo este asunto antes de que acabe la semana.

Bueno, sí, en un mundo perfecto. Pero el mundo no era perfecto.

—En ese momento —observó Jonathan—, suponiendo que sobreviviéramos a todo, tu tutor querría matarme por haberte puesto en peligro a ti y a tu familia en medio de un horrible escándalo. Y, en mi opinión, tendría todo el derecho a hacerlo en ambos casos.

—En realidad, ese era el lado positivo de todo —contestó alegremente—. No es que Leslie quisiera matarte. No lo haría. No en serio. Estaría furioso conmigo. Y, por una vez, cumpliría su amenaza de enviarme a la casa de campo encadenada. Me libraría de tener que pasar por la Temporada.

—Tu reputación quedaría destruida —sonrió él—. Completamente. De manera espectacular. Nunca volverías a tener otra oportunidad en una Temporada.

—La prueba de que Dios es realmente benevolente —replicó ella, riendo suavemente.

—Estaríamos manipulando a tu familia. De la manera más cruel.

—Eso es verdad —admitió con un suave suspiro.

—Pensemos en el curso de los acontecimientos, Jodie —sugirió él, sintiéndose a la vez virtuoso y profundamente decepcionado—. No tenemos que tomar una decisión esta noche. Mañana o pasado mañana o incluso dentro de seis meses será suficiente. Josephine no va a actuar hasta que las circunstancias la obliguen a hacerlo. Le conviene esperar el mayor tiempo posible. Cuanto más tiempo siga la situación tal como está, menos sospechas se levantarán si algo me sucede. He sacado el tema simplemente porque me pareció justo que supieras que hay riesgos asociados a estar en mi compañía.

Ella asintió lentamente y bajó la mirada hacia sus piernas.

—Entonces supongo que hemos llegado al momento en que debo desearte buenas noches y decirte que nos veremos con Peyton por la mañana.

—Creo que sí.

Ninguno de los dos se movió para ponerse de pie. Jonathan observó el subir y bajar de sus pechos, luchando contra el deseo de estirar la mano hacia ella, de sugerir que tal vez la prudencia era una virtud sobrevalorada.

Lentamente, ella levantó la mirada para encontrarse con la suya. La luz del deseo parpadeó en lo más profundo de sus ojos y brilló en su voz cuando susurró:

—¿Estaría bien pedir un beso de buenas noches?

Un buen hombre declinaría la invitación de forma amable y educada. Un canalla respondería tomándola en sus brazos y empujándola sin pensar al abismo. Jonathan se obligó a tragar.

—Eso podría ser peligroso.

Ella arqueó una ceja y una comisura de su boca se elevó en la más pequeña y deliciosamente traviesa sonrisa.

—Hay tan pocos límites en mi vida estos días.

Su sentido del honor protestó débilmente, pero lo ignoró y extendió la mano hacia ella, rodeándole la cintura con los brazos y atrayéndola mientras inclinaba la cabeza. Ella respondió con un suspiro de dulce aprobación, enlazando los brazos alrededor de su cuello y fundiéndose contra él. Sus pechos, cálidos, se apretaron contra su pecho, sus labios se entreabrieron al primer roce de su lengua y se ofreció a él, dispuesta, ardiente y deliciosa. El fuego le recorrió las venas, transformándose en un deseo duro y palpitante. Un gemido escapó de sus labios ante la intensidad repentina de la necesidad, e incluso cuando la razón trató de abrirse paso en su mente, la alzó y la estrechó con más fuerza.

Ella suspiró y se acomodó en sus brazos, y luego le aceleró el corazón cuando tomó el control del beso y se acomodó en su regazo. Dios, mientras viviera... Le acarició las caderas con ambas manos antes de volver a estrecharla contra la firme evidencia de su anhelo. Ella se quedó quieta un instante, luego se separó de sus labios con un jadeo. El arrepentimiento lo envolvió de inmediato y abrió los ojos, con la mente tropezando en busca de palabras que pudieran sonar a disculpa. Pero la luz en la mirada de ella le robó el aliento y lo dejó tambaleando por dentro.

—No quiero darte las buenas noches, —murmuró ella, moviendo las caderas y haciendo que una oleada de placer exquisito lo recorriera—. Todavía no.

Mientras él jadeaba en busca de aire y autocontrol, ella se movió contra él de nuevo, más lenta y con más fuerza.

—Jodie, —gimió él, agarrándola por las caderas e intentando frenarla desesperadamente—. Esto es...

—Un impulso inteligente —declaró ella, apartando los brazos de su cuello para desabrochar los botones de su camisa.

¿Inteligente? No, no lo era; era temerario en extremo. Pero qué demonios, no le importaba. Solo se aseguraría de que no los descubrieran y entonces todos los si, tal vez, debería y debería no importarían un bledo. En cuanto a que fuera un impulso...

Ciertamente podría serlo; estaba lo suficientemente preparado. Pero ella se merecía una cama mejor para su primer encuentro que un frío banco de jardín de madera.

Jonathan le cogió las manos y se las llevó a los hombros.

—Tú ganas, cariño —susurró suavemente mientras deslizaba las manos bajo sus piernas. Ella sonrió con malicia mientras él la levantaba y se ponía de pie.

No fue hasta que él se subió a su caballo fuera de la puerta y la puso de pie suavemente cuando ella preguntó:

—¿Adónde me llevas?

—A mi cama.

Su sonrisa fue lenta, pero tan deliciosamente malvada que le costó todo su autocontrol soltar las riendas del anillo y balancearse sobre la silla.

Capítulo 9

Jodie se puso de pie, con el corazón acelerado, y lo vio acomodarse en la silla de montar. Dios, si alguna vez la iban a pillar portándose mal, no había otro hombre en la tierra con el que preferiría que la pillaran. Había que darle crédito por elegir a alguien tan guapo, tan fuerte. Y un hombre que podía convertir la razón en cenizas con solo un toque... Él la miró y lentamente sonrió.

—Montas muy bien a caballo, —observó ella mientras su pulso se aceleraba.

—Gracias. Tú también. —Él se reclinó en el suave asiento de cuero.

—Ven a montar conmigo.

¿Cómo se hacía eso exactamente?

—Nunca he compartido una montura antes, —admitió ella con una sonrisa—. Y recuerdo claramente que varios de mis maestros de comportamiento decían que las damas no deberían hacerlo. Nunca.

—¿Dijeron por qué?

Ella se rió entre dientes, recordando.

—No, solo se quedaron horrorizados cuando se lo pregunté.

Él se rió suavemente.

—Súbete, dándome la espalda, y te mostraré por qué eran tan inflexibles.

Ella había supuesto el peligro hacía mucho tiempo, pero la perspectiva de experimentarlo realmente... Saltó sobre la piedra y se

volvió obediente hacia la valla. Tan pronto como lo hizo, el brazo de Jonathan se deslizó alrededor de su cintura. Ella cruzó los brazos sobre el suyo, metiendo los dedos bajo la banda de acero mientras él la alzaba y la acomodaba sobre su regazo.

Oh, sí. Era evidente por qué las mujeres no debían compartir un caballo. Duro, apremiante y muy evidente. Se movió, encajando las caderas entre sus muslos. Su respiración se detuvo de una forma deliciosamente reveladora.

—¿Cómoda?

Ella lo miró y sonrió.

—Cómoda es lo que una está cuando se sienta en una silla bien acolchada del salón, bebe café y charla con su hermana. Mi hermana no está aquí, y tú no estás nada bien acolchado. De hecho... —Movió deliberadamente las caderas, frotándose contra su dureza—. Sí, estás decididamente lleno de bultos.

—Estoy seguro de que puede suavizarme sin ningún esfuerzo.

—¿Aquí mismo?

—Dios —gimió él, y dio la vuelta al caballo.

Mientras salían de las sombras y avanzaban por los adoquines humedecidos por el rocío, él apretó la mandíbula y cerró los dedos con fuerza sobre las riendas. Consideró avanzar un poco para aliviar la fricción y su propio tormento, pero en cuanto la idea cruzó su mente, ella apoyó la mano libre en su muslo y comenzó a trazar círculos ardientes con la palma. Círculos que, muy lenta y deliberadamente, se desplazaban hacia adentro y hacia arriba.

—¿Adónde vamos? —preguntó con un jadeo entrecortado.

—Es una sorpresa.

Nadie la había tocado nunca tan íntimamente. El calor de su mano y la fricción de sus pantalones contra sus sensibles nervios la prendieron fuego. Cerró los ojos e intentó controlar las pulsaciones de su vientre.

—En general, nunca me han gustado mucho las sorpresas.

—Esta te gustará.

—¿Está lejos? —preguntó, moviéndose para permitirle un acceso más libre.

Él inclinó la cabeza y le dio un beso en la sien, preguntando:

—¿Estás impaciente, Jodie? —inquirió él a su vez, mientras apoyaba el talón de la mano sobre el botón más bajo de sus pantalones. Y se detuvo.

—Espero que no lo consideres demasiado descarado, —respondió ella con firmeza mientras se retorcía, tratando de que su mano volviera a moverse—. No es que me importe si lo haces.

—En privado, —le susurró en el pelo—, nunca es demasiado.

—Entonces, ¿podríamos ir más rápido?

—Pero está oscuro, —murmuró él, apretando lentamente su mano contra la de ella y frotándola—. Y las calles están desiertas.

—Oh, Jonathan, —gimió ella cuando el calor exquisito y el cosquilleo regresaron, instantáneos y más intensos por su momentánea ausencia—. Eso es pesado... —Jadeó ante la repentina sacudida de placer. Incluso mientras sonreía de satisfacción, otro golpe la atravesó, más profundo y más caliente y más irresistible. Luego otro aún más urgente. Y otro. Ella se arqueó y se volvió hacia él, tratando desesperadamente de alejarse, de atrapar su mano, cualquier cosa para mantener su ingenio por encima de la avalancha de sensaciones demasiado intensas.

Él no cedió. Tampoco lo hizo el placer. En un abrir y cerrar de ojos, su control se hizo añicos y el deleite sacudió cada fibra de su cuerpo, derritiendo sus huesos y sobrecargando maravillosamente sus sentidos.

Mientras él le besaba el cuello, su mente volvió lentamente a la tierra.

—Dios mío, —susurró, asombrada.

Sonrió, pensando que sí, si había un hombre que mereciera un escándalo, ese era Jonathan Garvey. Se inclinó hacia él, apoyando la mejilla contra el plano caliente de su pecho. Escuchando el latido fuerte y constante de su corazón, cerró los ojos y se rindió a aquella silenciosa canción de cuna.



Jodie permaneció en las sombras, tal como Jonathan le había indicado, observándolo guiar al caballo hacia la caseta de vigilancia tenuemente iluminada, en el rincón más alejado del almacén. Parte de su mente reflexionaba con indiferencia sobre el hecho de que obedecía serenamente lo que equivalía a una orden imperial. Otra parte admiraba su intento de proteger tanto su reputación como su montura. Y un último fragmento de su conciencia registraba, sin esfuerzo, las vistas, los sonidos y los olores del entorno, un mundo que no había visto desde el día en que fue vendida a la nobleza.

Las comisuras de sus labios se tensaron y su conciencia despertó del profundo y placentero estupor. El río. Había regresado al río. Podía olerlo, escucharlo, a su izquierda y detrás de ella. Se volvió y se adentró en las sombras, dobló la esquina cercana y se detuvo, con el corazón palpitante. El Támesis. La marea estaba alta esa noche. Y el agua estaba cálida.

—¡Jodie!

Oh, qué dulce. Ella no estaba donde él la había dejado y él estaba preocupado.

—Estoy aquí, —llamó ella suavemente.

En el borde de su visión lo vio aparecer dando la vuelta al edificio. Su paso vaciló por un instante, pero solo por un instante.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él en voz baja mientras se acercaba a su espalda y rodeaba su vientre con sus brazos.

Hogar. Ella estaba en casa. Acurrucándose contra él, puso sus brazos sobre los suyos y suspiró soñadora.

—Observando cómo la niebla se eleva y se desliza por el Támesis. Hace mucho tiempo que no lo veo. Es curioso cómo son las cosas más pequeñas las que echamos de menos, ¿verdad?

Ella sintió que él cambiaba ligeramente de postura y respiraba hondo.

—No es seguro que estés aquí abajo sola, Jodie.

—No estoy sola —señaló en un susurro—. Estoy contigo.

Su pecho se ablandó contra su espalda y la tensión en sus brazos desapareció. Metiendo su cabeza bajo su barbilla, se quedó con ella un largo momento antes de preguntar:

—¿Cuándo fue la última vez que bajaste al río?

La mañana del día en que su mundo se había puesto patas arriba. La marea había estado baja, pero no había encontrado nada en el fétido barro que valiera la pena vender. Otros sí lo habían hecho, y ella había vuelto al burdel pensando que tendría hambre otro día y resentida porque otros iban a poder comer. Essie se había enfurecido porque no había dinero para complementar la parte de su madame y... Jodie cerró deliberadamente esos momentos.

—Fue hace años —contestó simplemente.

—Debió de pasarte algo desagradable.

No sabía ni la mitad. Ni siquiera una pizca. Hizo un esfuerzo por relajar el cuerpo, recordándose a sí misma que el pasado había terminado y que Jonathan no permitiría que nadie le hiciera daño.

—Los mejores recuerdos parecen de otra vida y se han vuelto un poco tenues y confusos, —explicó—. Los malos, sin embargo... Todavía están tan presentes como ayer y me esfuerzo mucho por fingir que no lo están.

—Entonces lamento haberte pedido que mirara atrás.

El arrepentimiento se reflejó sinceramente en sus palabras y le dio un extraño tirón en el corazón.

—Nací aquí abajo, a orillas del Támesis —dijo, sintiendo una necesidad inexplicable de compartir su historia con él—. No sé dónde exactamente. Creo que nadie lo sabe. O que a nadie le importe, para el caso.

—¿Por qué?

—Mi madre era prostituta.

—¿Y tu padre?

—El duque de Rochester. —Ella sonrió y se encogió de hombros dentro de los confines de su abrazo. —O eso dicen. Nunca lo he creído realmente, pero mi opinión no tiene ningún peso. La reina lo declaró así, agitó su cetro, y me llevaron a una vida de considerable riqueza, comodidad y privilegios.

—¿Y tu madre? ¿Dónde está ahora? ¿Lo sabes?

—La asesinaron cuando yo tenía diez años. Alguien le cortó el cuello en un callejón.

Él la abrazó larga y fuerte, acurrucada más cerca de su barbilla.

—¿Quién te acogió?

—Fue más bien un caso de quién estaba dispuesto a darme un cubo y una fregona a cambio de un rincón junto a la chimenea, o a cambiar lo que encontraba por las calles o el Támesis por unos trozos de comida durante los siguientes cuatro años.

—Bendita sea la reina por haber al fin agitado su cetro.

—En cuanto a errores, salí bien parada —admitió—. Y Mariane y Leslie han sido muy comprensivos con lo difícil que ha sido convertirme en otra persona.

—Una persona no puede pedir, ni esperar, mucho más que eso.

No, no podían. Jonathan lo sabía...

—Háblame de tu vida, de tu familia.

—No hay mucho que contar —respondió con facilidad, a la ligera—. No era una gran familia. Mi padre era un borracho que se casó tres veces. Mi hermano Giles era hijo de su primera esposa. Mi hermano Steven, hijo de su segunda, mi madre. Y Peyton, hija de su tercera, Josephine.

Jodie frunció el ceño y rápidamente repasó las palabras en su cabeza de nuevo.

—¿No era tu padre?

—Por nombre, ley y derechos de herencia, sí. Pero no por descendencia real.

Así que ambos eran bastardos.

—¿Sabía él que no eras su hijo?

—Oh, sí. Y nunca fue perdonado ni olvidado. El día que cumplí dieciocho años me fui a América, y nunca volvimos a vernos. Como yo he heredado su título, seguro que se está revolcando en su tumba. Una y otra vez.

—¿Sabes quién es tu verdadero padre?

Su barbilla rozó su cabello mientras negaba con la cabeza.

—Mi madre se negó a nombrarlo.

Jodie arqueó una ceja.

—Dios, espero que no fuera el duque de Rochester. De lo contrario... —ella se estremeció y Jonathan rió entre dientes—. No pensemos en eso.

—Tengo una idea aún mejor —ofreció él, mordisqueándole la oreja.

—¿No pensemos en nada? —conjeturó ella mientras la recorrieron escalofríos de placer y se le doblaron las rodillas.

Él soltó sus brazos a su alrededor y le tomó la mano. Diciendo:

—Hace frío. Será mejor que entremos —la condujo hacia la puerta del almacén.

Ella dejó que la guiara, su cerebro obediente y sereno, registrando las impresiones a medida que avanzaban. Nunca en su vida había permitido que un hombre la condujera a ningún lugar. Y, considerando por qué Jonathan la llevaba a un almacén oscuro... debería estar mucho más nerviosa de lo que estaba. O al menos un poco reticente.

Pero, de nuevo, conocía la mecánica básica del acto sexual; crecer en burdeles había resultado bastante instructivo. No es que hubiese puesto en práctica todo ese conocimiento hasta entonces. Esperaba que no existieran grandes secretos para hacer el amor de forma impresionante que no hubiera oído ya. Todo le parecía bastante sencillo y relativamente simple. No es que hubiera estado prestando mucha atención. Aunque quizá lo habría encontrado más interesante si hubiera habido un hombre como Jonathan.

Dios, tenía una sonrisa increíble y unos ojos oscuros muy expresivos. Con solo mirarlo, sentía un calor que le recorría hasta el centro de los huesos. Y su tacto... Incluso ahora, entrelazar sus dedos con los suyos bastaba para acelerar su pulso de anticipación. No importaba si estaba bien o mal. Y al diablo con las consecuencias. Aunque fuera solo por unas horas, esa noche era suya. La deseaba.

Jonathan resistió la tentación de abrazarla y se detuvo justo al otro lado del umbral del almacén.

—Cuidado —advirtió, soltando su mano—. Hay cajas por todas partes. Déjame encender la lámpara.

Ella esperó en silencio, una silueta bien formada de tentación con aroma a clavo, mientras se quitaba con cuidado la chaqueta y la dejaba a un lado. Decidido a mantener su rumbo, encontró la cerilla y la encendió.

—Oh, Jonathan —susurró ella en recompensa.

Dejándola fantasear entre las montañas de sedas y rasos de colores brillantes, se quitó la chaqueta y la arrojó a un lado mientras avanzaba por el camino que había trazado.

—Se pone mejor a medida que avanzamos—, le dijo con persuasión mientras la segunda lámpara proyectaba su luz sobre pilas de latón reluciente y madera bien engrasada.

—Aquí está perfecto, —gritó ella desde detrás de él mientras encendía la tercera y última lámpara.

Él sonrió y, apagando la cerilla, volvió a ver cuál de los tesoros había cautivado su atención. Se detuvo en el borde de la luz, con el corazón desbocado de la forma más sorprendente. Había puesto la espada donde estaba seguro de que ella la vería al pasar. Esperaba que ella la recogiera y le diera la oportunidad de regalársela. Y, salvo por la última parte, todo había salido perfectamente según lo planeado. Pero, mientras permanecía allí de pie, su mente se negaba a pensar en otra cosa que no fuera lo maravillosamente única que era en verdad lady Jodie Sheldon.

—El equilibrio es increíble —sonrió ella, dando un paso adelante y apuntando la punta hacia un oponente imaginario. Dio un salto hacia atrás, levantó la hoja en un rápido arco para detener el golpe y luego avanzó dos pasos bailando, con la sonrisa cada vez más amplia—. Nunca he empuñado nada tan bien hecho.

Y él nunca había tenido a una mujer tan libre y naturalmente física. Tragó saliva y contuvo desesperadamente la expectación.

—La primera vez que te tomé de las manos, me pregunté cómo una dama podía tener callos en ambas palmas. Los de la izquierda son de las riendas, claro. Los de la derecha, ya veo, son de una empuñadura. Has recibido entrenamiento formal, y por alguien muy bueno en el combate cuerpo a cuerpo.

Se detuvo y levantó la espada para estudiar el brillo de la luz en el filo finamente afilado.

—Eso sería Brenley y Leslie. —Miró más allá del arma para encontrarse con su mirada—. ¿Practicas la esgrima?

Asintió lentamente mientras una fantasía de una dura victoria pasaba por su mente. Carraspeó suavemente y se bajó de la caja,

cambiando su postura para acomodar su repentina dureza.

—Tendremos que hacer un combate alguna vez.

Su mirada recorrió lentamente su cuerpo de arriba abajo.

—Pero ahora no —dijo suavemente, con una mirada cada vez más profunda.

—No vi ninguna espada en el inventario —ofreció él, observando cómo ella volvía a colocar la espada en su caja tallada con reverencia.

Ella cerró la tapa y se volvió hacia él, con una sonrisa fácil y sabia.

—¿Y tenemos mejores formas de pasar el tiempo?

—Sí. Él extendió la mano y ella se acercó al borde de la luz y la tomó sin dudarlo. Él miró hacia abajo, a unos ojos oscuros y ardientes y, con toda la moderación que poseía, la condujo lentamente hasta el último charco de luz.

—Es precioso, Jonathan, —susurró, soltando su mano y pasando junto a él. Se detuvo a medio camino entre él y la cama con dosel que había hecho con almohadas de seda y satén y sari bordados en oro—. De verdad... —negó con la cabeza y luego apoyó la cadera contra el cajón en el que había colocado la lámpara.

—¿Opulento? —sugirió mientras la observaba agacharse.

—Oh, sí —asintió ella, quitándose la bota—. Decadente, también. —Se inclinó de nuevo para quitarse la otra bota—. Y maravillosamente inspirador.

—Ah, sí, inspiración. —Se rindió a ella y se colocó detrás de ella para poner sus manos en sus caderas y atraer suavemente su trasero contra él—. Es tan importante, ¿no?

—Me estás distrayendo —acusó ella, jadeando mientras apartaba la bota y se enderezaba.

Él sujetó sus caderas e inclinó la cabeza para pellizcarle la oreja y murmurar:

—Es justo. Me has estado distrayendo desde que te vi al otro lado del salón de baile.

—¿Querías hacer esto incluso entonces?

—Sí. —Le soltó las caderas para deslizar sus manos con audacia por sus costillas y subir hasta ahuecar sus pechos—. Y al menos una docena de veces desde entonces, —admitió, rascando con los pulgares las crestas endurecidas.

Ella se estremeció lenta y profundamente, luego, con un suspiro de satisfacción y un contoneo sensual, se liberó de su abrazo. Dio solo dos pasos, se volvió hacia él y empezó a desabrochar los botones de su camisa, diciendo:

—No te he hecho esperar mucho por tus sueños. Apenas dos días completos.

Un día entero demasiado largo en lo que a él respecta.

—Lo que te convierte en la mujer más maravillosa que he conocido. —Y si no me ocupara de quitarme la ropa, no tendría a nadie más a quien culpar por el tiempo perdido.

—¿Soy yo también la más desvergonzada? —preguntaste.

—La más honesta, Jodie —te aseguró mientras se quitaba ciegamente la bota y la lanzaba a un lado—. Me asombra tu honestidad.

Ella emitió un leve zumbido y desabrochó el último botón de la camisa. La dejó abierta lo justo para que a él se le aflojara la mandíbula en un estupor de asombro, mientras sus dedos descendían por la hilera de botones de los pantalones. Su cabeza ya estaba liviana y una bota colgaba a medio quitar cuando los pantalones se deslizaron por sus caderas y cayeron hasta los tobillos. Su respiración se detuvo en el instante en que la camisa revoloteó sobre los pantalones, un segundo después.

Sin camisa. Sin corsé. Sin pantalones. Sin medias. Solo piel de satén cremoso y curvas voluptuosas.

—Dios mío —gimió, tambaleándose mientras aferraba la bota con fuerza. Se la quitó de un tirón y la arrojó a ciegas en la oscuridad, luego apoyó ambos pies en el suelo de madera y tomó aire para estabilizarse.

Incluso mientras luchaba por controlar la situación, ella salió de la tela y avanzó hacia él con una sonrisa suave y deliciosamente lasciva.

—Se ha olvidado de mi honestidad, ¿verdad?

La honestidad estaba muy bien, sí, pero en ese momento él apreciaba mucho más sus pechos altos, firmes, de tamaño perfecto y deliciosamente erizados.

—Tú... eres...

—¿Qué? —murmuró ella, alargando las palabras mientras alargaba también la mano para desabrocharle los botones de la camisa—. ¿El sueño hecho realidad de todo hombre?

—¿De verdad? —repitió ella al llegar al frente de su camisa—. Siempre creí que las fantasías masculinas requerían un poco más que una mujer simplemente de pie. Si hubiera sabido que cumplirlas requería tan poco esfuerzo, habría satisfecho la tuya feliz y completamente ayer por la mañana en el invernadero. Y de nuevo esta mañana.

¿Desnudos en el invernadero?

—Bueno, siempre queda mañana por la mañana, —le ofreció él, sonriendo mientras ella le quitaba la camisa de los hombros.

Ella asintió y deslizó las manos por su pecho.

—Cierto. Pero solo si esta noche lo disfruto lo suficiente como para querer hacerlo de nuevo.

El aliento se le cortó dolorosamente en el centro del pecho cuando sus dedos bajaron hasta el botón superior de sus pantalones. Ella era magnífica. Más allá de todos sus sueños.

—El *sí*, mi descarada belleza, está en si vas a poder quererme de nuevo tan pronto.

Sus ojos brillaron y su sonrisa fue amplia y radiante cuando levantó la vista para encontrarse con la suya.

—Oh, ¿crees que eres tan bueno, verdad?

—¿Quieres que te lo demuestre?

—Sí, por favor. —Ella le guiñó un ojo y luego se dio la vuelta, encaminándose hacia la cama—. Te estaré esperando.

Él se quedó allí como clavado en el suelo, observándola, maravillado por su gracia, su aplomo, su sentido de la confianza. Y su maravilloso trasero. Ella se adentró con cuidado en la masa de almohadas, se detuvo, se dio la vuelta y luego se hundió lentamente de rodillas y se sentó sobre los talones.

Dios todopoderoso. Era el hombre más afortunado de Londres. De Inglaterra. Del maldito Imperio Británico. O lo sería una vez que llegara a la cama. Y se despojara de su ropa.

Miró hacia abajo para ver hasta qué punto se había desnudado para él y sonrió. Qué cosita tan rápida y eficiente era. Desabrochó los botones de los puños de su camisa, se encogió de hombros y la dejó en el suelo. Sus pantalones le siguieron, un botón y un segundo después. Se los quitó, se detuvo solo lo suficiente para bajar ligeramente la lámpara y luego se dirigió al cenador improvisado.

Con el corazón desbocado y los nervios a flor de piel, Jodie lo vio caminar hacia ella y se obligó a respirar, a no quedarse boquiabierta. Hacía bastante tiempo que no veía a un hombre desnudo, pero había vislumbrado a bastantes en el transcurso de sus primeros años. No habían sido tan impresionantes. Y ciertamente no eran para nada inspiradores.

Pero Jonathan... Dios mío. Piernas largas, cintura estrecha y caderas estilizadas. Hombros anchos. Músculos y tendones que se ondulaban cuando se movía... Nunca en su vida, que no había sido

precisamente una vida protegida, había visto a un hombre con una constitución tan poderosa y magnífica.

Se subió a las almohadas y se arrodilló frente a ella. Deslizando las yemas de los dedos por sus hombros, le preguntó en voz baja:

—¿Estás nerviosa, Jodie?

¿Quería que ella pensara, que hablara? Ella sacudió la cabeza y cerró los ojos, saboreando el placer que emanaba de su tacto. La embargó, calentándola y licuándola deliciosamente. Sentir esto vivo, esto perfecto, todo el tiempo...

Él se inclinó hacia delante, su pecho rozando ligeramente los suyos mientras la rodeaba con los brazos y le daba un beso en la concha de la oreja. El calor se convirtió en ardor y le embriagó los sentidos.

—Jonathan —murmuró, acercando sus manos a su cintura mientras volvía su rostro hacia el suyo.

Él complació su deseo, rozando sus labios con los suyos y arrastrando su cuerpo a lo largo del suyo.

—Dime lo que quieres —susurró, dejando un rastro de besos lentos por su cuello.

—A ti.

—¿Cómo?

—Lento y suave, —respondió ella, besando su hombro—. Rápido y brusco.

Él se rió y deslizó sus manos más abajo para acariciar su trasero. Sosteniendo sus caderas con fuerza contra las suyas, giró lenta y deliberadamente su pelvis.

—No puedes tener ambas cosas a la vez, —dijo sobre su jadeo de agradecimiento—. Soy bueno, pero no tan bueno. Elige.

Ella volvió a besar el cálido satén de su hombro, con la mente sacudida por el torbellino de sensaciones embriagadoras, el pulso

latiendo con fuerza en cada fibra de su cuerpo y el corazón desbocado.

—No soy buena —admitió, girando la cabeza para pellizcarle ligeramente el cuello—, en paciencia. ¿Y tú?

Él retrocedió para mirarla a los ojos.

—Puedo intentarlo.

—Por favor, no lo hagas.

Él arqueó una ceja y una sonrisa se dibujó lentamente en las comisuras de su boca.

—Hay una carta francesa debajo de la almohada a su izquierda. Si fueras tan amable...

—Sería un placer —susurró ella, liberándose de su abrazo.

Balanceándose sobre sus rodillas y una mano, metió la otra debajo de la almohada. Y se quedó inmóvil, con la respiración contenida y el corazón desbocado cuando sus manos llegaron a su cintura y él deslizó lánguidamente la lengua por la curva de su trasero.

—¿Te gusta? —preguntó, haciéndolo de nuevo.

—Sí —jadeó ella, con el cuerpo temblando de placer.

Él se colocó detrás de ella, encajando sus rodillas entre las de ella. Su corazón se detuvo en un maravilloso deleite cuando él se acunó cómodamente contra su cuerpo. Caliente y duro, cálido y húmedo. Dios, ¿se podía morir de puro placer?

—¿No tienes algo para mí?

Oh, sí, la carta francesa. Ella se había olvidado por completo de ella. Si pudiera respirar, se disculparía. Si pudiera moverse, se la entregaría.

—Permítame, —susurró contra su oído, inclinándose sobre ella y deslizando su mano bajo la almohada. Retrocedió, con la carta en

la mano, sus labios rozando su piel y haciéndola gemir de anticipación.

Enfundado, Jonathan sujetó firmemente sus caderas y respiró hondo, deseando ir despacio, para darle tiempo a aceptar y adaptarse a su invasión. Ella jadeó cuando él avanzó, levantando la cabeza mientras ella se dejaba caer sobre ambos codos. Él presionó más profundamente, luchando contra un deseo que se estaba formando demasiado rápido.

Ella no gritó ni se resistió. Tampoco aceptó pasivamente su vacilante avance. Empujó contra él con un hambre tan urgente como la suya. La maravilla y el poder de aquella entrega lo arrastraron con rapidez más allá de cualquier noble intención, al reino de los instintos eternos. Jodie lo acompañó con un leve gemido de aceptación y placer. Él sujetó sus caderas y permitió que ella marcara el ritmo de su danza.

Nada se había sentido jamás tan bien, tan inevitable, como eso. Nada. Apretó el agarre sobre ella y retrocedió, intentando apartarse del borde.

—¡Jonathan! —gritó ella, la voz tensa mientras luchaba contra sus manos—. ¡No te detengas! ¡Por favor!

Dios lo ayudara, no podía negarse a ella. Deslizó una mano por su vientre, y sus dedos se adentraron en el húmedo nido de rizos hasta encontrar el nudo hinchado de su deseo. Ella gimió y se arqueó, tirando de él hacia dentro, precipitándolos juntos por el borde luminoso del éxtasis.

Sus huesos parecían haberse desintegrado. Todos y cada uno. Jamás volvería a moverse. Aunque, en verdad, no le importaba. Jodie suspiró y se dejó acomodar por Jonathan entre las almohadas.

—¿Jodie? ¿Estás bien? —preguntó él, tomándola en brazos y girándolos hacia un lado.

Ella logró tararear una respuesta. Y pensó que estaba sonriendo. Aunque era difícil de decir. Su mente estaba a la deriva

en el más maravilloso mar de satisfacción. Si nunca volvía... Mientras Jonathan estuviera allí, eso también estaría bien.



La vigilia llegó lentamente, su mente se despertó primero para notar la suave calidez de la seda rozando sus pechos mientras respiraba. Jodie sonrió y se movió, estirándose y suspirando con persistente satisfacción, y abrió los ojos. Jonathan yacía de lado junto a ella, con la cabeza apoyada en la mano y un trozo de seda caído al azar sobre su abdomen.

—Hola —dijo en voz baja, deslizando la yema de un dedo por su mejilla y sonriendo—. Bienvenida.

—No pretendía quedarme dormida y ser tan mala compañía.

Él se rió entre dientes y sus ojos oscuros brillaron.

—He disfrutado observándote. ¿Sabías que sonríes mientras duermes? ¿Y que tienes una deliciosa forma de susurrar mi nombre mientras sueñas?

No, no lo sabía. Y tampoco sabía por qué el hecho de que él lo supiera la hacía sentir de repente incómoda y... atrapada. Se humedeció el labio inferior y se movió bajo las sábanas de seda, buscando desesperadamente una distracción. La salvación llegó desde el mismo borde de la luz de la linterna. Se sentó y se inclinó medio sobre él para tener una mejor vista.

—¿Esa de ahí es una jaula de pájaros?

—La jaula de Lady Emma, para ser exactos —respondió él, girándose sobre su espalda y acercándola a su pecho—. ¿Es lo que tenías en mente?

—Es perfecto. Todo volvió a ser perfecto. —Ella se estiró para rozar su barbilla con sus labios—. Absolutamente perfecto.

—¿Cuándo es su cumpleaños?

—Dentro de una semana.

—Me encargaré de que se lo entreguen esa mañana. ¿Quieres que se lo envuelvan con un gran lazo?

—Oh, no será necesario. Emma estará tan emocionada con la jaula que ni siquiera se dará cuenta de si está decorada o no. —Se acercó más para no tener que estirarse para rozar sus labios con los suyos—. Le encantará, Jonathan —susurró, adorando su generoso corazón—. Será el mejor cumpleaños de su vida. Gracias.

Él arqueó una ceja y sonrió.

—Está el asunto del pago, ¿sabes?

Su pulso se aceleró con posibilidades deliciosas.

—Por supuesto. Lo que sea que pidas, pagaré.

—Dentro de lo razonable.

—No —aclaró ella, inclinándose para pellizcarle suavemente el labio inferior—. Lo que tú quieras. Dime el precio.

Él hizo un sonido de zumbido y luego la hizo rodar muy lentamente. Con su peso equilibrado sobre el codo, la miró y, deslizando la punta de un dedo por el largo de su garganta, advirtió:

—Si me das rienda suelta, mis deseos podrían sorprenderte.

—Eso espero.

Sonriendo, se levantó de la paleta, se puso en pie y le tendió las manos. Ella las aceptó, permitiendo que la sacara de su nido y la atrajera junto a él. Piel contra piel, el contacto encendió una oleada de placer que la recorrió de pies a cabeza. Él le robó un beso breve y cálido, luego soltó una de sus manos y se agachó para tomar una almohada. Incluso mientras ella intentaba descifrar su intención, él la apartó suavemente del lecho improvisado y la condujo hacia la linterna.

—Trae la luz —murmuró.

Intrigada, ella obedeció y lo dejó guiarla más adentro del almacén. Dios santo... ¿qué podría tener en mente que necesitara una lámpara y una única almohada?

La respuesta llegó en el momento en que dobló una esquina y la llevó al espacio entre dos pilas de cajas. Un enorme espejo estaba apoyado en el suelo, junto a un lado del pasillo. Su marco, grueso y ricamente tallado, reflejaba la pared opuesta de cajas de madera, y gritaba posibilidades decadentes. La llevó hacia adelante hasta que quedaron centradas en el reflejo.

—¿Sigues sintiéndote valiente? —preguntó, sonriendo y dejando caer la almohada a sus pies.

Jodie sonrió y colocó la linterna encima de una caja.

—Más que valiente—, susurró, colocando sus manos sobre sus hombros. —Malvada—, añadió mientras se inclinaba hacia delante.

Ella le oyó respirar entre dientes mientras ella deslizaba su lengua con audacia por el centro de su pecho y sus pechos rozaban su abdomen. Sus manos rozaron sus pezones y él entrelazó sus dedos con los de ella, llevando sus manos detrás de él mientras ella se arrodillaba sobre la almohada. Haciendo círculos lentos con la punta de su lengua, bajó aún más. Sus rodillas temblaban. Deleitándose con el poder que tenía sobre él, ralentizó su descenso para saborear sus estremecimientos, sus jadeos de placer, dejando que alimentaran la marea rápidamente creciente de su propio deseo.

—Dios, —gimió, soltando sus manos para enredar sus dedos en su cabello. Dobló ligeramente las rodillas e inclinó las caderas hacia delante, gruñendo—: Por favor, Jodie.

¿Por favor? Bueno, ya que lo había pedido tan amablemente, tan desesperadamente... Y ya que ella estaba tan cerca de su propio límite...

Capítulo 10

Jonathan contempló la situación con el ceño fruncido. La ciudad aún dormía. Tenía a una mujer increíblemente deliciosa sentada en su regazo. Llevaba cuatro horas entregado al placer más absoluto. Estaba saciado. Más que eso, en realidad. Haber reunido fuerzas para vestirse había sido un acto de pura fuerza de voluntad. ¿Cómo demonios podía sentir algo más? Ese era un enigma en sí mismo. Pero lo que no podía comprender era por qué, a pesar de todo, se sentía tan irritable…

Jodie se movió entre sus brazos y se apartó ligeramente de su pecho.

—Deberías dejarme aquí, Jonathan —susurró en voz baja—. Haré el resto del camino a pie. Así será menos probable que te vean.

—Si eso me preocupara, te habría dado el caballo en el almacén y te habría dado las gracias por la velada.

Ella lo miró, frunciendo el entrecejo.

—¿Pasa algo?

Nada. Y todo. Él mantuvo la vista fija en la imponente puerta del jardín. Si la miraba… si intentaba ser amable…

—¿Jonathan?

Apretó la mandíbula y tragó una oleada de tristeza. ¿Por qué demonios lo corroía esa ira soterrada? Dios, necesitaba un trago. Varios, de hecho. Lo más probable era que, para cuando se le pasara la borrachera, lo que fuera que le dolía se habría disipado o, con suerte, resuelto.

—Maldita sea.

Parpadeó y volvió al presente. O, más precisamente, a lo que tenía delante: el hombre que se alzaba junto a la puerta del jardín, ahora abierta. La irritación que lo había estado abrasando estalló por un instante… y luego, tan súbitamente como lo había invadido, se desvaneció bajo una certeza y una calma igual de profundas.

—Señor Brenley —dijo, refrenando a su montura—. Buenas noches.

—Es de mañana.

Jodie se movió de nuevo, arqueando la espalda y angulando las piernas para deslizarse por el costado del caballo. Jonathan apretó su brazo alrededor de ella y tiró de su espalda contra él.

—No —dijo en voz baja mientras sostenía la mirada de Brenley —. Estamos atrapados. Enfrentamos al flautista con dignidad.

Podía sentir su corazón retumbando incluso cuando ella preguntó alegremente:

—¿Qué haces aquí, Brenley?

—Esperarte, —respondió con frialdad—. Por si te interesa, tienes un sobrino.

Su corazón se sacudió con tanta fuerza que Jonathan lo sintió en el suyo. Ella empujó su brazo y, en lugar de montar una escena luchando contra ella, la dejó ir.

—¿Está Mariane bien? —preguntó mientras se ponía de pie con elegancia—. ¿Está bien el bebé? Nació dos semanas antes.

—Ella y el bebé están bien —le aseguró Brenley mientras Jonathan se bajaba de la silla de montar—. Sin embargo, tú estás en un gran aprieto.

Jodie dirigió la mirada hacia la casa y se metió las manos en los bolsillos del pantalón. Jonathan, con la mente barajando a toda velocidad las implicaciones y los posibles desenlaces, soltó las riendas y dijo:

—Supongo que Su Excelencia espera hablar con nosotros. Probablemente no deberíamos hacerle esperar más.

Brenley lo observó en silencio, luego se hizo a un lado y señaló la casa con un amplio ademán. El gesto era tan definitivo como una orden, y aunque a Jonathan no le agradó en lo más mínimo, se puso en marcha igualmente, decidido a afrontar la situación con toda la dignidad y el aplomo que pudiera reunir.

—Déjame hablar a mí —susurró Jodie, apareciendo a su lado con las manos aún hundidas en los bolsillos.

—Gracias por preocuparte, pero soy perfectamente capaz de hablar por mí mismo.

—Tú no conoces a Leslie. Yo sí.

—Sí, bueno, en unos dos minutos voy a conocerlo y, dadas las circunstancias, no hay muchas posibilidades de que el viejo Leslie mantenga sus pensamientos y opiniones en secreto. Mi tarea es hablar con él, no la tuya.

Ella lo miró cuando llegaron a la parte trasera de la casa.

—No me gustan los hombres autoritarios.

Él se encogió de hombros.

—Eso realmente no importa en este momento —le informó mientras subía las escaleras y abría la puerta. Mientras se la sostenía, añadió—: Yo tomo las decisiones y tú las acatas.

Ella sacó las manos de los bolsillos para subir los escalones y pasar junto a él. Al cruzar el umbral, se volvió para mirarlo.

—¿Qué te pasa, Jonathan?

Él no lo sabía, y ese no era el momento ni el lugar para pedirle ayuda para averiguarlo. Especialmente con Brenley pisándoles los talones. Jonathan echó un vistazo a su alrededor y notó que estaban en la cocina de invierno.

—¿Por dónde se va a la habitación que prefiera su cuñado para las inquisiciones?

Murmuró, más para sí que para ella:

—Menos mal que este compromiso es una farsa.

Y se dio la vuelta, alejándose.

Jonathan la siguió, atravesando una serie de habitaciones mientras intentaba ordenar mentalmente la extraña mezcla de emociones que lo embargaban. Nada estaba saliendo bien con Jodie, y se sentía mal por ello. No estaba enfadado con ella. Sin embargo, ¿con qué estaba enfadado? Era un rompecabezas, tanto como la tristeza que se arremolinaba justo por debajo de todo.

Aunque, ahora que lo pensaba con más claridad, no estaba tan melancólico como unos minutos antes. Al parecer, la humillación inminente de tener que bailar contrito ante el flautista había desplazado la melancolía a un segundo plano. Por supuesto, ser reprendido, amenazado y obligado a admitir que era un completo canalla era, probablemente, lo mejor que podía pasar. Esperaba que lord Rochester no se le acercara furioso; odiaría tener que golpear en la nariz a un anciano.

Pero si el hombre era más racional, y se limitaba a apuntarle con una pistola y exigirle un matrimonio inmediato... Bueno, casarse con Jodie no era lo peor que le podía pasar a un hombre. Ni mucho menos. Pero que Jodie tuviera que casarse con él era harina de otro costal.

Si el duque esperaba un matrimonio antes del mediodía, lo único decente que podía hacer era poner todas las cartas sobre la mesa. Se casaría con Jodie, sí, pero solo si nadie sabía de su relación hasta que Josephine estuviera fuera de peligro. Estaba seguro de que, si él y el duque podían estar de acuerdo en algo, sería en la necesidad de proteger a Jodie de cualquier riesgo innecesario.

—¡Leslie! —gritó Jodie alegremente, atrayendo de repente su atención de nuevo al momento en que ella cruzaba a zancadas el último tramo del vestíbulo y entraba por la puerta abierta de par en

par de lo que parecía un estudio—. ¡Felicidades! He oído que tienes un hijo y que Mariane está bien.

—Sí, y lo está, —respondió un hombre recostado contra el escritorio, con los brazos cruzados sobre el pecho. Un hombre, notó Jonathan, bastante cercano a su edad. Un hombre que, afortunadamente, no estaba enfurecido. No es que estuviera contento. Y su obvio descontento no se suavizó en lo más mínimo por la actitud despreocupada de Jodie ni por el beso que rápidamente le dio en la mejilla.

—¿Dónde has estado durante al menos las últimas cuatro horas, Jodie?

—Conmigo, —respondió Jonathan desde la puerta.

El duque de Rochester se puso de pie y miró fijamente a Jonathan a los ojos. Jodie los miró de un lado a otro mientras se estudiaban el uno al otro, luego respiró hondo y abrió la boca. Su tutor la interrumpió diciendo:

—¿Supongo que usted es el infame lord Branwell?

Jonathan asintió y entró en la habitación.

—Lord Jonathan Garvey, marqués de Branwell. Me ofrecería a darle la mano, pero creo que tal vez sería mejor guardar el gesto para un momento más armonioso.

—Si es que lo hay. ¿Mi pupila ha estado en su compañía esta noche?

—Sí, Su Excelencia. Toda la noche.

—Disculpen, caballeros —dijo Jodie irritada—. ¿Puedo decir algo?

—No —respondieron él y el duque de Rochester al unísono.

El duque arqueó una ceja.

—Ve a tu habitación, Jodie —le ordenó sin mirarla—. Subiré en breve para hablar contigo en privado.

—Ahórrate el viaje y el aliento —contestó ella acaloradamente, con los brazos en jarras—. No tengo diez años, Leslie. Todo esto fue idea mía...

—Jodie —la interrumpió Jonathan con brusquedad.

Ella giró la cabeza para encontrarse con su mirada.

—Por favor —pidió él con la mayor suavidad y firmeza que pudo—, no me avergüences más de lo que ya lo has hecho. Ve como se te ha pedido.

Ella levantó la barbilla con un chasquido casi audible. No dijo una palabra más ni miró a ninguno de los dos mientras salía furiosa de la habitación.

Jonathan exhaló un largo y lento suspiro al verla partir y resistió la tentación de pasarse los dedos por el pelo. El vacío que dejaba tras de sí era tan denso como la tensión que flotaba en el aire.

—Se va a arrepentir de eso.

¿Había un toque de diversión en la voz del duque?

—Estoy seguro de que sí. Pero al menos la he echado de la habitación.

El duque asintió lentamente y se recostó contra el escritorio.

—¿Tiene algo que decir en su defensa?

Y con eso, empezaba el baile.

—No, —respondió Jonathan—. La deseaba. La seduje. Me casaré con ella.

El duque asintió y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Espero creer que Jodie se resistió a sus esfuerzos en todo momento, que usted, en esencia, tuvo que casi violarla y logró, de alguna manera, salir de la pelea sin ni siquiera una marca en usted?

Oh, esto no iba a salir bien.

—Sí, Su Excelencia.

—¿De verdad? ¿Jodie fue obligada a hacer algo en contra de su voluntad? O los cerdos vuelan o usted me toma por tonto.

—Ninguna de las dos cosas, Su Excelencia.

El duque lo midió por un momento y luego ladeó ligeramente la cabeza para observar:

—Por si no lo sabe, Jodie es conocida por ser impetuosa y testaruda.

—Testaruda, lo acepto. ¿Pero impetuosa? —Sacudió la cabeza —. No hasta el punto que a ella le gustaría que todos pensaran.

El duque sonrió.

—Estamos hablando de la misma mujer, ¿no? ¿Jodie? ¿Lady Indignación y Desastre a Punto de Ocurrir?

Y pensar que Jodie siempre hablaba tan bien de su cuñado. ¿Cómo se atrevía a caracterizarla así? Jonathan carraspeó y respondió:

—Jodie es la mujer más inteligente y sensata que he conocido. Crea deliberadamente situaciones escandalosas simplemente porque hacerlo es el aspecto más entretenido de su vida.

El duque pareció considerar esa afirmación por un momento y arqueó una ceja.

—¿Está sugiriendo que planeó el desastre de esta noche por la emoción?

Bueno, sí. En cierto modo. Pero no iba a obsequiar a su tutor con los detalles de sus conversaciones privadas y, desde luego, tampoco con los de sus travesuras.

—Soy responsable de convencerla de que se reuniera conmigo esta noche —asumió Jonathan con firmeza—. Ambos nos metimos en esto sabiendo perfectamente las posibles consecuencias.

—¿Y ella está dispuesta a pagarlas?

Recordó la forma en que ella lo había adelantado furiosamente en la parte trasera de la casa.

—Me aseguró que sí. Sin embargo, no puedo decir cómo se siente al respecto en este momento. Tendrá que preguntárselo cuando hablen en privado. Estoy seguro de que no se andará con rodeos al respecto.

El duque parecía ligeramente apenado y divertido ante la perspectiva.

—¿Y sigue dispuesto a casarse?

—Sí, Su Excelencia. Lo estoy. —Lo que el duque encontró en la afirmación que merecía fruncir el ceño, Jonathan no lo sabía y no podía adivinarlo.

—¿Puedo hacer una observación?

—Por supuesto.

—La mayoría de los hombres que quieren casarse con una mujer simplemente se acercan a la puerta principal, llaman y preguntan por ella.

Varias explicaciones posibles pasaron por la mente de Jonathan. Le ofreció al duque la más fácil de todas.

—Quizá no soy como la mayoría de los hombres.

—Eso se me ha ocurrido. Varias veces en los últimos minutos, de hecho. —Abrió los brazos, se puso de pie y se alejó, preguntando —: ¿Le apetece un brandy?

Este fue un giro inesperado. Dada la situación, lo más sensato sería rechazar la invitación. Y no era como si él y el duque tuvieran la más mínima posibilidad de convertirse en amables compañeros de copas. Aun así, el duque no había terminado con él, ni él con el duque, y si el hombre deseaba llevar a cabo el resto del intercambio con una copa en la mano... bueno, un buen brandy era un buen brandy.

—Sí, gracias.

—Háblame de usted, Branwell —dijo el otro hombre, llevándole una copa generosamente llena.

—¿Qué es lo que le gustaría saber?

—Las cosas de siempre —respondió el duque, encogiéndose de hombros y volviendo a su escritorio—. ¿Cuántos años tiene? ¿Cuáles son las condiciones de su patrimonio? ¿Tiene unos ingresos estables? ¿Es usted liberal o conservador?

—Tengo treinta años, —respondió Jonathan, agitando su bebida y sabiendo muy bien que al duque le importaba un bledo cuáles eran las respuestas—. La finca es solvente, pero solo porque he invertido en ella mi fortuna personal. Mi dinero proviene del transporte marítimo y, aunque la cantidad varía según las estaciones, los mares y el clima, no me falta de nada. Me importa un bledo la política.

El duque asintió y miró el amanecer a través de su brandy mientras preguntaba:

—¿Le importa mi cuñada? Más allá del obvio interés físico, por supuesto.

Ah, esto era lo que el duque realmente quería saber.

—Disfruto de la compañía de Jodie —respondió Jonathan con sinceridad—. Es hermosa y brillante, ingeniosa y enérgica. También es refrescante y deliciosamente honesta. No puedo evitar pensar que, si todas las mujeres del mundo fueran más como ella, la vida sería considerablemente más alegre y mucho menos complicada.

Una sonrisa levantó, muy lentamente, las comisuras de los labios del hombre.

—Si no fuera porque usted ha comprometido a mi cuñada, podría hasta agradarme. Es honesto, y desde luego no le falta confianza. En realidad...

Lo que iba a decir se desvaneció mientras giraba su copa entre los dedos. Su sonrisa se apagó y una ceja se alzó con gesto pensativo.

Jonathan dio un sorbo mientras esperaba. Era un brandy excelente. Bebió otro trago y luego imitó el gesto del duque, agitando el contenido en el vaso. El silencio comenzó a extenderse, ligeramente incómodo, hasta que por fin preguntó:

—¿Quiero saber lo que está pensando, Su Excelencia?

El duque levantó la vista. Había en su expresión una mezcla curiosa de diversión y preocupación que se reflejó en los ojos de Jonathan.

—Jodie tiene casi veintiún años —comentó tras tomar de nuevo la medida de Jonathan—. Tenía catorce cuando quedó bajo mi cuidado. En los años transcurridos desde entonces, ha estado considerablemente más recluida que en sus primeros años. Aun así, los hombres se han cruzado en su camino con gran regularidad. Usted es el primero que le ha hecho perder la cabeza, y me pregunto qué es lo que le resulta tan irresistiblemente atractivo.

Era una buena pregunta. No es que tuviera una respuesta clara.

—¿Soy razonablemente guapo y rico? —aventuró con un deje de ironía.

—Le gusta llevar personalmente el timón durante las tormentas, ¿verdad?

No le concedió tiempo para responder antes de asentir, como si ya lo supiera, y continuar con calma:

—Lo que Jodie ve en usted es a un alma gemela. Lo que, por supuesto, significa que este asunto solo puede ir en dos direcciones. O se convierten en una pareja perfecta... o serán un desastre espectacularmente feo.

Jonathan apostaría por una combinación perfecta. Al menos físicamente. Sus cuerpos encajaban tan bien que no solo resultaba impresionante, sino casi mágico. Más allá de lo físico, sin embargo... No pondría dinero sobre la mesa. Todavía no había existido una

mujer de la que no pudiera alejarse con un simple encogimiento de hombros.

Invariablemente, el aburrimiento terminaba por instalarse y su atención se desvanecía. Jodie sin duda lo intrigaba más que ninguna otra, pero al final...

—Entienda algo muy claramente —advirtió el duque con una gravedad serena—. Los primeros años de Jodie fueron mucho más difíciles de sobrellevar de lo que cualquiera de nosotros pueda imaginar. Ella no se hiere fácilmente. Pero cuando se hiere, el dolor es profundo. Esta familia se ha formado por circunstancias que ninguno de nosotros esperaba, y nuestros lazos son más fuertes por ello. No permitiré que hiera a Jodie y salga ileso.

—No esperaría que lo hiciera.

—Tampoco se le permitirá arruinar su reputación pública —continuó su cuñado—. Se casará con ella.

—Por supuesto —asintió Jonathan—. Con ciertas condiciones.

El duque tardó mucho tiempo en recuperarse de la conmoción.

—¿Disculpe?

—Hay algunos asuntos familiares que debo resolver antes de que se haga público nuestro compromiso.

—¿Qué tipo de asuntos familiares?

Como no tenía sentido perder el tiempo con la historia familiar, fue al grano y dijo:

—Mi madrastra asesina por dinero. —El duque lo miró fijamente, claramente atónito y sin palabras, y Jonathan continuó explicando—: Puso pólizas de seguro a mi padre y a mis dos hermanos poco antes de que murieran. Creo que los mató para cobrar las pólizas.

El duque tragó saliva dos veces antes de preguntar:

—¿Puede demostrarlo?

—No, Su Excelencia, no puedo.

—Pero está convencido de que lo hizo.

Jonathan asintió y sorbió su brandy.

—Y estoy igual de convencido de que intentará matarme antes de que me case para no tener que compartir mi patrimonio personal con mi esposa y cualquier hijo.

—Dios mío.

—Sí, bueno —admitió Jonathan con un suspiro—. No nos llaman los Lunatic Branwell por nada.

—Y ha involucrado a Jodie en este lío.

Una afirmación. Poco halagadora y, a pesar del complejo razonamiento y las esperanzas infundadas que lo habían llevado a este momento, básicamente cierta.

—En realidad, mi plan cuando salimos de aquí esta noche era no ser atrapados. Si eso hubiera salido bien, no habría una boda en el horizonte y ella no estaría involucrada en absoluto. Pero como nos han pillado... Estoy totalmente dispuesto a hacer lo correcto y casarme con ella. Todo lo que pido es que me dé un poco de tiempo para lidiar con mi madrastra para que Jodie no quede atrapada en ninguna red que pueda tejer para mí.

—¿Y cuánto cree que tardará la justicia?

Podía mentir. Sería fácil sacar un tiempo de la nada y aplacar al hombre.

—No tengo ni idea, Su Excelencia.

—¿Una semana? —insistió el duque—. ¿Dos? ¿Un mes?

—Sinceramente, no lo sé, Su Excelencia.

El duque miró fijamente la alfombra que tenía entre los pies durante varios largos momentos. Finalmente, levantó la vista y preguntó:

—¿Quién fuera de esta familia sabe lo que ha pasado esta noche?

—Nadie.

—Esto es lo que vamos a hacer, Branwell. Va a mantenerse alejado de Jodie. Va a olvidar que sabe quién es. ¿Está claro?

Claro, sí, pero no particularmente honorable.

—Pedí tiempo, Su Excelencia, no una salida.

El duque se encogió de hombros y, consciente de que la decisión estaba tomada, Jonathan tomó un buen sorbo de brandy, esperando que el líquido abrasador en su garganta hiciera palidecer todo lo demás. Más tarde, se prometió a sí mismo, bebería lo suficiente como para hacer que todo desapareciera por completo.

El duque vació su copa y la dejó sobre el escritorio.

—Ahora que hemos concluido... —se despidió, encaminándose hacia la puerta—. Si me disculpan, voy a abrazar a mi esposa y a mi hijo.

Jonathan se apartó y, al dejarlo pasar, musitó:

—Felicidades por su nacimiento, Su Excelencia.

El duque se detuvo en el vestíbulo y, sin volverse del todo, preguntó:

—¿Tiene hijos, Branwell?

—Que yo sepa, no. He tomado todas las precauciones para que no sea así.

—Me alegro de saberlo. ¿Quiere tener hijos?

—Por el momento, no.

—¿Algún día?

Jonathan esbozó una sonrisa.

—Cuando mi madrastra deje de ser una amenaza. Tengo la obligación de producir un heredero al título.

El duque resopló.

—No tiene ni idea de lo que son las obligaciones hasta que tiene un hijo. —Con esa declaración, reanudó su camino, diciendo—: Confío en que pueda salir usted solo una vez que haya terminado su brandy.

—Buenas noches, Su Excelencia.

—Es de mañana —le contestó el hombre desde el pie de la escalera.

Jonathan miró el líquido oscuro de su copa y sintió una extraña sensación de entumecimiento. No es que afectara a su cerebro en absoluto. No, esa parte de él seguía funcionando a toda velocidad, felicitándose por lo bien que había manejado la situación, por lo honorable, aunque tardío, que se había comportado. Terminar la relación con Jodie era lo correcto. Por todas las razones.

Pero sabiendo todo eso... Bueno, entumecido no estaba tan mal. Al menos no estaba enfadado en ese momento. Y la sensación de melancolía ya no se estaba apoderando de él. Vació su vaso y lo llevó hasta el escritorio. Había tomado brandy en la casa de la ciudad, un brandy tan bueno como el del duque. Y había bebido suficiente como para poder volverse agradablemente entumecido y maravillosamente ajeno en una hora. Lo cual le pareció una idea muy buena.



Jodie subió las escaleras, con el corazón latiéndole con fuerza y los dientes apretados, mientras miraba con furia la alfombra. *¡Hombres!* se quejó en silencio. ¿Y acusan a las mujeres de tener cambios repentinos e inexplicables de temperamento? Hipócritas. En un momento había sido cariñoso y solícito y luego, en un abrir y cerrar de ojos y sin razón aparente, se había convertido en... en... ¡un presuntuoso y condescendiente hijo de puta! Si hubiera sabido, ¡si

hubiera tenido la más mínima idea! de que podía ser así, habría pasado la noche sola en su maldita tienda de seda. Lo que probablemente sabía. Probablemente por eso se había portado tan bien hasta que empezaron a regresar a casa. Hasta que consiguió lo que quería de ella. Por supuesto. La próxima vez que lo viera, iba a decir...

—Me alegro de que sigas viva.

Jodie levantó la vista de la alfombra y vio a su hermana pequeña de pie en la puerta de su dormitorio. Emma, con un aspecto angelical en su camisón blanco de volantes y la larga melena rubia perfectamente trenzada. Dios, ¿habría dos hermanas más opuestas?

—¿Acaso alguien pensó que moriría? —inquirió.

—No —reconoció Emma con una sonrisa algo débil—. Pero Leslie comentó que probablemente desearías hacerlo.

Sí, cuando él y Jonathan terminaran con todas sus fanfarronadas y poses masculinas, seguro que querría estar muerta. Por un instante, al menos. Después, se llevarían una desagradable sorpresa. Pero hasta que le tocara lidiar con ellos y sus fantasías exageradas, había asuntos más urgentes que reclamaban su atención.

—¿Cómo está Marianne? ¿Y el bebé?

—Ambos se encuentran bien —la tranquilizó Emma con una sonrisa más firme—. Leslie envió a Brenley a buscar a la comadrona justo después de la una. Llegó a las dos y media, y Callen nació diez minutos después.

Callen Ferguson. Un buen nombre.

—¿Tiene diez dedos en las manos y diez en los pies?

—Perfecto en todos los sentidos. Y Marianne dice que fue tan fácil traerlo al mundo que podría tener una docena más.

¿Una docena?

—Creo que fue el momento —explicó Emma, con los ojos verdes brillantes y una amplia sonrisa—. Quiere que vayas a hablar con ella. A ver a Callen.

¿Ahora?

Dijo que en cuanto el gato te arrastrara.

Maldita sea. Podía manejar a Leslie y su ira. Fácilmente. Pero la compasión y la comprensión de Marianne tenían una forma de quitarle el aliento.

—Seguro que está cansada y durmiendo. No querría despertarla.

—Las únicas que duermen son Tess y Angelina —replicó Emma —. La emoción de tener un hermanito no duró ni cinco minutos. Cuando dejé a Marianne, estaban acurrucadas en el lado de la cama de Leslie. Aunque estoy segura de que ya las habrá llevado de vuelta a sus camas.

En otras palabras, no había excusas que funcionaran. Al igual que Leslie había estado esperando a Jonathan, Marianne la estaba esperando a ella. Y como no tenía sentido empeorar las cosas, Jodie le sonrió a su hermana, le hizo un saludo alegre y se dirigió a las puertas dobles al final del pasillo.

Llamó suavemente y abrió la puerta con un mismo movimiento. Asomó la cabeza por el borde para echar un vistazo a la cama e intentó no hundirse decepcionada cuando la mirada de Marianne se dirigió instantáneamente a la suya.

—¿Estás dispuesta a recibir visitas?

—Entra y cuéntame la historia, —respondió Mariane, moviendo el bulto que tenía en brazos y luego tratando de acomodarse entre las almohadas—. Necesito escuchar tu versión antes de escuchar la de Leslie.

Jodie cruzó rápidamente la habitación.

—Oh, no te preocupes por mí, —dijo, ajustando la montaña de almohadas de plumas en la espalda de Mariane—. Todo irá bien. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, —respondió su hermana con un suspiro de satisfacción mientras se acomodaba—. Cada bebé es más fácil y rápido.

Jodie se acomodó en el borde del colchón y extendió los brazos. Marianne le pasó a Callen con una sonrisa serena.

Jodie contempló aquel par de ojos oscuros que la observaban con atención. No era una bolita de pelusa somnolienta y mirada borrosa; Callen había llegado al mundo con una misión y estaba listo para comenzarla en ese preciso instante.

—Se parece a Leslie —comentó, pensando que no pasaría mucho tiempo antes de que ella dejara de ser la única de la familia en conseguir que le salieran canas.

—Dudo que pudiera negártelo, aunque lo intentara.

Jodie sonrió y le hizo cosquillas en la palma de la mano. Callen atrapó su dedo al instante y lo apretó con fuerza.

—Oh, mira eso, Marianne. Observa qué vigoroso es.

Marianne asintió complacida.

—Supongo que estuviste con Jonathan Garvey —no pudo evitar bromear.

—No, pequeño lord bulto.

—¿Qué?

Riendo, soltó el dedo y le devolvió a Callen a su madre.

—Es broma.

—Jodie, esto no es cosa de broma.

—Lo sé, —admitió ella, levantándose. Alisando las colchas, continuó diciendo—: Leslie y Jonathan están abajo mirándose con

odio. Cuando terminen con eso, sin duda pasarán a elegir la fecha de la boda.

—No pareces particularmente angustiada por la posibilidad.

Podría estarlo si existiera alguna posibilidad de que el compromiso llegara hasta la iglesia. Pero, puesto que todo era una farsa, podía asumir el papel de doncella razonable y resignada.

—Lo que está hecho, hecho está —respondió, encogiéndose de hombros—. No creo que montar un escándalo a estas alturas sirva de mucho.

—Y en cuanto a eso —replicó Marianne—, ¿no es tan desagradable la idea de casarse con lord Branwell?

—Podría irme a peor.

—Ah, pero la pregunta es si podría irte mejor.

Jodie se dejó caer en la silla de la mesita de noche. —¿De verdad, Marianne? No creo que haya nada mejor. E incluso si lo hubiera, no estoy segura de poder sobrevivir.

—¿Él piensa lo mismo?

La respuesta dependía de qué parte de la noche estuvieran hablando. Y como la última parte parecía indicar que había cometido un gran error en la primera parte, prefería no hablar de ello en absoluto.

—No le pedí que me comparara formalmente con sus amantes anteriores, —se excusó—. Eso habría sido demasiado... —Se encogió de hombros—. Puedo vivir con ilusiones.

Al parecer, Marianne lo pensó por un momento y luego dijo:

—Si, por alguna razón, Leslie considera que un matrimonio no es prudente....

—¿Si?

—Solo por darle algo en qué pensar, —respondió ella tranquilamente—. Si él no exige que os caséis, ¿volverías a ver a

Jonathan?

Sí, solo para darle una patada en la espinilla por ser tan pomposo. Sí, si se disculpara y la volviera a abrazar. Sí, porque necesitaban comprometerse para que Josephine se viera obligada a actuar. Jodie esbozó una sonrisa y volvió a eludir la pregunta.

—¿Renunciarías a Leslie?

—No. Amo a Leslie. ¿Amas tú a Jonathan?

Por fin, una pregunta con una respuesta sencilla y fácil.

—Por supuesto que no. No lo conozco desde hace mucho tiempo. Pero sí sé que me encanta estar con él.

—¿Por qué?

Demasiado fácil. Ella se sumergió en el torbellino de sus pensamientos y emociones.

—Supongo que me siento más viva cuando estamos juntos.

—¿Cómo es eso?

—Todo es mucho más interesante de lo habitual —comentó, frunciendo un poco el ceño Marianne—. Y mi corazón no para de latir a mil por hora. Me siento bien, pero a la vez da un poco de miedo. Es como estar en peligro, aunque no lo estés. ¿Tiene sentido?

—Sí —asintió despacio su hermana, con una sonrisa suave—. ¿Qué harás si él se niega a casarse contigo y luego decide que prefiere no volver a verte?

El corazón le dio un vuelco y el estómago se le enredó en un nudo frío. Puso una sonrisa alegre en el rostro y replicó con un guiño:

—Seguirle la pista y acabar con él tendría su atractivo.

—No lo harías.

Probablemente no, pero nadie tenía por qué saberlo. Había ilusiones que preservar.

—Y después me retiraría al castillo de Rochester, pasando el resto de mis días paseando por los parapetos, gritando al cielo y dándoles a todos algo sobre lo que murmurar.

Marianne sonrió con diversión.

—No hay parapetos verdaderos en el castillo de Rochester.

—Es cierto —cedió ella, sonriendo también—, pero pasearme y chillar por los pasillos no tendría el mismo efecto dramático. Dame un tiempo, seguro se me ocurre algo lo suficientemente patético.

Marianne soltó una suave risa y de repente giró la cabeza hacia la puerta.

—Hola, cariño —saludó, radiante de felicidad.

Jodie dirigió la mirada hacia su cuñado, que se acercaba al otro lado de la cama. No mostraba moratones ni cardenales, y su ánimo parecía mucho más alegre que la última vez que lo vio.

—Obviamente no os habéis peleado —observó mientras él se deslizaba sobre la cama para abrazar a Marianne

—Nuestro intercambio fue completamente civilizado, —dijo él sin mirarla. Le dio un beso a Marianne y luego sonrió suavemente mientras acariciaba la mejilla de Callen con la yema de un dedo.

Jodie apartó la mirada y se tragó una inesperada oleada de nostalgia. *¿Envidiar lo que tiene Marianne? Qué ridículo*. *Los hombres son idiotas y los bebés huelen bien solo a veces. Y no todos son hermosos como Callen.* De hecho*, hay muchos bebés realmente feos en el mundo. Por no hablar de hombres que fueron maridos horribles y padres aún peores.*

—¿Tengo que diseñar un vestido de novia? —oyó preguntar a Mariane—. Cariño, ya tienes suficientes cosas entre manos por ahora.

—Supongo que podría llevar el mío, —continuó Mariane mientras el corazón de Jodie latía con fuerza—. Habría que ajustarlo un poco, pero por lo demás sería...

—Tu vestido de novia es *tu propio* vestido de novia, —interrumpió Leslie en voz baja—. No el de Jodie.

Mariane asintió en voz baja y luego se quedó en silencio. Jodie les echó una mirada furtiva. Ambos parecían ajenos a todo menos a Callen y a sí mismos. Jodie hizo una mueca interior ante otra inexcusable oleada de sentimientos, respiró hondo y se puso de pie.

Su movimiento finalmente llamó la atención de Leslie. Él arqueó una ceja en una pregunta silenciosa y su paciencia se evaporó.

—Está bien, Leslie, ya basta. ¿Estoy comprometida o no?

—¿Quieres estarlo?

Oh, de todos los insufribles... Hizo que Jonathan pareciera un santo.

—Solo responde la pregunta, Leslie. Sí o no.

—No.

Tranquilo, sereno, completamente indiferente. Como si nada de esto importara en absoluto.

—¿Me enviarás al castillo de Rochester al amanecer?

—No —respondió, volviendo a adorar a su hijo.

—¿Tengo prohibido ver a Jonathan?

—Sí —respondió con una sonrisa, mientras Callen soltaba un hipo.

No fue una sorpresa, en absoluto. Aun así, su corazón se aceleró y se hundió. Quiso preguntar si Jonathan había protestado, pero enseguida decidió no hacerlo. Preguntar habría significado mostrar desesperación e ignorancia.

—Entonces os deseo a ambos buenas noches —se despidió, alejándose—. Que descanses bien, Marianne.

—¿Jodie?

Se detuvo en el umbral y volvió la vista por encima del hombro. Leslie no levantó la mirada mientras preguntaba:

—¿Sabes algo de la madrastra de lord Branwell?

Bueno, si Leslie lo sabía, Jonathan evidentemente había soltado la lengua.

—Sí —confesó—. ¿Por qué?

—¿Cuándo te lo dijo?

—Antes de salir del jardín esta tarde. ¿Por qué?

—Solo me lo preguntaba.

—¿Algo más?

Ninguno de los dos respondió y Jodie cerró la puerta tras de sí sin mirar atrás. Se dirigió a su habitación, aturdida. No tendría que casarse con Jonathan. No sería enviada al exilio. Todos fingirían que aquella aventura ilícita y escandalosa nunca había existido. Dios, ¿se había puesto el mundo patas arriba?

Se dejó caer sobre la cama, se acunó la cabeza entre las manos y fijó la mirada en el medallón del techo de escayola. ¿Qué pensaría Jonathan de todo aquello? Dada su actitud cuando la trajo a casa, probablemente se sintiera aliviado de haber escapado de una marcha forzada hacia el altar. Sin embargo, estaba el asunto de Josephine y la necesidad de sacarla del escondite. Ese había sido el punto de partida de la noche. No tener que casarse...

Jodie suspiró y cerró los ojos. Tendría que hablar con Jonathan por la mañana, después de que él se disculpara por estar tan malhumorado, y descubrir qué pensaba hacer a continuación. Suponiendo, claro está, que no estuviera ya de camino a Estados Unidos, contando sus estrellas de la suerte.

Capítulo 11

Jonathan desanduvo el camino que había tomado por la casa y salió a los escalones traseros para encontrar su caballo justo donde lo había dejado; el cielo empezaba a aclararse y Adam Brenley caminaba por un sendero al pie de las escaleras. Sin cabestrillo en el brazo, Brenley captó la presencia de Jonathan mientras este bajaba y tomaba las riendas del poste de la escalera. Debería haberlo intuido desde la primera vez que lo vio esa noche.

—Brenley —murmuró en señal de reconocimiento cuando el otro se detuvo frente a él—. ¿Por qué no me sorprende encontrarte esperándome?

—Su Excelencia a veces es demasiado tranquilo y racional —respondió Brenley con cierta sorna.

Jonathan observó en silencio, notando que aquella aflicción no parecía afectar a Brenley.

—No me agrada, Branwell.

Al menos, era un hombre honesto y directo.

—Con el debido respeto, señor Brenley, no me conoce. Diría que lo que realmente le molesta es mi interés por Jodie.

—Es demasiado joven.

—En ciertos aspectos —admitió Jonathan—. En otros, posee más sabiduría de la que cualquiera de nosotros alcanzará jamás.

Brenley le lanzó una mirada entrecerrada que se prolongó un buen rato, hasta que finalmente afirmó con firmeza:

—No es una prostituta.

¿Y realmente Brenley pensaba que él la consideraba así? La ira estalló dentro de Jonathan, incendiando sus venas con un fuego blanco y abrasador.

—Y golpearé hasta hacerlo sangrar —advirtió entre dientes— a cualquiera que sugiera lo contrario.

—Si le hace daño, será usted quien acabe sangrando.

¿Y eso lo decía un hombre con un solo brazo útil? Jonathan lo miró de arriba abajo con una mezcla de incredulidad y asombro. Aun así, no sonrió.

—Mensaje recibido, señor Brenley —replicó con frialdad, al tiempo que hacía chasquear las riendas sobre el cuello de su montura.

El hombre retrocedió y observó cómo Jonathan se acomodaba en la silla de montar. Justo cuando creía que aún no habían terminado, Brenley extendió la mano y atrapó las riendas.

—Jodie es como una hija para mí —manifestó con un tono firme que, sin embargo, contenía una desesperación furiosa—. Me preocupo por ella más que por mi propia vida. ¿Puede decir lo mismo?

Una oleada de melancolía se apoderó de Jonathan, aterradora en su intensidad y desgarradora en su profundidad. Respiró hondo y apretó los dientes hasta que logró dominar la primera embestida.
—En cuanto a ponerme entre ella y todo peligro —afirmó con determinación—, sí, puedo.

Brenley volvió a mirarlo con los ojos entrecerrados. El caballo se inquietó y el hombre soltó las riendas. Sin añadir palabra, se dio la vuelta, subió los escalones y entró en la casa.

Jonathan exhaló un suspiro largo, tratando de ordenar el torbellino de emociones que le revolvían el pecho. Solo consiguió formarse un nudo pesado en el centro de su ser. Se frotó el punto distraídamente, sacudió la cabeza y recordó lo maravillosa que había

sido la noche hasta que él y Jodie abandonaron el almacén. Ojalá se hubieran quedado allí, despreciando el intento vano de mantener las ilusiones. Si Josephine no hubiera existido, no habría razón para ser el más noble de los sinvergüenzas.

Parpadeó y frunció el ceño. ¿Acababa de, de alguna manera indirecta…? Gruñendo por la frustración, hizo girar al caballo y le dio la cabeza hacia la puerta del jardín. Una vez más fuera del muro, acarició los flancos del animal y lo condujo hacia casa y la promesa de un olvido a base de brandy.



El cielo empezaba a tornarse rosado cuando Jonathan salió de los establos y subió por los escalones de su casa. Justo cuando metía la mano en el bolsillo para sacar la llave, se abrió la puerta. Cruzó el umbral, recordando claramente que había dicho a su mayordomo y a su lacayo que no lo esperaran despiertos.

Tras quitarse el abrigo y entregárselo al lacayo, Jonathan preguntó:

—Potter, ¿hay alguna razón en particular por la que estés levantado a estas horas intempestivas?

—Lord Palson está en el estudio, milord.

¿Palson? Jonathan sacó el reloj del bolsillo del abrigo. Sí, las seis menos cuarto. Se lo guardó y preguntó:

—¿Qué está haciendo aquí? Aparte de esperar, quiero decir.

—No lo dijo, milord.

Por supuesto que no. Los pares no se explicaban con los sirvientes. Y los sirvientes no preguntaban. Jonathan se dirigió al estudio y encontró a su amigo sentado en uno de los sillones de orejas junto a la chimenea alegremente encendida.

—¿Palson? —preguntó, notando la copa vacía sobre la mesa auxiliar—. ¿Algún motivo para aparecer a esta hora tan temprana?

—No es temprano; es tarde —replicó Palson, ahogando un bostezo con el dorso de la mano—. Yo tampoco me he acostado todavía.

Bueno, si eso no prometía una historia interesante...

—¿Queda algo de brandy?

—Un poco.

Mientras se dirigía al aparador, Jonathan lanzó la pregunta por encima del hombro:

—¿Piensas decirme por qué estás aquí a estas horas o vamos a jugar a las veinte preguntas?

—Esta noche he trabajado hasta bastante tarde en un informe que quería tener en el escritorio del comisario a primera hora de hoy —contestó Palson mientras Jonathan se servía una copa generosa—. Salí de la oficina y me dirigí a casa pasada la medianoche. Aun así, fue por pura coincidencia fortuita que me percaté de que tú y lady Jodie Sheldon se escabulleron para lo que supongo que era una cita en su almacén.

Jonathan se quedó paralizado, con el vaso a medio camino de sus labios.

—¿Nos has seguido?

—Más exactamente, he seguido a Lady Garvey, que os estaba siguiendo a vosotros.

¿Josephine? Su corazón se hundió hasta las plantas de los pies y su cerebro quedó completamente entumecido.

—Jesús —murmuró.

—No pensé que supieras que ella estaba allí.

Ni siquiera había tenido una ligera sospecha. La posibilidad ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Ciego y tonto.

Inexcusablemente negligente. Con la sangre hirviendo, se llevó el vaso a los labios y bebió de un trago.

—¿Cuánto tiempo se quedó?

—No mucho —le aseguró Palson—. Cuando le entregó el caballo al vigilante nocturno, su carruaje siguió su camino.

Quizá...

—¿Estás seguro de que era ella?

Palson asintió.

—Su cochero había aparcado bajo una farola cerca de la casa del duque de Rochester, y cuando tú y lady Jodie pasasteis, ella corrió la cortina para observaros. Vi su rostro con bastante claridad.

Maldita sea. Tomó otro trago y se dejó caer en la silla de enfrente.

—¿Dónde estabas tú?

Su amigo le dedicó una sonrisa de vergüenza.

—Intentando desesperadamente salir de la vista antes de que me vieras y pensaras que estaba espiándote. Aunque, debo decir que tras una observación más detallada, se hizo evidente que no estabas al tanto de nadie más que Lady Jodie. Te seguí en caso de que necesitaras ayuda para repeler un ataque sorpresa.

Al menos Palson había estado en pleno uso de sus facultades esa noche. Ciertamente no era algo que *él pudiera* reclamar.

—Gracias.

—Cuatro horas es una cantidad de tiempo bestial para pasar en los muelles por la noche, ¿sabes?

—Depende de lo que estés haciendo —ofreció Jonathan secamente y con media sonrisa.

Palson se rió entre dientes.

—Yo pasé la noche jugando a las cartas con tu vigilante nocturno. Por cierto, es muy bueno al cribbage[1].

—No tenía ni idea.

—En aras de la amistad y la total transparencia —continuó Palson—, debo mencionar que te seguí hasta la casa del duque. Por si acaso Lady Garvey tenía la intención de provocar tu asesinato en esa parte de tu excursión. Una vez que estuviste en compañía del Sr. Brenley y otros, interrumpí mi vigilancia y vine aquí a esperarte.

Así que Palson sabía que él y Jodie habían sido descubiertos juntos. Y pensar que se había atrevido a asegurarle al duque, con toda la convicción del mundo, que su aventura permanecía en secreto. Dios santo… ¿cómo podía una noche que había comenzado tan bien torcerse de manera tan catastrófica? Jonathan apuró otro trago, preguntándose cuán rápido podía emborracharse y cuánto tiempo podía permitirse estar en ese estado.

—Tengo una gran deuda contigo, Palson,

Palson sonrió y preguntó:

—¿Debo felicitarte por tu compromiso?

Jonathan levantó la copa y tomó un buen trago antes de responder:

—No. El duque quedó satisfecho con mi promesa de mantener la aventura en secreto y romper la relación.

Palson refunfuñó un poco y arqueó una ceja.

—Ciertamente no es el curso típico o esperado de las cosas, —observó.

Jonathan se encogió de hombros.

—No es un par típico.

—Teniendo en cuenta que tú tampoco lo eres, debe haber sido una reunión interesante.

Interesante no era el término que él habría usado.

—Fue muy cortés dadas las circunstancias, —añadió—. Por Dios, —susurró mientras su cerebro le ofrecía una revelación sorprendentemente clara y desagradable—. Josephine sabe lo de Jodie.

—Bueno, sí —asintió Palson con un tono de infinita paciencia—. Pero una cita no equivale a una propuesta de matrimonio. Lady Garvey no sabe que tú y lady Jodie fuisteis sorprendidos juntos. No veo por qué habría de suponer que estás contemplando casarte. No tienes motivos para pensar que podría actuar en tu contra.

—O eso crees tú.

Palson, imperturbable, replicó:

—No vi su carruaje en ningún punto del camino de regreso desde el almacén. Sin duda regresó a su casa después de comprobar hacia dónde os dirigíais tú y lady Jodie.

Su mente barajaba posibilidades, y Jonathan asintió como si aceptara el análisis de Palson. ¿Por qué Josephine los había seguido a él y a Jodie hasta el almacén? ¿No era suficiente saber que estaban juntos? ¿Y si ella los hubiera vigilado tan tenazmente como lo había hecho Palson? ¿Si hubiera visto a Brenley esperando en la puerta?

Dios, su cerebro estaba demasiado agotado para formular una respuesta inteligente a nada. El único pensamiento que acudía una y otra vez era que debía mantenerse lo más lejos posible de Jodie. Y necesitaba advertirle, hacerle saber que Josephine los había descubierto, y que existía la posibilidad real de que su madrastra se viera obligada a ejecutar su plan. Mañana... haría algo. Tal vez le enviaría una nota. O tal vez no. Podría haber un camino mejor, más prudente, que simplemente no lograba divisar a través del velo del cansancio.

Por el momento, lo más sensato era subir las escaleras, dejarse caer en la cama y dormir unas horas. Miró a Palson y murmuró:

—Te agradezco todo lo que has hecho esta noche.

—Cuando quieras —replicó su amigo con voz arrastrada, imitando su gesto al ponerse en pie—. Aunque si la próxima vez puede ser una cita a plena luz del día, te lo agradeceré mucho.

—No habrá más citas. Al menos no con lady Jodie.

—Ah, sí. Tu promesa al duque.

Era la menor de sus razones, pero bastaba como excusa. Jonathan asintió.

—Y hablando de promesas, confío en que lo que sabes no saldrá de esta casa.

Palson asintió, y luego esbozó una sonrisa ladeada.

—No... a menos que me digas que realmente quieres casarte con ella y necesitas ayuda para sortear las objeciones del duque. En tal caso, me encargaré de contárselo a todos mis conocidos.

—Eres un príncipe entre los hombres.

—Un amigo en la necesidad y todo eso —replicó con una media carcajada mientras se encaminaba hacia el pasillo—. Buenas noches, Branwell.

—Palson.

Jonathan contempló su copa, ya casi vacía, mientras escuchaba la partida de su amigo. Si Josephine hubiera decidido actuar aquella noche... Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, disgustado consigo mismo. Él y Jodie seguían vivos e ilesos solo por la gracia de Dios y por los motivos que, hasta entonces, habían contenido a su madrastra. Habían tenido suerte. Y ahora dependía de él asegurarse de que, al menos, Jodie continuara a salvo.

Las clases de pintura habían terminado. Tendría que buscar una excusa convincente para Peyton, por supuesto. Pero a Jodie le diría la verdad. Merecía saber que podía estar en peligro.

Pero ¿cómo decirle algo así...? Lo más rápido sería ser directo:

Le prometí a tu cuñado que no volvería a verte, a cambio de no tener que casarme contigo. Lo hice para protegerte de Josephine. Lo cual, visto ahora, fue un sacrificio bastante inútil, ya que ella sabe lo de nuestra noche juntos. Lo siento mucho. No sé hasta qué punto está trastornada, ni creo que te considere una amenaza, pero, aun así... quizá convenga que estés atenta por si aparece. Por si acaso, ya sabes.

Jonathan suspiró y abrió los ojos para levantar la copa y vaciarla de un trago. Y ya que estaba siendo un perfecto imbécil, también podía añadir algo al final como:

Ah, y gracias por una noche maravillosa. He disfrutado mucho de ti y seguiría a tu lado si creyera que existe alguna manera de hacerlo y salirme con la mía.

Sí, eso bastaría para que su opinión sobre él quedara convenientemente por los suelos. No es que fuese a ser muy elevada después de que el duque le informara de que su amante había tardado menos de un minuto en aceptar abandonarla.

Dios... Qué lío había provocado. Si tan solo hubiera escuchado al sentido común y se hubiese mantenido fiel a sus principios en el jardín...

Necesitaba encontrar una manera de forzar la mano de Josephine sin poner en peligro a nadie más que a sí mismo. Lo cual era mucho más fácil de decir que de hacer. Tal vez si cerraba los ojos solo unos minutos y lo pensaba, podría... venir... a...



—¿Milord?

Maldita sea, no estaba sordo.

—¿Milord?

Gruñó en señal de protesta, apartó el cuerpo de la mano que lo sacudía y abrió los ojos.

—¿Walter?

—Sí, milord. Lamento molestarle, pero pensé que querría saber que el Constance está llegando a puerto.

Oyó todas las palabras, pero darles sentido resultaba un proceso lento y confuso. Estaba en el estudio. Al parecer, se había quedado dormido en la silla. El fuego seguía encendido. Y, de algún modo, su copa de brandy había desaparecido. Alguien, probablemente su mayordomo, había colocado el servicio de café en la mesa junto a él. Jonathan se frotó las manos en la cara y luego se irguió en la silla, preguntando:

—¿Qué hora es?

—Las diez, milord.

Cuatro horas de sueño. Recordaba los días en que dos eran más que suficientes. Jonathan se rascó el pelo con los dedos.

—Es una mierda envejecer.

—¿Una noche dura? —preguntó Walter con demasiada alegría.

—Una larga.

Su empleado extendió la mano y le quitó algo del hombro a Jonathan. Mientras él intentaba descifrar el movimiento, Walter se volvió hacia la ventana y acercó la mano a la luz.

—Una noche larga con una morena.

Jodie. El cerebro de Jonathan no se puso en marcha, sino que se atascó, chirrió y se tambaleó.

—Hazme un favor, Walter.

—¿No lo hago siempre?

Jonathan miró a su empleado.

—¿No encontraste a nadie con quien cenar anoche, verdad?

Walter arqueó una ceja y preguntó secamente:

—¿Su favor, milord?

Jonathan se levantó de la silla riendo.

—Se supone que esta mañana tengo que estar en casa de mi hermana, ayudándola con un retrato que está pintando de su amiga.

—Las tribulaciones de su vida nunca terminan.

En realidad, aparte del asunto de Josephine, consideraba que su vida era casi encantadora. No es que Josephine no hiciera un nudo retorcido de todo lo demás.

—Necesito que vayas a casa de mi hermana y le digas que tengo que estar en otro sitio esta mañana. Ofrece mis disculpas y todo eso. Mientras lo haces, me pondré presentable. Nos vemos en el muelle.

—¿Y su hermana vive dónde?

—Que el cochero te lleve a casa de Peyton y luego baja al río.

Walter asintió, con un gesto de aceptación decepcionada, si es que Jonathan alguna vez había visto uno, y le tendió el mechón de pelo de Jodie.

—¿Quiere que se lo devuelva?

—Gracias —respondió, tomándolo y colocándolo de nuevo sobre su hombro, solo para ver qué haría Walter.

Puso los ojos en blanco.

—¿Y el nombre de su hermana? Solo para no parecer un patán en la puerta de entrada.

—Peyton, —respondió Jonathan mientras se alejaba de su empleado—. Lady Peyton Garvey.

—¿Le importaría si la invitara a cenar?

¿El totalmente inocente y el extremadamente circunspecto? Jonathan se rió y comenzó a subir las escaleras.

—En absoluto. Adelante.

Peyton y Walter. Vaya pareja. Con ellos dos, era evidente que no iba a haber una escena de madrugada como la que había tenido con el duque. Lo cual, decidió mientras cerraba la puerta de su dormitorio y se dirigía al vestidor, no era en absoluto algo negativo. Tampoco lo sería que los dos estuvieran juntos, se dio cuenta mientras se contemplaba en el espejo. Tanto Peyton como Walter eran ecuánimes, algo reservados y más que conformes con mantenerse dentro de los límites que imponía la sociedad.

A diferencia de...

Bajó la mirada hacia su hombro. Retiró el cabello de la tela de la chaqueta y comenzó a enrollar lentamente el hilo de seda alrededor de un dedo.

¿Qué tenía ella?, se preguntó. Podía dirigir barcos y tripulaciones con habilidad. Era conocido en todo Oriente como un comerciante astuto. Gracias a su esfuerzo y determinación, había amasado una fortuna personal con la que la mayoría de sus colegas apenas podía soñar. Sinceramente, no recordaba la última vez que una mujer había rechazado de verdad una invitación carnal suya. En definitiva, era un hombre de ingenio agudo y con la capacidad de mantenerlo firmemente enfocado en un objetivo bien meditado.

Entonces, ¿qué tenía Jodie que le había hecho arrojar al viento la precaución y el buen juicio? No era la mujer más hermosa que había conocido. Y, desde luego, no era la primera en rendirse a la seducción. Tampoco la primera cuya conquista podría haber desembocado en un matrimonio forzado. Pero sí era la primera con la que había sopesado los riesgos, reconocido que eran excesivos y, aun así, había decidido seducirla de forma deliberada.

¿Qué tenía ella? ¿El vértigo de hacer algo absolutamente indefendible? ¿O quizá se debía al hecho de que hacía meses que no tenía una amante y Jodie era la primera mujer que se cruzaba en su camino?

No, eso no era cierto. Si hubiese buscado únicamente un cuerpo cálido y un poco de consuelo carnal, habría bastado con elegir entre una docena de mujeres casadas que le habían guiñado el ojo de forma tentadora en las fiestas. Y donde ellas no habían conseguido despertar su deseo, algo en Jodie había calado en lo más profundo de su ser y sacudido su dominio hasta la médula.

No, se dijo a sí mismo con severidad mientras se desenredaba el cabello, no iba a permitir que volviera a suceder. Había sido una debilidad puntual, una aberración momentánea. Le enviaría una nota de advertencia sobre Josephine y eso sería todo. No volvería a ver a Jodie.

Dejó la única hebra de seda negra sobre el lavabo, se quitó la chaqueta, llenó la palangana de agua y obligó a su mente a concentrarse en un inventario mental de la carga que llegaba al puerto.



Jodie estaba en el salón de Garvey, contemplando los muebles. Las frágiles sillas blancas y doradas habían desaparecido. Aún no se había colocado nada en su lugar y, por el momento, la habitación parecía un poco menos abarrotada que el día anterior. ¿Por qué se fijaba en esas cosas...? La noche había sido tan larga como maravillosa, y estaba tan cansada esta mañana que apenas podía mantenerse despierta, y mucho menos pensar con claridad. Sacudió la cabeza y respiró hondo.

Como el caballo de Jonathan no estaba atado afuera, probablemente aún estaba de camino. Si hubiera dormido más de unas pocas horas, tendría energía para rebosar de emoción. Sin embargo, tal como estaban las cosas, la anticipación la recorría como miel caliente. Encontrar la oportunidad de caer en los brazos

de Jonathan y apoyar la cabeza en su pecho. Cerrar los ojos y sentir el latido de su corazón contra la mejilla... Eso sería el paraíso.

—Tienes un aspecto realmente horrible.

Jodie se volvió hacia la puerta y esbozó una sonrisa.

—Vaya, gracias, Peyton. Tú estás absolutamente radiante. Si no fueras mi amiga, tendría que odiarte.

—¿Te encuentras mal?

—Me siento cansada —admitió mientras Peyton la estudiaba—. Anoche no dormí mucho. Mi hermana tuvo un bebé. Un niño al que llamaron Callen.

—¡Qué maravilla! ¡Eres tía!

—Por tercera vez. Pero él es mi primer sobrino.

Peyton se puso un poco seria.

—¿Y todo ha ido bien? ¿Tu hermana está bien?

Jodie asintió con seguridad cuando el lacayo entró en la puerta del salón.

—Disculpe la intromisión, milady —manifestó con una ligera reverencia—. Hay un mensajero de su hermano en la puerta.

Peyton pareció algo sorprendida, pero pronto se recompuso para ejercer los buenos modales.

—Por favor, que pase.

El lacayo se marchó con otra reverencia y Peyton se volvió hacia ella.

—¿Un mensajero? Algo debe haber pasado. Prometió que estaría aquí para ayudarme a pintar esta mañana.

Jodie se encogió de hombros en una respuesta evasiva, pensando que lo más probable era que Jonathan estuviera tan agotado como ella y hubiera decidido quedarse en casa a dormir.

Una buena decisión que ella misma tenía toda la intención de tomar en cuanto pudiera escaparse.

—El Sr. Wade Walter.

El lacayo retrocedió, dejando paso a un joven bastante alto y de aspecto decididamente estudioso. Ciertamente no parecía salido de las páginas de ninguna revista de moda, pensó Jodie, y decidió que eso jugaba a su favor. Su mirada la recorrió antes de que, con una leve sonrisa, dirigiera su atención hacia Peyton.

—Buenos días, milady —saludó, jugando con el bombín que sostenía en la mano. ¿Realmente se estaba sonrojando?

Peyton esbozó una sonrisa.

—¡Es usted estadounidense!

Sí, estaba sonrojándose. Más aún ahora, bajo la mirada de Peyton, que lo contemplaba como si fuera un trozo de chocolate suizo.

Carraspeó y levantó la barbilla.

—Sí, milady. Soy el secretario de su hermano. Me pidió que viniera y le ofreciera sus disculpas por no poder acompañarla a usted y a su amiga a la sesión de pintura de esta mañana. Uno de sus barcos ha llegado a puerto y tiene que estar en los muelles.

—Nunca he estado en un barco.

Jodie gimió por dentro, sabiendo de qué iba Peyton. Dios, quería irse a casa y volver a la cama, no hacer de carabina.

—Estoy seguro de que su hermano estará encantado de organizar una visita para usted a finales de esta semana.

—¿No te gustaría ver el barco, Jodie? —Peyton no le dio oportunidad a responder. En lugar de eso, sonrió alegremente y añadió—: Déjeme coger el sombrero y el abrigo, señor Walter, y usted puede acompañarnos —y salió de la habitación.

Wade Walter se quedó allí, con el sombrero congelado en la mano, la mandíbula caída y la mirada fija en la puerta.

—Ella hace eso —explicó Jodie, encogiéndose de hombros—. Simplemente decide y se marcha, dejando que los demás la sigan, quieran o no.

El Sr. Walter asintió lentamente y luego se recuperó para ofrecer una sonrisa débil.

—Al igual que su hermano.

Jonathan estaba en los muelles. Era un lugar mucho más concurrido de lo que había imaginado para su próxima reunión, pero, ahora que lo pensaba, quizás fuera lo mejor.

—Por cierto, soy Lady Jodie Sheldon.

Él le hizo una reverencia educada.

—Un placer, milady.

Luego apartó la mirada, sus mejillas se volvieron a sonrojar y las comisuras de su boca se inclinaron ligeramente hacia arriba. Pensando que podría estar nervioso e incómodo con el silencio que se extendía entre ellos, ella rebuscó en los recuerdos de sus lecciones pasadas sobre la conversación apropiada en el salón y preguntó:

—¿Lleva mucho tiempo trabajando para Lord Branwell

—Algunos días parecen una eternidad —respondió él—. En realidad, han pasado siete años desde que fundó la empresa.

Ella asintió, intentando pensar en otro tema cuando Peyton se acercó a la puerta del salón y los salvó a todos.

—¡Estoy lista! ¿Jodie? ¿Señor Walter? ¿Nos vamos? —preguntó antes de dirigirse a la puerta principal.

—Cuando quiera, milady —murmuró el señor Walter, sacudiendo la cabeza.

—¿Es usted un buen deportista? —preguntó Peyton, animada por la aventura que se anticipaba.

—En realidad no, pero finjo bien —respondió con una risita tranquila. Señaló la puerta del salón con el sombrero y añadió—: Después de usted, milady.

Jodie siguió a Peyton, esperando que nadie esperara de ella la siempre vigilante decana de la corrección durante el trayecto en carruaje hasta los muelles. En cuanto su trasero tocó el asiento, tenía toda la intención de echar una siesta. Bostezar, por delicado que fuera, en medio de una seducción debía considerarse de muy mala educación, por si acaso Jonathan tenía hambre y se atrevía.

Capítulo 12

Jonathan salió de la bodega y entrecerró los ojos ante el repentino resplandor del sol. En el muelle, las enormes puertas de los almacenes estaban abiertas de par en par, y los carreteros esperaban con sus carretillas y carritos. Detrás de él, sobre la cubierta y el muelle, las cuadrillas manejaban el complicado sistema de grúas de cuerda y polea, realizando un trabajo impecable al izar la primera de las cajas de madera provenientes de las entrañas del barco. Adelante, en el centro, su mirada se adelantó buscando; sí, también en la proa.

Avanzó por la cubierta preguntándose cuál de ellas habría convencido a Walter para traerlas. No es que Jonathan creyera en las viejas supersticiones que asociaban la presencia de mujeres a bordo con la mala suerte, sino más bien por la simple practicidad de evitar que las inexpertas se interpusieran y causaran un desastre sin darse cuenta.

No obstante, al alcanzar a Walter y Peyton en la cubierta central, comprendió que se quedarían el tiempo suficiente como para convertirse en un problema.

—Peyton, estás un poco verde.

—Me siento verde, —admitió ella, presionando sus manos contra su abdomen.

Walter hizo perfectamente de caballero, tomándola suavemente por el codo y girándola hacia la pasarela y diciendo:

—Quizás deberíamos desembarcar, Lady Peyton. —Mientras se alejaban, Walter miró por encima del hombro—. Señor, Lady Jodie...

—La veo —murmuró, encaminándose hacia la figura bien formada que permanecía de espaldas en la proa. Saber que aquellas deliciosas curvas no se sostenían con encajes, ballenas ni rellenos... y que aquella piel de satén, suave y cálida, respondía a su tacto... Dios, ansiaba tenerla otra vez entre sus brazos, perderse en su pasión. Maldita Josephine. Malditos la nobleza y el hecho de que ambos le pertenecieran a ella. ¿Por qué demonios no había podido conocer a Jodie en Estados Unidos?

Mientras seguía acercándose, la vio inclinarse y mirar hacia el agua. Y le proporcionó una vista de lo más inspiradora de su trasero.

La sangre le subió a la cabeza y se le tensó la ingle. Apretando los dientes, se recordó a sí mismo todas las razones por las que no podía volver a tocarla. Ella se puso de pie con cuidado y luego dio un paso hacia un lado para situarse peligrosamente cerca de las líneas de amarras enrolladas. Jonathan sonrió malicioso y decidió que, como excusa, serviría.

Aceleró el paso, acercándose a ella para rodear su cintura con el brazo. Ella chilló de sorpresa y miró por encima del hombro. La risa brotó de su garganta cuando él se dio la vuelta y la puso de nuevo en pie.

—Nunca te pares cerca de un rollo de nada en la cubierta de un barco, —explicó mientras la soltaba a regañadientes y ponía una distancia prudente entre ellos—. A menos, claro, que esperes una muerte repentina.

—No lo hago —respondió ella, sonriéndole. —Así que gracias. —Su mirada se dirigió a la mitad del barco y su sonrisa fue reemplazada por un ceño fruncido—. ¿Ya se va Peyton?

—No lo creo. Es solo que no parece tener mucha tolerancia a los movimientos de la cubierta.

—Apenas se mueve —replicó ella.

Jonathan se encogió de hombros.

—Para algunas personas, hasta el más mínimo movimiento resulta demasiado.

—A mí me gusta —aseveró, devolviéndole la sonrisa—. Nunca había estado en un barco.

—No me lo habría imaginado —respondió él, intentando trazar una sonrisa despreocupada mientras luchaba contra el impulso de abrazarla y besarla con ansia—. Te ofrecería un gran recorrido, pero en realidad debemos mantenernos alejados mientras descargan la carga.

—Entendido. ¿Tus otros dos barcos son como éste?

Interesante. Ninguna otra mujer le había preguntado jamás por sus barcos.

—El Bernie es tres metros más largo y dos metros más ancho —respondió—. El Maggie es considerablemente más pequeño y solo tiene dos motores. Pero, de los tres, él es el más valiente. Enfrenta cualquier tormenta y se ríe mientras lo hace. Su calado también es más bajo, y llega a lugares que otros barcos ni siquiera considerarían.

—¿Cuánto tiempo vas a poder soportar la vida de un caballero confinado en tierra?

Otra pregunta interesante que nadie le había hecho jamás. No era de extrañar que Jodie le resultara tan fascinante.

—La verdad es que no lo he pensado mucho.

—Creo que te aburrirás muy pronto, —dijo ella. Su sonrisa se desvaneció un poco cuando añadió—: Por supuesto, está la otra cara de estar siempre lejos de la familia y no tener realmente un hogar.

—Eso no importa si no tienes familia. El hogar es el barco y el lugar donde te encuentres en ese momento.

Su sonrisa desapareció mientras asentía.

—Cuando era más joven, vivía así, —susurró en voz baja—. No en un barco, por supuesto. Pero aun así, no tenía raíces.

—¿Volverías a hacerlo ahora?

—No. —Se animó y levantó la vista para encontrarse con la suya—. Oh, a veces pienso que estaría bien ir y venir a mi antojo sin tener que rendir cuentas. Pero también hay cierta comodidad en saber que, si ocurriera algo horrible, alguien me echaría de menos y se preocuparía lo suficiente como para venir a buscarme. Supongo que, después de haber vivido tanto tiempo sin eso, tener un hogar y una familia significa mucho más para mí que para la mayoría de la gente.

Sí, ella había tenido mucha suerte. Él no.

—Una tripulación es como una familia, —propuso, esperando que no sonara tan patético y desesperado a sus oídos como a los suyos.

—Pero se trasladan de barco en barco.

—Algunos sí. No todos.

Ella asintió y miró alrededor del barco, preguntando:

—Entonces, ¿cuál de tus tres barcos es su verdadero hogar? ¿Tu verdadera familia? ¿El *Maggie*?

Nunca se consideró a sí mismo como alguien que tuviera un hogar, en tierra o en el mar. En lugar de admitirlo e invitar a la compasión, sonrió, se encogió de hombros y respondió alegremente:

—Supongo que sí.

—¿Cuándo se espera que llegue a puerto?

—*El Maggie* no navega en mar abierto. Es demasiado pequeño. Recorre las rutas de las islas y luego se encuentra con los otros dos para transferir lo que haya recogido por el camino.

—¿Entonces nunca veré el *Maggie*? —preguntó, con un tono genuinamente decepcionado.

—No, a menos que navegues en uno de los otros dos para encontrarte con él.

Poniendo los ojos en blanco y riendo entre dientes, replicó:

—No me imagino a Leslie dispuesto a darme tanto.

Ya que has sacado el tema...

—Nuestra aventura ha terminado, Jodie. —Se mordió la lengua, pero ya era demasiado tarde para retractarse.

Su sonrisa se desvaneció, pero respiró hondo y la recuperó con valentía.

—Bueno, eso sin duda se puede considerar una declaración brusca.

—Y también una falta de tacto —admitió él—. Lo siento. Debería haberlo expresado mejor, con más amabilidad.

—¿Y el plan para sacar a Josephine?

Dios, sentía como si alguien le hubiera clavado un cuchillo en el pecho y estuviera girando la empuñadura.

—A la luz del día y en retrospectiva —explicó—, veo que involucrarte no fue algo sabio ni considerado. Josephine es peligrosa y si te hiciera el más mínimo daño, nunca me lo perdonaría. —Sacudió la cabeza—. Me ocuparé de ella yo solo.

—Solo —susurró ella en voz baja.

—Sí.

—Por supuesto. Es como prefieres vivir tu vida.

—Lo haces sonar como si fuera algo triste. No lo es.

—Lo sé. Lo recuerdo. Hay algo que decir sobre vivir la vida solo. Ciertamente es más seguro en algunos aspectos.

También estaba frío y vacío, pero compartir esa observación con ella no era de interés para ser noble sobre el fin de su relación.

—Palson me esperaba en la casa de la ciudad esta mañana —comentó, entrando en materia—. Dice que Josephine nos siguió anoche.

—Bueno —replicó ella, dirigiendo la mirada hacia el muelle de abajo—, ya que no se ha anunciado ningún compromiso, dudo que considere que su tiempo sea limitado. Las relaciones breves y sin sentido son precisamente eso.

El dolor en su pecho se hizo más intenso, le cortó la respiración y le debilitó las rodillas.

—No fue sin sentido, —le aseguró—. Y si pudiera mostrar un desprecio insensible por tu seguridad, no sería breve.

La sonrisa que le dedicó fue suave y nada más que cortés.

—Hablas como un verdadero caballero, —indicó con un pequeño asentimiento.

—Jodie...

—Creo que tienes un barco precioso, Jonathan. Gracias por dejarme subir a bordo.

Él la vio alejarse, deseando que sus labios permanecieran sellados y sus pies anclados en la cubierta. Dios, no recordaba cuándo había sido tan difícil acertar, tan doloroso en lo más profundo del alma. Si ella hubiera mostrado un poco de disgusto, le habría resultado más sencillo. Pero esa sonrisa estoica que le regaló... esa tranquila y digna aceptación de haber sido relegada... Jonathan se dio la vuelta con deliberación para no verla descender por la pasarela, consciente de que eso no alteraría las consecuencias; de todas las mujeres que había dejado atrás, Jodie sería la única cuyo recuerdo le atormentaría.

No mires atrás. Haz como si nada hubiera pasado. Sigue adelante. Sigue sonriendo. Si te delatan, acabarás en la cárcel.

—¡Al almacén tres!

Jodie levantó la vista del suelo y se abrió paso a través de la bruma de su ira y humillación. Peyton y el señor Walter estaban uno al lado del otro en el muelle; él con un catalejo en el ojo y ella con un fajo de papeles en la mano. Al acercarse, el señor Walter enfocó el catalejo en una caja que sacaban de la bodega y pronunció un número en voz alta. Peyton revisó los papeles y después dirigió la mirada al grupo de carreteros que aguardaban.

—¡Almacén Uno!

—¿Te diviertes? —preguntó Jodie innecesariamente, notando la amplia sonrisa y los ojos brillantes de Peyton.

—¡Sí! ¿Sabes lo bueno que es poder hacer algo que realmente marque la diferencia para la gente?

—La verdad es que no, —tuvo que admitir.

—Por favor, no me digas que estás lista para irte.

Solo porque ella estuviera triste no significaba que tuviera derecho a pedir a los demás que compartieran su tristeza.

—Puedo esperar todo el tiempo que puedas soportar ser útil, —respondió. Mirando a su alrededor, señaló con la cabeza hacia una pila de barriles que había a un lado y añadió—: Me sentaré allí y miraré.

—¿Va todo bien, Lady Jodie?

—Bien, Sr. Walter —mintió, sonriéndole mientras se alejaba de la pareja.

Y estaría bien, se aseguró a sí misma mientras se acomodaba sobre el robusto barril de madera. Con el tiempo. Una vez superada la conmoción de haber sido usada y desechada como el periódico de ayer. En realidad, en su casa los periódicos tenían una vida útil de dos días; Emma los usaba para forrar las jaulas de los pájaros al

segundo día. No era hasta la mañana del tercero que los enviaban al cubo de la basura para quemarlos.

Una noche. Eso era todo lo que Jonathan había considerado que ella merecía de su atención. Sí, había sido amable al dar por terminada la relación, aunque llamar «relación» a lo que hubo entre ellos implicaba que fue mucho más de lo que en realidad había sido. Que él se mostrara angustiado al anunciar el fin no significaba gran cosa, lo sabía bien. Había escuchado historias toda su vida, había perdido la cuenta de cuántas amantes desechadas terminaron en las calles o en los burdeles de su infancia. Hombres como Jonathan Garvey eran expertos en deshacerse de mujeres no deseadas, y parte de su arsenal consistía en mostrarse noble y sinceramente arrepentido durante el proceso.

Bueno, al menos había aprendido una valiosa lección sobre cómo elegir a sus propios amantes. Los hombres guapos, interesantes, experimentados y ricos estaban fuera de su lista en el futuro. Jodie frunció el ceño, dándose cuenta de que eso la dejaba para elegir entre hombres poco atractivos, aburridos, monjes y pobres. No es que hubiera escasez de ellos. Y no es que tuviera la intención de volver a perder ni un solo momento de su vida entreteniendo la atención de ningún hombre, independientemente de sus atributos.

Suspiró, miró fijamente sus pies y luchó contra una inesperada oleada de tristeza. Siempre había sabido que ella y Jonathan no estaban destinados a estar juntos por toda la eternidad; se lo había admitido desde el principio. Pero había imaginado que su aventura duraría un poco más que una sola noche. Y, a decir verdad, había imaginado que terminaría según sus términos, no los de Jonathan. Prefería imaginárselo suplicando, de una manera digna pero sincera, que cambiara de opinión, que le diera unas semanas más de cielo para recordar el resto de sus miserables y solitarios días.

Ahora ella era la que se sentía sola. Quizás también un poco miserable. No porque echara tanto de menos a Jonathan, por supuesto. No lo conocía desde hacía tanto tiempo, apenas tres días.

Apenas se había convertido en una parte integral de su vida en ese corto espacio de tiempo. Y aunque no se podía negar que había disfrutado mucho del tiempo que había pasado en su cama, no era como si tuviera una larga lista de amantes con los que compararlo. Por lo que ella sabía, podría haber sido un amante realmente miserable.

No, la desgracia estaba en el hecho de que todos en la familia sabían que ella se había dejado seducir y luego hacerle prometer a Leslie que la aventura había terminado después de una noche... Dios, todos sabían que la habían descubierto y la habían dejado. No había un agujero lo suficientemente profundo para esconderse.

—¡Yoo-hoo! ¡Walter!

¿Yoo-hoo? Jodie levantó la vista. Walter parpadeaba furiosamente, aparentemente sin darse cuenta de que su mandíbula estaba caída y que el catalejo se le iba a caer de las manos en cualquier momento. Jodie siguió su mirada atónita. Si alguna vez hubo una mujer que no se lo pensaría dos veces antes de decir «*yoo-hoo*» en los muelles, era la rubia de grandes pechos y grandes volantes que se le acercaba como un perro a un hueso de jamón.

—¿Señorita Cookson?

La mujer soltó una risita. *¡Una risita!*

—Claro que soy yo, Walter. Tonto. —Hizo una pausa para mirar a su alrededor y luego sonrió tímidamente—. ¿Dónde está Jonathan? También quiero darle una sorpresa.

¿Jonathan? Claro que está buscando a Jonathan. Maldita rata. Probablemente se encontró con ella de camino a casa esta mañana. Fuera lo viejo, dentro lo nuevo. Y un americano, además.

—A bordo, señora, —respondió Walter, con aspecto de necesitar desesperadamente vomitar una bola de pelos. Intentó aclararse la garganta, dos veces, pero aún sonaba ahogado cuando la miró y dijo—: Si me permite la osadía... ¿Dónde está su marido?

—Da la casualidad, —gorjeó la mujer—, de que no tengo uno de esos.

Walter se tambaleó hacia atrás, palideció y jugueteó con el catalejo. Lo cogió justo a tiempo y luego dijo con un último suspiro:

—¿La boda se ha retrasado?

—De forma permanente, —declaró ella, pasando junto a él con un movimiento de sus faldas y un susurro de su polizón. Jodie la vio subir por la pasarela, con la ferviente esperanza de que se enganchara con un tacón y cayera al Támesis.

Peyton carraspeó suavemente.

—¿Hay algún problema, Sr. Walter? —Ninguno que yo pueda solucionar —dijo con tono sombrío. Luego suspiró profundamente, sacudió la cabeza y acercó el catalejo a los ojos—. Caja dos quinientos seis. ¿Qué almacén?

—¡Uno!

Jodie se quedó donde estaba, luchando contra el impulso de irse a casa. Lo último que quería ver era a Jonathan cortejando a su nueva amante, pero si huía daría la impresión de que le molestaba la idea de haber sido reemplazada tan rápida y fácilmente. Era mejor armarse de valor, seguir fingiendo que no le importaba y conservar lo que pudiera de su dignidad restante. Mientras hacía eso y esperaba a que Peyton se cansara de ser útil, se entretuvo pensando en todas las formas en que podía vengarse de Jonathan Garvey, el Señor de los Piojos. Una vez decidido su curso de acción, dio la espalda al barco y empezó a barajar algunas posibilidades deliciosas.



Jonathan levantó la cabeza y escuchó. Sí, tacones. Tacones femeninos sobre acero de cubierta. No tenía ni idea de lo que iba a

decirle, pero empezaría con una disculpa y seguiría a partir de ahí. Si ella se lo permitía. Si no... Se volvió y dijo:

—Necesito decir que estoy...

Si no hubiera tenido el costado de la cubierta a su espalda, se habría caído. Tal como estaban las cosas, su estómago se le bajó hasta las rodillas y se le heló.

—Hola, Jonathan. ¿Te sorprende verme?

¿Sorprendido? Dios mío, eso no era ni de lejos lo que él estaba sintiendo.

—Amanda —dijo aturdido—. ¿Qué haces aquí?

—Lanzarme a tus brazos —anunció ella, plantándose directamente en su pecho.

Él inspiró hondo, tomó con firmeza la parte superior de sus brazos y la apartó a una distancia respetable, declarando:

—Estamos en público.

—¿Alguien aquí nos conoce o le importa? —replicó Amanda riendo—. Sí y sí.

—¿Quién? ¿Walter y su pequeña y tímida asistente?

Miró hacia el muelle. Walter y Peyton seguían clasificando cajas.

—Su asistente es mi hermana, Lady Peyton.

Su corazón dio un vuelco. Jodie seguía allí. Estaba sentada en un barril, observando cómo iban y venían los carros y los carruajes. Quizá no sabía que Amanda estaba allí. Si lo sabía, sería un insulto añadido a la injuria. Nada de lo que ella merecía en absoluto. Dios, si dieran un premio al hombre que más gravemente pudiera destrozar una relación en el menor tiempo posible, él sería el ganador, sin lugar a dudas.

—Oh, Jonathan —murmuró su antigua amante, posando la mano sobre su brazo y atrayendo su atención con una sacudida

dolorosa—. Eso nos hace empezar con mal pie, ¿verdad? Mis disculpas. Estoy segura de que tu hermana tiene un carácter dulce y que, con el tiempo, seremos las mejores amigas.

Su corazón dio un vuelco y se hundió hasta el fondo de sus pies.

—¿Planeas quedarte un tiempo?

—Por supuesto que sí, tonto.

¿Tonto? Dios, siempre había detestado esa expresión. Su sangre se calentó de irritación, animándole el estómago y centrándole la mente.

—¿Y qué piensa tu estimado Charles de vivir en Londres?

—No sabría decirte. Está en Seattle.

—Obviamente ha cambiado de opinión sobre él —observó Jonathan, con la mente corriendo por las vías de la causa y la consecuencia—. ¿Qué pasó?

Ella le lanzó una mirada fulminante y sonrió.

—Se me ocurrió que no hacíamos muy buena pareja. Que tú y yo somos mucho más compatibles.

Oh, sí. Por supuesto.

—¿Cuándo hiciste toda esta reflexión? Por el pobre Charles, espero que no fuera cuando estabas de pie en el altar.

Ella se rió y agitó la mano con desdén.

—No, eso habría sido de lo más cruel. Fue diez días antes.

Diez días, ¿eh?

—¿Fue antes o después de que se corriera la voz por la ciudad de que había heredado el título familiar?

Ella se irguió, intentando «y fracasando» parecer herida.

—¿Crees que dejé a Charles por un título?

—Sí.

Más parpadeos.

—El título no importa, Jonathan. Eres tú.

—No importaba lo suficiente como para impedir que te comprometieras con el pobre Charles.

Dio medio paso atrás para considerarlo antes de decir:

—No dejas de llamarlo pobre Charles. En realidad es bastante rico.

—Tendría que haberlo sido para llamarte la atención. Me refiero a pobre en el sentido de sufrir.

Su sonrisa se desvaneció.

—Ser un lord británico te ha cambiado.

—Y no para bien. Estarías mucho mejor si volvieras a Seattle y...

—¡Tonterías! —declaró ella, recuperando claramente la confianza—. Lo que tuvimos en San Francisco podemos volver a tenerlo. Pero será aún mejor porque no estarás navegando durante meses y meses seguidos. Podemos estar juntos día sí, día también, para siempre.

Dios mío. Tendría que cortarse las venas.

—Amanda, sé que has recorrido un largo camino con la esperanza de...

La ira brilló momentáneamente en lo más profundo de sus ojos azules.

—¿Hay alguien más? ¿Se espera que te cases con una inglesa pálida porque eres un par?

—Sí —respondió él.

Ella parpadeó durante unos momentos y luego, lenta y majestuosamente, levantó la barbilla.

—Siempre he oído que a los británicos les horrorizan los escándalos con más facilidad que a nosotros, los estadounidenses. ¿Es eso cierto?

¿Por qué no le sorprendía que ella se rebajara tanto?

—No lo hagas, —pidió él, con la ira a punto de estallar.

—Ah, Jonathan —ronroneó ella—. Gracias por ser razonable. Prometo recompensarte bien por ello. Ahora mismo, si quieres. ¿Te importaría arroparme en tus brazos y llevarme a tu cabina? —Extendió la mano para alisarle las solapas del abrigo y sonreír de una manera que él había considerado atractiva y acogedora—. Me encargaré de recompensarte una vez que lleguemos allí.

—No —declaró él, esquivándola para alejarse de su alcance.

—Bueno, si prefieres que te devore, me parece bien...

—No —insistió él, decidido a ser brutal si era necesario para hacerle ver su locura—. Ninguno de los dos va a ser devorado. Ni hoy. Ni mañana. Ni nunca. No voy a casarme contigo, Amanda. Siento que hayas venido hasta aquí solo para llevarte una decepción, pero la verdad es...

—Muy bien, Jonathan —la interrumpió ella con una risa seca. Dio media vuelta y se marchó, gritando—: Pues que sea un escándalo.

—¡Amanda!

Ella se detuvo, miró por encima del hombro y sonrió.

—Cuando estés listo para rendirte, estaré en la posada de St. Steven's Street.

Jonathan sacudió la cabeza, pero el gesto no tuvo ningún impacto visible en el comportamiento de Amanda. Ella movió los dedos en señal de despedida y, sonriendo, siguió su camino. Jonathan se volvió para mirar el muelle. Jodie seguía observando el tráfico, aparentemente ajena a la pesadilla que acababa de soportar.

—Gracias, Jesús, —murmuró, pasándose los dedos por el pelo mientras se dirigía a la cabina del capitán y al brandy guardado en el armario.



—¡Yoo-hoo!

Dios, había vuelto. Haciendo caso omiso de la voz del buen juicio, Jodie alzó la vista para ver a la rubia dirigirse a través del muelle hacia el Sr. Walter y Peyton.

—Hola, Peyton, —arrulló la mujer, inclinando la cabeza y pestañeando—. Me llamo Amanda Cookson. Srta. Amanda Cookson. Soy una querida amiga de su hermano.

Mientras el Sr. Walter se ponía cada vez más colorado, Peyton miró fríamente a la Srta. Cookson de arriba abajo.

—Estaba pensando, —continuó la mujer—, que tal vez podríamos quedar para almorzar un día de esta semana y conocernos. Si no está demasiado ocupada con el trabajo de secretaria, claro.

Jodie observó con asombro y agradecimiento cómo Peyton enderezaba perfectamente los hombros y levantaba la barbilla.

—Tendré que consultar con mi secretario para ver qué me permite mi agenda.

¡Oh, muy bien hecho, Peyton! ¡Muy bien! ¡Mis maestros de comportamiento estarían muy orgullosos de ti!

—Por supuesto —admitió la señorita Cookson, abriendo su reticule y metiendo la mano en su interior—. Mi tarjeta —añadió un segundo después, entregándosela a Peyton—. Por favor, hágame saber lo antes posible cuándo le viene bien que quedemos.

Peyton ni siquiera se molestó en mirar el pequeño trozo de vitela antes de meterlo entre los papeles que tenía en la mano y volverse hacia el secretario de Jonathan, preguntando:

—¿En qué número de caja estamos? ¿Nos hemos saltado alguno?

Jodie sonrió y felicitó en silencio a su amiga por haber resistido la marea rubia de presunción.

—¿Y usted es?

Miró a Amanda Cookson.

—Lady Jodie Sheldon —respondió con brusquedad mientras su ira volvía a estallar—. No es necesario que nos presentemos.

—Eso pensaba. —Se alejó, gritando por encima del hombro—: ¡Adiós, Walter!

Jodie esperaba un golpe de suerte y un accidente no tan trágico cuando el Sr. Walter carraspeó, mirando entre Amanda Cookson, ella y el barco. Pasándose un dedo por debajo del cuello almidonado, con el rubor oscureciéndose, logró decir:

—Um...

—No hace falta ninguna explicación, Sr. Walter, —le aseguró ella, levantándose de su improvisado asiento—. Ninguna en absoluto. —Y tampoco consideró necesaria una para su partida. Diciendo simplemente—: Nos vemos mañana por la mañana, Peyton, —se dirigió hacia el tráfico y levantó la mano para parar un coche de caballos.

Uno se detuvo frente a ella justo cuando Peyton gritó:

—¡Jodie, espera!

Se detuvo, con la mano en el pomo de la puerta, y esperó hasta que su amiga se acercó a ella para decirle:

—No es necesario que abandones al Sr. Walter.

—Él puede arreglárselas perfectamente sin mí durante unos momentos. Y aunque puede que no necesites una explicación, te agradecería que me la dieras. ¿Quién crees que es esa mujer?

¡Oh, por el amor de Dios!

—Solo estoy adivinando, Peyton, pero diría que es la amante de Jonathan.

—Su *antigua* amante americana, —replicó Peyton.

A diferencia de ella, su antigua amante *británica*. Jodie logró esbozar una sonrisa, por muy forzada que fuera.

—Sospecho que no es antigua en absoluto, Peyton. Al menos no ahora.

Peyton puso los ojos en blanco.

—¡Por favor! Puede que no sea la chica más mundana del mundo, pero sé que, si tuviera intención de tener una relación con él, la habría traído consigo cuando regresó a Inglaterra, hace poco más de un mes. Que apareciera de la nada hoy... está claro que lo está persiguiendo.

¿Importaba realmente que lo hiciera? Mientras él estuviera dispuesto a que lo descubrieran, Jodie no veía por qué.

—No tienes nada de qué preocuparte, Jodie. Jonathan no va a empezar con ella otra vez.

Y los cerdos caminarían algún día por la luna. Sacudió la cabeza, le dio la dirección al conductor y abrió la puerta.

—No me importa si lo hace, Peyton.

—Estás enamorada de él.

Jodie se quedó paralizada en el escalón, con el corazón acelerado.

—¿Perdón? —preguntó.

—Y él está enamorado de ti —le aseguró Peyton con una sonrisa radiante—. Por si te lo estabas preguntando.

No, no se lo preguntaba. Sabía que la habían dejado plantada. Cerró la puerta de la cabina y se sentó en el borde del asiento para poder mirar a su amiga a través de la ventana abierta.

—Peyton —dijo amablemente—, aprecio tu devoción por los cuentos de hadas y todo eso, pero no hay absolutamente nada entre tu hermano y yo. *Ya no.*

—¡Ja!

—De verdad, Peyton. Yo no te mentiría.

—¡Ja!

Y con ese pronunciamiento, Peyton dio media vuelta y regresó al lado de Wade Walter. Jodie se inclinó hacia delante para golpear la pared del carruaje, señalando al conductor que siguiera adelante. Él lo hizo. Tan de repente que ella se lanzó hacia atrás. Aterrizó en un montón innoble y torpe, mitad en el asiento y mitad fuera de él.

Apretando los dientes, se enderezó y juró que la próxima vez que viera a Jonathan Garvey fingiría que no lo había visto.

Capítulo 13

Era el primero de los funerales de los que habían perecido en el incendio. Era obligatorio asistir, y Jodie se sentó junto a Emma al final de la fila de dolientes, obedientemente quieta, aunque no del todo atenta a las palabras que se pronunciaban. Una iglesia grande y elegante, un ataúd tallado a mano y adornado con latón, los bancos llenos y el clero haciendo pompa y circunstancia con sus mejores vestiduras. Hombres de pie para alabar la vida, el corazón y el alma de quienquiera que estuviera en el ataúd. Velas y flores y más flores. Fue un buen funeral, el tipo de despedida que todo miembro de la nobleza esperaba. Incluso el tiempo acompañaba. La luz del sol se filtraba a través de las vidrieras, jugando con la multitud y moteando el ataúd con una especie de luz sagrada de aprobación.

Había estado lloviendo a cántaros el día en que enterraron a su madre. Jodie había estado haciendo sus tareas aquella mañana cuando Harriet, la mayor y más canosa (Dios, aún podía ver su rostro arrugado y su sonrisa desdentada) de las hijas de Essie, anunció que debían acudir al funeral. Que siquiera hubiera servicios le sorprendió a Jodie, quien recordó haber asentido deseando que Harriet no hubiera mencionado nada.

No contaban con dinero para alquilar un coche, así que caminaron. Y caminaron, y caminaron. Llegaron empapadas hasta los huesos y temblando de frío a la pequeña iglesia, con el cementerio detrás. En medio de la lluvia, entre lápidas ennegrecidas por el hollín, cubiertas de líquenes e inclinadas, se toparon con el vicario. Él estaba de pie, ceñudo y encorvado bajo su paraguas,

mientras Harriet le explicaba quiénes eran y el motivo de su visita. Con un profundo suspiro de paciencia agotada, se dio la vuelta y las condujo hasta la esquina más apartada del cementerio, donde solo había un montón de barro.

Cuando se acercaron, dos hombres dejaron de palear y retrocedieron, se quitaron las gorras e inclinaron la cabeza. El vicario se quedó a un lado y murmuró algo que Harriet le dijo más tarde que era el Padrenuestro. Todo lo que realmente recordaba de esos momentos era mirar hacia abajo la sencilla caja de pino y pensó en lo incómoda que debía de estar su madre en un espacio tan corto y estrecho. Y que palear no era realmente tan necesario, no con la lluvia cayendo a raudales sobre el montón de barro, formando profundos riachuelos y vertiéndose como una sopa negra en la tumba.

Y entonces el vicario se había ido y los había dejado. Los paleros se habían vuelto a poner las gorras y habían levantado sus herramientas. Fue entonces cuando Harriet metió la mano en el bolsillo y sacó una margarita arrugada y desaliñada, se la entregó y le hizo señas para que la tirara al hoyo.

Había caído en la parte superior central, más o menos donde imaginaba que las manos de su madre se habrían cruzado sobre su corazón. Una margarita destrozada y flácida. Un pequeño y marchito trozo de color y esperanza en un mundo sin ninguno de los dos.

Habían regresado a casa de Essie en silencio y con la luz del atardecer. Dos semanas después de eso, Jodie había arrojado una margarita a otro hoyo y se había despedido de Harriet. Harriet, cuya bondad había estado dispuesta a soportar la incomodidad de recordar a los perdidos y cuyo cuerpo envejecido no había podido recuperarse del esfuerzo.

También había estado lloviendo ese día. Sin embargo, la margarita no había quedado destrozada. Jodie había tenido mucho cuidado con ella. Y al final no había servido de nada. Su madre seguía muerta. Harriet había muerto. Y el regalo de una margarita, perfecta o no, no aliviaba el dolor ni hacía brillar el sol.

A *menos, claro, que uno fuera un par*, Jodie añadió mientras la congregación se levantaba y abría sus himnarios. Se quedó en silencio junto a su hermana, con el corazón demasiado pesado y enfadado para cantar.

Si fueras un par, el sol brillaría y el coro cantaría; el mundo lamentaría tu muerte prematura y cubriría tu costoso ataúd con lirios y rosas. Y cuando te enterraran, habría una lápida finamente tallada para marcar tu lugar, para dejar constancia para siempre de que tu vida fue considerada digna y merecías ser recordada.

No había ninguna lápida que señalara la tumba de tu madre. Ni la de Harriet. Ni siquiera cruces de madera sin adornos. Porque eran pobres. Porque eran prostitutas. Porque los que las recordaban y lloraban ni siquiera tenían dinero para un billete de autobús. Para comprar una lápida...

Jodie empezó a darse cuenta. ¡Podía comprar una! Para su madre. Y otra para Harriet también. Tenía mucho dinero. Leslie le permitiría tener todo lo que quisiera. Podría hacer que grabaran sus nombres con una letra elegante y que el grabador añadiera algunas palabras inspiradoras sobre buenos corazones y almas bondadosas, sobre el amor y la amistad. Quizás también algunos querubines. O ángeles. O flores.

Dios, ¿por qué no había pensado en esto antes? Todo lo que tenía que hacer era decirle a Leslie lo que quería hacer, encargar un tallado en piedra y hacer que le entregara las lápidas a... a...

Parpadeó para ahogar una ardiente cortina de lágrimas mientras la brutal verdad retorcía su corazón.

No saber dónde estaba enterrada tu madre...



Jonathan vio a Jodie salir del banco y subir rápidamente por el pasillo lateral. La adelantó, con lágrimas surcando sus mejillas y un fuego ardiente en los ojos. Alzó la mirada hacia las filas de bancos para ver si algún familiar saldría tras ella a ofrecer consuelo, pero no fue así. Cerró el himnario, asintió con rapidez a Palson y la siguió.

La encontró en el pasillo de la catedral, mirando de un lado a otro en la calle, como si dudara qué camino tomar.

—¿Jodie? —la llamó mientras bajaba los escalones hacia ella—. ¿Estás bien?

Ella enderezó los hombros, levantó la barbilla y se frotó las mejillas con las manos antes de volverse hacia él.

—Estoy bien.

Sí, por sus ojos hinchados se notaba lo *bien que* estaba. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón para no estirarse hacia ella y le preguntó:

—¿Conocías bien a lord Sandifer?

—¿A quién?

—A lord Sandifer, —repitió, señalando con la cabeza la iglesia que tenían detrás—. El invitado de honor de hoy.

—Oh. —Ella sollozó y miró hacia otro lado—. No lo conocía en absoluto.

—Aparte de la familia y un puñado de personas, casi todos los que están allí podrían decir lo mismo si tuvieran la decencia de ser sinceros. Eso explica por qué no hay tantos que lloren con pañuelos.

—No me di cuenta.

—Como no conocías a Sandifer, esos deben ser recuerdos los que te han hecho llorar. Si quieres aliviar la carga compartiéndolos conmigo, yo…

Sus ojos oscuros brillaron mientras lo miraba.

—Lo que me gustaría, Jonathan, es que te fueras, —dijo con firmeza, volviéndose para estudiar la calle de nuevo.

Bueno, sí, y si tuviera cerebro en la cabeza haría precisamente eso. Pero no lo tenía. Se quedó allí de pie, con la sensación de tener un cuchillo en el pecho, mientras buscaba algo que decir que la hiciera darse la vuelta y volver a hablar con él. No sabía de qué, y no le importaba. Solo quería que ella hablara con él, que le hiciera sentir bien sobre su desafortunado romance. Sí, era superficial y egoísta, pero él era un hombre superficial y egoísta.

—Jodie —comenzó en voz baja mientras se acercaba a ella.

—¡Yuju! ¡Jonathan!

Se quedó paralizado mientras un estremecimiento recorría su espina dorsal.

—¡Jonathan, cariño!

Miró por encima del hombro justo cuando Amanda bajaba de un coche alquilado.

—¡Maldita sea!

A su lado, Jodie sollozó y carraspeó.

—Perdona mi lenguaje, —se apresuró a decir él—. Y por favor, déjame explicarle lo de ella.

—Oh —respondió ella con sequedad—, no me lo perdería por nada del mundo. —Y no iba a ponérselo fácil. No es que se lo mereciera.

Se volvió hacia la mujer que se acercaba, decidida a acabar con ella cuanto antes

—¿Qué haces aquí, Amanda?

Amanda le sonrió.

—Pasaba por aquí de camino a la posada y te vi aquí de pie. Y *tuve que* parar y decirte que acabo de compartir la taza de té más

deliciosa que he probado y una hora de conversación encantadora con tu madre.

Oh, él solo había pensado que las cosas habían ido mal antes.

—Mi madre está muerta, Amanda. Muerta hace mucho.

La sonrisa de Amanda se desvaneció.

—Bueno, ella *dijo que* era tu madre.

—Si te refieres a Josephine, es mi madrastra.

De repente, con una sonrisa tan grande y brillante como antes, respondió:

—No creo que ella vea la diferencia, cariño.

Él apretó los dientes.

—Y, por favor, ¿de qué hablasteis durante esa maldita hora tan encantadora?

—De ti.

—¿Y cómo esperas casarte conmigo? —añadió, con el pulso empezando a latirle detrás de los ojos.

—De verdad pensé que debería saber que estoy esperando un hijo tuyo.

Por un segundo se le quedó la mandíbula abierta y el corazón en un puño. Y entonces la realidad se le vino encima. Con la mente acelerada y la sangre hirviendo en las venas, gruñó:

—Tienes que estar de broma.

—La madre del novio no debería ser la última en enterarse de estas cosas, cariño.

—¡Por el amor de Dios, Amanda!

—Cariño, por favor, —susurró ella—. No hay razón para enfadarse. Tu madre parecía bastante contenta con la noticia.

¿Por qué su cerebro eligió ese preciso momento para quedarse absolutamente paralizado? Miró fijamente a Amanda, pensando con

torpeza que debía de estar muy desesperado para haberla elegido como amante.

—Tienes una vida realmente interesante.

Bajó la mirada para encontrarse con la oscura mirada de Jodie. Tenía la comisura de la boca levantada y una ceja arqueada. Dios, era hermosa. E inteligente. Y tan pronto como pudiera ocuparse de Josephine, iba a arreglar su relación. Si tenía que arrastrarse por el cristal para humillarse a sus pies, lo haría. Bueno, tal vez no arrastrarse literalmente. El hecho de que fuera a admitir su estupidez no significaba que tuviera que renunciar a su dignidad y orgullo.

—¿Y usted es? —oyó preguntar a Amanda con sorna.

La sonrisa de Jodie se ensanchó muy lentamente mientras desviaba su atención hacia su antigua amante.

—Refresque la memoria. Nos conocimos en el muelle hace dos días.

Ah, sí. Qué respuesta tan perfecta. Qué típico de Jodie.

—Vaya, vaya —farfulló Amanda, mirándolo con furia—. Has estado muy ocupado.

Él asintió y decidió que no tenía sentido andarse con rodeos.

—Amanda, he intentado ser amable y comprensivo, pero ya hemos superado el límite de mi paciencia. Escucha bien: no me voy a casar contigo. Mientras ella lo miraba horrorizada, él señaló el carruaje alquilado y añadió: —Vuelve a meter el trasero en ese carruaje, haz que te lleve a la posada, haz las maletas y sube al próximo barco que zarpe hacia el oeste.

—Me temo que no puedo, cariño —replicó ella, con una sonrisa que contrastaba con la dureza de su voz—. Esta noche cenaré con tu madre para discutir la mejor manera de que aceptes tu responsabilidad y hagas lo más honorable por mí. Si quieres ahorrarnos el esfuerzo, podrías unirte a nosotras y pasar la noche planeando la boda. Sería mucho más agradable.

—No estaré allí, —declaró con rotundidad y firmeza. —*No voy* a casarme contigo, Amanda.

—Eso ya lo veremos, cariño. —Ella le hizo un gesto con los dedos, giró sobre sus talones y se alejó hacia el carruaje que la esperaba, gritando—: ¡Hasta luego!

Hasta luego. Dios mío.

—Bueno, he olvidado por completo todos mis problemas.

Miró a Jodie.

—Si está embarazada —dijo, yendo al meollo del asunto—, no es mi hijo.

—¿Está seguro?

Asintió.

—Pasó más de un año entre la última vez que la vi y el otro día, cuando apareció en el muelle. Sí, era mi amante cuando dejé San Francisco para mi último viaje comercial. Al regresar diez meses después, me enteré de que había heredado el título familiar y recibí una invitación para su boda con un hombre de Seattle. Le pedí a Walter que les enviara un regalo y zarpé hacia Inglaterra tres días después. No la vi en ese tiempo, no hablé con ella y, por supuesto, no me acosté con ella.

Jodie pareció considerarlo todo por un momento y luego se encogió de hombros.

—Todo eso no importa en términos del escándalo que puede crear con la acusación.

—Me importa un bledo el escándalo.

—Pero si Josephine cree que tú podrías...

—Me conoce mejor que eso.

—No. Déjame terminar, —pidió ella en voz baja—. Si Amanda realmente estuviera embarazada de ti, sería un heredero potencial. Si Josephine cree que existe la más mínima posibilidad de que

Amanda te obligue a casarte con ella en los próximos meses para que el niño nazca legítimo...

La magnitud de las consecuencias le golpeó de lleno.

—Dios, —murmuró, pasándose los dedos por el pelo—. ¿Por qué no funciona mi cerebro?

—Te sugiero que evites ir a cenar —ofreció Jodie con media sonrisa—. Una dosis masiva de arsénico en tu sopa y la de Amanda, y todos los sueños de Josephine se harán realidad.

—Una muerte accidental por lo que todos supondrían que fue una intoxicación alimentaria.

—No es una forma limpia y ordenada de morir, pero no creo que a Josephine le importe mucho lo limpio y ordenado.

Qué verdad. Suspiró y miró en dirección al coche de alquiler que se alejaba.

—Amanda no tiene ni idea del peligro en el que se ha metido con su mentira.

—Sí, tienes que advertirla.

Oh, Dios. ¿No era ya bastante desagradable toda la situación? Acercarse a ella no haría más que aumentar aún más las esperanzas de la mujer.

—Le escribiré una carta y haré que Walter se la entregue.

—¿Y si cree que simplemente estás intentando asustarla? —planteó Jodie con calma—. ¿Y si se lleva esa nota a la cena de esta noche y se la enseña a Josephine como prueba de los extremos a los que estás dispuesto a llegar? Se destapará la olla y Josephine tendrá que matarte tan rápido como pueda.

Una parte de él se sentía tentado a dejarla y acabar con todo. La parte más fuerte de él se rebeló ante la idea de dejarla ganar.

—Los resultados serían los mismos si voy en persona a advertirla. Simplemente se lo contará a Josephine.

—Entonces la solución es evitar que Amanda vaya a cenar esta noche.

—Y mañana por la noche —contestó él, con el cerebro por fin, ¡por fin!, empezando a funcionar de una manera más o menos normal—. Y la noche siguiente. Y todas las horas de visita y las meriendas entre ahora y la maldita eternidad.

—E incluso eso no garantiza que Amanda esté a salvo. Mientras Josephine pueda encontrarla, está a un paso de ser víctima de un trágico accidente.

—Tiene que volver a Estados Unidos. Lo quiera o no.

—O a cualquier otro sitio mientras Josephine no pueda encontrarla, —ofreció Jodie encogiéndose de hombros—. Al menos hasta que nazca el bebé.

Cierto. Pero...

—Si realmente hay un bebé, —gruñó él—. No me extrañaría que mintiera al respecto.

Detrás de ellos, las puertas de la catedral se abrieron de par en par y la música del órgano se extendió por los escalones de piedra. Jodie miró por encima del hombro y luego levantó la vista para encontrarse sombríamente con su mirada.

—Solo por curiosidad, ¿qué es lo que te atrae de Amanda?

—Nada de nada, —le aseguró él.

—Algo debió de haber en algún momento.

—Ahora no tengo ni idea de qué fue —admitió—. Supongo que fue que era fácil y complaciente.

Se arrepintió de las palabras en el instante en que salieron de su lengua. Se arrepintió aún más cuando los ojos de Jodie se oscurecieron con un dolor evidente.

—Ni siquiera lo pienses, Jodie, —se apresuró a decir—. No te pareces en nada a ella.

Su risa era superficial y quebradiza y no se apartó lo suficientemente rápido como para evitar que él viera las lágrimas que le corrían por las pestañas inferiores. Instintivamente, extendió la mano y le puso la mano en el hombro para detenerla, diciéndole con suavidad:

—No lo eres, Jodie. De verdad.

Ella miró hacia la iglesia y luego se apartó rápidamente de su contacto. Con una sonrisa totalmente falsa, dijo:

—Cuídate, Jonathan.

Por supuesto. Estaban sacando el ataúd. La gente los observaba. No podía esperar que ella dijera algo más personal que eso.

—Gracias por preocuparte.

Ella rió suavemente, el sonido aún un poco frágil, mientras ponía más distancia entre ellos.

—No me importas *tú,* Jonathan. Es simplemente que el caos a tu alrededor es lo único interesante en mi vida. Si mueres, tendría que buscar otro entretenimiento, y eso es una molestia.

Y luego se dio la vuelta y se alejó. Sin mover los dedos, sin amenazas, sin estúpidos *movimientos de manos*. No, Jodie era una mujer de considerable sustancia. Y orgullo. Había hecho un excelente trabajo golpeando este último en el transcurso de los últimos días. Lo más probable era que, cuando superara el dolor de pensar en sí misma como una mujer desechable de la misma clase que Amanda Cookson, se pondría furiosa con él por haberla puesto en esa situación.

—¿Va todo bien, Branwell?

Levantó la vista del pasillo y se encontró con los ojos azul pálido de Palson. En realidad, todo estaba tan cerca de ser desastroso como Jonathan siempre había querido, pero explicarlo todo no era algo que fuera a hacer mientras los dolientes pasaban a su lado.

—Supongo que lady Jodie se ha recuperado de su dolor.

Depende de a qué dolor se refiera. Por el momento, no podía decir que hubiera hecho nada, excepto aumentar sus tristes recuerdos. Y hasta que se ocupara de Amanda y luego de Josephine...

—Tenemos una tarea que emprender, Palson.

—¿Oh? ¿Podría esperar que se trate de un asunto de grave preocupación nacional?

—¿Te bastaría con un problema personal significativo?

—Si es necesario. —Sonrió—. ¿Tiene que ver con cierta joven morena de curvas bien formadas?

—Una rubia, en realidad.

Palson soltó un bufido y sacudió la cabeza.

—Maldita sea, Branwell. Y yo que pensaba que tú y lady Jodie hacían una pareja bastante atractiva.

—¿De verdad? —preguntó intrigado, con voz arrastrada—. ¿Por qué?

—Tenéis un temperamento parecido y parecíais, al menos a mis ojos, compartir un cierto... bueno, digamos un entusiasmo desenfrenado por la vida.

—Eso es decirlo con delicadeza.

Palson sonrió.

—Lo intento.

—Y se agradece profundamente, —le aseguró Jonathan—- Ahora, sobre esta rubia...

Cómo diablos, se quejó Jodie en silencio mientras esperaba a que Emma y los demás se unieran a ella. ¿Cómo podía estar furiosa con él un minuto y, ni un segundo después, estar completamente y felizmente confabulada con él...? Por el amor de Dios, el hombre la había seducido, había puesto fin a la aventura en lo que debía considerarse, incluso entre los libertinos, un récord de brevedad, y luego se había dado la vuelta y alardeado de otra de sus amantes, y ella no podía odiarlo más rápido de lo que él tardaba en sonreírle.

Si no estaba loca de remate, al menos era una cobarde. Débil. Una completa idiota sin una pizca de sentido común ni respeto por sí misma. Debería haberse quedado callada y haberle dejado irse a cenar con la señorita Yoo-hoo y engullir un litro de veneno. Le habría hecho un favor al mundo. Pero no, se puso a hablar y le advirtió del posible peligro. Y luego, como si eso no bastara, ¡le dijo que tenía que advertir a su nueva vieja amante! Que debía ir a su habitación en la posada y salvarla de las intrigas de la malvada Josephine.

Eso, suponiendo, por supuesto, que Josephine fuera realmente la viciosa asesina que Jonathan decía. Era muy posible que se lo hubiera inventado todo para jugar con sus sentimientos y seducirla más fácilmente. Había sido el punto de inflexión. Hasta entonces había decidido no...

No, se corrigió, respirando hondo, tenía que ser sincera. Cuando había salido a encontrarse con él en el jardín, estaba dispuesta a dejar que la arrastrara a una aventura si él así lo quería. Había decidido no tomar la decisión por sí misma y cargar todo el peso sobre los hombros de Jonathan. Él marcaba el rumbo y ella lo seguía felizmente. Y estaba más que contenta con el resultado, más que dispuesta a continuar con él.

Luego él terminó la aventura y ella se quedó con... con... nada. Bueno, nada salvo los recuerdos de una noche de placer increíble. Y el arrepentimiento de que no habría más.

Dios, los hombres complicaban la vida. Pero había aprendido la lección, y bien aprendida. Nunca más dejaría que un hombre

interrumpiera el... aburrimiento. El aburrimiento absoluto, implacable y total de su existencia.

—¿Te sientes mejor, Jodie?

Emma. La suave, tranquila y siempre gentil Emma. La hermana que podía ver a través de falsas sonrisas y mentiras ligeras.

—La verdad es que no.

—¿Te gustaría hablar de ello? Leslie y Brenley están discutiendo política en los escalones y yo soy muy buena escuchando.

Jodie se encogió de hombros.

—No sé qué decir ni cómo empezar. A veces creo que sé lo que me preocupa y luego, incluso cuando intento encontrar una solución, la pierdo de vista porque mi mente se va a considerar otra cosa. —Se rió débilmente—. Y con el mismo éxito.

—¿En qué pensabas cuando me acerqué?

—En lo aburrida que es mi vida.

—¿Aburrida en qué sentido?

—No tiene nada de especial, Emma. Nada de importancia, al menos. Me levanto por la mañana y no tengo absolutamente nada que hacer en mi día que signifique algo para nadie. Cuando alguien me pregunta cómo ha ido mi día y qué he hecho con él, no hay nada que contarles que sea remotamente interesante. Sinceramente, si no me levantara, si decidiera pasar el resto de mi vida tumbada en la cama y mirando al techo, no afectaría a una sola persona en la tierra.

—Eso no es...

—Oh, Emma, por favor. Tus animales morirían si no estuvieras ahí para cuidarlos. Si algo le pasara a Leslie, los liberales de la Cámara de los Lores se quedarían atónitos y Mariane haría que Victoria pareciera una mezquina en términos de duelo. Y si algo le pasara a Mariane, todos nuestros mundos se derrumbarían. Pero si

me pongo de puntillas en los próximos cinco minutos... Ni una sola onda.

Emma la miró durante un largo momento y luego sonrió suavemente.

—Pero es diferente cuando estás con Lord Branwell.

Una afirmación, no una pregunta. La verdad, simple, llana e innegable.

—Lo cual fue imperdonable por mi parte —replicó Jodie—. Lo sé mejor. De hecho, lo sé mejor que la mayoría de las mujeres. Mariane y Leslie fueron las únicas personas que he conocido para las que una relación es algo más que intercambiar sexo por dinero.

—¿Y qué hay de malo en esperar poder tener el mismo tipo de felicidad que encontró nuestra hermana?

—No hay nada malo en tener esperanzas, —admitió Jodie—. Pero es absolutamente patético decepcionarse cuando la suerte no es tan buena como la de otra persona.

—¿Está segura de que se ha acabado entre tú y lord Branwell?

—Sí. —En su opinión, al menos. En la de ella... Al parecer, su orgullo aún no estaba lo suficientemente maltrecho—. Le prometió a Leslie que la aventura había terminado.

—La gente suele decir cosas porque se espera que lo haga, no porque las piense.

—Lo piensa de verdad, Emma.

Su hermana suspiró y arqueó una pálida ceja.

—Así que se lo prometió a Leslie. Tú le haces promesas a Leslie todo el tiempo y no tienes intención alguna de cumplirlas.

—Esto es diferente. Yo fui una diversión temporal y, obviamente, no muy interesante. Una antigua amante suya ha llegado a Londres y...

—No ha reavivado el romance.

Otra simple verdad sobre la visión del mundo de Emma. Si no fuera siempre tan certera...

—¿Cómo puedes saberlo?

—Lord Branwell te siguió cuando saliste de la catedral —explicó —. Por mucho que le prometiera cosas a Leslie, claramente todavía le importas lo suficiente como para que tus lágrimas le preocuparan. Si realmente hubiera terminado y pasado página, no se habría quedado en el servicio observándote, ni habría dejado a su amigo para ir tras de ti.

Sería bueno pensar de esa manera, creer que Jonathan estaba siendo genuinamente honorable, sinceramente protector.

—Supongo que podrías tener razón, —admitió, tratando de no tener esperanzas.

—¿Suponer? —replicó Emma con una risita, sus ojos verdes brillantes—. Si yo fuera tú, pensaría si quiero casarme en Londres o en el castillo de Rochester.

Jodie abrió la boca y se echó a reír.

—¿Crees que me voy a casar con Jonathan?

—Sí.

Oh, por el amor de...

—Tiene que pedírmelo, —replicó Jodie—. Y no lo va a hacer.

—¿Desde cuándo esperas que la fortuna venga a ti? —Emma no le dio la oportunidad de reflexionar sobre la idea antes de añadir —: Si él hace que la vida sea interesante, entonces ve tras él. Crear un escándalo es mejor que estar en la cama, mirando al techo y aburriéndose miserablemente el resto de tu vida.

—Mariane y Leslie preferirían...

—Que seas feliz.

¿Y se alegrarían por ella si el nombre de la familia se veía arrastrado por el fango y el barro? Jodie suspiró y le dedicó a su

hermana la mejor sonrisa que pudo.

—Lo pensaré —ofreció.

—A veces —dijo Emma en voz baja—, es mejor no pensar, sino simplemente actuar por instinto.

—Oh, sí. Mis instintos ya me han servido de gran ayuda en esto.

Su hermana se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

—Leslie y Brenley vienen hacia aquí. ¿Vienes a casa con nosotros? ¿O tienes otros planes?

—Otros planes —decidió apresuradamente, alejándose—. Si alguien me necesita, estaré en casa de Lady Peyton mintiendo descaradamente sobre su habilidad artística.

Creyó oír a Emma murmurar algo sobre saludar a Branwell, pero no se volvió para pedirle que lo repitiera. Si Jonathan aparecía por casa de su hermana... Jodie no sabía qué sentiría. Una patada rápida tenía su atractivo. También un desaire. Y un buen sermón. Pero, por desgracia, aún más tentadora era la esperanza de que él le dedicara una de esas sonrisas capaces de derretirle los huesos y luego la besara hasta dejarla sin sentido.

—Malditos instintos, —refunfuñó, mientras llamaba a un coche de alquiler.

Capítulo 14

El recepcionista, debidamente impresionado por sus títulos y las credenciales de Palson, corrió hacia las escaleras, dejando a Jonathan y a su amigo esperando en la tranquila sala de la posada. Mientras Palson se apoyaba en la repisa de la chimenea y se miraba las cutículas, Jonathan daba vueltas y consideraba todo lo que podía salir mal en la reunión. Si Amanda se negaba a ser sensata o incluso medianamente razonable...

Se detuvo frente a Palson para quejarse:

—Preferiría que me clavaran un palo en el ojo antes que hacer esto, ¿sabes?

Palson le dio una palmada en el hombro y respondió alegremente:

—Pero es lo correcto y la mejor manera de hacerlo. Te sentirías miserablemente culpable por el resto de tu vida si no la adviertes.

—¿Estás seguro de que no hay ninguna disposición legal para el secuestro justificable?

—Claro. Si ella se niega a actuar para salvar su propia vida, no hay nada que puedas hacer para forzar la situación. Solo te quedará conformarte con saber que hiciste un esfuerzo de buena fe para intervenir.

—¿Y si ella se va corriendo a decirle a Josephine que Scotland Yard la tiene bajo investigación?

Palson se encogió de hombros.

—Podría ser la solución más fácil, Branwell. Josephine sin duda huiría del país y nunca volvería la vista atrás.

—Y nunca será llevada ante la justicia, —señaló Jonathan.

—La justicia, amigo mío, es como un diamante. Viene en muchas formas, tiene facetas complejas y rara vez se encuentra sin algún tipo de defecto.

Justo lo que necesitaba, se quejó Jonathan en silencio mientras reanudaba su paseo. Un maldito filósofo.

—¡Cariño! Sabía que vendrías a tu... —Sus palabras se detuvieron en el mismo instante en que lo hicieron sus pies. De pie en la puerta del salón, miró entre él y Palson y frunció el ceño.

Jonathan hizo un esfuerzo por mostrar buenos modales y esbozó una tensa sonrisa.

—Amanda, te presento a mi amigo, lord Richard Henry, vizconde Palson. Palson, la señorita Amanda Cookson de San Francisco.

—*Antes de* San Francisco —corrigió ella, entrando en la habitación. Saludó a Palson con la cabeza y le dedicó una sonrisa educada mientras decía—: Es un placer conocerle, su señoría.

Palson hizo una reverencia real hasta la cintura.

—Señorita.

Al no ver razón para dejar que Amanda se empeñara en su suposición de que se trataba de una visita social, ni para prolongar la inevitable fealdad, Jonathan dijo simplemente:

—Palson es agente de Scotland Yard.

—Qué interesante, lord Palson. Debe de tener muchas historias que contar.

Palson, que Dios lo tenga en su gracia, prácticamente se pavoneaba.

—En realidad, señorita Cookson, sí. —Ante el ceño fruncido de Jonathan, carraspeó y se puso serio para añadir—: Pero una en particular me ha traído hoy aquí para hablar con usted.

—¿Ah, sí? —Señaló un grupo de sillas tapizadas cerca de la chimenea—. ¿Le apetece sentarse para que se lo cuente?

—Pues sí, gracias. Después de usted, señorita Cookson.

Jonathan apoyó la cadera contra el borde del aparador, cruzó los brazos sobre el pecho y observó cómo los dos se acomodaban como si el té fuera a servirse en cualquier momento.

—Cariño, ¿no vas a unirte a nosotros? —Lo acompañó con un juego de palmaditas.

Jonathan logró otra sonrisa.

—Estoy bien aquí.

Ella se encogió de hombros y dirigió su atención a Palson. Con toda la gentileza y delicadeza social, sonrió con amabilidad y dijo:

—Ahora, Lord Palson, si es tan amable de contarme la historia. ¿Debo suponer que estoy involucrada de alguna manera?

—Lo está, señorita. Sin darse cuenta, por supuesto. Sin embargo, eso no altera el hecho de que, como resultado, usted corre un peligro considerable.

—¿Peligro? —jadeó ella, llevándose la mano delicadamente al pecho y abriendo mucho los ojos—. ¡Dios mío! ¿De qué?

Menuda actuación.

—De quién, señora. Y lamento decirle que la fuente no es otra que lady Branwell.

Ella se dejó caer hacia atrás en la silla por un segundo y luego se lanzó hacia delante en ella al siguiente para mirar con furia en dirección a Jonathan.

—¡Eres completa y absolutamente despreciable! Tu madre me advirtió que harías cualquier cosa para evitar aceptar tu

responsabilidad.

Él reprimió su ira y se enfrentó a su mirada.

—Amanda, basta de juegos. Si estás embarazada, no es mío, y ambos lo sabemos. Al igual que ambos sabemos que has venido a Londres porque tu última gran ambición es ser la próxima Lady Branwell.

Ella se quedó sin aliento, se llevó rápidamente las yemas de los dedos a los labios y parpadeó en lo que él supuso que era un esfuerzo por aparentar que estaba conteniendo las lágrimas. Habría sido más creíble si realmente hubiera habido lágrimas.

—Estoy aquí —susurró suavemente, débilmente—, porque me he dado cuenta de que te amo.

—No, no es verdad, —replicó él—. Y yo no te quiero. Nunca te he querido y nunca te querré. Hemos terminado.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —Se tapó la boca de nuevo, se las arregló para hacer un pequeño sonido de hipo y luego hurgó en el bolsillo de su falda. Sacó un pañuelo con bordes de encaje, se secó los ojos y sollozó—. Todo lo que quiero es pasar el resto de mi vida contigo, haciéndote feliz.

—Maldita sea —gruñó él—. Palson, siéntete libre de intervenir en esta farsa en cualquier momento.

Su amigo empezó.

—Ah, sí. Por eso estoy aquí, ¿no? —Se acercó y le dio una palmadita en la mano a Amanda—. Mire, señorita Cookson; aunque Branwell está siendo decididamente brutal en los aspectos más personales del asunto, también es bastante sincero en su preocupación por su seguridad.

Ella sacudió la cabeza y retorció el pañuelo.

—Acusar a su propia madre.

—No es mi...

—Señorita Cookson —interrumpió Palson, lanzándole una mirada oscura—, le aseguro que Branwell no está lanzando calumnias infundadas. Lady Branwell está siendo investigada oficialmente por el asesinato de su marido y sus dos hijastros.

—No. —Amanda levantó la barbilla en un valiente desafío—. Simplemente me niego a creer tal cosa. Es una mujer culta y deliciosamente agradable.

—Se te olvidó —se quejó Jonathan— mencionar que es rica.

—Branwell —lo reprendió su amigo—, te agradecería mucho que te abstuvieras de aumentar la tensión de la situación.

Apartó la mirada, apretando y aflojando los dientes.

—En realidad, señorita Cookson, —continuó Palson—, la observación de Branwell sobre la situación financiera de su madrastra es de vital importancia. Lady Branwell se ha beneficiado enormemente de las recientes muertes de los miembros varones de su familia. El seguro y todo eso.

—¿Es ilegal el seguro en Inglaterra? —preguntó con una voz diminuta de, estoy tan herida e indefensa.

Jonathan puso los ojos en blanco. Jodie ya habría adelantado a Palson en seis saltos en este punto de la conversación. Demonios, a estas alturas no tendría sentido mantener una conversación; ella ya lo habría descubierto por sí misma y estaría en camino de hacer las maletas y regresar a Estados Unidos.

O tal vez no, admitió. Jodie no era de las que huyen de un duelo. Ni de las que intentan obligar a un hombre a casarse con ella.

—Asegurar a la gente y luego matarla para cobrar las pólizas, sin duda, no lo es.

—Sigo sin poder creerlo —declaró ella, recuperando obviamente una pizca de fuerzas—. Si lady Branwell ha hecho cosas tan horribles, ¿por qué no la han arrestado?

—Carecemos de pruebas suficientes para complacer a la Corona en los tribunales, —explicó Palson—. Sin embargo, estamos desarrollando un plan para forzar la mano de Su Señoría y revelarla como la asesina a sangre fría que es.

—¿Y cómo es, Lord Palson, que todo esto me pone en peligro a mí?

Dios, ¿no podía averiguarlo por sí misma?

—Me temo, querida señorita Cookson, que usted, sin intención deliberada, por supuesto, se ha convertido en un blanco al hacer saber a lady Branwell que tiene la intención de casarse con Branwell y que está esperando un hijo suyo.

—No sigo su línea de pensamiento. ¿Cómo me pone eso en peligro exactamente?

Jonathan se mordió la lengua y mantuvo la mirada fija en el suelo a sus pies.

Cómo alguien puede ser tan lento...

—Jonathan es un hombre rico, señorita Cookson. Un hombre rico sin herederos, —explicó Palson, el alma de la paciencia—. Bueno, herederos directos. Tiene una media hermana menor de edad que, por ley, en ausencia de un testamento que disponga lo contrario, heredaría sus bienes en caso de su muerte. Lady Branwell, como su madre, controlaría el fideicomiso en el que se depositaría la herencia.

—¿Y debería preocuparme por todo esto porque…?

Tan increíblemente egocéntrica…

—Si se casara con Jonathan y tuviera un heredero legítimo, —añadió Palson—, usted y su hijo heredarían su considerable patrimonio, no su media hermana. Lady Branwell no tendría acceso a la fortuna.

Ella parpadeó. Jonathan arqueó una ceja, dándose cuenta de que no había ningún artificio en la expresión; Amanda estaba

realmente conmocionada.

Palson asintió.

—A Lady Branwell le interesa que no se case con Jonathan.

—Pero ella me ha apoyado mucho en esta situación. Me ha prometido que hará que Jonathan tome el camino correcto y honorable.

Maldita sea. Y pensar que estaban tan cerca de aceptarlo.

—¿Qué? —se burló él. —¿Esperaba que saliera y anunciara que le ha añadido a su lista de personas a las que hay que matar?

Palson frunció el ceño, suspiró profundamente y volvió a darle una palmadita en la mano a Amanda.

—Por muy incendiario que sea su discurso, señorita Cookson, Branwell tiene razón. Su madrastra es lo suficientemente retorcida como para haber matado a tres hombres y haber salido impune. De momento, al menos. No está siendo sincera con usted. Ella puede perder una gran cantidad de dinero si promueve sus planes de obligar a Branwell a casarse. No está en su naturaleza ser altruista, lamento decirlo.

Ella se quedó mirando al vacío por un momento y luego se puso en guardia como si la hubiera picado un pequeño insecto. Bueno, la solución es muy simple. Jonathan solo necesita escribir un testamento que le dé su fortuna a alguien que no sea su hermana.

—¿Y dejarla sin un centavo? —replicó Jonathan—. ¿Y dejar a mi esposa y a mi hijo en la misma situación? ¿Hundir en la pobreza a todos los que me rodean y que me importan para que Josephine no tenga motivos para matarlos? ¿O matarme a mí? Qué plan tan asombrosamente brillante, Amanda. Si se me hubiera ocurrido a mí.

Palson bajó la cabeza, miró fijamente la alfombra y dejó escapar un gran suspiro de clara exasperación.

—Te estás inventando todo esto —lo acusó Amanda—. Has contratado a este... —agitó la mano en dirección a Palson —actor de

teatro para que represente una pantomima con la esperanza de que huya asustada por mi vida.

—No, Amanda. Es la verdad. Te has convertido en un blanco. Y si tuviera un... —Se contuvo justo a tiempo, evitando palabras cáusticas. Carraspeó y calmó la voz, aunque no sentía esa tranquilidad—. Lo inteligente es que te apartes de toda esta situación, Amanda. Dile a Josephine la verdad: que no estás realmente esperando, y luego vuelve a San Francisco. Si no representas una amenaza para que ella ponga sus manos en mi dinero, no perderá tiempo ni esfuerzo en hacerte daño.

Su barbilla temblaba y lágrimas reales brotaron a lo largo de sus pestañas inferiores.

—Pero estoy esperando un hijo.

Oh, maldita sea.

—Entonces ve a Seattle —sugirió Jonathan amablemente— y arregla las cosas con el bueno de Charles.

—No es su hijo.

Bueno, eso explicaba muchas cosas. Y las complicaba muchísimo.

—Dios, Amanda.

—Yo no lo he dejado —gritó ella en su pañuelo—. Él rompió el compromiso cuando se enteró de que yo había tenido una aventura.

—Parecería entonces —dijo Palson en voz baja—, que lo lógico sería informar al hombre, sea quien sea y sea cual sea su ciudad de residencia, de su inminente paternidad y exigirle que asuma su responsabilidad.

—Está casado. Y la familia de su esposa tiene todo el dinero. Negará hasta su último día que la aventura haya existido.

El pozo se hacía cada vez más profundo. Sospechaba que sabía la respuesta, pero tenía que preguntar de todos modos.

—¿Conoce tu familia los detalles de la situación?

Ella asintió.

—Me han repudiado. Papá literalmente tiró mis cosas a la acera para que todos las vieran. He estado tratando de poner buena cara, de esperar lo mejor. Pero ahora... ¡Solo han empeorado!

Dios, qué desastre. Se encontró con la mirada de Palson y arqueó una ceja en una pregunta silenciosa.

Palson asintió y extendió la mano para volver a acariciar la de Amanda y decirle con suavidad:

—Si nos disculpa un momento, señorita Cookson, Branwell y yo vamos a intentar encontrar una solución aceptable para usted.

Amanda asintió, luego se cubrió el rostro con el pañuelo empapado y sollozó. Jonathan se dirigió en silencio a la puerta del salón y esperó a que Palson se uniera a él.

—Maldita sea, Branwell —musitó su amigo con voz baja, mirándola preocupado—. Está claro que no puede regresar a San Francisco con su familia. ¿Sientes algo por ella?

—No. Y menos aún para casarme, si eso es lo que estás pensando. Sin embargo, con gusto le proporcionaré cualquier ayuda económica que necesite en los próximos meses. No soy completamente insensible. Por ahora, la pregunta más importante es adónde puede ir.

—Bueno, no puede quedarse en Londres. Eso es bastante obvio. Con las mentiras que le ha contado a Josephine, no está a salvo.

Jonathan asintió.

—¿Quién vive en tu casa de campo?

—De momento, nadie más que los sirvientes. Es la Temporada. Pero cuando acabe... Mis padres alabarán mi sentido de la compasión y la generosidad cristianas. Luego me matarán.

—Y si Josephine quisiera encontrarte, cualquiera de las casas de tu familia sería el siguiente lugar lógico para buscar, después de

haber preguntado en la mía. Pero si Amanda se estableciera en una posada cómoda, a cierta distancia de Londres...

—Una posada elegida completamente al azar, para que no haya lógica que seguir...

—Exactamente. Quizás algo cerca de la costa.

—Déjamelo a mí, Branwell. Elegiré el lugar y me aseguraré de que esté escondida y a salvo en un refugio. Haré que redacten una carta de crédito esta misma tarde y...

—No —negó su amigo, sacudiendo la cabeza—. Es mejor no dejar rastro de papel que te vincule directamente a ti y a la señorita Cookson. Yo pagaré los gastos y tú podrás reembolsármelos después de un tiempo adecuado. Cuanto más tiempo pase entre el gasto y el reembolso, más difícil será para cualquiera rastrear los gastos hasta la señorita Cookson.

—A veces eres realmente asombroso.

Palson sonrió.

—Gracias por notarlo. Y mientras estés de humor para acceder a mis habilidades superiores... —Jonathan se rió.

—No dejes que se te suba a la cabeza, Palson.

—Demasiado tarde —contestó con una sonrisa—. Voy a tomar el mando de la situación a partir de ahora. Así, si alguien pregunta adónde fue la señorita Cookson, podrás responder honestamente que no lo sabes. Cuando la haya localizado, haré que escriba una carta a Josephine admitiendo que el niño no es tuyo y que ha regresado a casa para que el verdadero padre asuma su responsabilidad.

Tenía sentido y debería resolverlo bastante bien. Jonathan asintió y volvió la mirada hacia el salón, esperando que Amanda no pusiera resistencia.

A su lado, Palson murmuró:

—Creo que ahora sería el momento perfecto para dejar que otro dé un paso al frente y actúe como un caballero de brillante armadura. Cuanto antes y más completamente se rompan sus lazos contigo, menos complicada será tu vida en el futuro. No me imagino que la señorita Cookson y lady Jodie puedan llegar a ser amigas.

—No se parecen en nada —reconoció Jonathan.

—Me he dado cuenta —comentó Palson, dándole una palmada en el hombro—. Ha habido momentos difíciles, pero diría que tu parte está cumplida. Yo me encargo a partir de aquí, Branwell. Seguro que tienes otras cosas que hacer con lo que queda de la tarde.

Jonathan asintió, extendió su mano y dio las gracias, y luego se fue de la posada. Era extraño, pensó mientras subía a su carruaje, cómo se sentía con todo el asunto. Esperaba sentir una gran sensación de liberación al no tener a Amanda revolviendo el bote. Y aunque sentía cierto alivio por eso, era solo una parte del torbellino de sus emociones.

Parte de la mezcla era una tristeza por Amanda, que se había puesto en una situación tan desesperada que viajar a Inglaterra para jugar una apuesta repugnante no solo era necesario, sino también su única opción real. Sin embargo, tenía esperanza. Esperanza de que, al final, Amanda estaría bien y tal vez incluso feliz con el giro que había dado su vida.

Pero sobre todo sentía como si también le hubieran dado una oportunidad única e inesperada de empezar de nuevo su propia vida. Lo que se suponía que tenía que hacer con ella, sin embargo... No estropearlo iba a ser un reto que ya, apenas unos segundos después de darse cuenta, pesaba sobre sus hombros.

Si seguía el consejo de Emma y actuaba según sus instintos... Jodie se sentó en el asiento trasero del carruaje de la familia Garvey y supo que esto era un error en ciernes; lo sentía en sus huesos. En retrospectiva, podía ver que realmente debería haber detenido la aventura en seco en el momento en que Peyton la propuso. Pero no lo había hecho. En gran parte porque en los segundos en que su oposición habría marcado la diferencia, había estado pensando en la probabilidad de encontrarse con Jonathan en el transcurso de la misma. Para cuando Peyton se puso el abrigo, el sombrero y los guantes y salió por la puerta, ya era demasiado tarde para expresar las dudas que se habían apoderado de su inicial sensación de expectación.

—Eres una amiga querida y leal, Jodie.

Quizá no fuera demasiado tarde después de todo.

—Si fuera así, me habría negado a seguir adelante con esto. Está provocando un escándalo.

—Lo sé —admitió Peyton, sonriendo—. ¿No es divertido?

¡Maldita sea! ¿Qué había sido de aquella tímida criatura que prefería esconderse detrás de macetas de palmeras?

—No te parecerá tan divertido si tu hermano se entera.

Peyton resopló.

—Oh, por favor, Jodie —respondió, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. Walter y yo no vamos a hacer otra cosa que hablar de envíos y libros de cuentas. Jonathan podría entrar en cualquier momento y no se escandalizaría lo más mínimo. De hecho, creo que le gustaría que mostrara interés por su empresa.

—¿Y no crees que al final se daría cuenta de que tu interés está realmente en su secretario y que los libros son solo una excusa?

—Nunca —le aseguró Peyton con alegría—. Ni en un millón de años. Jonathan piensa que soy completamente inocente.

—Eso es porque *eres completamente* inocente.

—No lo soy.

Sabiendo que no tenía sentido discutir lo contrario, Jodie cambió de estrategia.

—¿Y Lord Palson?

—¿Qué pasa con él?

—Él cree que tú eres la mujer más hermosa del Imperio Británico.

—Creo que en realidad dijo que yo era la flor más bella. No —corrigió rápidamente—, era la flor *más rara*.

Tomándolo como una señal positiva de que su amiga recordaba el intercambio en detalle, Jodie siguió adelante.

—Podría considerarse un buen partido, Peyton.

Peyton volvió a resoplar.

—¿Quién lo dice?

—La alta sociedad. —Añadiendo deliberadamente una nota más optimista a su voz, añadió—: Tiene título nobiliario. Y es miembro de Scotland Yard. Es muy respetable.

—Eres la última persona en la tierra de la que hubiera esperado que te importaran los dictados de la alta sociedad, —acusó Peyton—. Pensé que si alguien apreciaría el pensamiento independiente, serías tú.

Ella podía apreciar la independencia más que la mayoría, pero tampoco era tonta al respecto. Había líneas que sabía que no debía cruzar. Líneas que eran muy diferentes para ella de lo que eran para Peyton Garvey.

—Yo no nací en la alta sociedad, Peyton, —comenzó, con la esperanza de que su amiga lo entendiera—. Tú sí. Y eso marca la diferencia en el mundo. Mi presencia es tolerada en sus círculos solo porque soy la pupila legal de un duque y no pueden excluirme sin insultar a Leslie. La gente se queda mirándome, esperando que cometa errores de proporciones épicas. Es su mayor

entretenimiento. Y permiten mi mal comportamiento solo porque saben que, en el fondo, soy una de las grandes masas sucias e indómitas y que pueden ponerme como ejemplo de cómo no comportarse ante sus preciosas e impecables hijas.

—Qué mezquinos, —dijo Peyton. El carruaje se detuvo y ella se inclinó hacia delante, buscando la manija de la puerta y diciendo—: Yo nunca haría algo tan mezquino.

Jodie le agarró la mano y la detuvo.

—Déjame terminar, Peyton, —dijo—. Es importante y tienes que entenderlo. —No le dio la oportunidad de negarse—. No se te concede ese tipo de libertad, Peyton. No, no es justo, pero así son las cosas. Naciste y te criaste para obedecer las reglas. Eres una de las preciosas. No puedes mantener una relación con un hombre de negocios, por muy agradable y guapo que sea, sin caer de tu pedestal. Y que elijas caer voluntaria y deliberadamente se consideraría una indicación de baja moralidad. Nunca te perdonarían que los traicionaras.

—Oh, tonterías, —declaró Peyton, apartando la mano y bajando del carruaje.

Jodie se sentó en su asiento, reflexionando sobre una simpatía completamente inesperada por Mariane y Leslie. En algún momento de su vida tendría que disculparse por hacerles pasar un infierno.

—¿Tonterías? —repitió, siguiendo a Peyton—. Contemplar el suicidio social no es *tontería,* Peyton.

Su amiga la ignoró, se subió el dobladillo de la falda y subió los escalones de las oficinas de Garvey Importers. Jodie la siguió, atónita.

—Dios, —murmuró para sí—. No puedo creer que haya dicho eso. Sonaba igual que Mariane.

—¡Lady Peyton! ¡Qué maravillosa sorpresa!

Jodie se detuvo en el umbral de la oficina justo cuando la mirada de Wade Walter pasó de Peyton a ella.

Su sonrisa vaciló, pero se las arregló para recuperar rápidamente y con gallardía un poco de ella para inclinar la barbilla y decir cortésmente:

—Lady Jodie. Qué gusto verla también.

Oh, qué mentira.

—Buenas tardes, Sr. Walter, —saludó Peyton, burbujeante y brillante—. ¿Cómo está hoy?

—Considerablemente mejor de lo que estaba hace unos segundos, Lady Peyton. ¿A qué debo el placer de su visita?

—Curiosidad desenfrenada. Nos preguntábamos si ya se habían desembalado algunas de las cajas.

¿*Nosotras*? *Le importaba un bledo lo que había en las cajas*.

—De hecho, sí, —respondió el Sr. Walter—. Y, en realidad, justo cuando llegaron, me estaba preparando para volver y comparar el contenido con el manifiesto. ¿Les importaría a usted y a lady Jodie acompañarme?

El corazón de Jodie dio un vuelco. ¿Al almacén? ¿Había desmontado Jonathan el cenador de seda? ¿Lo había guardado todo? ¿Y si no lo había hecho? ¿Podría salirse con la suya fingiendo que nunca lo había visto antes? Oh, Dios, podría ser incluso peor que eso. ¿Cuánto sabía Wade Walter de la vida privada de su empleador?

Peyton se inmiscuyó en su pánico, diciendo:

—Nada nos gustaría más, Sr. Walter. ¿Hay alguna forma en la que pueda ayudarle con el proceso? Disfruté mucho ayudando a clasificar las cajas mientras las descargaban.

El Sr. Walter sonrió, se quitó las gafas, las dobló y se las guardó en el bolsillo superior de su traje.

—Qué amable de tu parte, lady Peyton. Siempre se agradece la colaboración. Por aquí, miladies —indicó mientras tomaba un escritorio portátil y una pluma.

Jodie lo siguió. Lentamente. De mala gana. Deseando estar en cualquier otro lugar que no fuera ese. Dejando que Peyton y el Sr. Walter se adentraran en el laberinto por su cuenta, hizo una pausa y miró a su alrededor. La suave luz de la tarde entraba desde las ventanas en lo alto, las motas de polvo giraban y bailaban en los rayos de luz que caían sobre las montañas de cajas de madera. Lo único positivo, concluyó, era que la adición de las cajas y cajones recién llegados había obligado a reorganizar los pasillos entre ellas. No es que hubiera llegado muy lejos en el espacio, pero por lo que había visto hasta ahora, el almacén solo se parecía vagamente al lugar al que la había llevado Jonathan aquella noche.

Definitivamente algo bueno, decidió, mientras deambulaba por una fila de cajas sin abrir etiquetadas como: FINE CHINA. Lo más probable era que la cama estuviera deshecha. Lo último que quería en el mundo era volver a verla. Esperar algo que no se podía tener era tan inútil. Por no mencionar doloroso. Por qué la esperanza de volver a ver a Jonathan seguía surgiendo... Por qué disfrutaba tanto recordando la noche que habían pasado juntos...

—Porque soy una tonta, —murmuró, mirando distraídamente la parte superior de una caja abierta mientras pasaba—. Una maldita ingenua sin una pizca de…

Se detuvo cuando la comprensión se abrió paso a través de la neblina de su autodesprecio. Volviendo la vista atrás, volvió a mirar dentro de la caja. Sonriendo, apartó las virutas de madera y metió la mano por el orificio.

—Oh, —susurró con aprecio mientras sacaba el arma. Chasqueó la muñeca, sonriendo al oír el sonido de la hoja al cortar el aire—. Bien. Muy, muy bien.

Danzó hacia adelante persiguiendo a un oponente imaginario y desventurado; luego, fingiendo que había otro a su espalda, giró para defenderse de él también.

Se quedó inmóvil, a mitad de zancada y con el corazón desbocado.

Él sonrió lentamente, con complicidad, haciendo que sus rodillas se ablandaran.

—Hola, Jodie.

Capítulo 15

Oh, dulce madreperla. Se había desabrochado la corbata y había abierto no solo los botones de su traje, sino también el del cuello y los dos primeros de la camisa. Apoyado con total despreocupación contra un cajón, con su sonrisa desequilibrada y que derretía los huesos... Se le ocurrió arrojarse a sus brazos. También acercarse lentamente a él y desafiarlo en silencio a que no la alcanzara. El orgullo la salvó de actuar por impulso. Por desgracia, no le dio ninguna idea de lo que podría hacer en su lugar.

—He encontrado un juego de floretes, —dijo con voz débil, levantando el arma frente a su cara como si él no se hubiera dado cuenta de que ella había estado cortando y golpeando el aire con ella un momento antes.

—Ya veo.

Maldita sea esa sonrisa suya. Y la forma en que sus ojos brillaban cuando se reía por dentro... Debería odiarle de verdad. O al menos estar justificadamente indignada.

—¿Te apetece cruzar unas estocadas amistosas? —preguntó ella.

—No.

Tan suavemente. Tan amable y sinceramente. Si no encontraba la manera de enfadarse, iba a quedar como una tonta.

—¿Tienes miedo de perder?

Él negó con la cabeza.

—Yo ganaría. Y tú te enfadarías conmigo por ello.

Tan seguro de sí mismo.

—¿En lugar de —replicó ella, arqueando una ceja—, enfadarme yo por su presunción de superioridad?

Él la miró un momento y luego sonrió de oreja a oreja mientras se alejaba de la caja.

—¿Con o sin punta?

Oh, gracias a Dios que había cedido. Si se estaban atacando con espadas de esgrima, era poco probable que ella hiciera o dijera algo extraordinariamente estúpido.

—Con punta —respondió, metiendo la mano en la caja para sacar la segunda espada. Se la lanzó, y añadió—: No quiero hacerte daño.

Él abrió la boca como si fuera a decir algo en respuesta, pero la cerró y dejó la espada sobre una caja. Ella esperó, observándolo quitándose la chaqueta del traje y remangándose la camisa. Si su intención era estar cómodo para su combate, ella admitía que probablemente lo estaba. Si su intención era distraerla con una fina muestra de músculos y tendones ondulantes... Maldita sea, era bueno. Muy bueno.

Miró fijamente al suelo y se concentró en ajustar la empuñadura en su mano, tratando de ignorar lo rápido y fuerte que le latía el corazón.

—¿Lista, Jodie?

Ella retrocedió hasta la distancia reglamentaria y colocó los pies con precisión. Alzando la barbilla y el florete, sostuvo su mirada y lo saludó con formalidad y firmeza, como a un oponente digno. Trazó un corte en el aire para completar el saludo y aguardó.

Él respondió con una sonrisa que encendía sus sentidos, y levantó la hoja con una calma despreocupada, tan descaradamente relajada, que su mente racional consideró casi una ofensa.

El resto de ella, sin embargo... Santo cielo, aquel hombre era sencillamente irresistible.

Su espada silbó en el aire, y en ese instante comprendió que su confianza y soltura estaban plenamente justificadas: Jonathan Garvey era bueno. Muy bueno, admitió mientras él avanzaba con un ataque lateral a la línea baja. ¿Septime? Hermoso. Audaz.

Ella paró sin pensarlo, moviendo el cuerpo y la espada con una sincronía impecable para ejecutar un desenganche uno-dos. En la fracción de segundo en que logró frenar su embestida, tomó la iniciativa y contraatacó, elevando el asalto hacia la línea alta.

—Eres muy buena, —admitió él, repeliendo limpiamente su ataque y avanzando de nuevo.

Ella paró y avanzó hacia él, bajando de nuevo la línea de ataque.

—Sí, lo sé.

—Se supone que tú deberías decirme lo bueno que soy —replicó él con una sonrisa, desviando su espada sin esfuerzo antes de lanzar su propio ataque—. Qué pareja tan igualada hacemos.

Parada-repliegue. Ataque. Línea baja.

—Ya estás lo suficientemente impresionado contigo mismo. Un cumplido te haría insufrible. En cuanto a si somos pareja… —Ella paró y se lanzó—. Eso ya lo veremos.

Él giró el cuerpo y se apartó para esquivar su estocada.

—Eso ya lo hemos visto —asintió con calma, incluso mientras bajaba la hoja en un rápido y feroz arco.

La punta de su espada golpeó el suelo y resbaló hacia delante, impulsada por la fuerza de su estocada. La intensidad del golpe vibró en su brazo... y en su ya indignado cerebro.

—¡Falta! —protestó incluso cuando él se acercó y aumentó la presión sobre su espada, impidiéndole levantarla para continuar el combate—. ¡No puedes...!

—Sí que puedo —murmuró él, deslizando su brazo libre alrededor de su cintura y atrayéndola contra su cuerpo—. Acabo de hacerlo.

No estaba bien. No estaba dentro de las reglas. Pero el poder y el calor de su cuerpo se irradiaban en el suyo, y la voluntad de protestar se derretía junto con sus huesos. La mirada en sus ojos... oscura, hambrienta y penetrante. El calor estalló en su interior, robándole el aliento y acelerando su corazón.

—Suéltame, Jonathan —susurraste.

—Parece que tengo un problema para hacer eso —murmuró él, con la mirada aún acariciando la suya—. En el fondo, no quiero hacerlo. ¿Qué quieres, Jodie? En el fondo.

A ti.

Una comisura de su boca se elevó en una sonrisa lenta y segura. Ella cerró los ojos ante ella y esperó, deseándolo con todo su corazón. El roce de sus labios sobre los de ella fue suave como una pluma y ella suspiró mientras un temblor de anticipación la recorría lenta y deliciosamente. Si él se detuviera ahora, si la soltara y diera un paso atrás... Ella se derrumbaría. Y lloraría.

Sus labios volvieron a rozar los de ella, esta vez con más fuerza, más deliberadamente.

—Jonathan —murmuró contra ellos, presionando su cuerpo contra el suyo y estirándose para evitar que él se retirara—. Jonathan...

Él gimió en silencio en respuesta, la atrajo con fuerza hacia su pecho y cerró su boca sobre la de ella. En el límite de su conciencia, por un fugaz instante, se oyó un estruendo de metal, y luego solo quedó el sabor de él, la sensación de él. Y el embriagador y apremiante torbellino de calor y necesidad absoluta.

Su lengua se clavó en la comisura de sus labios y ella se abrió a él, agradecida y ávida. Él alimentó su deseo, saboreándola profunda y audazmente, explorando su cuerpo con manos

deliberadas. Ella estaba en llamas, derritiéndose desde dentro, latiendo y derramándose. Sus rodillas temblaban y ella apretó la parte delantera de su camisa, frenética por evitar deslizarse.

Él gruñó bajo en su garganta y ahuecó su trasero, levantándola de sus pies. El movimiento fue rápido y deliberadamente brusco, el final lo suficientemente abrupto como para sobresaltarla y romper su beso. Jadeando por respirar, abrió los ojos y se encontró con una mirada tan ardiente y decidida como se sentía ella. Sentada en un cajón, acunando sus caderas entre sus rodillas... Oh, sí. Funcionaría.

—Dios, Jonathan —murmuró, deslizando sus manos por su pecho hasta la cintura de sus pantalones—. Esto es una locura.

—Sí, lo es —aseguró él, con voz ronca, mientras le cogía las manos y las inmovilizaba—. Tenemos que parar.

¿Parar? ¿Parar cuando la satisfacción podría alcanzarse tan fácilmente?

—¿Tienes una carta francesa?

Él se estremeció y apretó los dientes.

—Aquí no —gruñó—. Esto es peligrosísimo, Jodie.

—Lo sé, —admitió ella mientras el deseo comenzaba a enfriarse y la esperanza se desvanecía.

La decepción surgió y provocó ira.

—Y no me importa.

—Pero a mí sí. Podría acabar muy mal.

Tan condenadamente racional. Y caballeroso y con el control de sí mismo.

—Sí, podría, —respondió ella, apartando sus manos de las suyas y saltando de la caja. Se puso de pie justo delante de él e inclinó la barbilla hacia arriba para encontrarse con su mirada—. Quizá. Tal vez. Pero no quiero pensar, planear y anticipar solo las cosas malas que *podrían llegar a* suceder, Jonathan. Disfruto estando contigo. Y si pudiera elegir, preferiría pasar las horas de mi

día pensando y planeando la próxima vez que podamos estar juntos. Quiero anticipar la emoción de hacerte el amor. No quiero renunciar a todo eso por la simple razón de que haya una sombra en tu vida.

Él arqueó una ceja y dijo:

—Eso fue ciertamente elocuente.

—Y sincero, Jonathan, —replicó ella—. Si no quieres ser mi amante porque no soy lo suficientemente buena o has encontrado a otra persona, eso es una cosa. Solo dilo y yo también seguiré adelante. Pero si me estás rechazando porque te preocupa que Josephine venga a por mí... Agradezco tu actitud protectora, pero no tanto como el placer extremo que me produce acostarme contigo.

Sus ojos brillaron y las comisuras de su boca se crisparon. Lo tenía y lo sabía. Todo lo que quedaba era hacer el...

—¡Jodie! Jodie, ¿dónde estás?

¡Maldita Peyton y su sentido de la oportunidad! Jodie miró hacia la parte delantera del almacén y gritó:

—¡Quédate donde estás y sigue hablando para que pueda abrirme camino hacia ti! —Peyton hizo lo que le pidió y mientras parloteaba, Jodie se encontró con la mirada de Jonathan y continuó —: Probablemente sería más fácil para nosotros si tu hermana y el señor Walter no saben que estás aquí y que hemos pasado tiempo juntos.

Frunciendo el ceño, sacudió la cabeza.

—¿No crees que nos han oído esgrimir?

—¿Francamente? No. Te veré pronto, Jonathan.

Pudo ver recelo en su sonrisa, en la profundidad de sus ojos. Se estiró sobre la punta de los pies para besarle los labios, para deslizar la punta de la lengua a lo largo de la suave costura. Él gimió muy suavemente y deslizó sus manos hacia su cintura.

Sonriendo, segura de sí misma, dio un paso atrás y susurró:

—Confía en mí, —y luego lo dejó allí de pie, con la mirada perdida, como si lo hubieran arrastrado hacia atrás a través de un agujero en el suelo.

Y, curiosamente, pensó mientras salía del laberinto de cajas, el Sr. Walter parecía como si lo hubieran arrastrado por el mismo agujero. Un par de veces más que Jonathan.

—Ah, ahí estás, —dijo Peyton a su lado—. Temíamos que te hubieras perdido, Jodie.

—Perdida en agradecimiento —respondió ella—. Encontré un florete en una de las cajas. Es un arma muy bien hecha. ¿Cuándo cree que lord Branwell estaría dispuesto a venderla, señor Walter?

Él suspiró en lo que a ella le pareció alivio y luego metió la mano en el bolsillo de la chaqueta mientras respondía:

—Tendré que preguntárselo, milady.

Jodie contuvo una sonrisa mientras el empleado de Jonathan examinaba la masa destrozada de vidrio y alambre que sostenía en la mano.

—¿Qué le ha pasado a sus gafas? —preguntó con total inocencia—. Parece como si las hubieran aplastado.

—Así es, ¿verdad? —retorció uno de los alambres—. Probablemente ocurrió cuando metí la mano en una caja para comprobar el contenido.

Ella asintió como si creyera la historia, como si no se hubiera dado cuenta de que él estaba sonrojándose y de que Peyton sonreía de oreja a oreja con aire de culpabilidad. Había mucha sabiduría en los viejos refranes. Especialmente el de la gente que vivía en casas de cristal.

Pronto. ¿Exactamente qué idea tenía Jodie de *pronto*?, se preguntó, mirando fijamente el techo de su dormitorio. Obviamente «admitió con un profundo suspiro», era distinta de la suya. Si hubiera dependido de él fijar la hora de su próxima cita, habría sido apenas unos minutos después de prometer que habría otra. Y al diablo con Peyton y su sensibilidad.

El sonido fue agudo, rápido y perturbador. Volvió a oírlo. Sonaba casi como si... Se levantó de la cama y aguzó el oído. Sí, alguien estaba lanzando piedrecitas contra la ventana de su dormitorio. Se acercó, apartó las cortinas, levantó la hoja y se asomó.

—¡Hola, ahí arriba! ¿Te he despertado?

El corazón se le aceleró, y la sonrisa se le ensanchó tanto que le dolía la cara. Dios todopoderoso, no podía ser tan imprudente.

—¿Jodie?

—¿Quieres que suba por el enrejado? —preguntó alegremente —. ¿O prefieres bajar y dejarme entrar?

—¡Estás loca! —Y él era el tonto más afortunado del planeta—. No vas a trepar en plena noche.

—Entonces te espero en la puerta trasera —gritó. Ella se rió, saludó con la mano y se dirigió a la esquina trasera de la casa.

Se puso la camisa y, mientras metía los brazos en las mangas, salió corriendo de su habitación. Bajó las escaleras con la esperanza de que todos los sirvientes se hubieran retirado ya a su parte de la casa para pasar la noche. Si alguno se aventuraba hasta la despensa en busca de un vaso de leche y una galleta a medianoche… Cuanto antes subiera a Jodie a la intimidad de su dormitorio, mejor. Sonrió.

Descorrió el cerrojo y abrió la puerta de un tirón. Jodie lo esperaba en el escalón, con el cabello cayéndole sobre un hombro y una sonrisa amplia y luminosa.

—¿Está sorprendido? —preguntó ella, deslizándose con rapidez por el umbral y pasando junto a él.

—Y encantado —admitió, cerrando y echando el cerrojo tras ella—. Eres absolutamente intrépida, ¿verdad?

—Creo en disfrutar de la vida con un abandono temerario. —Se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos—. ¿Y tú?

Abandonarse, sí. Pero su temeridad tenía ciertos límites. Le tomó el rostro entre las manos y le dio un beso rápido en los labios.

—Si tuviera una carta francesa en el bolsillo, mi querida Jodie, disfrutaría de ti aquí mismo.

—Querrás decir *si tuvieras bolsillos* —corrigió ella, contoneando las caderas contra sus muslos desnudos—. ¿Dónde las guardas a estas horas de la noche?

Dios la bendiga por no perder el tiempo.

—Permíteme enseñártelo, —le ofreció alegremente. Inclinándose, la cogió por las rodillas y luego la alzó sobre su hombro.

Ella se rió mientras él la sacaba de la despensa. A mitad del comedor, ella deslizó las palmas de sus manos por las curvas de sus mejillas cubiertas de lino y dijo:

—Esta posición tiene algunas ventajas.

—Sí, así es.

Y dos podían jugar a ese juego. Sosteniéndola en su sitio con un brazo, deslizó la mano por el dobladillo de su falda y recorrió la parte posterior de su pierna. Sus dedos rozaron el pequeño y letal cuchillo atado a su pantorrilla, y sonrió, complacido de que hubiese tenido con qué defenderse al decidir pasar la noche con él. Se prometió mentalmente dejarlo sobre la mesita de noche antes de que alguno acabara apuñalado por accidente. Comprimir una herida sangrante no ayudaba en absoluto al romance.

Ella suspiró.

—Eso sienta demasiado bien.

—No hay nada que sea *demasiado* bueno, cariño.

—Bueno, en ese caso... —se acomodó ligeramente sobre su hombro, dándole un acceso más libre.

Él ya estaba aprovechando la invitación, adentrándose por la cara interna de su muslo, cuando ella levantó la tela de su camisa y acarició audazmente su piel desnuda.

—Jodie —gimió él en advertencia mientras cerraba de una patada la puerta de su habitación y se dirigía a la cama.

—¿Qué?

Se inclinó de nuevo y la hizo rodar de su hombro a su espalda en el centro de la cama.

—Gracias por llevar un vestido —dijo, girándose para abrir el cajón de la mesita de noche.

—¿No te gustaría que me lo quitara?

—Más tarde —consintió él, sacando la carta francesa del paquete—. ¿Podría levantarte los dobladillos?

Cubriéndose, se rió y respondió:

—Puedes hacer lo que te plazca.

—¿De verdad?

Se quedó paralizado cuando ella saltó de la cama y se puso de pie.

—¿Adónde vas? —Dios, no estaba de humor para perseguirla por la habitación. Quizá la próxima vez. Pero no esta.

—Jodie —llamó, intentando no parecer desesperado.

—¿Qué...?

—He estado tan ocupada últimamente —lo interrumpió ella, apoyando ambas manos en su pecho y empujándolo con lentitud hacia atrás—, entre funerales y hacer de carabina para tu hermana y todo eso —añadió, mientras él echaba un vistazo por encima del hombro—, que no he tenido oportunidad de montar. Lo he echado muchísimo de menos.

Ah, nada de persecuciones esta vez.

Se dejó caer en la silla y le sujetó las caderas con ambas manos.

—¿De veras?

—Sí —respondió ella con un suspiro y un pequeño puchero. Recogiendo sus faldas con gracia y alzándolas con las manos, añadió —: Creo que puede que haya olvidado cómo se hacía. ¿Crees que podrías ayudarme a recordarlo?

—Haré lo que pueda —prometió él, sonriendo y soltándole las caderas para deslizar las manos bajo las faldas, acariciando el exterior de sus piernas hasta que sus caderas volvieron a quedar bajo sus palmas—. Aunque puede que hagan falta varios intentos.

—La práctica hace al maestro —susurró ella con voz sensual mientras se acomodaba en su regazo—. Y yo estoy dispuesta, si tú lo estás.

—¿Quieres? —Dios santo. Nada se había sentido jamás tan bien. Tendrían que existir leyes contra esto. Aspiró hondo, forzó la mandíbula hacia arriba y abrió los ojos. Unos brillantes ojos de ébano lo observaban. Oh, no podía rendirse a su control. No sin luchar. Aunque en realidad no quisiera ganar.

Carraspeó suavemente y arqueó una ceja.

—Te sientas muy bien en la silla, milady.

—Se siente bien —respondió ella, girando las caderas muy despacio—. Y me queda de maravilla —añadió, mientras él contenía un gemido de pura rendición y placer.

Si no hacía algo para frenar aquello…

Soltándole las caderas, retiró las manos de debajo del vestido y las llevó a los botones del corpiño.

—La vestimenta adecuada es esencial para la equitación, ya lo sabes.

—¿Ah, sí?

—Y estás demasiado vestida para ello —añadió, abriendo los botones con pericia—. Supongo, claro, que quieres disfrutar del galope como es debido.

—Oh, sí.

Inspiró profundamente. Pudo sentir los pequeños temblores que la recorrían. Apartando la mente de esa sensación, empujó los lados del corpiño y rozó con las palmas los picos oscuros y firmes de sus pechos.

—Eres increíblemente hermosa.

Observó cómo se le cerraban los ojos y se le cortaba la respiración. Volvió a pasar las palmas de las manos sobre sus pechos, más lento, más fuerte.

—Jonathan.

—¿Qué? —susurró él—. Las riendas se están soltando.

—Lo sé. Puedo sentir cómo tiemblas. —Tomó un pezón hinchado entre el pulgar y el índice y lo hizo rodar suavemente—. Estás tan cerca de correrte. Así que... —Se inclinó hacia delante y deslizó la lengua por el otro pezón.

Sus dedos se enredaron en su cabello y él obedeció la petición, llevándola completamente a su boca y chupándola. Ella gimió y se resistió, llevándolo al límite y a la profunda dicha de la satisfacción total y profunda.



Jonathan abrió los ojos y sonrió. Cómo diablos habían llegado a la cama... Decidió que realmente no importaba y se puso de lado.

—Ha sido el mejor paseo que he tenido nunca —dijo Jodie con aire soñador, estirando el brazo para acariciarle la mandíbula con la palma de la mano.

—Voy a vender todos mis caballos, trasladarte al establo y montar a caballo tres o cuatro veces al día.

—¿No crees que eso podría llamar la atención?

—No lo había pensado —admitió ella, con los ojos brillantes y una sonrisa que se ensanchaba por momentos—. Supongo que no tendré más remedio que montar cinco o seis veces al día. No quisiera que nadie pensara que has salido cojo.

—Gracias.

—De nada.

¿Había algún amante más perfecto en el mundo? se preguntó, mirándola. Hermosa y enérgica. Y tan honesta en su deseo, tan generosa en su entrega. Si vivía hasta los cien años, nunca iba a encontrar a otra mujer como ella. Nunca.

—Me miras como si pudiera evaporarme en cualquier momento.

—No quiero olvidarte —admitió, antes de darse cuenta de lo cerca que estaba de hacer una confesión que en ese instante sentía sincera, pero de la que quizá se arrepentiría al amanecer. Sonrió y añadió una evasiva ingeniosa—: Para poder hacer tu retrato más tarde.

—Con el vestido desabrochado.

No era el cuerpo, ni la sexualidad manifiesta, lo que convertía a Jodie en una obra de arte.

—Con la felicidad desenfrenada que brilla en tus ojos y la malvada satisfacción que irradia tu sonrisa.

—¿Me dejarás verlo cuando esté terminado?

—Si quieres.

Ella deslizó la punta del dedo por el centro de su pecho.

—¿Dibujas retratos de todas tus amantes? —preguntó, sin mirarlo a los ojos.

—Solo de aquellas que no quiero olvidar nunca.

—¿Sería muy indiscreto preguntarte cuántas hay en tu portafolio?

—No tengo portafolio. Pero, si quieres, compraré uno para guardar el tuyo. Aunque preferiría enmarcar tu retrato y colgarlo en la pared.

Jodie levantó la vista y se echó hacia atrás, creando una distancia entre ellos. No lo haría.

Incluso cuando él empezó a asegurarle que solo estaba bromeando, ella miró alrededor de su habitación en penumbra. ¿Por qué su preocupación le atravesó el corazón...? No hay más retratos, Jodie.

—Por favor, no cuelgues el mío donde alguien pueda verlo.

—No te preocupes. Lo guardaré como una imagen muy privada.

—Gracias —murmuró ella, liberándose de la tensión. Le sonrió y deslizó el dedo por sus labios—. ¿Has memorizado suficientemente este momento?

—¿Por qué?

Ella deslizó su dedo por su barbilla, bajó por su garganta y recorrió su pecho.

—Estaba pensando —comentó arrastrando la voz, siguiendo la fina línea de pelo más abajo—, que podría proporcionarte otra inspiración o dos antes de tener que irme a casa.

—Un artista sin inspiración es algo muy triste —admitió él, endureciéndose ante su tacto—. ¿Puedo ayudarte a quitarte ese vestido?

Si hubiera podido pensar en una excusa para quedarse, la habría usado. Había algo en alejarse que resultaba terriblemente definitivo. Aunque, claro está, no lo era. Jonathan no había querido dejarla escapar de sus brazos y le había hecho prometer que volvería antes de estar dispuesto a dejarla ir. Sin embargo... Ella sacudió la cabeza, se llamó tonta y tomó el cuchillo de la mesita de noche, donde Jonathan lo había dejado caer.

Se lo ataba a la pantorrilla cuando él se giró hacia el otro lado de la cama. Ella lo miró por encima del hombro justo cuando él se ponía la camisa.

—¿Por qué te estás vistiendo?

—Para acompañarte a casa —respondió, recogiendo los pantalones del suelo—. Preferiría no deambular desnudo por las calles.

Ella se puso de pie y tomó el vestido, diciendo:

—He conseguido llegar hasta aquí sin problemas ni escolta, ¿verdad?

—Una parte de mí lo espera sinceramente. La otra está increíblemente agradecida de que nada te haya pasado en el camino.

Se puso el vestido y se lo subió por las caderas.

—Jonathan —comenzó mientras metía los brazos en las mangas—, agradezco el detalle y la preocupación, pero soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma en las calles. Puede que ahora sea hija de un duque, pero no he olvidado cómo pelear ni correr.

Él se dejó caer en la silla y se golpeó el pie con una bota.

—No deberías tener que enfrentarte a esa elección.

—Está bien, lord Gallant, seré franca —replicó ella abrochándose la camisa—. Si voy sola y me topo con Brenley en la

puerta, puedo inventarme cualquier historia que quiera. Si vas conmigo, estamos perdidos. No habrá un segundo perdón.

Se puso la otra bota y dijo:

—No es Brenley ni tu cuñado lo que me preocupa.

—Josephine.

Se puso de pie y sonrió con amargura.

—Te llevas el premio, querida.

Jodie resopló y continuó abriéndose paso por la hilera de botones.

—Está demasiado preocupada por la señorita Yoo-hoo como para pensar en mí.

—¿La señorita Yoo-hoo?

—Amanda Cookson —aclaró, metiéndose los pies en las zapatillas.

—Oh —dijo él arrastrando las palabras mientras avanzaba por la alfombra hacia ella—. ¿He visto un destello verde en tus ojos de ébano, querida?

Su corazón latía tan ridículamente rápido. Se alisó la parte delantera de la falda y logró parecer despreocupada mientras respondía:

—Cambiemos de tema.

—No vamos a cambiar de tema. —Le levantó la barbilla hasta que sus miradas se encontraron—. Primero, no siento nada por ella. No tienes motivos para estar celosa. Segundo, Palson la sacó de Londres y la puso a salvo. No sé dónde exactamente, y prefiero no saberlo.

No quería que él pensara que le importaba de una u otra forma, pero necesitaba saber.

—¿Y lo del bebé?

Él se encogió de hombros.

—Al parecer, está embarazada. Nos dijo que es hijo de un hombre casado. Su prometido rompió el compromiso cuando descubrió la aventura, y su familia la repudió al enterarse del embarazo.

—¿No sientes lástima por ella?

—No, Jodie, no la siento —susurró en voz baja, con delicadeza —. Ella tomó sus decisiones y no es mi responsabilidad arreglar el desastre. Mantenerla a salvo de Josephine... eso sí lo haré. Pero nada más.

Pensando que algún día podría hablar así de otra mujer... Con el corazón encogido, se dio la vuelta y dijo:

—Te prometo que nunca seré una carga para ti.

—Eso no es...

—Por eso me iré a casa sin acompañante —continuó ella, dirigiéndose a la puerta de su habitación.

—No vamos a discutir sobre esto.

Ella sabía lo que él quería decir, pero fingió lo contrario con la pequeña esperanza de que el farol pudiera funcionar.

—Me alegra mucho que estés dispuesto a ser razonable, —respondió ella, girando el pomo de la puerta—. Buenas noches, Jonathan. Dulces sueños.

Consiguió abrir la puerta unos milímetros antes de que su mano se posara en el borde interior y la cerrara de golpe. Demasiado para un farol. Ella lo miró y arqueó una ceja.

—¿Qué estás haciendo? Tengo que irme o me pillarán.

—Querida, o aceptas mi compañía hasta la casa de tu cuñado o no sales de aquí. Así de simple.

—Estás siendo imperialista.

Él se encogió de hombros y asintió.

—Podrías intentar parecer indefensa y dependiente por un rato. Solo para complacerme. —Sonrió y se inclinó para susurrar—. Y para mantener ese retrato tuyo escondido.

—Oh, eso es bajo, Jonathan.

—Mejor bajo que perderte.

—Si alguna vez veo ese retrato en cualquier lugar que no sea esta habitación, Jonathan Garvey, eres hombre muerto.

Riendo, abrió la puerta. Y luego la detuvo, dándole un beso largo y profundo más antes de salir al mundo real de otro día.

Capítulo 16

Jodie cerró la puerta del carruaje tras de sí y se asomó por la ventana.

—Disfruta de la conferencia, Emma. Y gracias por el paseo.

—Si más tarde llueve, me pasaré y te llevaré a casa. —Sus ojos verdes brillaron—. Quizá incluso podrías presentarme a Lord Branwell.

Jodie se rió.

—Como he dicho repetidamente, no creo que vaya a estar aquí hoy.

—Oh, ¿quién sabe?

Sonriendo y negando con la cabeza ante la insistencia de su hermana, Jodie dio un paso atrás, saludó con la mano y se encaminó hacia la casa. Sí, estaba animada, tuvo que admitir mientras subía los escalones y llamaba a la puerta. Un misterio, dado que apenas había dormido unas pocas horas la noche anterior, en el mejor de los casos. Gracias a Dios, la sensación de querer llorar por fin había pasado, aunque había tardado bastante. La invitación de Peyton para que la llamara aparentemente había sido justo lo que necesitaba.

—Buenos días, lady Jodie —saludó el mayordomo al dejarla entrar en la casa de lady Branwell.

—Buenos días, Baston. Esperaré a lady Peyton en el salón, como siempre.

—Muy bien, milady —respondió con una breve reverencia—. Le informaré de su llegada.

Y, como de costumbre, Jodie se detuvo justo al otro lado del umbral del salón para examinar la habitación. Las sillas blancas y doradas habían desaparecido primero. Una mesa y una lámpara de cristal tallado en la esquina habían sido las siguientes en esfumarse. Aquella mañana, el enorme aparador y todo el desorden que lo cubría también habían desaparecido.

Jodie arqueó una ceja y sacudió la cabeza. No es que pudiera acusarse de experta en moda doméstica, pero hasta ella sabía que la purga había ido demasiado lejos. La eliminación de las piezas más pequeñas había hecho que el espacio pareciera más grande y notablemente menos desordenado. En general, un cambio positivo. Pero sin el aparador, con la pared completamente desnuda, toda la habitación parecía a punto de inclinarse hacia el resto de los muebles.

Era una tontería, y lo sabía, pero se acercó al lugar donde había estado el aparador para que, si el suelo se movía, ella fuera la última en deslizarse hacia el vestíbulo. Mejor aterrizar sobre el sofá que por debajo.

Frunció el ceño y examinó la estancia desde esa nueva posición. No solo habían desaparecido el aparador y los pequeños tallados y decantadores que lo adornaban. Un par de grandes cuadros tallados y con marcos de pan de oro, colgados en las paredes a ambos lados de la chimenea, también habían desaparecido aquella mañana, dejando grandes rectángulos de yeso considerablemente más blancos en su lugar.

Se le ocurrieron dos posibles explicaciones para aquellos cambios. La primera, que Lady Branwell estaba redecorando la casa a gran escala. La segunda, que la asignación que Jonathan le daba no alcanzaba para su gusto por la joyería fina y, por tanto, estaba vendiendo los muebles para pagar sus caprichos.

—Buenos días, Jodie. Siento haberte hecho esperar tanto —dijo Peyton al aparecer.

Ella se encogió de hombros, considerando que no había sido mucho tiempo.

—Peyton, ¿a dónde han ido todos los muebles?

Peyton miró alrededor y negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Están aquí cuando salgo y cuando vuelvo, han desaparecido. Hay partes de esta casa que no he visto en años. Espero que no te importe posar para mí esta mañana.

—¿Qué? —bromeó Jodie—. ¿No quieres revisar otra vez el inventario del almacén?

Su sonrisa era suave, con un dejo que nada tenía de inocente.

—La ausencia hace que el corazón se vuelva más cariñoso. Al menos eso es lo que dicen.

—No sé, Peyton —replicó ella, riendo entre dientes—. Mañana hay otro funeral y al día siguiente otro más. Me ocuparán todo el día. ¿Estás segura de que deberías estar tan ausente de la mente del señor Walter? ¿Y si tiene poca memoria?

Peyton sonrió.

—No creo que me olvide durante mucho tiempo.

—O al menos hasta que le reparen las gafas.

Su amiga soltó una risa.

—He tomado nota para tener más cuidado con eso en el futuro. —Señaló la puerta del salón—. ¿Vamos? He hecho que me envíen té y pasteles al invernadero.

Juntas se dirigieron a la parte trasera de la casa, mientras Peyton parloteaba sobre pintura y Jodie observaba en silencio los cambios a lo largo del camino. Faltaban muchos muebles. O Lady Branwell estaba amueblando una segunda residencia o se había comprado todas las malditas joyas de Londres.

—No creo que Jonathan se una a nosotras en más sesiones de pintura. Espero que no te sientas demasiado decepcionada —comentó Peyton al entrar en el invernadero.

Con el pelo de la nuca erizado, Jodie eludió el comentario personal respondiendo:

—Imagino que estará muy ocupado con su negocio desde que el Maggie llegó a puerto. Pintar no debe estar ni de lejos en lo alto de su lista de prioridades diarias.

—Bueno, puede que sea en parte eso —admitió Peyton, dirigiéndose al carrito de té junto a su caballete—. Pero sobre todo creo que es cuestión de que no quiere arriesgarse a tener otro encuentro con mamá.

Sí, teniendo en cuenta lo desagradable que había sido el único encuentro entre ellos del que Jodie había sido testigo...

Dios mío, Jonathan había acertado de lleno con las habilidades artísticas de Peyton. Sí que parecía un mono sobre un cojín destrozado.

Aunque, en realidad, ahora que miraba con más atención, el cojín no estaba tan destrozado como el mono. Si Peyton insistía en regalar a Leslie y Mariane aquella obra maestra, Jodie tendría que exigir una reunión familiar para hablar con ellos antes.

—¿Sabías que esa tal Amanda vino a ver a mamá la otra mañana? El día del funeral de Lord Sandifer.

—¿Amanda? —sorprendida, desabrochó lentamente su abrigo y reflexionó sobre lo que sabía y lo que podía admitir que sabía.

—Vino a decirle a mamá que está embarazada de Jonathan.

—¿De verdad? —respondió Jodie sin mostrarse comprometida, dejando la pelliza sobre el respaldo de la silla. Se acercó al carrito de servicio y preguntó con indiferencia—: ¿Y tu madre se cree esa historia?

—Mamá siempre se imagina lo peor cuando se trata de Jonathan.

—¿Por qué? ¿No ha sido amable con ella desde que volvió de Estados Unidos?

—Si yo no existiera, no le habría dado ni un centavo. Él y mamá se detestan.

Jodie había notado esa tensión con facilidad, pero comentarlo en voz alta era harina de otro costal. Escogiendo sus palabras con cuidado, comentó:

—Se hicieron parientes por circunstancias que debieron de ser difíciles para ambos. Seguro que ambos tenían resentimientos que...

—No se odiaron abiertamente hasta que mamá intentó seducir a Jonathan, y él se lo contó a papá.

—Oh. —Dios, ¿qué más quedaba por decir? Debió de ser un momento realmente grotesco, un episodio que superaba incluso los estándares de la familia Lunatic Branwell.

—Papá y Jonathan tuvieron una discusión horrible por eso, y Jonathan se fue a Estados Unidos. Mamá nunca le perdonó que la rechazara, y él nunca la perdonó por enviarlo al exilio.

—No sé qué decir —confesó, con voz temblorosa—. Es todo tan horrible, Peyton.

—Lo fue. Papá acusó a mamá de todo tipo de cosas feas. Incluso llegó a afirmar que yo no era realmente su hija.

—Oh, Peyton. Eso debió doler mucho.

Ella se encogió de hombros y le ofreció una taza de té.

—No vivía con ellos, así que no tuve que enfrentarme a papá. Eso fue un alivio. Pero nos recortó la paga casi por completo, y aquello fue terrible. Cada vez que nos sentábamos a comer pan con mantequilla, mamá maldecía a Jonathan hasta el infierno por lo que nos había hecho.

—Pero no fue culpa de Jonathan —objetó.

—Mamá no lo ve así —respondió con una risa seca y quebradiza. Luego se estremeció y apareció en sus labios una sonrisa que le pareció asombrosamente brillante dadas las circunstancias.

—Bueno, basta de charla deprimente —cambió de tema alegremente—. ¿Quieres pastel de fresa o de albaricoque?

—De fresa, supongo —contestó, aún aturdida por todo lo que acababa de escuchar. Haber crecido en las calles y en burdeles había sido duro, hambriento y, en ocasiones, cruel, pero al menos resultaba honesto y coherente. Crecer en una casa distinguida, con todos los lujos de la nobleza, y descubrir que todo era una mentira cruel... Realmente, era un milagro que pudiera sonreír. Peyton era mucho más fuerte de lo que nadie habría imaginado.

—¿Jodie?

Parpadeó y volvió a concentrarse en ella.

—Perdona, estaba perdida en mis pensamientos.

—Ya veo —musitó Peyton—. Pensamientos tristes. Por favor, no dejes que te consuman. Mamá puede insistir lo que quiera, pero Jonathan hará lo que le plazca. Si no quiere casarse con esa mujer, Amanda, no lo hará. El escándalo no significa nada para él.

Asintió, recordando lo que él le había contado sobre Amanda y la solución que él y Palson habían ideado. ¿Debería contárselo a Peyton? ¿O preferiría Jonathan que su hermana permaneciera al margen de esos detalles? Sorbió el té mientras meditaba qué hacer.

—¿Por qué no te sientas en la tumbona, Jodie? Me temo que pronto se nublará. No deberíamos desperdiciar la buena luz mientras la tenemos.

Como Peyton no parecía esperar que comentase nada sobre el asunto de Amanda y Jonathan, Jodie llevó su taza, el platillo y el pastel de fresa hasta la tumbona y se sumió en sus pensamientos, intentando comprender por qué no se sentía tan aliviada como había supuesto. No habría escándalo alguno en torno a Amanda. Ni,

gracias a Palson, corría peligro alguno por parte de Josephine. Josephine, que había vivido al borde de la pobreza hasta comprar venganza en forma de pólizas de seguro.

Y que, según Peyton, todavía culpaba a Jonathan por haberse visto obligada a recurrir a una crueldad tan despiadada. No le extrañaba que Jonathan afirmase que Josephine querría hacer de su muerte algo personal. Sin embargo, habría sido de gran ayuda que él hubiese considerado necesario explicarle el motivo; de haberlo hecho, no la habría tomado tan desprevenida aquella mañana.

Dios, de qué familia tan extraña provenía Jonathan. En comparación, la suya parecía, sin duda, aburridamente normal. No le extrañaba que considerase un barco su hogar y a las tripulaciones su familia. Dios sabía que ellos eran más de lo que él había tenido fuera de ellos. Huir a Estados Unidos probablemente había sido lo mejor que podía hacer por sí mismo.

Pero, ¿por qué se había molestado en volver? Si ella estuviera en su lugar, no lo habría hecho. Habría dejado que Josephine malgastara su fortuna mal habida en muebles y joyas y que acabara de nuevo en la pobreza. Y desde luego, no habría regresado a casa para facilitar que aquella mujer la matase por aún más dinero.

Por supuesto, considerar a Peyton en la ecuación marcaba la diferencia. Una diferencia considerable. Peyton, completamente inocente de toda fechoría, había soportado años duros en ausencia de Jonathan. Y, en el panorama general de las intrigas de su madre, Peyton tenía tantas probabilidades de acabar muerta como los hombres de su familia. Si Jonathan había regresado por alguna razón lógica, debía de haber sido para proteger a su hermana.

Sí, Jonathan era un hombre muy bueno. Incluso si su aventura acababa por desvanecerse y ellos se distanciaban, ella al menos tendría un maravilloso patrón con el que medir a cualquier hombre que mereciese su consideración. Jodie suspiró. Todos quedarían muy, muy cortos.

Si fuera posible un mundo perfecto, su aventura jamás terminaría. Jonathan se daría cuenta de que lo amaba, se arrodillaría ante ella, la miraría con adoración, le juraría devoción eterna y le pediría matrimonio. Se casarían, llenarían la casa de niños y serían felices para siempre.

Se rió entre dientes y sacudió la cabeza para disipar aquella imagen ridícula. No existe nada perfecto. Ni felicidad eterna. La gente ronca, echa gases, se rasca y eructa. Bueno, las mujeres eructan con discreción, pero los hombres lo hacen con orgullo. Los bebés vomitan. Y cometen toda clase de actos igualmente repugnantes.

Dios, pensó, dejando a un lado la taza, debo de estar más cansada de lo que creía si todo eso me parece bien. Me pregunto si Peyton notaría que me quedo dormida un rato para recuperar el juicio.



Jonathan estrechó la mano del comerciante, le agradeció de nuevo por la cuantiosa compra y lo vio salir por la puerta. Cuando ésta se cerró, se volvió hacia su empleado.

—Cuando deposites ese dinero en la cuenta, procura reservar lo suficiente para que te reparen las gafas.

Walter deslizó la letra de cambio dentro del escritorio y respondió con voz tranquila:

—Sí, milord.

—¿Cómo se doblaron tanto? ¿Estuviste en una pelea?

Apartó el escritorio y se quitó las gafas de la cara. Mientras intentaba enderezar los finos alambres de los aros, respondió:

—Ayer me olvidé de que las llevaba en el bolsillo del abrigo cuando me incliné sobre una caja para comprobar el contenido con

el manifiesto.

Bueno, parecía una buena historia. No creíble, pero buena.

—Entonces, ¿por qué te sonrojas?

—No me sonrojo, milord.

—Confía en mí, Walter —insistió él, sonriendo—. No estoy ciego. Y estás colorado como un tomate. ¿Cuál es la verdadera historia de cómo acabaron dobladas y torcidas tus gafas?

Walter se tiró del cuello de la camisa y se esforzó por aclararse la garganta. Mirando por la ventana de la oficina, finalmente consiguió decir:

—Estaban en mi bolsillo cuando una joven me pilló desprevenido.

Ah, más cerca de la verdad, pero aún no lo suficiente.

—¿Conozco a la joven?

Walter gimió:

—Oh, Dios, milord.

—¿No sería mi hermana la que lo agredió?

—Estoy seguro de que fue totalmente culpa mía —aseguró el hombre en un solo suspiro—. Debí hacer algo que la hizo pensar que estaba interesado en…

—Basta —interrumpió Jonathan en voz baja, frenando el torrente de culpa—. Te conozco desde hace más tiempo que a mi hermana. No podrías cortejar a una mujer… atrevida aunque tuvieras instrucciones escritas que seguir.

—En otras circunstancias, me sentiría insultado.

—Sí, bueno —rió Jonathan—. Incluso en otras circunstancias, seguiría siendo la verdad. Eres el sueño hecho realidad de toda madre de la alta sociedad. Guapo, educado, respetable y sin un solo hueso depredador en tu cuerpo.

—Discrepo, milord. Cuando se me inspira adecuadamente...

La expresión de horror en el rostro del hombre hizo que Jonathan tuviera que contener la risa con esfuerzo.

—Oh, ya se ha descubierto el pastel, Walter. Será mejor que termines la frase.

—Me casaré con ella, milord —respondió valientemente—. Es lo único decente que puedo hacer.

Jonathan se llevó el labio inferior a la boca y lo atrapó entre los dientes. Cuando tuvo su diversión bajo control, carraspeó y preguntó:

—¿Era monaguillo?

—Soy metodista. No tenemos monaguillos. Solo portadores de velas.

—Era portador de velas, ¿verdad?

Walter enderezó la espalda y sacó pecho.

—Milord, está haciendo esto extremadamente difícil. Me estoy esforzando mucho por ser honorable.

—Y aprecio el esfuerzo, Walter —le aseguró—. Pero a menos que se haya enamorado perdidamente de Peyton, no creo que casarse con ella sea una decisión particularmente acertada.

—¿Por qué no? ¡He besado a su hermana!

—¿Besado? —repitió, conteniendo la risa—. ¿Eso es todo?

¿Solo besado?

—¡Bastante fuerte!

Si hubiera tenido que casarse por un beso, habría estado en el altar a la madura edad de doce años.

—Por el amor de Dios, Walter, un beso no es un compromiso. Olvídate de que haya sucedido. Hablaré con Peyton y me aseguraré de que entienda que debe comportarse en el futuro.

—Me siento fatal, milord.

—Ya lo veo. Y no tienes por qué.

La campana sobre la puerta sonó y Jonathan se volvió para ver a Palson cruzando el umbral. Todos los pensamientos sobre su hermana desaparecieron al ver el vendaje que envolvía la cabeza de su amigo, el ojo morado, la nariz aplastada.

—Está claro que no estás bien —observó Jonathan, mirándolo de arriba abajo en busca de más daños. No se sintió muy aliviado al ver que no había nada más—. ¿Qué ha pasado?

—Nos asaltaron en la carretera. Justo al sur de Londres.

—Siéntate antes de que te caigas —ordenó Jonathan, acercando una silla de oficina y poniéndola en el camino de Palson —. ¿Cuándo? ¿Y qué le pasó a Amanda?

—Esta mañana muy temprano —contestó él, bajando con cuidado al asiento—. Salimos de Londres ayer por la tarde y pasamos la noche en una posada de camino. Habíamos recorrido solo unos ocho kilómetros esta mañana cuando atacaron el carruaje. Mi cochero intentó huir, con consecuencias desastrosas. El carruaje volcó.

—Dios mío.

—Unos buenos samaritanos me encontraron en la cuneta y me reanimaron poco después. Mi cochero estaba un poco más atrás, en la carretera, con un brazo y una pierna gravemente rotos, pero, afortunadamente, todavía con vida. No pude encontrar a la señorita Cookson por ningún lado.

—Quizá se haya ido en busca de ayuda, —planteó Walter.

Jonathan esperó, sabiendo que la respuesta no iba a ser tan sencilla ni esperanzadora.

—Todo su equipaje había desaparecido —asintió Palson, corroborando sus peores sospechas—. Era como si nunca hubiera

estado allí. He preguntado por todas partes de camino a Londres. Nadie la ha visto.

—Apuesto a que Josephine sí —afirmó Jonathan, quitando el abrigo de la percha de la pared. Se estaba metiendo los brazos en las mangas cuando Palson se incorporó con dificultad—. Quédate ahí —ordenó Jonathan—. Yo me encargaré de esto.

—No, no lo harás —replicó Palson, tambaleándose un poco antes de recuperar el equilibrio.

—Pase lo que pase, es mejor que haya un testigo.

—¿Para evitar que la mate?

—Si llega el caso... Para jurar que fue en defensa propia.

—Señor, ¿puedo ir con usted? Al menos podría atrapar a lord Palson cuando se caiga.

—Excelente idea, Walter —consintió, tomando a Palson del brazo—. Cierre y vámonos.



El mono estaba en el invernadero. Y llevaba botas. Y cojeaba. Pobre mono destrozado.

Jodie se rió y abrió los ojos a la fuerza. Con la visión borrosa de quien acaba de despertar, pudo ver vagamente a Peyton mirándola desde el borde del lienzo.

—Me temo que me quedé dormida —explicó, estirando los hombros—. Y tuve un sueño muy extraño. Había un mono cojeando que llevaba botas.

—¿Dónde?

—Aquí, en el invernadero.

Peyton se acercó a su cuadro y dijo:

—Tienes sueños muy extraños.

En realidad no, pensó ella. El pasado tenía la costumbre de regresar mientras dormía. Cuanto más cansada se sentía, más vívidos eran los sueños. A veces aparecía su madre en ellos. Aunque no con demasiada frecuencia. Y, a medida que pasaban los años, su rostro se volvía cada vez menos reconocible.

Aun así, sin importar lo que ocurriera en sus sueños o quién se colara en ellos, casi siempre podía rastrear su origen y entender qué los había provocado. Un mono cojo tenía bastante sentido. De acuerdo, el hecho de que llevara botas no lo tenía. Al menos no en ese momento. Tal vez sus zapatos estaban demasiado apretados. Movió los dedos de los pies. No del todo con éxito. Ah, misterio resuelto.

—Peyton —exclamó ella, poniéndose de pie—. Tengo que caminar unos minutos o se me caerán los dedos de los pies.

—Si es necesario —respondió ella desde detrás de su obra—. Pero, por favor, no tardes demasiado. Estoy en un punto crítico y necesito que te quedes muy quieta para que salga bien.

Jodie sonrió y negó con la cabeza mientras caminaba hacia la pared del fondo. Podría estar muerta durante una semana y no supondría la más mínima diferencia; Peyton era la peor pintora del mundo. Sería un milagro que el retrato de ella no tuviera dos cabezas y tres manos.

¿Grava? Sí. Moviéndose bajo las botas. *No podía ser un mono,* se reprendió en silencio, girándose hacia la parte trasera del invernadero.

El corazón se le encogió en la garganta y el miedo recorrió sus venas. En el siguiente latido, el tiempo se tambaleó y luego se estiró extrañamente hasta una lenta eternidad de observación y horrible comprensión. No, no monos. Tres hombres. Hombres rudos que venían de los rincones más oscuros del mundo en el que había vivido. Hombres que harían cualquier cosa por una libra.

Se oyó jadear. Se dijo a sí misma que era una tonta por sorprenderse y se dio la vuelta para correr, gritando a Peyton que hiciera lo mismo. Pero Peyton no lo hizo; miró alrededor del borde de la imagen y se quedó allí de pie, observando, con los ojos muy abiertos y la boca abierta.

Jodie se acercó a su amiga, con los pies y las piernas aterradoramente pesados, y su mente recorriendo metódicamente un pensamiento cristalino tras otro. Esto era obra de Josephine. Ella los había contratado. Para matarla. Para matar a Peyton. Dios, tenía que salir, escapar. Tenía que avisar a Jonathan.

Los hombres se acercaban. No quedaba mucho tiempo. Si ella y Peyton llegaban a la puerta y gritaban... Si podían mantener la puerta cerrada el tiempo suficiente para que ella sacara su cuchillo...

Peyton salió de detrás del cuadro, con los ojos todavía muy abiertos y la mandíbula aún colgando.

—¡Corre!

Peyton se sobresaltó y parpadeó, y luego miró a su alrededor como si no tuviera la menor idea de hacia dónde ir. De todas las veces para volver a ser la debutante despistada y tímida...

—¡La puerta de la casa!

Peyton empezó a girar en esa dirección y entonces no hubo nada más que una imagen borrosa en un mundo que giraba fuera de control. El impacto vino por detrás, duro y despiadado, y derribó a Jodie al instante. El suelo estaba allí en un segundo, inflexible y áspero, una fuerza tan cruel como el peso que la empujó hacia él. Se le cortó la respiración, sus pulmones se paralizaron, el tiempo se arrastraba. Con la mente entumecida, notó con indiferencia el destello de los dobladillos de la falda de Peyton.

¡Dios, no! Peyton se daba la vuelta, venía a ayudarla. Jodie intentó recuperar el aliento para gritar, para decirle que no lo hiciera, y fue aplastada contra el suelo para evitarlo. Un hombre pasó junto

a ella, detrás de Peyton. El tercer hombre se detuvo junto a ella y a la bestia brutal que la sujetaba. Peyton chilló.

Luchar o morir. ¿Quieres morir?

Jodie jadeó, consumiendo aire con avidez, obligando a su mente y a su cuerpo a funcionar. Maldijo y se retorció contra las bandas de acero que rodeaban la parte superior de su cuerpo, pateando y tratando desesperadamente de zafarse. Los brazos que la rodeaban se apretaron y una voz, áspera y repugnante, le susurró una advertencia al oído. Ella la ignoró y luchó con más fuerza, invirtiendo toda su fuerza y determinación en la lucha por escapar.

Una segunda voz rasgó su conciencia, una voz que le ordenaba que dejara de luchar, que respirara. Incluso cuando se dio la orden, una mano se retorció en su cabello y le tiró de la cabeza hacia atrás. Mientras gritaba de dolor y rabia, le presionaron un trapo húmedo en la cara.

Trató de apartar la cara, intentó desesperadamente encontrar aire que no pasara a través de la tela. No podía rendirse, no podía morir. Tenía que avisar a Jonathan.

El trapo sabía dulce y olía a fruta. Casi como un perfume, pero no. Mejor, en realidad, en cierto modo. No se iba a asfixiar; podía respirar con bastante facilidad, pero aun así... Maldita sea, los brazos que la rodeaban le estaban tirando de la piel, haciéndola arder. Y la gravilla del suelo tenía puntas afiladas que se clavaban en su cuerpo. La roca bajo su cadera izquierda era enorme. Y también bajo su rodilla izquierda. Y los crueles cordones de sus zapatos: podía sentir cada entrecruzamiento que hacían en su empeine. La estaban cortando, haciéndole tanto daño como los brazos que la rodeaban y la gravilla bajo ella.

Peyton ya no chillaba exactamente. Pero Jodie podía oír el tono frenético de su voz. Les rogaba que no le hicieran daño, que le quitaran el trapo de la cara y la dejaran respirar. Qué amiga tan amable y leal era Peyton. Tenía que...

Escapar. Luchar. Peyton la necesitaba. Jonathan iba a morir si no podía llegar hasta él. Advertirle. Jonathan. No sabía que ella... amaba...

Dulce. Pero no demasiado dulce. Olía como una rosa rosada y jugosa.

Capítulo 17

Jonathan apretó y aflojó los dientes mientras Palson seguía y seguía con un relato insoportablemente detallado de sus conversaciones con Amanda. Dejando que Walter hiciera de oyente interesado, Jonathan miró con furia el tráfico por la ventanilla del carruaje y se despotricó en silencio contra sí mismo.

Tendría que haber afrontado esa confrontación con Josephine el mismo día en que regresó a Inglaterra. Haber sido directo, brutalmente minucioso. Exigirle que confesara sus crímenes y se entregara a la Corona para ser castigada. Y, cuando se negara, acabar con ella. Justo entonces. Justo ahí. Una bala en su corazón negro, y todo habría terminado.

Pero no. Había elegido comportarse dentro de los límites de la civilidad y las exigencias de la ley. Tomó el camino elevado y sutil, confiando en poder superarla y dejar que las ruedas de la justicia giraran hacia un final perfectamente orquestado y bien documentado. Pero esas ruedas estaban oxidadas y se movían demasiado lento para considerar los imprevistos que la vida arroja fuera de su control.

La vida, como conocer a Jodie. Jodie, hermosa, apasionada y perversamente atrevida. En retrospectiva, sabía que debería haber esperado para perseguirla; había mostrado todo el juicio de un muchacho de dieciséis años al dejar que sus deseos dominaran sus decisiones. A pesar de toda su planificación y racionalización, había puesto a Jodie en el punto de mira de Josephine y la había expuesto al peligro.

Y entonces Amanda apareció de la nada. Amanda, con sus esperanzas, sus problemas y su completa ignorancia sobre la peligrosa olla que estaba removiendo. Y removió, exponiéndose a un peligro aún mayor que el que había puesto sobre Jodie. Y, como se vio esta mañana, un peligro más inminente.

Era hora, pensó en silencio mientras el carruaje aminoraba la marcha y él alcanzaba la manilla de la puerta. Hora de que todo terminara. Al diablo con las ruedas de la justicia formal. Palson podía atestiguar e informar cuanto quisiera. Walter podía hacer lo mismo. Pero, al final, lo único que importaba era que Josephine ya no pudiera conspirar, planear ni matar. Entre ahora y ese final…

Probablemente Amanda seguía viva. Si la intención hubiera sido matarla, lo habrían hecho junto a la carretera, disfrazándolo de un accidente desafortunado. Pero que ella y todas sus pertenencias hubieran desaparecido indicaba que Josephine tenía en mente un final más complicado. Y antes de que le retorciera el vicioso cuello, ella iba a decirle cuál era y dónde se habían llevado a Amanda.

El carruaje se detuvo y Jonathan abrió la puerta de golpe. Quedó frente a la casa de Josephine y se quedó esperando a que los otros dos hombres se unieran a él en el paseo.

—Para que lo sepáis, —les dijo—. De una forma u otra, esto va a terminar en los próximos minutos. Antes de que Josephine haga daño a un inocente más.

Walter frunció el ceño, confundido. Palson asintió y se bajó el chaleco para cubrir su barriga, diciendo:

—Me parece que es lo único que podemos hacer. Estamos justo detrás de ti, Branwell. Adelante.

No se molestó en llamar; simplemente subió los escalones de la entrada con Palson y Walter a cuestas, abrió la puerta principal y entró.

Baston se detuvo en seco junto a la mesa de recepción del vestíbulo.

—¡Lord Branwell! Le pido disculpas por no haber oído su llamada a la puerta.

Jonathan se detuvo solo porque necesitaba información del hombre. Asintiendo con la cabeza, dijo:

—No es un problema, Baston, y luego fue directo al motivo de su presencia.

—¿Dónde está mi madrastra?

El mayordomo se sorprendió claramente por la falta de protocolo esperado. Le tomó unos segundos recuperarse. Finalmente respondió:

—En casa de su hermana, milord.

Si no hubiera estado tan enojado, se habría tambaleado al escuchar la noticia.

—¿Qué?

Baston asintió.

—Milady recibió un mensaje de su hermana poco después del desayuno de esta mañana, hizo las maletas y se fue diciendo que solo se ausentaría un día. Dos como mucho.

—Su hermana —repitió Jonathan aturdido, escudriñando los recovecos de su memoria en busca de información.

—Sí, milord. Al parecer, su salud ha empeorado y la familia ha sido convocada a su lado.

En la boda de su padre hubo tres mujeres, no, cuatro, que Josephine aseguraba que eran sus hermanas. Lo cual resultaba totalmente creíble ahora, al recordarlo con ojos más maduros. Había un parecido familiar en sus rostros, en su porte general. Pero él las recordaba como mucho más cálidas y amables de lo que Josephine había sido jamás. Además, eran mayores. No era imposible que alguna estuviera enferma, tal vez moribunda. Ya tendrían la edad para eso. Pero el momento... Josephine no había salido de casa en casi un año, y justo el mismo día en que secuestran a Amanda,

¿había hecho la maleta y salido corriendo? Una increíble coincidencia completamente inocente era posible, pero no tenía ni una sola puñetera posibilidad.

—¿Dijo qué hermana? —preguntó Jonathan al mayordomo.

—No, lord Branwell. Me temo que no.

—¿Dijo dónde vivía su hermana?

—No, milord. Tenía mucha prisa. Lo siento. ¿Hay algún problema en el que pueda ser de ayuda?

—¿Dejó la nota por casualidad? —preguntó Palson.

Jonathan frunció el ceño. Maldita sea, si no se había olvidado de que él y el mayordomo no estaban solos.

—No tengo constancia de que lo hiciera, milord, —respondió el criado—. Pero, claro, no he tenido motivos para entrar en sus habitaciones desde su partida.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Jonathan.

—¿Y se fue en su propio carruaje? —Quizá, si tenían mucha suerte, podrían salir corriendo por la puerta y ver el carruaje, seguirlo, alcanzarlo y sacar a Josephine y las respuestas que necesitaban.

Baston se quitó tranquilamente el reloj de bolsillo y levantó la tapa.

—Su Señoría se fue hace dos horas y treinta y siete minutos, señor —dijo, aplastando el esperanzador escenario de Jonathan. Cerró el reloj de golpe y se lo volvió a meter en el bolsillo, y añadió —: Lo cual, como dato adicional, fue veinte minutos después de que llegara Lady Jodie. Y sí, milord, ella sí que cogió su propio carruaje.

¿Jodie? Su corazón dio un vuelco y su pulso se aceleró.

—¿Sigue aquí lady Jodie?

—Sí, milord. Ella y lady Peyton están en el invernadero. Creo que el plan era que ella posara mientras lady Peyton seguía

trabajando en el retrato.

Si realmente existía un Dios benevolente...

—Lleve arriba a lord Palson y al señor Walter —ordenó al mayordomo—, y ayúdeles a buscar en las habitaciones de Josephine cualquier indicio de dónde podría haber ido. Yo iré a ver a Peyton y a lady Jodie y luego me reuniré con ustedes arriba.

Jonathan no esperó a ver qué pensaban de las tareas, sino que se dirigió a la parte trasera de la casa, pensando en lo que tenía que hacer a continuación. Nadie sabía qué implicaba el plan de Josephine, pero prefería pecar de cauteloso antes que de arrogante en cuanto a su capacidad para encontrarla antes de que pudiera causar más estragos. Ya le había dado mucho más tiempo y oportunidades de las que debería.

Lo primero era asegurarse de que Jodie y Peyton estuvieran ocultas en un lugar seguro, fuera del alcance de Josephine. El camino más rápido y confiable para lograrlo era llevarlas a la residencia del duque de Rochester, ponerlo al tanto de la situación y confiar en su protección. Brenley se ocuparía de Jonathan cuando todo terminara, aunque no podía evitar pensar que merecía un buen castigo… quizá algo que dejara una marca imborrable.

Una vez que Jodie y Peyton estuvieran a salvo... ¿Cómo diablos iba a localizar a Josephine? Podría estar en cualquier maldito lugar. Sobre todo con dos horas y media de ventaja. Aunque no se creía ni por un segundo la historia de correr a la cama de la hermana enferma, era, por el momento, la única pista que tenía. Quizá Peyton sabía dónde vivían sus tías y podía indicarle el camino.

Para no perder el tiempo en lo que, con toda probabilidad, no sería más que una búsqueda inútil, decidió abrir de un tirón la puerta del invernadero. Había dado unos buenos cuatro pasos hacia el interior del invernadero cuando su cerebro procesó lo que sus ojos estaban viendo. Se quedó paralizado, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

—Dios. No. Por favor, no.

La súplica no hizo nada para alterar la realidad que tenía ante sí. El caballete estaba volcado, los botes de pintura y los pinceles esparcidos a su alrededor, el retrato boca abajo, un agujero perforado en el centro del lienzo. La chaqueta de Jodie yacía, cuidadosamente doblada, sobre el respaldo de una de las sillas.

Se tambaleaba sobre sus pies, con la mente dando vueltas y la garganta apretada por las lágrimas. Había llegado demasiado tarde y metido la pata. No había anticipado lo suficientemente rápido. Peyton. Y Jodie. Dios, su Jodie. Las habían secuestrado justo como a Amanda. Si algo les pasaba...

En lo más profundo de su ser, una presa cedió de repente. La ira, blanca y fundida, corrió por sus venas, convirtiendo su confusión y autocompasión en cenizas y cristalizando sus pensamientos. Peyton habría chillado y se habría quedado junto a su caballete petrificada por el miedo y se habría dejado capturar. Pero Jodie no. Él la conocía, sabía que fue en la batalla con Jodie cuando el caballete se volcó y el cuadro se destruyó.

Dos largos pasos lo condujeron al revoltijo de botes de pintura. Agachándose entre ellos, tomó la lata de trementina y la puso boca abajo. Un fino chorro de líquido se derramó, salpicando las rocas a sus pies. No mucho. No llevaba volcada demasiado tiempo o todo se habría evaporado. Pero, ¿cuánto exactamente? Presionó la yema de un dedo en un charco de siena natural. La superficie se enturbió solo un instante y luego cedió, formando un círculo alrededor de su uña. Todo se había derramado hacía no más de una hora. Quizá no más de treinta minutos. Aunque, incluso siendo así, era demasiado tiempo para una persecución efectiva.

Luchando contra la ira y la frustración, Jonathan se incorporó y salió del círculo de escombros. Avanzó, escudriñando los muebles y las plantas en macetas. Ni un cojín o almohada estaba fuera de lugar. No se había volcado ni una maceta. Ni una sola hoja rota o torcida en sentido equivocado. La grava, sin embargo, presentaba pequeños parches volteados y arrojados hacia atrás. Por el patrón y la distancia entre ellos, era evidente que un hombre había corrido

por el camino hacia el caballete. ¿Había estado Jodie junto a Peyton cuando fueron sorprendidas?

Sorprendidas… ¿Cómo demonios había sucedido eso? Evidentemente, los secuestradores no habían entrado por la casa, o los sirvientes los habrían visto. Eso significaba que habían accedido por la puerta trasera del invernadero y subido por… No tenía sentido. Jodie los habría oído entrar, los habría oído moverse.

Jonathan caminaba a zancadas por el sendero de grava que serpenteaba entre el follaje hasta la parte trasera de la estructura. La puerta estaba a la vista, cerrada y asegurada, cuando un leve destello a la izquierda del camino llamó su atención. Se detuvo, se volvió y apartó con cuidado las hojas verdes y blancas de una enredadera. Bajo ellas, encontró una pequeña botella de vidrio, del tipo que los boticarios usaban para dispensar medicamentos líquidos. La tomó y advirtió que solo quedaban una o dos gotas de un líquido transparente en el borde inferior. Con el corazón encogido y el estómago retorciéndose por la certeza, quitó el corcho, acercó la abertura a la nariz y olfateó con precaución.

—¡Branwell!

—Aquí estoy, Palson —respondió él, girando y avanzando por el camino hacia la parte delantera del invernadero, con la botella bien agarrada en la mano.

—No encontramos nada en las habitaciones de Lady Branwell —dijo su amigo en el instante en que dobló la curva del camino y apareció a la vista—. Lo cual es muy decepcionante.

El hombre siempre había tenido un don para la subestimación. Sin embargo, el empleado de Jonathan no alcanzaba a comprender la gravedad del asunto. Permanecía junto a Palson, con la mirada fija en los materiales de pintura esparcidos, mientras su rostro se tornaba cada vez más pálido.

—¡Walter!

Cuando el joven levantó la mirada, Jonathan le lanzó la botella y le dijo:

—¡Atrápala!

—¿Cloroformo? —preguntó Palson mientras la botella daba vueltas en el aire.

—Sí.

—Esperemos que el cabrón que lo usó con ellas supiera lo que hacía, —dijo su amigo cuando algo más llamó la atención de Jonathan—. De lo contrario...

—¿De lo contrario, qué? —preguntó Walter.

—De lo contrario, Peyton y Jodie podrían haber sufrido una sobredosis fácilmente, —explicó Jonathan, dirigiéndose hacia la pared lateral y el gran parche de grava raspada a medio camino entre ella y el camino principal.

—¡Una sobredosis! ¿Quiere decir que podrían estar muertas?

—Solo por accidente —contestó Palson mientras Jonathan estudiaba la grava—. Pero como dudo mucho que a lady Branwell le haga ninguna gracia que le entreguen cadáveres, estoy seguro de que quienquiera que se llevara a lady Peyton y lady Jodie tendría mucho cuidado al administrar la droga.

—¿Por qué le importaría si están vivas?

—Porque si no las necesitara vivas, —respondió Palson—. las habría matado aquí mismo y se habría librado de ellas. Como se habría librado de la señorita Cookson esta mañana. Está claro que tiene algún tipo de plan más amplio.

—Pero, ¿cómo sabemos que no las mataron y simplemente se llevaron sus cuerpos para que pareciera un secuestro? ¿Y si las han tirado en una carretera oscura y lluviosa, sus...?

—Contrólese, señor Walter. Es media tarde, el cielo está razonablemente soleado y Lady Branwell está motivada por el beneficio. Lo cual no se puede obtener en gran medida de ninguna

de las muertes de las damas. Ahora, por supuesto, la muerte de Jonathan es un asunto completamente distinto.

—Lo que nos lleva a pensar... —murmuró Jonathan, recogiendo con gesto pensativo algunos mechones de su cabello negro azabache de la grava— que su plan consiste en emplear a las damas como cebo para tenderme una trampa y dejarme expuesto.

—¿No bastaría con una de ellas para eso? ¿Por qué las tres?

—No lo sé, —tuvo que admitir mientras sostenía el trozo de cabello de jodie—. Sinceramente, no lo sé y no podría adivinarlo. Palson, ¿tienes alguna idea al respecto?

—Me temo que no. Aunque —añadió con un suspiro— estoy seguro de que, cuando lo veamos desarrollarse, nos daremos una palmada en la frente...

—No me está haciendo sentir muy esperanzado sobre un resultado positivo, lord Palson.

Palson respondió algo, pero Jonathan estaba demasiado absorto en sus propias inquietudes como para reparar en la tensión entre sus amigos. Por la manera en que la grava había sido removida, arada y raspada, era evidente que allí se había producido una pelea considerable. Y dado que era el cabello de Jodie lo que sujetaba... Se inclinó y examinó el suelo con atención.

No había sangre. Al menos, no que él pudiera distinguir. Que Jodie no hubiera sangrado fue un alivio inmenso. Y, por extraño que pareciera, también había un atisbo de esperanza al saber que ninguno de sus atacantes había sufrido heridas visibles. Si ella hubiera logrado desenvainar su pequeño y letal cuchillo, habría dejado abundantes pruebas. Pero no las había... Si no pensaron en registrarla, significaba que contaba con los medios para defenderse a sí misma y a Peyton, siempre que no los sorprendieran de nuevo. Lo que no entendía era cómo habían caído en la trampa esta vez...

Se volvió hacia donde Peyton había colocado el caballete, entre los botes de pintura dispersos y el lienzo desgarrado. Sin embargo,

bajo todo eso, la grava apenas mostraba señales de haber sido perturbada. Sí, había algunos puntos donde alguien había caminado, volteando pequeñas piedras, pero más allá de eso...

Sí, era justo como había sospechado al principio: Jodie había ofrecido una gran resistencia. En cambio, Peyton no había reaccionado de la misma manera. Aunque ninguna de sus respuestas resultaba sorprendente, no pudo evitar sentirse decepcionado con su hermana. Había avanzado tanto, dejando atrás esa timidez retraída que la había definido. ¿Y ahora, justo cuando parecía mejorar, volvía a convertirse en una tímida ratoncita...?

—Branwell, ¿puedo hacerte una sugerencia?

Levantó la vista para encontrarse con la mirada de Palson.

—Todas son bienvenidas.

—Es evidente que no tenemos más remedio que esperar la invitación de lady Branwell a la fiesta final. Sería mejor, ¿no crees?, ponernos en posición de recibirla y actuar rápidamente.

—De acuerdo —dijo él, asintiendo con la cabeza, mientras su mente se debatía entre deberes, posibilidades y suposiciones—. Walter, quiero que vuelvas a la oficina del almacén y esperes allí. Palson...

—Voy a la comisaría para informarles de los dos últimos secuestros. Cuantos más ojos y oídos tengamos en la tarea de encontrar a las damas, mayores serán nuestras posibilidades de hacerlo.

El hombre podía leer mentes. Increíble. Si tan solo hubiera podido leer la de Josephine antes que la de todos... Jonathan dejó el pensamiento sin terminar y volvió a concentrarse en las tareas inmediatas.

—Necesito encontrar al duque de Rochester.

—Maldita sea —exclamó Palson—. No había pensado en notificarlo. Probablemente sea una buena indicación de por qué mis

superiores me mantienen asignado a un escritorio. ¿Quieres que te acompañemos?

—Gracias por ofrecerte, pero probablemente sea mejor si me ocupo personalmente de ello.

—Si estás seguro... —Jonathan asintió.

—Si llega la noticia al almacén—, planteó Walter, —¿a dónde se lo transmito?

Buen hombre, Walter. Siempre pensando.

—Si llega en las próximas dos horas, es probable que esté en casa de Su Gracia. Cuando me hayan dado la paliza que me merezco, volveré a mi casa de la ciudad. Creo que lo más probable es que Josephine me busque allí.

—Entonces pasaré por su casa de camino al almacén y avisaré a su personal de su paradero por el momento. Así podrán transmitir el mensaje si llega antes de lo que usted parece esperar.

Sí, siempre pensando.

—Recuérdame que te dé un aumento, Walter.

—Ayudar en el regreso a salvo de sus damas será suficiente recompensa, milord.

—Iré a tu casa tan pronto como pueda, Branwell.

Asintió con la cabeza en señal de agradecimiento a ambos hombres y luego los vio partir. Sus damas. Dios, qué verdad tan absoluta. Peyton. Amanda. Jodie. Las únicas tres mujeres en el mundo a quienes debía algo. Y hasta ese momento, había fallado por completo a cada una de ellas. Su única esperanza, la única, residía en que todos actuaran con algo de cordura.

No era que eso fuera a influir positivamente en el resultado respecto a Amanda. Podía retractarse de su afirmación de estar embarazada de él, pero dadas las circunstancias en que Josephine actuaría con fría racionalidad y lógica, no le creería. El nacimiento de un descendiente, legítimo o no, supondría un gran obstáculo para el

plan a largo plazo de Josephine. No podía ni iba a permitir que Amanda viviera lo suficiente para dar a luz. Entonces, ¿por qué no la había matado en la carretera esta mañana? Rápido, sencillo, una muerte accidental perfecta. ¿Por qué necesitaba Josephine que Amanda permaneciera con vida, al menos por ahora?

Jonathan soltó un largo suspiro y se pasó los dedos por el cabello. Palson tenía razón, sin duda; cuando el complot de Josephine se revelara, se daría una patada en el pecho por no haberlo visto venir.

Sea cual fuera el plan, las probabilidades de que Peyton saliera ilesa de esa terrible experiencia eran mayores. Después de todo, era hija de Josephine y no representaba amenaza alguna para las ambiciones de su madre. De hecho, si Peyton sobrevivía, Josephine tendría acceso al dinero de su fondo fiduciario sin levantar tantas sospechas. Entonces, ¿por qué también la había secuestrado.

Lo más probable es que no hubiera sido intencionado, razonó. Peyton había sido secuestrada simplemente porque había estado con Jodie en el momento equivocado.

Jodie. Podía verla tan claramente en su mente. La forma tan atractiva en que echó la cabeza hacia atrás para sonreírle, la forma tan segura y hábil en que acarició su cuerpo con las manos y le hizo perder el sentido. Y Dios, qué maravilloso se sintió cuando ella suspiró y se acurrucó en él tan contenta después de hacer el amor. Nunca en su vida se había sentido como cuando estaba con Jodie. Las emociones eran más profundas y fuertes. Y por ridículo que pareciera, el sol realmente brillaba más y la vida ofrecía más esperanza, más felicidad. De hecho, contaba las horas hasta que pudieran reunirse de nuevo y buscaba cualquier excusa para cruzarse en su camino, con tal de acortar la espera.

Conocía las probabilidades de supervivencia de Amanda. También conocía las de Peyton. Pero Jodie... Ella era una superviviente, se recordó a sí mismo. Había crecido en la calle y no había dejado atrás su sensibilidad cuando se mudó a la nobleza. Los había sacado a todos del fuego esa noche en la fiesta. Jodie tenía un

buen sentido común poco frecuente e increíbles instintos de supervivencia. Si tuviera la más mínima oportunidad de luchar o huir, estaría bien. Pero si no hubiera esa mínima oportunidad...

Si tan solo no la hubiera conocido. Si hubiera tenido la paciencia de esperar hasta terminar con Josephine... Pero conoció a Jodie y no pudo resistir la urgencia de sus deseos. Y en algún punto del camino, entre la lujuria, también escuchó los susurros de su corazón.

Jonathan cerró los ojos con un gemido, mientras la comprensión y la certeza se precipitaron por su alma. Sus días de huir de la fealdad y la desilusión de su vida habían llegado a su fin. Nunca más pasaría un año en el mar. Ni otra noche retozando en la cama de una mujer cuyo nombre ignoraba o no se molestaba en recordar. Amasar una fortuna dejaría de ser el propósito principal de sus días. Iba a rezar cada día, por cosas que jamás antes había deseado o que simplemente no le habían importado.

Si moría hoy... o mañana... o pasado mañana... No iba a quedarse quieto y dejar que sucediera. Si iba a salir, iba a ser en la lucha por vivir la vida que nunca pensó que podría tener, que nunca pensó que merecía.

Y si Josephine pensaba que iba a estafarlo con todos esos sueños raros y hermosos cuando estaba tan cerca de lograrlos...

—Jodie, —murmuró, con el pecho apretado, el corazón dolorido y la sangre helada—. Por favor, cariño. Por favor, no le digas que te amo.

Capítulo 18

El mayordomo del duque de Rochester lo anunció en el umbral del estudio del hombre y luego se hizo a un lado, dándole a Jonathan una vista clara de la habitación y de los dos ocupantes masculinos. El duque estaba sentado en su escritorio y el siempre atento Brenley estaba apoyado contra la repisa de la chimenea, sin parecer muy contento de ver a Jonathan. Ninguno de los dos tenía un arma en la mano. Un aspecto positivo definitivo en la situación. Sin embargo, el escritorio estaba cubierto de un sinfín de objetos normalmente inofensivos que podían volverse letales en un abrir y cerrar de ojos. Jonathan avanzó de todos modos, decidido a resolver el asunto.

—Por su aspecto —dijo el duque, reclinándose en su silla—, deduzco que no está aquí para invitarnos a jugar a las cartas en su club.

—No, Su Excelencia, no lo estoy —admitió, deteniéndose entre el par de sillas de cuero rojo frente al escritorio. Y como no tenía sentido intentar eludir el tema, añadió—: Estoy aquí para informarle de que creo que lady Jodie ha sido secuestrada.

—¡¿Qué?! —exclamó Brenley, dando medio paso hacia adelante.

Mientras el duque permanecía sentado en silencio, tomando la medida de Jonathan, continuó diciendo:

—Junto con mi hermana. Parece que fueron sacadas por la fuerza del invernadero de la casa de mi madrastra hace poco más de una hora.

—Tenemos que notificarlo a las autoridades, Dray. Iré ahora mismo...

—Un inspector de Scotland Yard estaba conmigo cuando descubrimos la escena —les aseguró Jonathan—. En este momento, está movilizando todos los recursos oficiales que se pueden emplear para encontrar a Payton y Jodie.

—Muy bien —dijo el duque con firmeza, inclinándose hacia delante, con los ojos duros y oscuros—, ahora que hemos prescindido de la notificación formal y de la transmisión de los hechos más básicos... ¿Quién la tiene y por qué?

—El quién es probablemente mi madrastra. El por qué... —Jonathan negó con la cabeza—. Podría hacer un par de conjeturas, pero eso es todo lo que serían.

Brenley maldijo para sus adentros y luego preguntó:

—¿Tiene alguna idea de dónde podría tener a Jodie? ¿Y a su hermana?

Dios. De todas las preguntas...

—Si lo supiera, ya habría ido, —Brenley dio un paso adelante, con las manos apretadas en puños a los lados.

El duque levantó la mano para detener a su amigo.

—De las dos suposiciones que tiene sobre el porqué, —prosiguió con calma—, dígame cuál es la que más considera.

—Para usarla como cebo —contestó Jonathan, resumiendo el asunto a su esencia—. Josephine me quiere muerto y está usando a Peyton y a Jodie para atraerme a donde sea que haya decidido que hay que hacer el trabajo.

Brenley lo fulminó con la mirada.

—Leslie me ha contado el último capítulo de la saga de Lunatic Branwell, y me parece que hay muchas conjeturas en sus acusaciones. No tiene ni una pizca de pruebas sólidas o físicas contra lady Branwell, ¿verdad?

—Y ahí, señor Brenley, radica la razón por la que no ha sido arrestada ni acusada. Por eso es libre de seguir causando estragos.

—Podría ser —prosiguió el hombre— que simplemente reconociera las inevitabilidades y tuviera la prudencia de invertir en consecuencia.

—Podría —admitió Jonathan—, pero dadas las inclinaciones básicas de Josephine, es mucho más probable que acelerara las muertes para que sus inversiones fueran rentables en su calendario.

—¿Nos está diciendo —replicó Brenley lentamente— que se involucró con Jodie sabiendo que podría ser la próxima víctima de su madrastra?

No era, se recordó Jonathan, que no hubiera anticipado la pregunta, o que nunca se hubiera enfrentado a ella antes. No, lo desmoralizador era que aún no había pensado en una buena respuesta. Lo que significaba que, ahora que estaba en el punto de mira, no había nada que hacer más que servir la verdad absoluta y que la humillación se condenara.

—He descubierto, —comenzó—, una serie de cualidades menos que excelentes sobre mí mismo desde que conocí a Jodie. La más preocupante de ellas es que cuando estoy cerca de ella, mi capacidad intelectual cae a la de un ladrillo de barro. Y a pesar de saberlo, no puedo mantenerme alejado de ella.

Teniendo en cuenta las circunstancias que habían requerido la confesión, la sonrisa del duque no fue la reacción que había esperado. Sin embargo, el refunfuño de Brenley no decepcionó. Pero refunfuñar mientras tiraba una corona de oro sobre el escritorio frente al duque... Claramente, había habido una apuesta sobre algo y Brenley había perdido.

Incluso cuando Jonathan estaba pensando qué decir a continuación, el duque se rió entre dientes.

—Nos ha pasado a los mejores, Branwell. Bienvenido al club. No hay nada que hacer al respecto, solo seguir adelante como

pueda.

No tenía ni idea de qué *se trataba*, pero no le gustaba la idea de que lo vieran como un chapucero. Cuando todo este desastre hubiera terminado, cuando Jodie y Peyton estuvieran de vuelta a salvo en casa... Ser considerado un chapucero no iba a ayudar mucho a su petición de mano de Jodie.

—A pesar de lo que sugiere la situación actual, soy bastante competente. Soy un hombre de negocios de éxito. He amasado una fortuna personal. Estoy...

—Enamorado de Jodie —añadió el duque en voz baja. Maldita sea. ¿Cómo había adivinado eso?

—Y hasta que aprenda a manejar el resto de su vida a la luz de ese hecho, va a sentir como si todo su mundo se hubiera descarrilado. Todo se arreglará en algún momento, pero al principio... —Sacudió la cabeza—. Estúpido como una tapia. Qué descripción tan perfecta. Lo recuerdo bien. Aunque no necesariamente con cariño.

—Sí, pero lo peor que hiciste —observó Brenley— fue destruir el muro. No hiciste que secuestraran a Mariane.

—En realidad, según recuerdo todo ese tiempo, terminé cruelmente nuestra relación y la abandoné a una horda de idiotas y parásitos. Ninguna de las dos cosas fue particularmente amable.

Jonathan arqueó una ceja.

—Estoy seguro de que llegará un momento, Su Excelencia, en el que apreciaré saber que no soy el único zoquete del mundo, pero por el momento, es un consuelo muy pequeño. Estoy más interesado en llevar a Jodie y a mi hermana a casa sanas y salvas.

—¿Y qué es, exactamente, lo que cree que puede hacer en esta coyuntura?

—Estar preparado para cumplir las condiciones de Josephine.

Brenley añadió secamente:

—Arrojarse a la espada y todo eso.

—Sí —respondió él, preguntándose por qué el hombre albergaba un desprecio tan profundo por él—, si eso es lo que se requiere.

El duque sonrió levemente y negó con la cabeza, preguntando:

—¿Se le ha ocurrido que Jodie sería una rehén increíblemente *peligrosa?*

—Sí.

—Francamente, Branwell, —continuó el hombre, levantándose de su asiento—, me preocupa más tener que contratar a un abogado para defenderla de un cargo de asesinato que la posibilidad de tener que rescatarla.

En un mundo perfecto...

—Me gustaría estar tan tranquilo sobre el resultado, Su Excelencia, pero...

—Por supuesto, —dijo él, abriendo un cajón del escritorio—. Es comprensible, —añadió, sacando un revólver. Se lo metió en la cintura del pantalón y, abotonándose la chaqueta para ocultarlo, se acercó al escritorio—. Usted no ha vivido con Jodie tanto tiempo como nosotros. Suponiendo que Lady Branwell envíe sus demandas a su residencia, sugiero que vayamos allí y esperemos su llegada.

—¿Brenley? —preguntó, deteniéndose junto a Jonathan para mirar a su amigo—. En el caso de que ella las envíe aquí, ¿estaría dispuesto a...

—Por supuesto.

Y con esa promesa, el cuñado de Jodie señaló la puerta del estudio y sonrió.

—¿Vamos?

Conseguir la ayuda del hombre no había sido la razón por la que había venido, pero sabiendo que no podía rechazarla, Jonathan

asintió y siguió al hombre hasta la puerta, atravesó el vestíbulo y bajó los escalones de la entrada.

—Una aclaración, Branwell, —dijo una vez que estuvieron en el carruaje y en camino—. A los ojos de Adam Brenley, ningún hombre va a ser lo suficientemente bueno para Jodie.

Bueno, era bueno, supuso, saber que no era una animosidad puramente personal.

—¿La ama?

—Más bien como un hermano mayor, adorador y completamente ciego a sus defectos. Cambiará de opinión con el tiempo. Cuando vea a Jodie feliz en su vida con usted.

—Está asumiendo que ella aceptará casarse conmigo.

Él se encogió de hombros y asintió.

—También doy por hecho que usted va a pedirla en matrimonio.

Y ambos daban por hecho que Jodie iba a salir viva de la desventura y no enfadada con él por haberla metido en ella. Pero si los dioses de la buena fortuna se dignaban sonreírle...

—¿Se opondría a nuestro matrimonio?

El duque resopló y se rió entre dientes.

—¿Le importaría un poco a cualquiera de ustedes mi opinión en uno u otro sentido?

—Probablemente no, —admitió Jonathan—. Al menos a corto plazo.

—Entonces no veo mucho sentido en interponerme en el camino. Y como ya han tenido la noche de bodas y aparentemente se han encontrado lo suficientemente compatibles como para seguir con la luna de miel en los días posteriores, considero que una boda es una mera formalidad en este momento.

Ya habían tenido su noche de bodas. Era una idea interesante. Esa primera vez con Jodie ciertamente no había sido en absoluto como él se había imaginado que sería una noche de bodas. En sus visiones siempre había habido mucha incomodidad, persuasión y ninguna satisfacción real más allá de conseguir el hecho de que el matrimonio fuera oficial. Y, a decir verdad, nunca había esperado que los días y años posteriores fueran más satisfactorios que esa primera noche. Un título, una esposa, un número adecuado de hijos, una finca productiva, todas sus obligaciones con la sociedad cumplidas de manera superficial y sin alegría.

—¿Qué opina?

—Que hasta que conocí a Jodie mi vida era de expectativas miserablemente bajas.

El duque se rió suavemente.

—Le sugiero que mantenga bajas algunas de sus expectativas. Es una cocinera terrible. Si se la dejara sola, simplemente vagaría y llamaría comida a cualquier cosa que encontrara.

Como la niña de la calle que había sido una vez. Jonathan contempló el mundo fuera del carruaje y puso firmemente sus esperanzas en el hecho de que buscar comida no era todo lo que le quedaba de sus instintos de supervivencia.



Maldita sea, le dolía la cabeza. No podía abrir los ojos. Si lo intentaba, se le saldrían de la cabeza, y entonces, ¿dónde estaría? Ciega, se respondió a sí misma. No es que no estuviera ciega con ellos cerrados, pero al menos así era una cuestión de elección y no una discapacidad permanente.

Dios. Su cerebro era un desastre. Como si sus ojos realmente pudieran salírsele. Y, desde luego, había cosas mucho más

importantes en las que pensar. Empezando por… por… Bueno, todo su cuerpo le dolía. Especialmente los brazos. Probablemente, sugirió su mente lenta, porque estaban atados a la espalda. Y el derecho le dolía más que el izquierdo, porque estaba acostada de lado y él le aplastaba ese brazo.

Sus pies… Se concentró en las sensaciones de sus tobillos. Bueno, había un punto a favor: no estaban atados. ¡Oh! ¡Otro punto aún mejor! No la habían registrado. Su cuchillo seguía en la funda de la liga. Podía sentir la empuñadura presionando contra la pantorrilla.

Animada por la esperanza, volvió a escrutar el mundo más allá de sus ojos cerrados. Solo tenía las manos atadas y estaba tendida de lado en…

¿Un suelo? Sí, era duro, frío, desnudo. Y, a juzgar por cómo le hacía cosquillas la nariz, polvoriento. Pero no tan frío como la piedra. Así que probablemente era un suelo de madera. En la casa de una mala ama de llaves.

¿Una mala ama de llaves? Como si ese dato fuera importante. Probablemente era más importante saber dónde estaba la casa. Aunque, de nuevo, podría no ser una casa. Podría ser un almacén. O un bonito establo.

No, no era un establo. No olía ni a heno, ni a caballos, ni a cuero. ¿Un almacén? Si lo era, estaban lejos de los muelles, porque no podía oler el río. Y, ahora que estaba notando las cosas con un poco más de claridad, tampoco sentía la humedad en la ropa. Aparte de esa insignificante cantidad de información deducida... No había otra opción real al respecto; iba a tener que arriesgarse a echar un vistazo de verdad. Levantó las pestañas del ojo izquierdo un poquito, lo justo para que su corazón se acelerara.

Tragó saliva e instantáneamente deseó no haberlo hecho. Conteniendo la respiración mientras el fuego le raspaba la piel viva hasta los pulmones, Jodie resistió la tentación de lloriquear, negándose a darle a la mujer al otro lado de la cama ni un ápice de satisfacción.

¿Cómo diablos se podía sentir mareada tumbada en el suelo? Inspiró lenta y profundamente y se obligó a pensar en la situación en la que se encontraba. Tenía los brazos atados y estaba tumbada en el suelo de lo que parecía un dormitorio. Como no veía ninguna alfombra en el suelo, probablemente era el dormitorio de una persona pobre o de una posada de mala calidad.

Y, dada la claridad de la luz del sol que había vislumbrado en su rápida ojeada, todavía era bastante temprano. Lo cual no era tan importante, excepto para preguntarse si había pasado suficiente tiempo como para que alguien se diera cuenta de que ella y...

¡Peyton! Con el corazón latiéndole con fuerza, Jodie volvió a abrir los ojos y miró más detenidamente. No, los dobladillos del vestido que podía ver al otro lado de la cama no eran de Peyton. Peyton no vestía bombazina negra. Jodie miró hacia la parte inferior de la cama y luego, aliviada, volvió a fingir que seguía inconsciente.

Ella estaba en el suelo. Peyton estaba en la cama. Josephine estaba sentada en una silla al otro lado de la habitación. Solo había pasado una o dos horas desde que ella y Peyton habían sido sacadas del invernadero.

Ahora que sabía todo eso, ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Esperar a que las rescataran? Sí, Jonathan vendría a buscarlas, sin duda derribando la puerta en el proceso, pero ¿cuánto tardaría en llegar? ¿Y cómo sabría dónde estaban y qué puerta derribar? A menos que Josephine le enviara una nota con instrucciones...

Bueno, ahora que lo pensaba, era probable que eso fuera justo lo que la mujer tenía en mente. Una especie de invitación. *Se solicita el placer de su compañía en... donde sea... y si no se presenta, tanto su hermana como su amante morirán.*

A medida que avanzaban los planes y las tramas, tuvo que admitir que ciertamente tenía una agradable calidad teatral. Sin embargo, por qué Josephine se tomaría tantas molestias... Una bala disparada desde un carruaje que pasara a toda velocidad por

delante de las oficinas del almacén sería igual de eficaz y considerablemente más fácil. Jonathan muerto era Jonathan muerto.

Y, se aseguró apresuradamente Jodie mientras su corazón se hundía en su estómago, Jonathan seguía muy vivo. Tenía que estarlo o Josephine no habría tenido ninguna razón para secuestrarla a ella y a Peyton. Y definitivamente no habría ninguna razón para que ella y Peyton siguieran vivas.

—¿Por fin te despiertas?

El corazón de Jodie dio un salto y golpeó contra las paredes de su pecho.

—¿Por qué está haciendo esto?

El alivio de que Josephine no estuviera hablando *con ella* fue instantáneo y completo. Fue seguido en el mismo segundo por una asombrada comprensión. ¿Amanda Cookson? ¿Josephine también tenía a Amanda cautiva? ¿Por qué? Jodie se esforzó por escuchar por encima del estruendo de los latidos de su corazón.

—Porque, —respondió Josephine—, es una oportunidad demasiado perfecta como para dejarla pasar.

¡Dios! Si no estaba Peyton en la cama... ¿Qué había hecho Josephine con Peyton?

—¿Oportunidad para qué?

Buena pregunta, Amanda. Pero casi lloras mientras la hacías. Anímate un poco, chica.

—Jonathan atrapado en un triángulo amoroso. Tiene que admitir que es absolutamente creíble. Las autoridades no tendrán la menor duda de lo que pasó cuando se descubra la escena. Oh, el horror de esto será impactante, por supuesto. Será terriblemente complicado. Tan complicado, de hecho, que no pensarán en mirar más allá de lo obvio y hacer preguntas incómodas.

—¿Triángulo?

—Usted, Jonathan y lady Jodie Sheldon.

—Oh.

—Le permitiré escoger su papel en este drama —continuó Josephine—. ¿Preferiría ser el cuerpo hallado en la cama, envuelto en los brazos del pobre Jonathan muerto? ¿O acaso prefiere ser la mujer agraviada que hallaron al pie de la cama, quien mató a su amante y a su rival antes de dispararse trágicamente?

Buen plan. Interesante de una manera decididamente enfermiza. Respondía a la pregunta de por qué ella y Amanda seguían vivas. Y era seguro que Josephine no mataría a nadie hasta que llegara Jonathan. Por supuesto, los hechos básicos también dejaban bastantes preguntas sin respuesta. Los disparos tendían a llamar la atención y a atraer multitudes. Sin embargo, cómo pretendía Josephine poner a todos en posición en el momento justo para que tres disparos rápidos contaran justo cuando ella lo necesitaba... Luego estaba la parte de escapar después sin ser vista. Eso sería complicado. Especialmente cuando la gente corriera hacia los sonidos de los disparos.

¿Y cómo encajaba Peyton en el gran plan? ¿Josephine había planeado alguna vez que la secuestraran? ¿La habían tirado en algún lugar de la carretera cuando se descubrió el error? Dios, Jodie esperaba que sí.

Peyton podría estar con Jonathan ahora, relatándole lo ocurrido y... ¿y qué más? Poco, si la habían arrojado como despojo antes de llegar a la habitación.

—Preferiría —replicó Amanda, con una voz teñida de acero alentador—, ser la superviviente, herida en el asalto, y poder contar a las autoridades lo ocurrido cuando la loca Lady Jodie irrumpió en la habitación.

—Es una opción —reconoció Josephine—. Y si creyera que existe la más mínima posibilidad de que no espere una recompensa económica por su complicidad, lo consideraría seriamente. Pero, como no me gusta compartir, y un testigo superviviente no es en

absoluto necesario para que el plan funcione a la perfección, tendré que rechazar su amable oferta.

—Admiro —prosiguió Josephine— cómo funciona su mente. Parece una mujer que se parece mucho a mí.

—Lo cual es probablemente la consideración más importante, mi querida señorita Cookson, de por qué no puedo permitir que viva un día más.

—¿Dónde están Jonathan y Jodie? ¿También los ha secuestrado?

—Lady Jodie está en el suelo al otro lado de la cama, atada con correas y drogada con cloroformo hasta quedar inconsciente. Jonathan llegará en breve para hacer de caballero andante e intentar rescatar a su damisela en apuros.

No estoy en apuros. Estoy esperando el momento oportuno.

—En realidad, —dijo Josephine arrastrando las palabras sobre el crujido de la batista—, ahora que lo pienso, me temo que debo retirar mi oferta de dejarle elegir su papel, señorita Cookson. —Las tablas del suelo crujieron—. Será mucho más fácil llevar a Jonathan a la cama si es Lady Jodie la que está acostada en ella, esperándolo.

—¿Adónde va?

Gracias por preguntar, Amanda.

El pomo de la puerta chirrió al girarse; las bisagras gimieron.

—Para asegurar la fuerza necesaria para cambiar sus posiciones y las de lady Jodie. No se vaya ahora. Ahora mismo vuelvo.

La puerta se cerró suavemente. Mientras lo hacía, Amanda sollozó.

—Oh, deje de lloriquear —espetó Jodie, girándose sobre su espalda y sentándose—. Tenemos dos segundos para salir de aquí.

—¡No está inconsciente!

Jodie se puso de pie con dificultad y replicó:

—¿Se suponía que tenía que haber anunciado lo contrario?

—No, supongo que no.

—Y gracias por venderme para salvar su maldito pellejo.

—Estaba desesperada. Usted habría hecho lo mismo.

No, ella no lo habría hecho.

—Baje la voz —ordenó Jodie, tambaleándose al borde de la cama—, para que no nos oiga todo el mundo. Y siéntese.

Amanda obedeció, y sus movimientos proporcionaron a Jodie dos datos. El primero era que los rizos de la cabeza de la mujer eran un postizo que corría el riesgo de caerse en cualquier momento. La segunda era que quienquiera que la hubiera secuestrado no tenía mucha experiencia en esas cosas.

—Dios, no puedo creer que le ataran las manos por delante —dijo Jodie, deteniéndose a su lado—. Ruede de la cama y luego meta la mano por debajo del dobladillo de mi falda. En la pantorrilla de la pierna derecha hay un cuchillo. Cójalo y tenga cuidado con la hoja. Está afilada.

Bueno, Amanda se merecía un reconocimiento por seguir bien las instrucciones. Perdió un poco de respeto cuando el postizo cayó al suelo y contuvo un sollozo, pero, en general... Cuando logró sacar el cuchillo sin cortar a ninguna de los dos, Jodie se dio la vuelta y le mostró sus muñecas atadas.

—¿Adónde vamos a ir? —preguntó Amanda, cortando los trapos—. Solo hay una puerta, y si vamos por ahí, es probable que nos encontremos con Lady Branwell regresando con sus matones.

—Considerando la magnitud de su plan —replicó Jodie mientras retiraba las manos de la atadura y se volvía para tomar su cuchillo—, probablemente haya varias salidas justo afuera de la puerta. —Cortando las ataduras de Amanda con un rápido tajo, agregó—: De

hecho, le apuesto diez libras a que una de ellas está a menos de dos pasos y conduce directamente al exterior.

Amanda se agachó para recuperar su postizo.

—¿Y si no la hay?

—La hay —le aseguró, abriéndole camino hacia la puerta, con el cerebro funcionando de manera eficiente y adelantándose al momento—. ¿Ha visto a Peyton?

—¿A quién?

—A lady Peyton. La hermana de Jonathan. Nos sacaron juntos del invernadero.

—No. Pero, bueno, llevo dormida desde que el carruaje volcó.

¿El carruaje volcado? Por muy curiosa que fuera la historia, tendría que esperar unos momentos. Jodie se llevó el dedo a los labios y escuchó junto a la puerta. Al no oír nada, giró el pomo, la abrió apenas y echó un vistazo al pasillo. Había bastantes puertas, todas iguales y espaciadas con regularidad a lo largo del corredor.

Una posada. Y, a juzgar por la pintura desconchada y sucia, una de mala reputación. Como si Jonathan llevara a cualquier mujer a un lugar tan sórdido.

Jodie empujó a Amanda de su espalda y abrió la puerta lo suficiente para que asomara la cabeza. Ah, qué bien que tenía razón. Había tres puertas que no conducían a habitaciones. Una al final del pasillo que daba al exterior, otra en el medio que obviamente conducía a la parte principal de la estructura y otra a su izquierda.

—Gano diez libras, —susurró, abriendo de par en par la puerta y cruzando rápidamente el umbral—. Vamos.

No hubo necesidad de dar instrucciones a Amanda dos veces. Tampoco hubo necesidad de comprobar si la mujer la seguía. En la corta distancia y el tiempo que tardó en llegar a la otra puerta, pisó los talones de Jodie tres veces.

—Por medio penique, —murmuró mientras abría la puerta de un tirón y saltaba al exterior. Amanda pasó junto a ella a toda velocidad, con el postizo en una mano y las faldas recogidas en el puño de la otra, sujetando los dobladillos muy por encima de los tobillos. Jodie se detuvo lo suficiente para cerrar en silencio la puerta tras ellas, luego movió la empuñadura del cuchillo que tenía en la mano, levantó los dobladillos y se fue tras Amanda.

—Podría dejar que te las apañaras sola, —terminó Jodie, mirando con furia la espalda de la mujer y siguiendo su ritmo—. Y si no estuviéramos en Whitechapel...

La posada estaba fuera de su vista y a una buena distancia detrás de ellas cuando Amanda finalmente aminoró la marcha, se desplomó contra una pared de estuco deteriorada y jadeó para recuperar el aliento. Jodie se acercó trotando y la miró.

—No sabes esgrima, ¿verdad?

Ignoró la mirada dura que le dirigió Amanda y continuó diciendo:

—Dijo que el carruaje se volcó. ¿Qué carruaje? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Quién estaba con usted?

—En la carretera al sur de Londres, —respondió Amanda, sosteniendo su mano contra su costado—. Esta mañana temprano. Lord Palson estaba conmigo.

—¿Está bien?

—Estaba vivo cuando me sacaron de los escombros y me taparon la cara con un trapo. Lo que pasó después... no puedo contárselo.

Jodie esperaba que Palson no solo estuviera vivo, sino que también hubiera regresado directamente a Londres y encontrado a Jonathan. Si no estaba... Si no había... Levantó la vista al cielo, tratando de calcular la hora y adivinar qué podría haber pasado en las horas transcurridas desde que ella y Peyton habían sido sacadas del invernadero. ¿Habían oído los sirvientes la pelea y habían

avisado a las autoridades? ¿Había Peyton encontrado el camino a casa y transmitido la historia de lo que había sucedido?

¿Tenía Jonathan la más mínima idea de que Josephine había puesto en marcha su plan? Si no la tenía, ¿dónde estaría a esta hora del día? ¿Dónde debería ir a buscarlo, para advertirle? ¿Al almacén? ¿A su casa de la ciudad? Dios, ¿tenía un club?

Había tantas cosas sobre él que no sabía, tantas cosas que pensaba que tendría para siempre para aprender. Sobre tostadas y café y el periódico de la mañana en la cama. Tarde en la noche en el jardín, viendo salir la luna con Jonathan a su espalda, sus brazos rodeándola y sosteniéndola cerca. En los viajes en carruaje hacia y desde el teatro y las casas de campo y en las fiestas y...

Jodie respiró lentamente y se tragó su miedo. La crudeza de su garganta le hizo volver por completo al momento, a la necesidad de pensar con claridad y racionalidad.

Que Jonathan no supiera que la trama estaba en marcha era una cosa. Que lo hiciera era otro asunto completamente distinto; lo cambiaba todo. Si lo sabía, ¿qué estaría haciendo y dónde sería más probable que ella lo encontrara para hacerle saber que estaba a salvo? Podría estar en cualquier parte. El almacén, su casa en la ciudad, la de Josephine.

Josephine.

Oh, Dios mío. ¿Y si Josephine ya había enviado la invitación? ¿Estaba Jonathan ahora mismo de camino a la posada y a punto de caer en la trampa mortal? ¿Qué haría Josephine cuando descubriera que el cebo se había desprendido del anzuelo? ¿Huir? Solo en un mundo donde no existieran la codicia, el resentimiento y la venganza.

Con el corazón retorciéndose y el estómago convirtiéndose en plomo, Jodie se enfrentó a Amanda y se jugó el amor.

Capítulo 19

Jonathan iba y venía por su estudio, refunfuñando en silencio por no tener absolutamente nada más que hacer en esa situación. Esperar era algo que hacían los niños pequeños y los ancianos, no los comerciantes y compañeros de éxito. Echó un vistazo a la silla y se preguntó por centésima vez cómo podía el duque sentarse allí y leer un libro con calma.

—Porque conozco a Jodie —soltó el hombre sin levantar la vista de la página—. Si ve aunque sea una mínima oportunidad de cambiar las tornas, la aprovechará.

—¿Y si no tiene esa mínima oportunidad?

—Creará una de la nada. Tenga fe en ella. Es extraordinariamente ingeniosa.

Jonathan se frotó las manos en la cara y luego se pasó los dedos por el pelo.

Ante su suspiro exasperado, el duque añadió:

—Y si no, puede sorprenderla con su ingenio cuando lady Branwell lo convoque a la escena.

—No me interesa sorprenderla, Su Excelencia. Solo quiero que esté a salvo. Preferiblemente en el próximo minuto y medio.

—Ya sabe lo que dicen de la paciencia.

—Es para los santos, —gruñó, paseando de nuevo. Él no era un santo, nunca lo había sido. Y teniendo en cuenta que tenía la

intención de matar a su madrastra en la primera oportunidad que tuviera, las probabilidades estaban en su contra.



Jodie apartó el hombro de la desmoronada pared de yeso, se apartó los dobladillos y luego miró hacia otro lado el tiempo suficiente para echar a la curiosa rata hacia el fondo del callejón. Ignorando los chillidos y las carreras, volvió a centrar su atención en la parte delantera de la posada. Allí estaban las personas habituales de las tardes de los días laborables en Whitechapel, moviéndose arriba y abajo por los pasillos, el tráfico habitual en la calle.

Lo que no encajaba allí era lo que le interesaba: el carruaje de la familia Garvey. Éste y otros dos vehículos —un coche de alquiler con AT AT MARQUAT'S pintado en la parte trasera y un destartalado carro de reparto con plataforma abierta— ya estaban aparcados a lo largo del camino frente a la posada cuando ella regresó y se adentró en las sombras del callejón. No había rastro del cochero de los Garvey. Tampoco había señales de Peyton. Las riendas del carruaje de reparto también estaban atadas. Solo el caballo tenía un cochero en su lugar y estaba echando una siesta en el cajón.

Dios. ¿Cuánto tiempo tardaría Josephine en salir corriendo por la puerta de la posada y meterse en su carruaje? Seguro que a estas alturas la mujer ya se había dado cuenta de que ella y Amanda habían escapado. Sin las dos, el plan estaba arruinado. A menos, pensó Jodie, con el estómago retorciéndose, que Josephine estuviera dispuesta a renunciar a la elaborada puesta en escena y contentarse con disparar a Jonathan en el momento...

No, se aseguró rápidamente Jodie. Josephine necesitaba una escena cuidadosamente elaborada. Si no la tenía, sería una sospechosa segura de la muerte de Jonathan y eso pondría en riesgo el dinero del seguro. Por no mencionar la herencia. Josephine

lo quería todo, gratis y fácil; esa era la razón principal de todo esto, de todos los asesinatos. No, era poco probable que se rindiera y se fuera corriendo a esconderse.

Pero sin los amantes de Jonathan en sus manos... ¿Con qué contaba la mujer? Su chófer, tal vez una de las trabajadoras de la posada, tal vez un cliente borracho... Pero ponerlos a todos en su sitio sin despertar sospechas, y tan rápido... Seguro que Josephine tenía que saber que se le acababa el tiempo, que ella y Amanda se habrían dirigido directamente a Jonathan para advertirle. A menos que...

—No —dijo con firmeza—. Deja de volverte loca.

El sonido era débil, pero cercano y revelador. Se apartó la falda hacia un lado, envió otra rata volando de nuevo a las sombras más oscuras del callejón y luego volvió a su vigilia, murmurando:

—Asquerosa...

Con el corazón latiéndole con fuerza, se adentró en las sombras protectoras de la pared para observar cómo dos hombres transportaban una alfombra enrollada por el costado de la posada, rumbo a la calle. Un tercero salió por la puerta tras ellos, gritó algo y volvió al interior mientras los otros seguían su camino.

Un jirón de tela blanca y sucia colgaba, inerte, de la parte delantera del rollo. ¿Una sábana?, se preguntó, siguiendo su avance. ¿Una sábana dentro de una alfombra? Aquella posada no era precisamente un lugar en el que la limpieza o la decoración importaran. Demonios, probablemente esas alfombras jamás habían sido sacudidas, ni siquiera para quitarles el polvo. ¿Por qué iban a...?

Los hombres giraron la esquina del edificio, dirigiéndose con toda claridad hacia el camión de reparto. Y con la misma certeza, ahora que podía ver la longitud completa del bulto, comprendió que una sábana no era lo único que contenía. Abultada y llena de protuberancias, la alfombra tenía exactamente la forma irregular que adquiriría si envolviera un cuerpo.

Los hombres se detuvieron junto a la carreta, ajustaron la carga y luego la hicieron rodar por sus hombros hasta dejarla caer sin miramientos sobre la plataforma. Una nube de polvo se alzó al impactar contra los tablones de madera con un golpe sordo y contundente.

Incluso cuando el polvo seguía arremolinándose hacia arriba, uno de los hombres se subió a la caja y tomó las riendas. El otro caminó hasta el coche de alquiler, se detuvo en la puerta para hablar con alguien que estaba dentro y luego golpeó el costado para despertar al conductor antes de dirigirse al carruaje de los Garvey. Mientras se subía a la caja, el conductor de la carreta la sacó de la línea y se metió en el tráfico. El coche de alquiler lo siguió inmediatamente.

Jodie salió de las sombras y se dirigió rápidamente hacia la entrada del callejón, con el corazón acelerado. Durante un segundo, la luz fue cegadora, pero se protegió los ojos de lo peor justo a tiempo para ver el carruaje doblar la esquina. Cuando desapareció de la vista, el carruaje también se alejó de la posada.

Jodie lo vio abrirse camino por la calle, siguiendo no al carruaje, sino al carro de reparto con su espantosa carga. ¿Quién estaba muerto?

se preguntó. ¿El conductor de los Garvey? Su corazón se estremeció ante otra posibilidad.

Cerró los ojos de golpe, ignoró los frenéticos latidos de su corazón e invocó la imagen de la alfombra de su memoria. No. Gracias a Dios que no. Jonathan no había llegado en el tiempo que le había llevado regresar a la posada. Habrían hecho falta tres, tal vez cuatro, hombres para llevarse su cuerpo y deshacerse de él. Y el muerto era el cochero de los Garvey, solo si era un hombre pequeño. Un hombre realmente pequeño, un hombre del tamaño de... Peyton. Jodie se tragó el estómago, abrió los ojos y deliberadamente forzó su mente en otra dirección. Josephine tenía que haber sido la pasajera en el carruaje. ¿Adónde iba? ¿Y por qué no había tomado el carruaje familiar?

No importaba, se aseguró Jodie. Lo que importaba era que, contra todo pronóstico, Josephine había abandonado el juego y huido. El peligro había pasado. Quizá volviera; quizá no. Pero por ahora...

Jodie se tragó el nudo que tenía en la garganta y se obligó a respirar. El día no había terminado y aún quedaban cosas difíciles por hacer. Amanda no podía ir tan por delante de ella. Si se daba prisa... Al salir a la calle, Jodie levantó la mano.

Un coche de alquiler se detuvo al final de la manzana para dejar a sus pasajeros, y Jodie corrió hacia él, decidida a alcanzarlo antes de que alguien más pudiera reclamarlo. Llegó justo cuando el hombre descendía al andén. Aferrándose al pomo de la puerta para dejar claro que el viaje era suyo, asintió con la cabeza al ver que él se quitaba el sombrero, y se mordió el interior del labio inferior para no sonreír. El bombín, de fieltro barato y fino, era nuevo, y el traje, el uniforme de un empleado respetable. Había que reconocerle el esfuerzo por ir a la moda. Lástima que su sastre pareciera haberle robado la manta a cuadros a algún pobre caballo para confeccionarlo.

El hombre se volvió y extendió la mano hacia el interior del coche de alquiler. Jodie se tragó un gemido de frustración.

El primer pie que emergió del interior del coche la hizo alzar una ceja. ¿Mulas de tacón alto? A mediodía en Whitechapel. Sin medias. Sin enaguas. Falda de gasa cubierta de encaje. Bueno... cada quien con su uniforme.

Mirando hacia el suelo, Jodie apretó los dientes y resistió la tentación de apartar a los dos de su camino. *El tiempo es dinero, señora,* le recordó en silencio a la mujer que prácticamente se abría camino a empujones para salir del coche de alquiler. *Y usted está desperdiciando ambos.*

En el mismo instante en que hubo suficiente espacio entre las faldas de la mujer y el coche de alquiler, Jodie se deslizó dentro, saltó al escalón y miró al conductor.

—¿A la misma hora la semana que viene, Roger?

Jodie se quedó paralizada cuando la voz se registró en su memoria. Ella respondió rápidamente.

—¿Diana? ¿Diana Dalea?

Los ojos que la miraban estaban muy pintados y delineados con kohl.

Y muy abiertos por el asombro al reconocerla.

—Qué casualidad encontrarte aquí —soltó Jodie secamente—. Ojalá tuviera tiempo de visitarte, pero... —Se encogió de hombros—. Saluda a tu madre de mi parte y dile que, como mi hermana ya ha tenido al bebé, podremos almorzar la semana que viene. Yo, personalmente, estoy deseándolo.

Diana no pronunció una sola palabra. No es que hubiera mucho que pudiera decir, admitió Jodie mientras volvía a mirar al conductor, le dio la dirección de la casa de Jonathan y le prometió el doble de la tarifa si volaba. Diana, con cara de horror, seguía allí de pie con su cliente, que hojeaba su calendario de bolsillo, cuando Jodie entró en el carruaje, cerró la puerta tras de sí y dio una patada en la pared.

El vehículo se puso en marcha al instante, llevándola lejos de un mundo que se había vuelto demasiado feo, demasiado extraño. Se frotó las manos en la cara y luego se reclinó en el asiento para mirar hacia el techo. Secuestros y asesinatos, ratas, burdeles y putas. Un día normal, nada destacable en el mundo de las calles pobres de Londres. Cuánto había avanzado en solo seis años. Si Dios existía... No, aunque no existiera, nunca más en su vida volvería a este lugar.



—Disculpe la intrusión, Su Señoría.

Jonathan se dio la vuelta al oír la voz de su mayordomo y vio al hombre de pie en la puerta del estudio, con un trozo de papel en la mano enguantada.

—¿Acaba de llegar? —preguntó Jonathan, con el corazón latiendo con fuerza mientras se acercaba a cogerlo.

—Sí, Su Señoría —respondió mientras se lo entregaba—. Un mensajero lo entregó en la puerta de la cocina, diciendo que era de gran importancia.

Jonathan abrió el trozo de papel doblado y encontró una dirección garabateada por una mano desconocida. No había instrucciones, ni amenazas ni promesas. No eran necesarias. Apretó los dientes y le entregó la nota al duque.

—Gracias, French —llamó, con la mente acelerada—. Por favor, dígale a John que me iré en un momento.

El mayordomo hizo una reverencia y se marchó mientras Jonathan cruzaba la habitación hacia su escritorio y el duque observaba en silencio:

—Está en Whitechapel.

—¿Conoce el edificio?

—No en persona.

—No importa —replicó—. Sacó un revólver del cajón del escritorio y comprobó el tambor—. Lo encontraré. Si fuera tan amable de llevar esta nota a lord Palson en Scotland Yard y solicitarle que se reúna conmigo allí, se lo agradecería.

El duque dobló la nota.

—Uno de sus empleados puede ir corriendo.

—Yo voy con usted.

Jonathan entendía los motivos del hombre. Si estuviera en el lugar del duque, tampoco aceptaría el papel de mensajero. Pero había una gran diferencia entre ser parte de un rescate y ser parte de una venganza.

Metió el revólver en la cintura de sus pantalones y sacó su chaqueta del respaldo de la silla del escritorio.

—Mi madrastra va a estar muerta al final de esto, —anunció con total naturalidad mientras se metía los brazos por las mangas—. Si está allí cuando suceda, se le considerará cómplice, en el mejor de los casos. En el peor, un cómplice. Un escándalo es incluso más seguro que un juicio.

—Los escándalos se desvanecen y pasan. En cuanto a los aspectos legales... El testimonio jurado de un duque tiene un peso considerable. Si hay juicio, será muy corto.

Jonathan asintió con la cabeza, tomó la nota del duque y se dirigió a la puerta.

—¡French!



Jodie se escabulló detrás del tronco de un viejo roble y luego miró con cuidado a su alrededor, parpadeando con incredulidad. Incluso cuando trataba de negar la certeza de lo que estaba viendo, su corazón se hundió. Fragmentos de conversación, expresiones y gestos fugaces, surgieron de su memoria, colocando las piezas del oscuro y retorcido rompecabezas en un lugar innegablemente perfecto. Las lágrimas de rabia brotaron de sus ojos, pero se las enjugó y se agachó para arreglarse los dobladillos.

Con la empuñadura de su cuchillo en la palma de la mano y la hoja apoyada en la parte inferior de su antebrazo, se dirigió hacia el costado de la casa en busca de una ventana abierta. No había otra opción, no había forma de evitar la verdad. Lo que había que hacer, había que hacerlo. Y hacerlo bien. Podría lamentarlo más tarde.

—¡French!

Su llamada aún resonaba por el pasillo cuando la puerta principal se abrió de golpe. Por un segundo se preguntó por qué demonios estaba su mayordomo afuera; al siguiente, su corazón se llenó de alivio.

—¡Peyton! —gritó, abriendo los brazos—. ¡Gracias a Dios!

Ella se sobresaltó y levantó la vista del suelo del vestíbulo, con los ojos muy abiertos de sorpresa al verlo allí esperándola. Por un segundo solo se movieron los dobladillos de sus faldas, y luego su rostro se arrugó mientras chillaba y se arrojaba a sus brazos, gritando su nombre y enterrando su rostro en su pecho. Él la abrazó fuerte y luego tomó sus brazos por la parte superior y la apartó lo suficiente como para poder mirarla de arriba abajo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien —le aseguró ella sin aliento—. Pero mi madre tiene a Jodie. Y a esa mujer, Amanda, también. No puedo decirte dónde. No conozco las calles. Pero puedo llevarte allí.

—Si me permite la indiscreción... ¿Cómo se escapó?

Peyton jadeó y apartó la mirada, la sangre abandonando su rostro.

—Este es el duque de Rochester —aseguró Jonathan con rapidez, apartándose para que el hombre quedara completamente a la vista—. Es el cuñado y tutor de Jodie.

—M-m-madre me dejó ir —respondió Peyton con voz entrecortada, jadeando y lanzando miradas nerviosas por todo el vestíbulo—. Me metió en un taxi y me ordenó que regresara a casa y fingiera no saber nada, o me mataría. —Respiró hondo, fijó la mirada en Jonathan y tragó saliva—. Está loca, Jonathan. Completamente loca. Tienes que detenerla. Tienes que hacerlo.

—Cálmate, Peyton. Debes concentrarte en lo que ocurrió. ¿Sabes si están bien?

—Estaban bien la última vez que las vi. Atadas, pero bien.

—Ah, French —murmuró al divisar a su mayordomo doblar la esquina. Jonathan soltó a Peyton y fue a su encuentro a mitad de camino, entregándole la nota—. Que uno de los empleados se la lleve directamente a lord Palson en Scotland Yard. Él sabrá qué hacer. Dígale también que Lady Peyton ha sido rescatada sana y salva.

Cuando el mayordomo se fue, Jonathan oyó a Rochester preguntar:

—¿Cuántos hombres tiene contratados Lady Branwell?

—No lo sé, —respondió Peyton, con un deje de frustración en la voz—. ¿Cómo podría saberlo?

Jonathan volvió a acercarse a ellos y le pidió la misma información de otra manera.

—¿Cuántos hombres te sacaron del invernadero, Peyton?

Ella los miró a ambos.

—Dos —contestó, y el tono de su voz subió, su respiración se volvió repentina, rápida y superficial—. ¿Y qué importa? Estamos perdiendo el tiempo con todas estas preguntas tontas. Tenemos que irnos...

—Te quedas aquí, Peyton —ordenó él, tomándola del brazo. El duque se hizo a un lado y retrocedió para dejar que él la guiara al estudio y hacia uno de los sillones de cuero—. Siéntate, respira hondo y recobra el sentido. Haré que el personal te traiga una taza de té y volveremos con Jodie antes de que termines el primer sorbo.

Ella se soltó de su brazo, dio dos pasos hacia atrás y apretó el puño sobre la tela de la falda.

—Pero tengo que llevarte allí.

—No, lady Peyton, no tiene que arriesgarse más —la aseguró el duque, con voz tranquila y reconfortante mientras apoyaba una cadera en el escritorio de Jonathan—. Tenemos la dirección. Su madre la envió.

—Yo no... —Tragó saliva y se apretó la falda con fuerza—, Pero...

En lo más profundo de su cerebro, sonó una alarma sorda. ¿Por qué Peyton estaba al borde del pánico? ¿Por qué insistía en mantener su rumbo? Se lo habían explicado. La habían tranquilizado. Estaba a salvo. Echó un vistazo al duque. Muy bien, ya eran dos los que estaban desconcertados.

—Pero, ¿qué ocurre, Peyton? —preguntó Jonathan con voz suave—. ¿No es que…?

Su corazón dio un vuelco de alegría mientras las rodillas le flaqueaban de alivio.

—¡Jodie! —gritó, dirigiendo la mirada hacia la esbelta figura vestida de oscuro en el umbral—, Gracias... —Se quedó paralizado en medio de su paso, con el pulso acelerado y la sangre de repente tan fría como la mirada de Jodie.

—Lo que ella no sabía, —dijo Jodie en voz baja, avanzando lentamente hacia la habitación, con la mirada clavada en la de su hermana—, es que su madre ya había mandado a buscarte y el *pero es* para ganar tiempo.

Miró a Peyton. Su rostro estaba completamente pálido. Su mirada, fija en Jodie, brillaba con un pánico salvaje.

—Tiene que idear un nuevo plan sobre la marcha, —continuó Jodie, que seguía acercándose a ellos—. Tampoco esperaba encontrar a Leslie aquí, lo que ha complicado mucho las cosas. Todo se está desmoronando y ella está luchando, tratando de pensar en una forma de salvarlo.

Peyton se tambaleó. El movimiento la sobresaltó y en un abrir y cerrar de ojos el pánico desapareció. Por un segundo fue

reemplazado por el brillo del cálculo. Al siguiente, sus ojos azules se nublaron con una confusión inocente.

—¿Por qué eres tan mala?

Oh, Peyton, se quejó en silencio, inundado por la miseria de la certeza. *Para. Solo para.*

Jodie ignoró su pregunta.

—Tres hombres nos sacaron del invernadero.

—Así que me equivoqué en el recuento en la refriega —replicó Peyton, con voz dura de rabia—. Dada la confusión, no es de extrañar.

—Para ti no hubo confusión —replicó Jodie con una calma mortal—. Tú te quedaste allí junto a tu caballete y observaste. Pensé que estabas demasiado asustada para moverte, pero no era eso en absoluto. Solo estabas esperando a que me derribaran.

—Eso no es cierto.

Sí, lo era y Jonathan lo sabía. Había mirado los botes de pintura derramados, el retrato arruinado, y se había decepcionado de su hermana por no luchar como lo había hecho Jodie.

—Y si Jonathan y Leslie solo esperan enfrentarse a dos hombres, el tercero tiene la oportunidad de cogerlos por sorpresa. —Ella se encogió de hombros muy levemente—. Y tampoco le incluirían en el recuento contra ellos. Hasta que fuera demasiado tarde.

—¿Qué?

El duque cambió de postura y carraspeó. Jodie, cuya mirada nunca se apartaba de Peyton, lo detuvo con el más mínimo movimiento de su mano.

—¿Quién está envuelto en la alfombra, Peyton?

El brillo salvaje parpadeó en los ojos de su hermana y luego desapareció, oculto una vez más tras la falsa nube de confusión.

—No sé de qué estás hablando.

—Era demasiado pequeño para ser el cuerpo de un hombre, así que lo más probable es que no sea tu cochero. Pensé que eras tú. Pero como obviamente estás aquí... ¿Es por casualidad tu madre?

¿Josephine estaba muerta?

—Pobrecita —arrulló Peyton—. Su mente ha...

—Comer en Marquat.

La confusión de Peyton no era más fingida que la suya.

—¿Eh? —murmuró, señalando al duque.

Jodie asintió.

—Eso es lo que había en la parte trasera del carruaje alquilado que se alejó de la posada después de que el cuerpo fuera arrojado en el vagón. Estoy seguro de que en algún momento ponía COMER EN MARQUAT'S, pero la pintura de la «e» se desprendió de alguna manera. ¿Qué probabilidades cree que hay de que haya dos carromatos en Londres con una «e» desaparecida? ¿Y de que yo los viera a los dos con media hora de diferencia? Uno saliendo de la posada, el otro alejándose rodando cuando llegué aquí.

Peyton la miró fijamente, jadeando y tragando saliva alternativamente, mientras la mirada salvaje de sus ojos iba y venía y volvía a aparecer. Se soltó la falda y se pellizcó distraídamente las arrugas.

—¿Peyton? —llamó Jonathan en voz baja.

Ella se echó hacia atrás como si su voz hubiera sido un golpe físico.

—Ella también me habría matado a mí —espetó, apartando la mirada de Jodie para mirarlo con furia—. Al final. Eso lo convierte en un caso de defensa propia.

—Sí —admitió Jodie, llamando de nuevo la atención de Peyton hacia ella.

—Y si hubieras vuelto y comprobado si Amanda y yo seguíamos allí antes de venir a buscar a Jonathan, podrías haberte quedado ahí y haberte librado. Incluso una heroína. Pero no lo hiciste, Peyton. Aceptaste el plan de tu madre y lo seguiste por tu cuenta.

—¿Alguien —preguntó el duque en voz baja—. querría decirnos cuál era ese plan?

El pecho de Peyton se hinchó y deshinchó mientras su respiración se volvía rápida y superficial. Jodie respondió:

—Se suponía que debía parecer que Jonathan había muerto en un triángulo amoroso. Jonathan, Amanda y yo. Solo adivinando la otra parte, diría que los cuerpos de Josephine y su conductor serán encontrados en un carruaje destrozado en algún momento de hoy.

Rochester asintió.

—Lo que deja a lady Peyton como la única superviviente de la familia.

—La única heredera —aclaró Jonathan, con el corazón y el alma entumecidos—. Justo como Josephine pretendía que fuera.

Una sonrisa se extendió lentamente por el rostro de Peyton.

—No podéis probar nada de esto —dijo dulce y alegremente—. No hay ni una sola prueba en mi contra.

Quería llorar por la locura de generaciones, por la pérdida en esta de la única persona a la que había considerado como familia.

—Peyton, entre ladrones no hay honor, —oyó decir a Jodie—. Solo tenemos que encontrar a los hombres que se llevaron esa alfombra de la posada. Para cuando terminen de intentar salvar su cuello, el tuyo estará firmemente en la soga.

Ella agitó la mano y se burló:

—Creerían más en mi palabra que en la de un vulgar matón.

—No cuando yo añada mi palabra a la suya.

La sonrisa vaciló, se reafirmó y luego se desvaneció. Peyton se tambaleó y miró a su alrededor, con la mirada desenfocada. Las lágrimas brotaron por las puntas de sus pestañas inferiores y luego se derramaron en amplios ríos por sus mejillas.

—Peyton, todo irá bien —señaló él con seriedad—. No irás a la horca. Te conseguiremos un médico. Alguien que pueda hacer que tu mente vuelva a estar bien.

Ella sacudió la cabeza lentamente y luego enderezó la espalda. Sollozó.

—No tengo otra opción, ¿verdad? —preguntó ella, con la voz débil y queda, mientras metía la mano en el bolsillo.

—No, no tienes elección —asintió él, mientras la observaba rebuscar en busca de un pañuelo que probablemente no estaba allí. Sacando el suyo, dio un paso adelante para ofrecérselo, y añadió—: El juego ha terminado, Peyton.

Ella miró fijamente el pañuelo de lino blanco y se quedó inmóvil. Poco a poco, la confusión se disipó de sus ojos y sus lágrimas dejaron de brotar. Levantó la mirada para encontrarse con la suya.

—Pero no quiero pasar el resto de mi vida en Bedlam[2].

La calma, la fría certeza, en su voz le picó en la nuca.

—No lo harás, —prometió con cautela, retirando el pañuelo—, Hay otros lugares que...

—Pero si lo estoy, Jonathan, entonces es justo que tú pases el resto de la tuya —murmuró con dulzura, desviando la mirada hacia Jodie y sacando la mano del bolsillo—, en el infierno.

El brillo apagado del metal azulado y la claridad de aquella loca intención le helaron la sangre. Se lanzó hacia él justo cuando el mundo estalló en un calor abrasador y un estruendo ensordecedor de fuego impío.

Capítulo 20

Walter estaba de pie en la puerta y miró hacia la cama, donde Jonathan estaba apoyado en almohadas y ajeno al mundo que lo rodeaba.

—¿Está segura de que se pondrá bien?

Jodie asintió.

—El médico dijo que no estaría en cama más de una semana.

—Si está allí tanto tiempo —se burló Walter con un gesto de los ojos y un resoplido—, ¿se quedará con él?

Ella se encogió de hombros y reprimió sus dudas.

—Todo el mundo parece darlo por hecho. Al menos por un tiempo.

—Cuando se despierte, por favor, asegúrele que no tiene que apresurarse a volver a la oficina. Que puedo arreglármelas bastante bien sin él durante el próximo año más o menos. —Se aclaró la garganta y respiró hondo antes de añadir—: Y por favor, dígale también que siento muchísimo lo de lady Peyton y su madrastra.

—Lo haré, Sr. Walter. Y gracias por toda su ayuda esta noche.

—Es un placer, lady Jodie —dijo con una ligera reverencia. Se dio la vuelta, salió de la habitación y se hizo a un lado, dejando paso a la ama de llaves.

—Buenas noches, milady —saludó la mujer al atravesar la puerta abierta, acompañando sus movimientos con el tintineo de las llaves, la porcelana y la plata—. Pensé que tal vez estaría lista para

comer algo —añadió, llevando la bandeja cargada a la mesa con faldón, en el otro extremo de la habitación—. La comida más ligera es para milord, por si tiene hambre cuando se despierte.

¿En qué instante se daría cuenta el personal de que ella no era la dueña de la casa?

—Gracias, señora Davis.

—Si necesita algo más, milady —se ofreció la mujer, deteniéndose en el umbral—, solo tiene que tirar de la cuerda del timbre.

—Gracias, de nuevo.

Para sorpresa de Jodie, el ama de llaves cerró la puerta tras de sí. *Dejando a los amos en privado.* Nunca en un millón de años habría...

—¿Viene ahora una banda de música?

Sonrió y se volvió hacia la cama, con el corazón alegre y ligero.

—Hola, Jonathan —murmuró con suavidad, sentándose a su lado en la cama. Se inclinó hacia delante y lo besó con delicadeza, luego se apartó para estudiar su hermoso rostro, enmarcado por la sombra de la barba.

Él la miró de arriba abajo.

—¿Estás bien?

—No tengo ni un rasguño —le aseguró alegremente, extendiendo los brazos para que él pudiera verla entera—. Emma dice que tengo más vidas que un gato.

—Gracias a Dios.

Dejó caer los brazos en el regazo.

—Supongo que quieres que te cuente toda la historia desde que te volviste galante.

—No si es tan fea como creo.

—Peyton sigue muy viva, si eso es lo que te preocupa. —Cerró los ojos y respiró hondo—. Pero sigue igual de loca, —añadió Jodie, sin querer darle esperanzas—. Y gritando, furiosa como una tigresa por haber sido acusada de ser cualquier cosa menos correcta y dulcemente recatada.

Una comisura de su boca se levantó ligeramente.

—¿Está encerrada en un lugar donde no pueda hacerse daño a sí misma ni a nadie?

Al oír el arrepentimiento y la pena en su voz, ella le apretó las manos y le aseguró en voz baja:

—Leslie la va a llevar a un manicomio privado a las afueras de Bath. Palson ha enviado a tres oficiales para asegurarse de que llegue allí sin problemas.

Él asintió y abrió los ojos. Mirando fijamente a la pared del fondo, preguntó:

—¿Y Josephine?

—Un accidente de carruaje en las afueras de Londres —explicó Jodie—. Encontraron los restos medio sumergidos bajo un puente. Josephine estaba dentro. Su cochero apareció río abajo. —Suspiró y negó con la cabeza—. A veces me sorprendo incluso a mí misma. Solo estaba adivinando cuando dije eso. Esperaba que Peyton lo contradijera con la verdad y se delatara. No fue así, claro.

Él extendió la mano y tomó las suyas.

—Me sorprendes constantemente —murmuró con suavidad, acariciando sus nudillos con los pulgares—. Eres la mujer más extraordinaria que he conocido.

¿Extraordinaria? Solo porque no conocía la mitad de la historia.

—Sí, bueno... —se excusó ella.

Él se movió y, al hacerlo, una mueca de dolor cruzó su rostro.

—¿Dónde te duele?

—Bueno, el lado izquierdo —admitió.

—Ahí es donde la bala de Peyton te atravesó. Y salió también. El médico dijo que, si no se hubiera quedado pegada a la boca del cañón, no habría atravesado limpiamente y habrían tenido que sacarte la bala. Se alegró mucho de no haberlo hecho.

Resopló.

—Apuesto a que su factura no es menor por haber hecho un trabajo fácil.

Probablemente no.

—Por si te interesa, no hubo ningún daño interno grave. Solo algunos músculos magullados y desgarrados. Vas a estar dolorido durante un tiempo.

Una sonrisa levantó las comisuras de su boca y sus ojos brillaron con picardía.

—Ah, pero ¿me quedará una cicatriz para demostrarlo? —preguntó mientras su corazón, como siempre, se derretía—. He oído que a las mujeres les atraen las cicatrices.

Sí, él y Brenley eran de la misma pasta.

—¿Dónde más te duele? —preguntó ella, sin desviarse de su camino.

—El hombro me arde como si fuera el infierno —admitió él, moviéndolo ligeramente—. Fue un derringer de dos tiros. ¿Peyton lo sacó del bolsillo?

—De un solo tiro.

Él parpadeó y carraspeó suavemente.

—¿Tu cuñado me disparó?

—¡Por supuesto que no! —rió ella—. Leslie fue quien te apartó de Peyton para que no la aplastaras cuando te caíste sobre ella. Y fue él quien se ocupó de ella mientras yo te detenía la hemorragia. Por cierto, tu alfombra está hecha un desastre.

—¿Qué me ha pasado en el hombro, Jodie?

No tenía sentido intentar posponerlo.

—Se me clavó el cuchillo.

Él arrugó el ceño. La expresión terminó abruptamente con un «Ay» de alivio.

—En realidad —admitió ella—, me sorprende que no fuera el dolor de cabeza lo que notaste primero. El moretón de la frente es de cuando golpeaste la esquina del escritorio al derribar a Peyton.

Le soltó una mano para que pudiera explorar el moretón con cuidado.

—¿Cómo se me clavó el cuchillo en la espalda?

—Se lo lancé a Peyton —respondió ella—, y tú saltaste delante de ella para intentar quitarle el arma. Sin embargo, la punta no penetró muy profundamente. El médico dijo que tienes unos músculos de hombro de acero. Yo no estaba de acuerdo con él, por supuesto. Solo asentí y fingí que era una dama y que no sabía nada de tus músculos de acero. También te quedará una cicatriz ahí. Pero solo una pequeña. Solo fueron necesarios cinco puntos para cerrarla.

Miró al techo. Cinco puntos, un agujero de bala y un nudo del tamaño de un huevo de pato.

—Bueno —finalizó con voz arrastrada—, ciertamente me defendí bien en todo este asunto, ¿no?

—Estoy impresionada, —le aseguró ella

—De verdad. ¿Con qué? —replicó él, bajando la mirada para encontrarse con la de ella— ¿Con mi habilidad para dejarme inconsciente?

—Eso fue puramente un accidente —afirmó ella alegremente—. Estoy segura de que habrías tenido la presencia de ánimo para evitar el escritorio si no te acabaran de hacer un agujero en el costado y no tuvieras un cuchillo temblando en la espalda.

—Ajá.

—Jonathan... —lo engatusó, apretándole la mano.

—Se supone que un hombre no debe ser rescatado por una mujer.

—Oh, por el amor de... tú me rescataste. Eres tú quien tiene el agujero de bala que se suponía que yo tenía. Presumiblemente, atravesando mi tierno corazoncito.

Él resopló.

—Bueno, era lo menos que podía hacer, teniendo en cuenta que no descubrí el plan de Josephine, que no sabía adónde ir para encontrarte, que te viste obligada a liberarte por tu cuenta y que Peyton se volvió loca, mató a su madre y se hizo cargo del complot para matarnos.

—Creo que está siendo un poco duro contigo mismo, —replicó ella—. No me había dado cuenta de que Peyton se había vuelto loca hasta que llegué aquí y vi a ese pirado alejarse rodando. Y no conocía el plan de Josephine hasta que se sintió obligada a compartirlo con Amanda.

Él parpadeó e hizo una mueca de dolor.

—Maldita sea. Amanda. Me había olvidado por completo de ella. ¿Está bien?

Con un encogimiento de hombros, Jodie respondió:

—Al parecer. Al menos estaba lo suficientemente bien como para correr a su habitación de hotel, meter sus cosas en un baúl y reservar un pasaje en un barco que zarpaba hacia Cádiz.

—¿Cádiz?

—Según los hombres de Palson, fue el primer barco de salida que pudo encontrar después de que nos alejáramos de Josephine. Se *suponía que* iba a venir aquí y decirte que nos habíamos escapado y que no fueras cuando Josephine te mandara a buscar.

—Sí, bueno —respondió él con sequedad—, se suponía que ella también se casaría con Charles.

Jodie carraspeó suavemente y luego dijo lentamente:

—Hablando de matrimonio...

Lo cual claramente se mostraba reacia a hacer.

—¿Sí? —insistió él.

—Tenemos un pequeño problema —respondió ella con un solo suspiro.

—¿Qué tipo de problema?

—No tengo ni idea de cómo ha pasado ni de por qué él piensa eso —comenzó—. Pero Leslie parece tener la impresión de que vamos a casarnos.

No era como él había planeado hacerlo, pero como el duque lo había revelado todo...

—Crees que nos vamos a casar, cariño, porque le pedí su bendición.

Ella parpadeó y él sintió que su pulso se aceleraba.

—No lo hiciste.

—Sí, lo hice —le aseguró—. Fue en medio de las idas y venidas justo después de que te secuestraran, pero recuerdo claramente la conversación. Se sintió obligado a advertirme que eres una cocinera terrible y que tienes tendencia a merodear por la cocina y llamarlo comida. Después de lo cual dijo que dudaba de que nos importara un comino lo que él pensara y que, por tanto, no perdería el tiempo oponiéndose a nosotros.

Jodie sonrió, con el corazón en un puño. Oh, la vida era buena. Muy, muy buena. Y aún iba a mejorar. No es que quisiera apresurar el proceso para llegar a ese punto.

—Leslie no dijo «culo de rata voladora».

—No, me acordaría de ello.

Sonrió con paciencia, asintió y luego le apretó la mano.

—Bueno, estoy segura de que no te exigirá que lo hagas —comentó suavemente—. Que puedes alegar el estrés de la crisis y todo eso.

Estaba fingiendo desgana. Pero como los juegos con ella siempre terminaban con ella en sus brazos, él estaba perfectamente dispuesto a seguirle la corriente.

—¿Y por qué querría salirme con la mía?

—¿Por qué querrías casarte conmigo? —replicó ella—. Leslie tiene razón. Soy la peor cocinera del mundo.

—Tengo un cocinero y no necesito otro.

—No sé coser, ni hacer punto, ni bordar.

—¿Y qué? Yo tengo un sastre y si quiero prendas de punto o bordadas, voy a una mercería.

—Soy un escándalo andante, Jonathan —replicó ella, con un atisbo de verdadera preocupación que se arremolinaba bajo las palabras pronunciadas con ligereza—. Londres ya está alborotada con la noticia de que te apuñalé por la espalda. Literalmente.

Él arqueó una ceja y sonrió a través de una mueca.

—No creo que estén muy alterados por eso. No cuando tienen la última «y decididamente la mayor» debacle de los Lunatic Branwell para discutir y diseccionar. Querida, lo siento, pero una hermana loca, una madrastra y un cochero asesinados, dos secuestros y un asalto a un oficial de Scotland Yard superan a una leve herida de cuchillo. Por lo menos una legua.

Ah, si alguna vez hubo un partido hecho en el cielo...

—Bueno, si lo dices así... ¿Por qué querría casarme contigo?

Su sonrisa se volvió perversa.

—Tengo unos músculos de acero. —Bajó los cubrecamas hasta las caderas y preguntó—: ¿Te gustaría verlos?

Ya estaba hecho, y ambos lo sabían. Aun así... ella desabrochó el botón superior de su blusa mientras decía:

—No eres el único hombre del mundo con unos músculos maravillosos y con imperfecciones, ¿sabes?

—Es verdad —admitió él, estirando la mano para ocuparse de los botones de su falda—. ¿Me daría ventaja sobre los demás saber que la amo?

—Sí —admitió ella, suave y sinceramente. Sonrió—. Pero tú has recibido un golpe en la cabeza. La decencia exige que se te dé algo de tiempo para recuperar el sentido.

Él enganchó sus dedos en la cintura de ella y la acercó. Ella se dejó, con el corazón cantando, y dejó que él la abrazara.

—Puedes darme para siempre y un día —susurró, rozando sus labios con los de ella—, y no va a cambiar nada, Jodie. Te amo. Te he amado desde el momento en que te sentaste en el alféizar de la ventana y me desafiaste a perseguirte.

—¿Y ahora que me has atrapado?

—¿Lo estás? ¿Atrapada?

—Bien y verdaderamente, Jonathan. Felizmente. Y lo he estado desde el principio. Te he amado desde ese momento en que sonreíste y tan eficientemente me cortaste el vestido.

—De verdad —murmuró él, claramente satisfecho de sí mismo —. Y tu nudo de bolina... Casi me desmayo.

Él se rió y soltó sus brazos a su alrededor.

—Parece que hemos perdido mucho tiempo —dijo, abriendo con destreza los botones superiores de su camisa—. ¿Qué te parece si no perdemos más?

Ella se inclinó más allá de su alcance, respondiendo:

—Yo diría que esforzarse físicamente no es una buena idea en este momento.

Él sonrió, lentamente, con conocimiento de causa, plenamente consciente del efecto que tenía en ella.

—Los hombres felices se curan más rápido, ¿sabes?

La respiración que tomó fue superficial, pero mantuvo su determinación y respondió con ligereza:

—No si se abren las heridas y se desangran hasta morir.

—No voy a rasgar nada. Bueno, tal vez la parte delantera de tu camisa si no te mueves aquí atrás para que pueda desabrochar los botones. —Ella no se movió—. No vas a ser una de esas esposas preocupadas, siempre quejicas y cariñosas, ¿verdad?

—Si eso es lo que esperas, —respondió ella, riendo y levantándose de la cama—, vas a llevarte una amarga decepción.

Él no estaba amargado, pero definitivamente se encaminaba hacia la decepción.

—¿Adónde vas?

—Estaré por aquí —respondió ella, encaminándose hacia la mesita con faldón—. Pero realmente debería irme a casa. Ya sabes, reservar lo que queda de las ilusiones de decoro y todo eso.

¿Decoro? Si eso importara a alguien en este momento, Brenley estaría de pie al pie de la cama, con un ceño fruncido de desaprobación. Jonathan contuvo la sonrisa y preguntó:

—¿Está el fiel pelele de tu cuñado abajo esperando para recogerla?

—No que yo sepa.

—Querida, si a Brenley no le importa, a nadie le importa. Además, es demasiado tarde para que finjamos que nos importa la decencia. Como dicen, ese barco ya zarpó.

Ella miró por encima del hombro y le sonrió.

—¿Tienes hambre?

—No de comida.

Con los ojos brillantes, respondió:

—¿Quieres algo de beber? La Sra. Davis trajo una tetera.

—No quiero té —respondió él, mientras un brillante plan se desarrollaba en su cerebro—. En mi escritorio hay una botella de brandy.

Ella se acercó a la pieza de caoba tallada y bajó el frente.

—Con dos copas —comentó, sacando el frasco y los pequeños vasos de sus ranuras—. Qué previsor por tu parte.

Ella vertió una generosa cantidad en cada vaso y luego volvió a poner el tapón. Dejando la licorera en el escritorio, le trajo su bebida y añadió:

—Es probable que esto te haga doler más la cabeza, ¿sabes?

Él levantó su vaso en señal de brindis.

—O podría hacerme olvidar todo el dolor.

La sonrisa que le dedicó denotaba que anticipaba una oportunidad para decirle «te lo dije» en un futuro próximo.

—¿Qué más puedo ofrecerte? —inquirió—. ¿Estás seguro de que no tienes hambre?

—Estoy seguro. En mi armario, —indicó, deliberadamente, trabajando con paciencia en su plan—, están mi bloc de dibujo y mis carboncillos. En el cajón inferior, a la derecha.

Ella lo miró, con una sonrisa cómplice en las comisuras de los labios. Él la miró fijamente a los ojos y en silencio la desafió a negarse. Y entonces, como era Jodie, se rió suavemente, tomó un sorbo de brandy, dejó la copa en el escritorio y se acercó al armario. Jonathan la observó mientras se inclinaba y sacaba sus cosas, su sonrisa se ensanchó y su sangre se calentó en agradecimiento.

—¿Y qué es lo que pretendes dibujar? —preguntó ella, volviendo hacia él.

—A ti.

—¿En serio? —preguntó ella arrastrando las palabras, arqueando una ceja y entregándole el bloc y los lápices.

—Lo prometí. ¿Recuerdas?

—Claro que sí, —Ella se tocó el labio inferior con la punta de la lengua, con los ojos brillantes. Desabrochándose lentamente los botones del delantero de la camisa, preguntó—: ¿Dónde quieres que me ponga?

Jonathan sonrió, victorioso. Dejó su brandy en la mesita auxiliar y dio unas palmaditas en el espacio vacío junto a él en la cama.

Incorregible. Persistente e imprudente. La luz de su vida.

—Eres un granuja —acusó Jodie riendo, aceptando su mano y dejando que la ayudara a subirse al colchón.

—Si quieres, podría intentar reformarme.

—Ni se te ocurra —replicó ella, inclinándose sobre su regazo y sonriéndole—. Nunca. Te quiero tal como eres.

Él deslizó lentamente las yemas de los dedos por el largo de su cuello.

—Tu corazón está latiendo a mil por hora.

Sí, así era. De la manera más deliciosa.

—¿Debería ir a cerrar la puerta con llave?

Él le quitó la ropa de los pechos con suavidad, con una sonrisa pecaminosa e irresistible.

—Seamos escandalosos.

—Está bien —asintió ella, temblando de anticipación—. Pero solo esta vez.

—Por supuesto —ofreció él, riéndose mientras la abrazaba y la acercaba a él—. Solo esta vez y luego seremos respetables el resto de nuestras vidas.

Ella se rió y su corazón se elevó, impulsado por la pureza del amor y la esperanza ilimitada, por la certeza absoluta de que él era el hombre más afortunado que jamás había existido. En ese instante, todo el mundo pareció desvanecerse, dejando solo el latido de sus corazones y el suave susurro de sus risas. La noche se vistió de complicidad, y en sus miradas ardía el fuego de un futuro en el que ningún escándalo podría opacar la felicidad que se presentaba ante ellos.

Siguiente libro de la serie


SERIE
LAS ILEGÍTIMAS
SHELDON
3
Un duque
PARA LA DULCE
Emma
ELIZABETH KINSLEY

Un duque PARA LA DULCE Emma

Las tres hermanas Sheldon irrumpen en la alta sociedad de Londres sin importarles todas sus reglas... Son feroces, desconfiadas y astutas. Unos dones poco adecuados para unas damas.

Lady Emma Sheldon siempre fue una muchacha de corazón dulce aunque algo impulsiva. De hay su debilidad por los animales heridos y que apareciera ante las puertas del duque de Loringham, a medianoche, con un gato herido en una mano... y una pistola en la otra.

Algo que sorprendió al duque e hizo saltar chispas en todas las lenguas chismosas de la ciudad. Por suerte para Emma no le importaba lo más mínimo lo que los demás pensaran de ella.

Lord Ryan Prescott, Duque de Loringham, se sintió intrigado por la belleza que se presentó en su casa. Era audaz, confiada y completamente diferente a todas las demás mujeres que había conocido. Como caballero y ex cirujano militar estaba dispuesto a ayudarla, pero no sin pedirle a cambio algo que él necesitaba. Una esposa.

Lo que la mayoría de la sociedad desconoce, es que él está al cuidado de una joven pupila inválida, y sabe que los dulces cuidados de una esposa podrían beneficiar a la muchacha. Ahora solo queda convencer a Emma para que acepte su oferta de matrimonio, y de que su pupila no le haga la vida imposible a su nueva esposa.

Por no mencionar que sería espléndido que Emma se percatara de la forma en que su corazón late cada vez que ella está cerca.

Notas

[1] Cribbage: Juego de cartas de origen británico, muy popular en el siglo XIX, especialmente entre los hombres. Se juega con una baraja estándar y un tablero especial con clavijas para contar los puntos. El objetivo es sumar 121 puntos mediante combinaciones de cartas y estrategias específicas.

[2] Bedlam: nombre popular del Hospital de San María de Bethlehem en Londres, uno de los primeros y más famosos hospitales psiquiátricos de Europa, conocido por sus duras condiciones y tratamiento de los enfermos mentales desde el siglo XIV.